

Primera entrega de la saga *Los Tres Hilos*.

EL HILO PÚRPURA

M. SANDOVAL



TOROMÍTICO

M. SANDOVAL
El Hilo Púrpura
Los Tres Hilos I

© M. SANDOVAL, 2023

© EDITORIAL ALMUZARA, S.L., 2023

Ediciones Toromítico

www.toromitico.com

Reservados todos los derechos. «No está permitida la reproducción total o parcial de este libro, ni su tratamiento informático, ni la transmisión de ninguna forma o por cualquier medio, ya sea mecánico, electrónico, por fotocopia, por registro u otros métodos, sin el permiso previo y por escrito de los titulares del *copyright*.»

Cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública o transformación de esta obra solo puede ser realizada con la autorización de sus titulares, salvo excepción prevista por la ley. Diríjase a CEDRO (Centro Español de Derechos Reprográficos, www.cedro.org) si necesita fotocopiar o escanear algún fragmento de esta obra.

LITERATURA JUVENIL • EDICIONES TOROMÍTICO

Parque Logístico de Córdoba. Ctra. Palma del Río, km 4

C/8, Nave L2, nº 3. 14005, Córdoba

Director editorial: ÓSCAR CÓRDOBA

Editor: JAVIER ORTEGA

Corrección y maquetación: HELENA MONTANÉ

Conversión a epub: ROSA GARCÍA PEREA

www.editorialalmuzara.com

pedidos@almuzaralibros.com - info@almuzaralibros.com

ISBN: 978-84-19962-04-1

«Odio no tengo a aquellos que combato,
amor no tengo a aquellos que defienden».
W. B. Yeats, *Un aviador irlandés prevé su muerte*

1. Rojo, negro y púrpura

—Si este es mi último día en la tierra, no permitáis que ingrese en el mar del Gran Sueño de una forma deshonrosa. Cortad, oh, dioses, los Tres Hilos de mi vida si esa es vuestra voluntad. Pero si vuestro deseo es que yo sea recibida entre los defensores de las Tres Cúpulas, ayudadme a servir también con honor hasta el día de mi muerte.

¿Conocéis esta oración? ¿Os la enseñaron vuestros maestros? Es la oración que rezábamos en silencio los postulantes a la Legión Púrpura, reclusos en nuestra celda del Domo, con el uniforme negro que vestiríamos el día del combate doblado en un montón a nuestros pies y, sobre él, la armadura y la máscara metálica, tal y como mandaba la tradición.

Al igual que los otros once postulantes, yo había hecho voto de silencio y pasaría la víspera de mi Consagración recluida en aquella celda. Tenía dieciséis años recién cumplidos y llevaba toda mi vida preparándome para aquella jornada. Cada postulante procedía de uno de los doce dojos, pero solo uno saldría con vida de allí: «¡Uno entre doce!», ese era el lema que gritábamos enfervorizados en los entrenamientos de sable.

—Cortad, oh, dioses, los Tres Hilos de mi vida si esa es vuestra voluntad.

De acuerdo. Quizá no conozcáis aquella oración; ha pasado mucho tiempo. Pero seguro que habéis oído hablar de los Tres Hilos. Todos llevábamos aquellos Tres Hilos implantados bajo la piel de los dedos índice, medio y anular izquierdos, en el dorso: uno rojo, uno negro y uno púrpura, y en aquella triple hebra de apenas cinco centímetros, que terminaba justo en los nudillos, se cifraba el destino de cada uno de nosotros: el púrpura era el hilo del amor, y te unía al hombre o la mujer para la que estabas predestinado; el rojo te unía a la próxima persona a la que darías muerte, mientras que el negro te vinculaba con aquel que algún día te daría muerte a ti, bien sobre el campo de batalla o bien en la ceremonia del bautismo en el mar del Gran Sueño.

Os estaréis preguntando cómo llegaron aquellos Tres Hilos a nuestro cuerpo. Cuando era muy niña, me contaron en el dojo una leyenda que explicaba el origen de aquella triple hebra, según la cual la Anciana Púrpura descendía de los cielos, atravesaba las Tres Cúpulas como un fantasma y, al cobijo de la oscuridad nocturna, apretaba los Tres Hilos sutiles en los dedos índice, corazón y anular de cada recién nacido, los cosía y luego volaba sin soltarlos hasta quién sabe dónde, tal vez la Segunda o la Tercera cúpula, para buscar al portador del otro extremo de la triple hebra, de tal modo que cada uno se hallaba unido al menos a otros dos individuos en el mundo.

Yo entonces creía en aquellas leyendas. Me había criado en el Cuarto Dojo de la Segunda Cúpula, bajo un cielo esmeralda en el que todas aquellas creencias tenían sentido. Así que rezaba a los dioses, como todos los demás, en una celda de dos por dos bajo unos parpadeantes tubos de neón blanco, y como todos los demás soñaba con conseguir mi Consagración sobre el disco de asfalto a la mañana siguiente, cercenar algunas de aquellas once vidas y recibir la moneda, que simbolizaba mi compromiso por veinte años con la Legión Púrpura, la misma que sería depositada debajo de mi lengua si algún día llegaba a caer en combate.

A la mañana siguiente, y si los dioses le eran propicios, vuestra amiga Clea podría ver adónde le conducían aquellos Tres Hilos, si a su destrucción o a la destrucción de otros aspirantes.

—Pero si vuestro deseo es que yo sea recibida entre los defensores de las Tres Cúpulas, ayudadme a servir también con honor hasta el día de mi muerte.

Ya sé lo que estáis pensando: por qué no escapábamos de allí. Por qué aceptábamos una

posibilidad entre doce. O, dicho de otro modo, once posibilidades entre doce de morir al día siguiente.

Lo cierto es que los barrotes de aquellas celdas eran de bambú y no habrían resistido los mandobles de nuestros sables, pero no se tenía noticia de ningún postulante que se hubiera fugado presa del pánico, aunque sí de algunos que, aterrados ante la posibilidad de conocer su destino, cifrado en sus Tres Hilos, se amputaban los tres dedos, lo que significaba desde luego renunciar a reconocer el amor, señalado por el hilo púrpura, que nos conducía hasta el hombre o la mujer de nuestra vida. Preferían este sacrificio a conocer por anticipado su suerte.

Y, entonces, aquel susurro en la penumbra.

—Va a ser una noche muy larga.

La voz procedía de una celda vecina, la de mi izquierda.

Me alarmé, desde luego. Las conversaciones estaban prohibidas para los postulantes. Habíamos hecho voto de silencio desde aquella noche y, además, yo solo quería que me dejaran a solas con mis pensamientos. En una madrugada como aquella, una sentía la necesidad de encerrarse en sí misma, de conversar solo consigo misma, para aceptar la idea de la muerte, por si esta nos aguardaba sobre el asfalto a la mañana siguiente.

El voto de silencio era sagrado y comenzaba entonces, en la propia víspera de la Consagración. Una vez consagrados, a los Legionarios solo les estaba permitido hablar en sus celdas después del ocaso. Era un enorme sacrificio, veinte años de silencio y de anonimato, y nosotros teníamos que aprender ese sacrificio. Teníamos que observar aquel voto desde la víspera de la ceremonia.

—Si no consigues dormir, los guardias pueden traerte un poco de droga mórfica —dije para mí misma, pues no pensaba romper mi voto de silencio.

—Ya sé lo que estás pensando. Que los guardias pueden traerme algo de droga mórfica para dormir —susurró mi vecino, había adivinado mis pensamientos—. Pero no necesito droga. Lo que necesito es salir de aquí.

Estuve a punto de decirle: «Mañana saldrás de aquí, vivo o muerto». Pero me contuve. Y, sin embargo, mi impertinente vecino no parecía dispuesto a conformarse con mi silencio.

—Me llamo Adras. ¿Y tú?

No pensaba responder a tal pregunta, desde luego.

—¿No tienes nombre?

Por supuesto que mi vecino no había olvidado su voto. Igual que yo sabía muy bien que, aunque yo quisiera romperlo, cosa que ni se me pasaba por la cabeza, no podíamos decírnos nuestros nombres porque eso nos debilitaba. Así que respondí de la forma más tajante posible con las únicas palabras que nos estaban permitidas aquella noche:

—Uno entre doce.

Desde otra celda próxima, alguno de los otros diez postulantes chistó para que nos calláramos.

—Está bien, chica dura. Te llamaré así: Chica Dura. Nombre, «Chica»; y apellido, «Dura».

Entonces hizo una pausa. Solo se oían a lo lejos los chirridos de los oxidados engranajes de la Noria Roja, en la orilla opuesta del río, de la que tanto habíamos oído hablar en el dojo, y por un segundo pensé que mi vecino se había dado por satisfecho y que cerraría el pico de una maldita vez. Pero era una ilusión completamente vana, hermanas mías:

—¿Te has preguntado alguna vez por qué no tenemos apellidos? Me han dicho que antes de las Guerras del Tiempo todo el mundo tenía apellido.

Yo volví a guarecerme en el silencio. Uno de los tubos de neón se había aflojado y comenzó a emitir un zumbido continuo y muy desagradable.

—¿No tienes miedo, Chica Dura? Recuerda: «Uno entre doce».

Lo cierto es que no tenía miedo. En unas pocas horas pronunciaría mi juramento ante el Animal de la Memoria bajo cuya mirada se celebraría mi combate de Consagración. No, no tenía miedo. Me entusiasmaba la posibilidad de vencer, e incluso la posibilidad de ser derrotada, pues en tal circunstancia podría contemplar, aunque fuera por un instante, la triple hebra de mi vida, la única visión desde la que la existencia de una joven como yo podía cobrar significado.

Dicen que, cuando vas a morir, la red de hilos que nos une a todos aparece por un instante ante tus ojos al completo. No ya tus Tres Hilos, sino los de todos los hombres y mujeres que existen. O al menos eso es lo que me habían dicho, hermanas: que una podía ver fugazmente la inmensa malla que formamos entre todos.

Así que, tanto si vencía como si salía derrotada, aquella Ceremonia de la Consagración era mi sueño desde niña. A qué mayor causa podría servir. Los huérfanos de las Tres Cúpulas no podíamos aspirar a nada mejor y teníamos para ello que demostrar nuestra valía sobre el asfalto. Toda mi vida previa, los días en el dojo y las miles de horas de entrenamiento no habían sido sino el prólogo de la auténtica vida, que empezaría entonces.

—Deja que te cuente una historia —volvió a la carga mi vecino entre susurros.

—Dioses, ahora quiere contarme un cuento para dormir —me dije.

—No es precisamente un cuento para dormir —añadió como si pudiera leerme el pensamiento una vez más—, sino todo lo contrario: es la historia de un hermoso pájaro de plumas moradas que vivía en una jaula de oro. Estaba muy orgulloso de su jaula, y de sus amos, que le daban agua y comida, y sentía lástima por los pájaros que volaban libres por el aire...

Si os soy sincera, ni siquiera estaba escuchando la historia. Solo deseaba dormir y soñar con mi Animal de la Memoria, abrir los ojos al alba y prepararme para la ceremonia del Enmascaramiento.

—Hasta que un día, un pájaro blanco se asomó a su jaula. Lo más extraño de todo es que ambos sentían lástima el uno del otro: el pájaro morado porque el otro no tenía comida y había de pasar los días de árbol en árbol y de flor en flor para conseguirla, y el pájaro blanco porque el otro no conocía el cielo, ni los ríos, ni el mar...

Mi exasperante vecino hizo una nueva pausa. Por un segundo, me hice la ilusión de que aquel estúpido cuento se hubiera terminado ya. Y sin embargo...

—De repente el pájaro blanco abrió la celda con su fuerte pico, afilado con las piedras de los ríos y las ramas de los árboles, y entonces...

—Entonces qué... —pensé.

—Tú decides el final: ¿ambos pájaros se refugiaron en la jaula de oro o, por el contrario, los dos echaron a volar?

Pensé que, más que un cuento, se trataba de una adivinanza y que me sería imposible encontrar una respuesta, que seguro habría alguna expresión con doble sentido, algún detalle que se me había escapado en aquel relato. Pero, de repente, en la semioscuridad del Domo, vi el brillo de la hoja de un sable, limpia como un espejo, emerger de entre los barrotes de la celda vecina. Por un instante tuve la tentación de empuñar mi sable por cautela, el sable cuya hoja de exoal mancharía de sangre a la mañana siguiente. ¿Qué quería aquel vecino tan inoportuno?

Entonces vi sus ojos reflejados en la hoja, unos ojos con minúsculas arrugas en la comisura, como si fueran los de un hombre mayor que yo. Vi sus ojos verdes como él vería sin duda los míos, porque de inmediato retiró la hoja en un acto reflejo, como si no le hubiera gustado lo que vio. O como si le hubiera asustado.

—¡Idiota! —se me escapó.

Estaba irritada. ¿Pero es que íbamos a romper también otro voto, el de mantenernos en el

anonimato? Ya eran bastantes infracciones por una noche. Me habían preparado, desde el primer día de mi vida, para aquella vigilia. Me habían proporcionado un repertorio de pensamientos adecuados para afrontar el destino sobre la Plataforma, y ahora estaba francamente enojada con aquel tipo que boicoteaba mi víspera de meditación y rezo.

Me coloqué la máscara metálica lo más rápido que pude, anticipándome a la ceremonia del Enmascaramiento, que tendría lugar a la mañana siguiente. No era lo más ortodoxo, pero, si resultaba necesario, dormiría con ella puesta.

—Ya sabes que no podemos mirarnos al rostro —dije a través de la máscara con la que me ocultaba.

—No podemos mirarnos *directamente* —replicó él.

No obstante, su voz había cambiado. Parecía más dubitativa tras haber visto mis ojos reflejados en su sable. ¿Quizá le daba miedo mi expresión?

De repente se escucharon unos pasos en el pasillo del Domo. Era el maestro Kyrios, juez supremo de todos los dojos, que entró al calabozo a darnos la noticia:

—Postulantes: ya se ha dado a conocer vuestro emblema. Combatiréis bajo la mirada de un halcón, muchachos. ¡Un halcón! Ese será vuestro emblema.

Cada postulante desde el interior de su celda alzó su brazo derecho, el puño cerrado y bien alto, unidos en un mismo grito: «¡Uno entre doce!», el único saludo permitido aquella noche. Después el maestro se marchó y apagó las luces de neón del Domo. Un halcón, ese era el Animal de la Memoria, es decir, uno de los pocos ejemplares de animales no clónicos que quedaban en el mundo, y esa era la insignia que tatuarían en el cuello del vencedor, y el emblema al que se sumaría para siempre.

Los tubos de neón aún conservaban algo de luz cuando el pálido resplandor violeta de las estrellas bañó los barrotes de bambú de nuestras celdas. Me volví hacia la ventana y seguí con la mirada la superficie morada de la cúpula semiesférica. En realidad no era una semiesfera, sino una sección de la misma, un casquete de unos tres kilómetros de altura y unos ocho de radio aproximadamente, pero el Domo se encontraba bastante alejado de su polo y sobre la superficie violeta de la bóveda se reflejaban deformadas, como borrones, las luces de las viviendas de la Ciudad Perpetua, con el centro exacto en el Palacio de las Tres Soberanas, el inmenso Mausoleo del Tiempo, levantado en mármol, y el propio Domo, con lo que tuve la impresión de hallarme ante dos ciudades confrontadas e invertidas, la de arriba y la de abajo.

—Por si no lo sabías, la que vas a vestir mañana —volvió a hablar mi vecino, esta vez en un susurro— es la armadura de un muerto, así como tu sable perteneció a otro postulante muerto.

—Uno entre doce —fue, de nuevo, mi única respuesta a través de la máscara.

—Vale, vale. Ya me callo. Pero antes, déjame que te haga una pregunta, Chica Dura: uno entre doce. ¿Por qué sacrificar a once bravos hombres y mujeres cada vez? ¿Por qué no reciclarlos en los cultivos de la Segunda Cúpula, o como porteadores del desierto de la Tercera?

Eso, pensaba yo entonces, era justamente lo que convertía la victoria en un inmenso honor. Esa era la razón por la que admirábamos a los supervivientes como héroes, y la causa del enorme respeto que merecían por parte de los habitantes de las Tres Cúpulas. Precisamente por eso la recompensa era tan enorme. ¿Es que no te lo enseñaron en tu dojo?, me dije a mí misma.

—Piénsalo —insistió mi impertinente vecino.

Dejé la máscara sobre la armadura y me tumbé sobre el incómodo jergón de mi celda. Me costó un poco conciliar el sueño. La pregunta de mi vecino había activado dentro de mi cabeza un inquietante dispositivo a punto de estallar. Uno entre doce: una inmensa crueldad que entonces me parecía legítima. Durante mucho tiempo me he odiado a mí misma por eso. ¿Cómo fui capaz

de justificar semejante desperdicio de vidas humanas? Hasta tal punto habían conseguido lavarme el cerebro. Los acontecimientos que se cernían sobre mí estaban a punto de retirar la venda que había cubierto mis ojos durante tantos años.

Pero de momento solo era una postulante entusiasmada la noche previa a la ceremonia de su Consagración, incapaz de dormir por la excitación ante un porvenir que imaginaba glorioso, incapaz de imaginar una vida más allá del dojo y del Camino Púrpura, y aún más allá de la Primera Cúpula, e incluso más allá de las Tres Cúpulas. Tan pequeña y asfixiante era la jaula de oro en que vivíamos. Desde niña había admirado a los portadores de aquellas capas de malla que, en proporción de uno por cada doce, habían demostrado su superioridad sobre todos los demás. Y entre el público que asistiría a nuestra ceremonia, todos habitantes de la Primera Cúpula, estarían presentes muchos de aquellos héroes, hombres y mujeres que habían sobrevivido a esta ceremonia y a veinte años de servicio a la Legión Púrpura, jefes de escuadrón y legionarios veteranos. Y, sobre todo, combatiríamos bajo la atenta y orgullosa mirada de los imperecederos y de las mismísimas Tres Soberanas.

Al fin el sueño me abrazó con la forma de un inmenso halcón de plumas azules y negras. Nunca había visto uno auténtico, y sin embargo tenía la certidumbre de que, de alguna forma misteriosa, la figura de aquella majestuosa ave encajaba con mi personalidad, que me dotaría de sus reflejos prodigiosos, elegantemente alzada sobre todos los demás postulantes, y estaba convencida de que ningún rival podría arrebatarme el honor de la Consagración bajo la mirada de aquella hermosa criatura.

El halcón de mi sueño llevaba atados a sus patas los hilos de las vidas de los doce postulantes, pero también los Hilos de cada uno de los miembros del público, todos ellos rubios y con los ojos claros como nosotros, todos tan parecidos entre sí, miles de hilos que, sin enmarañarse, desembocaban como tiras de luz en las patas de aquella espléndida criatura. Y entonces, en mi sueño, el Halcón alzaba el vuelo arrastrando miles de hebras tricolores hasta que se tensaban en el aire, hasta que de repente las hebras se quebraban, liberaban al ave y caían lentamente, como copos de nieve, sobre nosotros. Después el halcón se perdía en la altura, detrás de las nubes. Se hundía en el sol para no regresar nunca.

Pronto descubriría que hasta el último de nuestros sueños era obra y creación del Palco. Pronto aprendería una verdad que no debéis olvidar, hermanas: si todos tus sueños han sido programados por alguien, entonces no eres un soñador, sino un esclavo.

2. El Halcón de la Memoria

Nos despertó un ritmo obsesivo de tambores. Sonaban en algún lugar por encima de nuestras cabezas, en algún punto de la planta superior, supongo que con el propósito de infundirnos coraje, así que cuando abrí los ojos mi corazón ya latía desbocado al ritmo de aquellas marchas lentas y estruendosas.

Las puertas de las doce jaulas estaban abiertas y la luz violeta del amanecer entraba en listas a través de las persianas. Me incorporé y una doncella, pálida y delgada, me esperaba ya para ayudarme a vestir mi armadura púrpura conforme al ritual. Apenas podía apartar sus ojos de los míos mientras me ayudaba a ajustarme la coraza, las hombreras, las espinilleras, la malla que colgaba de mi cintura sobre el uniforme negro de los postulantes. En ellos vi los colores del halcón con el que había soñado durante la noche. ¿Qué significaba aquella imagen del ave rompiendo los hilos del destino? Entonces no sabía que cada uno de los postulantes soñaba con el Animal de la Memoria que le había tocado en suerte, y de este modo se convencía de que su espíritu estaba vinculado al de aquella criatura, que existía algo así como un destino que nos ligaba a ella. Así es como nos comprometían y nos unificaban bajo un símbolo, cada escuadrón con un animal distinto. Une a varios luchadores bajo un símbolo y se volverán como hermanos, y sentirán como enemigos a los que portan otros símbolos. Tenéis que aprender esta lección, hermanas mías: los símbolos son mentiras que nos unen y nos separan.

Pero ¿por qué el Halcón rompía los hilos tricolor en mi sueño?

—Uno entre doce —me susurró aquella muchacha con una sonrisa henchida de orgullo y agradecimiento.

Me recordé a mí misma que aspiraba a un gran honor, el más alto de todos: mantener la paz y proteger a los habitantes de las Tres Cúpulas, como aquella hermosa muchacha, de las agresiones de los hostiles, pese a que hacía décadas que los hostiles habían abandonado sus salvajes incursiones. La última vez que cruzaron el río Tamesa, destruyeron cientos de paneles solares de la Tercera Cúpula. Desde entonces se había apostado una guarnición permanente de la Legión Púrpura cerca del cinturón de placas fotovoltaicas, allí, en los límites de la Tercera Cúpula, en el que se decía que era el peor destino posible para un purpurado.

A eso consagraría mi vida, a proteger las Tres Cúpulas de los hostiles que vivían más allá de la Tercera. De ellos se decía que no eran como nosotros, que tenían el pelo de color oscuro, y algunos también los ojos y aun la piel. Se decía que incluso había hostiles de piel negra. Y también que eran antropófagos, y otras muchas cosas.

Después la muchacha me ayudó a ajustarme la pesada capa de malla y, por último, la máscara metálica que desde la hora séptima, poco después del amanecer, debíamos vestir los postulantes procedentes de los distintos dojos y que nos convertía en guerreros anónimos. Desde ese día solo nos la retiraríamos para dormir en nuestras respectivas celdas, y a nuestro voto de silencio sumaríamos un voto de anonimato. Desde aquella mañana de mi Consagración, nadie volvería a ver mi rostro a la luz del día.

Escuché mi respiración detrás de aquella máscara. Fue un momento emocionante, hermanas mías, un sueño hecho realidad y solo enturbiado por un nuevo exabrupto de mi vecino Adras, cuya voz se elevó sobre el ruido de los tambores:

—Espero que no nos crucemos sobre el disco —me deseó.

—Mejor que te encomiendes a los dioses —susurré con frialdad.

La noche de antes había quebrantado ya mi voto de silencio, qué más daba. Aquellas palabras salían de una ira profunda con la que intentaba recuperar el control, sacudirme la influencia de aquel tipejo.

—Qué dioses —replicó con sorna.

Intenté que su ironía no afectara a mi concentración. Traté de recordar las palabras del maestro Perses, sus enseñanzas sobre el Camino Púrpura: «Un nombre es una herida».

¿Sabéis lo significa eso, «un nombre es una herida»? Se suponía que decir nuestros nombres nos debilitaba, que cualquier pensamiento personal, cualquier recuerdo sobre la identidad de cada uno, solo servía para despertar al gran animal del miedo en nuestro pecho, y una vez se despezaba aquella fiera, una vez la alimentábamos con nuestros sentimientos, resultaba imposible salir victorioso del combate.

El Camino Púrpura te convertía en algo distinto a un ser humano y algo distinto a una bestia. Te convertía en una especie de fuerza de la naturaleza, en un flujo constante, una cascada de agua que caía gota a gota sobre la misma piedra hasta erosionarla. Eso era exactamente nuestra voluntad, una gota de agua que caía una y otra vez. Y para recordárnoslo, sobre nuestras cabezas, talladas en la madera del techo, se podían leer varias frases de sabiduría extraídas del Camino Púrpura. Me fijé en una de ellas: «La muerte y el dolor no son tan terribles, lo que es terrible es el miedo a la muerte y al dolor».

Los tambores se detuvieron y vimos entrar al juez Kyrios, tocado con una larga túnica negra. Venía a inspeccionar nuestra impedimenta. Dimos un paso al frente y abandonamos nuestras celdas. De soslayo, a través de la máscara metálica, distinguí la silueta de Adras. Era mucho más alto de lo que había imaginado en función de su voz juvenil.

El juez Kyrios se plantó frente a él:

—Sabes que no puedes luchar con esa trenza. ¿No te dijo tu maestro que están prohibidas? ¿Cómo te ha permitido inscribirte en el Domo?

Era cierto. ¿Cómo había permitido su maestro que participara en la ceremonia de la Consagración? Creedme: si existía una institución con reglas estrictas bajo la Primera Cúpula, esa era el Domo. Había algo extraño en todo aquel asunto.

De repente escuché el sonido de una hoja de metal al ser desenvainada, mis músculos se tensaron. Estaba prohibido, pero giré por instinto la cabeza, solo unos grados hacia mi izquierda, justo a tiempo para ver el puñal en la mano derecha del tal Adras. ¿Es que había perdido el juicio? Los maestros de los dojos eran sagrados, tenían la misma consideración y dignidad que los propios generales de la Legión Púrpura, y, como ellos, pertenecían a la exigua estirpe de los imperecederos. Si Adras se enfrentaba a él, ¿qué deberíamos hacer los demás sino proteger al maestro Kyrios, por más que aún no hubiéramos sido consagrados? La vida de los imperecederos estaba por encima de cualquier otra consideración, pues, pese a su nombre, los imperecederos podían morir.

Acaricé la empuñadura de mi sable justo en el momento en que Adras recogía aquella trenza rubia con la mano izquierda y la sajava con su puñal, para después lanzarla, ante el pasmo de todos, a los pies del maestro Kyrios, el juez principal del Domo. El rostro lleno de profundas arrugas del maestro permaneció rígido por unos instantes, como si intentara enfriar su interior, mientras los postulantes aguardábamos a conocer el castigo que le impondría a Adras. Sin embargo, el maestro se marchó del Domo sin pronunciar una sola palabra.

—¡No puedes faltarle al respeto a los jueces imperecederos! ¿En qué dojo te educaron?

—Bah, es un maldito viejo. Ni siquiera sé por qué los llamamos imperecederos, si pueden

sangrar y morir. Y tampoco sé por qué los llamamos *jueces*, si no hay nada que juzgar. Esto es la ley de la selva: matar para vivir.

Hermanas mías, os aseguro que, en aquel momento, el cinismo de mi vecino de armas me producía repugnancia. Creía hasta lo más profundo de mi alma en aquellas reglas del honor, y los dardos envenenados de Adras no me parecían los de alguien más lúcido, alguien más próximo a la verdad, sino los de un gamberro, un tipo extravagante incapaz de comprender la justicia y la belleza de las enseñanzas que habíamos recibido. Yo estaba en posesión de la verdad y él estaba completamente confundido. Pero, entonces, ¿por qué luchaba él? ¿Lo hacía por otra causa además de por su propia vida?

Sentí la tentación de formularle esta pregunta. Pero tenía que recuperar la concentración antes de saltar al asfalto. Busqué la voz del maestro Perses dentro de mí. Durante años había sido su alumna más aplicada, había practicado los ocho caminos hasta la extenuación y observado escrupulosamente aquellos principios, en los que creía sin la menor duda. Y, por todo ello, jamás he comprendido qué impulso me llevó a pronunciar la palabra que le di a Adras en respuesta, violando con ella, una vez más, mis votos, puesto que un nombre es una herida:

—Clea.

—¿Cómo?

—Es mi nombre. Clea.

Un repicar de campana sonó sobre nuestras cabezas, al que se sumaron inmediatamente los demás tambores de la agrupación, mientras cruzábamos el Domo hacia el foso en que nos aguardaba el inmenso ascensor que nos conduciría a la Plataforma.

El Domo era un disco rodeado por completo de celdas, unido a través de un cilindro central a otro enorme disco al que llamaban la Plataforma, rodeado a su vez de ocho enormes torres. La planta baja de aquella mole albergaba las celdas de los postulantes y, en los sótanos, se hallaba la necrópolis de la Legión Púrpura, un gigantesco columbario que repartía las cenizas de los caídos en función de los méritos: arriba, las de los legionarios consagrados, algunos de los cuales, los más valerosos, eran momificados y preservados bajo una efigie; los postulantes que caían durante la ceremonia de la Consagración ocupaban la mayor parte de los columbarios inferiores, y vuestra querida amiga Clea no quería terminar allí.

Nunca había hecho la cuenta, hasta hoy: la ceremonia semanal de la Consagración comprometía a ciento cuatro nuevos purpurados cada año, dado que se realizaban dos combates en cada jornada, y siempre en el decadi, el décimo día de la semana, pero eso significaba que, cada año, mil cuarenta y cuatro aspirantes eran cremados y enviados al columbario de la gran necrópolis. ¡Mil cuarenta y cuatro!

¿Descansarían los restos de Sila, mi única amiga en el Cuarto Dojo, en alguno de los nichos del columbario? Me hubiera gustado saber qué había sido de Sila. Yo era tan tímida que no había tenido más que una verdadera amiga en la infancia. Era un año mayor que yo. Había jurado sus votos a los dieciséis y, una noche, se la llevaron al Domo para la ceremonia del Enmascaramiento, pero los postulantes tenían tajantemente prohibido asistir a la ceremonia de otros postulantes, de modo que ignoraba incluso si seguiría con vida o no, si detrás de alguna de las máscaras de los purpurados se escondería su rostro.

Los doce subíamos en silencio los cincuenta metros que nos separaban de la Plataforma, con el maestro Kyrios al frente, como habíamos imaginado miles de veces en nuestras fantasías, mientras la multitud bramaba expectante, aunque, en el interior de la cabina del ascensor, el público era solo un murmullo lejano, oculto por el sonido de las piezas de nuestra armadura y de los engranajes chirriantes de aquel viejo artefacto.

Vi nuestro reflejo deformado en las puertas metálicas del ascensor, las temibles armaduras púrpura, los guantes, espinilleras y hombreras del mismo color, todos en posición de guardia, respirando como nos habían enseñado en el Camino Púrpura bajo una solitaria barra de neón amarillo que parpadeaba cada vez que el ascensor crujía al superar un nuevo piso.

—Escucha cómo rugen —me susurró Adras—. Vamos a desangrarnos hoy para entretener a esos viejos.

Por primera vez, y pese a la tensión del momento, me percaté de que me gustaba la voz grave de Adras, de que había algo magnético en ella.

Al fin, la cabina se detuvo con un gran chirrido y las puertas se abrieron ante nosotros, entonces el público bramó. La luz de un sol violeta oscuro atravesó nuestras máscaras y cayó sobre nuestros ojos como un enorme peso. Nunca había visto el sol bajo aquella cúpula. Yo nací y crecí en el Cuarto Dojo, en la Segunda Cúpula, donde el cielo era verde esmeralda y la lluvia casi nunca cesaba. En realidad, la Cúpula que nos protegía en mi patria era de un color azulado, pero había una Tercera Cúpula sobre ella de color amarillo que, al superponerse a la Segunda, transformaba la luz en aquel tono esmeralda al que se habían acostumbrado mis pupilas desde niña. Ese era el color que teñía mi piel desde que abrí los ojos a este mundo, y no aquel violeta cegador y aquella atmósfera seca.

Dirigí la mirada hacia la cima de la torre norte, donde se situaba el Palco desde el que Las Tres Soberanas contemplaban y dirigían la ceremonia. A sus pies, los doce jueces, enfundados en severas togas negras, vigilarían el desarrollo del combate, mientras que el público se disponía en torno al disco superior en varias gradas metálicas, a las que se accedía por unas escalinatas oxidadas que rodeaban el cilindro por el que había subido nuestro ascensor. Sobre los torreones, en los que se acomodaban los legionarios ya consagrados, así como los generales del cuerpo, ondeaban los estandartes de los distintos emblemas de la Legión: el guepardo y la cobra, el toro y el oso, la salamandra y el halcón, el lobo y la lechuza.

El público voceaba aquel lema: «¡Uno entre doce!». Los niños y los ancianos. Los generales y sus esposas. Pero incluso una vez en la Plataforma, solo éramos capaces de oír el rumor de las capas de malla rozando nuestros hombros, el tintineo de las armas en sus vainas, las suelas de nuestras botas sobre la gravilla. Estábamos adiestrados para concentrarnos en todas aquellas señales. Nos habían enseñado a respirar y a percibir, a visualizar nuestra meta y, después, deslizarnos hacia esa meta de un modo inconsciente, tan natural como el agua que cae arrastrada por la gravedad, ladera abajo. El Camino Púrpura nos había enseñado a no pensar, a no sentir, a no valorar, a reaccionar por pura intuición. Sí, era una ciencia más antigua que nosotros, más antigua aún que la Primera Cúpula. Una ciencia, decían los más ancianos, anterior a las Guerras del Tiempo, de la época en la que los hombres convivían con animales orgánicos, los criaban, los abrevaban y los mataban para alimentarse.

Ahora teníamos que formar dos círculos concéntricos en torno al podio del Animal de la Memoria, tal y como nos habían enseñado. El disco interior giraría de izquierda a derecha y se detendría a voluntad de los dioses, fijando así nuestro destino, repartiendo nuestra suerte.

Miré hacia el público, vi el rostro de niños ansiosos, sedientos de sangre. Miré después a Adras, cuatro puestos a mi izquierda. No podía mantenerse quieto y cambiaba su peso de uno a otro pie. Si teníamos suerte y la rueda no se detenía en el lugar exacto, nos libraríamos de combatir entre nosotros. Yo sabía su nombre y él sabía el mío, y aquello representaba una flaqueza —«un nombre es una herida»—, me hacía más difícil desearle la muerte.

El disco central se abrió y, del suelo, con un inmenso gruñido, emergió un cilindro metálico perfectamente bruñido de más de dos metros de altura. Era el podio sobre el que se colocaría el

halcón que ya el maestro Kyrios traía sobre su brazo, con los ojos tapados por una capucha, y a cuyos grilletes encadenaría su pata tal y como mandaba la tradición. Sus alas estaban moteadas de manchas. Las plumas eran negras en sus puntas y tenía una banda blanca al final de la cola. Me pareció poco más que una nerviosa masa marrón aferrada al brazo del maestro Kyrios, mucho más pequeña y con el plumaje más pobre y sucio que el animal que había contemplado en mi sueño.

—La memoria del mundo que fue os contempla —dijo con solemnidad el maestro—. Honrad su emblema con vuestros actos.

Apenas pronunciadas estas palabras rituales, con un incisivo chirrido, el disco bajo nuestros pies comenzó a girar y arrancó un rugido al público. Vi la Plataforma dar vueltas en torno a mí, y, con él, el cielo de color púrpura oscuro a través de la Primera Cúpula tiñendo el mundo. Uno de aquellos seis luchadores aun sin emblema, anónimos detrás de su máscara metálica, una simple red ovalada de metal que nos convertía en efigies sin ojos, boca ni nariz, se convertiría en mi primer rival. Ni siquiera era posible distinguir su dojo de procedencia. Pero estoy segura de que todos sentíamos lo mismo, la misma inyección de adrenalina, el sudor corriendo por nuestro cuello bajo la máscara, y también el orgullo de protagonizar una tradición milenaria.

Miré al Palco de soslayo. Tras la cortina también púrpura se distinguían las siluetas de las Tres Soberanas, erguidas ante nosotros, dispuestas a dar la señal para que comenzara el combate. Nadie había visto jamás su rostro, cubierto siempre por una toca, a excepción de las personas de su séquito. Todo a nuestro alrededor, incluidas las hojas de nuestros sables, nadaba en ese color inmenso, omnipresente.

Después devolví la mirada al podio, buscando inspiración en el Animal de la Memoria, y comencé una nueva oración: «Si este es mi último día en la tierra, no permitáis que ingrese en el mar del Gran Sueño de una forma deshonrosa. Cortad, oh, dioses, los Tres Hilos de mi vida si esa es vuestra voluntad. Pero si es vuestro deseo que sea recibida entre los defensores de las Tres Cúpulas, ayudadme a servir también con honor hasta el día de mi muerte».

Y, entonces, la rueda se detuvo.

3. La Consagración

Con un chirrido que hería los tímpanos, el disco detuvo su giro bajo nuestros pies. Por fortuna, la rueda no nos enfrentaría a Adras y a mí. Lo localicé cuatro puestos a mi derecha bajo los rayos de sol del mediodía que la Primera Cúpula filtraba y convertía en resplandores violetas. Resultaba muy fácil reconocerlo por su postura encorvada y su talla, pues les sacaba al menos quince centímetros a los demás postulantes, y porque era el más inquieto de todos.

El rival que me había caído en suerte inclinó la cabeza hasta tocar la empuñadura de su sable con la frente, tal y como indicaba el protocolo. Era sin duda un hombre, por su complexión. Tenía una espalda muy ancha y unos brazos que intimidaban por su volumen. Respondí a su saludo y me coloqué en posición de guardia, los pies clavados en el suelo, las rodillas ligeramente flexionadas, aferrando la empuñadura de roble de mi arma con ambas manos, la hoja que restallaba ante mis ojos bajo una luz violeta omnipresente, mientras a nuestro alrededor comenzaba la música de sables.

Él, sin embargo, no adoptó la posición de guardia, sino que avanzó hacia mí arrastrando la punta de su sable, que arañaba el suelo de hormigón de la Plataforma y levantaba chispas y gravilla con un sonido que ponía la carne de gallina.

Aún tuve tiempo de ver de reojo cómo Adras arremetía contra su oponente, moviéndose a una velocidad sobrehumana, el brillo púrpura de su sable girando en el aire y haciéndole retroceder. Si yo sobrevivía al mío, tal vez me tocara enfrentarme con aquel larguirucho tan veloz. Pero de momento tenía otro problema más urgente del que ocuparme.

Y es que mi rival ya se hallaba a pocos metros con su arma alzada sobre su cabeza, y se lanzaba sobre mí descargando un mandoble de arriba abajo para dejar muy claras sus intenciones desde el principio. El sonido de la hoja cortando el aire puso en guardia hasta el último músculo de mi cuerpo. Mis reflejos se activaron, y, en un movimiento rapidísimo, flexioné mis piernas para mantener el equilibrio mientras interceptaba su espada a la altura de sus ojos. Yo era unos diez centímetros mayor que mi oponente, una chica alta para la media, espigada y de piernas y brazos muy delgados, pero aquel combatiente tenía una musculatura tan explosiva que hizo que, dentro de mi máscara, resonara un resoplido sincronizado con el momento exacto en que detuve el golpe: ¡Buf, menudo animal!

Durante un segundo cruzamos ante el óvalo de nuestras máscaras las hojas de nuestros sables, todavía limpios como espejos. Su fuerza descomunal me obligó a retroceder varios pasos. Ni siquiera había necesitado estudiarme con un primer intercambio de golpes: había hecho aquella maniobra para dejarme muy clara su potencia, porque de inmediato frotó la hoja de su sable contra la mía, arrancándole chispas y un chirrido agudo, y dio un paso atrás para colocarse, ahora sí, en posición de guardia. Mensaje captado, musculitos.

Detrás de la máscara metálica, el sonido de mi propia respiración llenaba mis oídos. De acuerdo, pensé. Tenemos un hueso duro. Y ahora le tocaba a vuestra amiga Clea dar un paso adelante lanzando una estocada de dentro hacia fuera a la altura de su pecho, seguido de otra inversa que buscaba el peto de mi oponente. Sin embargo él las evitó inclinándose al lado contrario de una y otra y me lanzó otro tajo interior a la cintura. Me habría partido en dos de no haber reaccionado con un paso atrás en el momento justo.

El público rugió. Era obvio que me encontraba en gran desventaja. Nunca había visto a nadie moverse tan rápido y con un equilibrio tan impecable, no desde luego en mi dojo. Apenas con

una torsión de su cuerpo había esquivado mi arremetida y me había respondido con la suya. Pero comprender la inmensa desventaja en que me hallaba frente aquel oponente solo servía para que mis brazos y mis piernas me resultaran más pesados. Mi cuerpo tenía que fluir si quería encontrarle un punto débil a aquella masa de músculos. Eso es lo que llevaba años practicando. Esa era la enseñanza del Camino Púrpura. Pensar solo servía para debilitarme.

Porque ahí venía otra vez, al ataque, consciente de su superioridad. Mi rival cruzó varios cortes verticales que detuve retrocediendo, siempre con mi pie derecho adelantado, arrastrándolo sobre el asfalto para mantener el equilibrio. Pero cada vez los cortes eran más rápidos y venían de más direcciones. Buscaban primero mi cuello e inmediatamente mi cintura, y yo no podía más que retroceder ante las acometidas de mi rival. Era demasiado fuerte para mí, demasiado rápido. De vez en cuando lanzaba una estocada a la altura de mi pecho y entonces tenía que girar sobre mí misma y recuperar rápidamente el equilibrio, antes de que él volviera a cruzar el sable en el aire a la altura de mi garganta.

El sudor corría bajo mis ojos y se descolgaba por mi barbilla. A través de la rejilla de metal de mi máscara, veía una y otra vez la espada de mi oponente girando en el aire, de izquierda a derecha, de arriba a abajo. Bajo la luz violeta de la Primera Cúpula, las hojas de los sables no parecían hechas de aleación, sino de luz, o de alguna extraña energía cegadora, y poco a poco se iba imponiendo en mi mente la imagen de mí misma tendida en el suelo, herida, deteniendo a la desesperada los golpes de mi rival, porque me limitaba a parar sus embestidas y a retroceder hacia la cerca electrificada que rodeaba la Plataforma y nos separaba del público sediento de sangre.

Tenía que espantar de mi mente aquella imagen. Y os juro que intentaba con todas mis fuerzas acallar una intuición tan funesta como aquella. Pero los rugidos del público llegaban hasta mis oídos, como llegarían hasta los del Halcón de la Memoria que, desde el centro exacto del podio, observaba la primera sangre derramada sobre el asfalto, los primeros postulantes que caían heridos a nuestro lado. No encontraba ningún hueco por el que estocar y la mera idea de un contraataque me parecía un imposible, si apenas tenía tiempo de contener sus golpes y escuchar mi propio bufido tras la máscara cada vez que encajaba uno de ellos.

Entonces, como surgida de la nada, la voz de mi maestro Perses inundó mi cabeza, ocupó todo el espacio de mi pensamiento, dándome órdenes, ayudándome a construir una imagen sanadora que oponer al miedo al dolor y a la muerte, que son peores que el propio dolor y que la propia muerte. Por supuesto que no era Perses. Era mi puro instinto, que había adoptado su voz después de tantos años de instrucción: «Eres como una piedra recibiendo la lluvia. No piensas en la lluvia. No temes a la lluvia». Me repetí esa fórmula. La oí resonar dentro de mi máscara y así conseguí rehacerme. Sentí unas fuerzas renovadas que me impulsaron a pasar al ataque. No caería sin oponer aquella resistencia silenciosa, inconsciente pero firme.

Mi rival se disponía a un nuevo ataque cuando otro combatiente se interpuso entre nosotros, por lo que se vio obligado a atajar sus golpes. El combate comenzaba a deshilacharse. Los postulantes se buscaban por la plataforma de forma anárquica, si bien las reglas de honor impedían atacar por la espalda o aprovechar que un rival había sido doblegado o debilitado por otro para destruirlo.

En ese momento me crucé con Adras sobre el asfalto, estoy segura de que era él. Nos miramos por un instante en posición de guardia. ¿Nos atreveríamos a proponer un ataque? Pero... ¡Rápido! Estaba en peligro. Una sombra a mi lado. Una de las chicas lanzó un mandoble en vertical, directo a mi cabeza. Me aparté en el momento exacto, rodando por el suelo con la

empuñadura de mi sable pegada a mi pecho, como me habían enseñado en el dojo, y esta vez el público rugió por mi maniobra.

Entonces la chica decidió encarar a Adras, que había quedado a un par de metros frente a ella. Se lanzó imprudentemente sobre él soltando un barrido hacia el exterior, a la altura del vientre, pero el larguirucho hizo girar sus piernas en una pirueta rapidísima, rotando a toda velocidad, inalcanzable para su rival. Luego sus pies se clavaron en el suelo con un equilibrio perfecto y ella se quedó pasmada, como si la sangre se le hubiera congelado. ¿Acaso estaba viendo los Tres Hilos ante la inminencia del peligro? ¿Acaso seguía con la mirada el hilo negro que la unía a Adras?

Si vierais una señal del destino que anunciara vuestra muerte, que apuntara directamente hacia vuestra mano izquierda, ¿no perderíais la fuerza en los brazos, la confianza en vuestro entrenamiento, la fe en vuestras posibilidades? Porque entonces Adras devolvió el sablazo a la altura del cuello, con un corte rapidísimo que restalló en el aire púrpura de la Plataforma, y la sangre de la muchacha salpicó el asfalto. ¿Tal vez aquella pobre desdichada podría haberse salvado si la hipnótica imagen del hilo tricolor no la hubiera dejado indefensa?

Adras limpió la sangre de su sable con una sacudida y volvió su rostro enmascarado hacia mí. Yo nunca había oído la sangre, nunca había visto la muerte tan cerca. Y, por alguna razón, imaginé a Adras sonriendo como un sádico tras la máscara. Pero entonces cubrió su mano izquierda con la derecha haciendo un gesto del Código Púrpura: el puño cerrado dentro del otro, y me dio la espalda. El Código Púrpura era una herramienta para coordinar nuestras operaciones compuesto de signos manuales, en el que cada posición de los dedos en relación a la palma de las manos ofrecía unas instrucciones concretas a los compañeros de filas. Y aquella posición, el puño cerrado dentro del otro, significaba algo muy claro en nuestro código: unión, reagrupamiento. En respuesta, hice otro ademán que no pertenece al Código Púrpura, y que por su grosería prefiero no traducir para vosotras.

¿Qué demonios quería decir con aquel mensaje, unión, agrupamiento? No tuve tiempo de averiguarlo. Adras me dio la espalda y vi los mechones trasquilados de cabello rubio sobre su nuca, justo donde nacía la trenza que, en un gesto de insolencia, había lanzado aquella mañana a los pies del maestro Kyrios.

El combate se había vuelto anárquico. A mi alrededor las parejas de contendientes se intercambiaban. Y, sin embargo, en cuanto pude incorporarme, aquella mole de músculos estaba de nuevo frente a mí, en posición de guardia, dispuesta a terminar su trabajo. Alguien trató de interponerse entre él y yo. Mi oponente se apartó a un lado en el momento exacto en que un sable rasgó el aire buscando su cabeza. La hoja de exoal relampagueó a unos centímetros de su cuerpo y arañó el asfalto de la Plataforma con un crujido seco, y entonces mi rival lanzó una patada a la coraza de su atacante que lo proyectó varios metros atrás. No parecía interesado en nadie más que yo. ¿Quizá había visto en vuestra amiga Clea al contrincante más débil?

De nuevo avanzaba hacia mí, sin respetar siquiera la guardia, con los brazos abiertos. Las gotas de sudor se me metían en los ojos, escocían, casi no podía ver. Mi oponente hizo girar la espada en el aire sobre su cabeza y se lanzó de nuevo al ataque. La música de nuestros sables al encontrarse volvió a rechinar sobre el asfalto. Un golpe tras otro, aquella bestia me obligaba a retroceder, mientras a nuestro alrededor caían los cuerpos de otros postulantes ya vencidos con un ruido sordo que ponía los nervios de punta, seguido del rugido estremecedor de los asistentes.

Otro paso atrás, y otro. Los golpes de su sable contra el mío retumbaban por dentro de los huesos, podía sentirlos en mi esternón. Y entonces, en aquel retroceso desesperado, tropecé con el cuerpo de uno de los caídos, noté cómo mi tobillo se doblaba y perdí el equilibrio. Dioses,

pensé, esto es el fin. La caída de espaldas contra el asfalto me cortó la respiración e hizo que mi sable se me escapara de las manos. Vi las gotas de mi propio sudor saltar por el aire y teñirse de violeta. La malla de mi capa chirrió al chocar contra el asfalto, de un lado, y contra mi coraza de otro, y escuché la voz del maestro Perses ordenándome que me levantara. Pero me faltaba el aliento, abría la boca agónicamente tras la máscara metálica, como un pez fuera del agua, y notaba su sabor a metal en mis encías:

—Cortad, oh, dioses, los Tres Hilos de mi vida si esa es vuestra voluntad —recé en silencio.

Estaba aturdida y la Plataforma daba vueltas alrededor de mi cabeza. El público exigía mi muerte. Incluso los niños. Y yo solo esperaba el momento en que los hilos brotaran de mis dedos.

Mi último pensamiento, o el que creí que iba a ser mi último pensamiento, fue para mi amiga Sila. Me pregunté si se encontraría entre los enmascarados que vigilaban la ceremonia o, por el contrario, sus restos yacerían cincuenta metros más abajo de la Plataforma, en la necrópolis del Domo e intenté en vano dibujar su rostro en mi memoria.

Ya podía ver los pies de mi rival avanzando hacia mí, muy despacio. Pese a que mi suerte parecía echada, los Tres Hilos aún no habían brotado de mi mano. ¿Tal vez la serenidad con que había aceptado mi suerte lo impedía? ¿Tal vez era el corazón acelerado del combatiente, la sangre bombeando a toda velocidad por las venas y arterias, lo que hacía brotar aquella imagen hipnótica?

Entonces mi oponente levantó su mano izquierda en forma de garra, y el público bramó enfervorecido. En nuestro lenguaje de signos, el Código Púrpura que habíamos aprendido durante años de entrenamiento, aquel gesto tenía un significado muy preciso.

—Se acabó —eso es lo que significaba.

4. MI HILO NEGRO

Si estoy narrando este episodio, supondréis, mis queridas hermanas, que contra todo pronóstico salí victoriosa de aquel duelo mediante algún ardid, alguna triquiñuela aprendida en mi dojo, que obtuve mi moneda del compromiso aquella mañana, y que de esta manera alcancé mi sueño de servir en la Legión Púrpura, de proteger a los inocentes bajo las Cúpulas de las invasiones de los hostiles. Pero no podéis estar más equivocadas.

Me hallaba tendida boca arriba sobre la Plataforma. Había perdido mi sable en el combate y solo conservaba mi puñal, envainado en la cintura, un arma para el combate en la distancia corta. Me había resignado al desenlace. Y allí estaba mi corpulento contrincante, en pie frente mí, el frío de su sable acercándose a mi cuello, su máscara reflejada en el ancho y afilado metal. A mi alrededor, las armaduras púrpuras descansaban en el suelo rodeadas de un charco de sangre prácticamente negra por efecto de la Primera Cúpula, como frutas aplastadas contra el asfalto. Y pronto yo sería una de aquellas frutas aplastadas. En unos segundos, un hilo brotaría de la mano de mi rival y se uniría a mi mano, un hilo negro que, en nuestro idioma, solo significaba una cosa: tú serás la siguiente.

Aquello siempre había formado parte de las posibilidades. Siempre lo supimos. Habíamos sido entrenados para aceptar la muerte a través de larguísimas horas de meditación, y sin embargo una parte de mí sentía una tristeza inmensa al pensar que mi hilo púrpura, el del amor, se perdería entre la multitud de la Plataforma, desperdiciado. Nunca conocería al amor de mi vida. Moriría aquella misma mañana sin llegar a conocer su nombre. Así que intenté formar un pensamiento perfecto, tal y como me habían enseñado en el Cuarto Dojo, una imagen de plenitud, de comunión con todas las cosas que existen, que la mayoría de los seguidores del Camino Púrpura, a decir de mi maestro, solo lograba a las puertas de la muerte.

En ese mismo instante, el larguirucho de Adras acababa de doblegar a su rival a pocos metros de donde yo me hallaba tendida. Lo tenía de rodillas frente a él, y seguro que los labios de aquel pobre desdichado estaban entonando nuestro rezo ritual: Cortad, oh, dioses, los Tres Hilos de mi vida si esa es vuestra voluntad... Pero Adras no le iba a permitir terminarlo siquiera. Le lanzó un corte rapidísimo, desde su pecho hacia fuera, la hoja sonó como un suspiro en el aire y, por un segundo, el público de la Plataforma contuvo el aliento. Un hilo de sangre brotó del cuello de su rival, como un delgadísimo collar rojo, y luego su cabeza se desprendió del cuello muy lentamente, se descolgó y rodó por el asfalto para arrancar otro rugido a la multitud.

—Buena suerte —le deseé a Adras en un susurro, pues todo se decidiría entre mi oponente y él, los últimos postulantes en pie.

Después Adras reunió las manos sobre la empuñadura de su sable y apoyó la punta en el suelo, a la espera de su turno. Las reglas de honor prohibían interrumpir el sacramento de la decapitación. Si un rival era derrotado y desarmado, nada ni nadie podía impedirle al vencedor ejecutar aquel ritual.

Miré al cielo. Vi el borroso reflejo circular de la Plataforma en la bóveda violeta de la Primera Cúpula, demasiado lejano, como las estrellas. Alcé mi mano izquierda con la palma hacia mi oponente, haciendo el signo de la rendición. Era un gesto de honor con el que se reconocía la victoria y la superioridad del contendiente. Pero él permanecía inmóvil, su pecho hinchándose y deshinchándose con la respiración. Y entonces...

Sentí un repentino temblor en mi brazo izquierdo. Era como si algo se hubiera activado dentro

de mis venas y mis arterias, como si una corriente eléctrica fluyera a través de ellas, un hormigueo parecido a una descarga de energía, seguido de una quemazón en la carne. Dioses, era la sensación más angustiosa que había sentido en mi vida.

Y de repente los vi. Los Tres Hilos brotaron de mi mano izquierda atravesando el guante de malla. Eran muy distintos a como los había imaginado, más que hilos, tres delgadísimos haces de luz, y en apenas unos segundos se formó bajo la bóveda de plasma la inmensa red tricolor que unía a todos con todos, a los tres combatientes que quedábamos en pie y a todos los presentes en la Plataforma, y mis hilos se perdieron en esa red.

Me quedé hipnotizada. Era una visión maravillosa, la gigantesca e intrincada red tricolor que solo puede contemplarse en las inmediaciones de la muerte, desplegada ante mis ojos, miles de hilos de los tres colores cruzándose en el aire, tensos como haces de luz, uniendo a cuantos se hallaban en la Plataforma bajo el sol del mediodía para formar un inmenso mosaico. Tuve la tentación de tocarlos. Pero, entonces, mi corazón dio un vuelco: aquel muchacho sudoroso que respiraba con angustia mientras sostenía la hoja de su sable contra mi cuello no era mi verdugo. ¿Cómo era posible? No alcanzaba a ver dónde desembocaban mi hilo negro y mi hilo rojo, que traspasaban su cuerpo como si fuera de cristal y se perdían en algún lugar a sus espaldas. Solo el hilo púrpura terminaba en un extremo visible para mí. Y resultó que aquel hilo púrpura desembocaba en el dedo índice de la mano que sostenía un sable contra mi cuello.

¿Cómo era posible? ¿Cómo podía estar unida por el hilo púrpura al hombre que se disponía a quitarme la vida, que estaba obligado a hacerlo por las estrictas reglas del Domo? ¿Acaso podían los dioses equivocarse? Y, en tal caso, ¿cabía desobedecer las leyes de los dioses para plegarse a las de los hombres? Sin duda se trataba de un error. El destino no podía haber unido a dos rivales como nosotros con un hilo púrpura, pues yo estaba condenada a morir y mi rival estaba condenado a quitarme la vida. ¿Qué clase de broma era aquella?

Entonces mi rival introdujo la punta de su sable bajo mi máscara, sentí el frío de la hoja en mi cuello y esperé su estocada contra mi yugular. Y sin embargo, con un movimiento delicado, alzó la máscara lo suficiente para ver mi rostro. Aquello era un sacrilegio, pese a que, estoy segura, nadie más pudo ver mi rostro desde la grada de la Plataforma, oculto bajo la sombra de la capa de malla de mi oponente. Movidio por el deseo de conocer mi identidad, mi contrincante había violado sus votos. Pero aún iba a hacer algo aún más increíble: sacudió las gotas de sangre de su sable, limpió la hoja en su hombro y lo envainó. ¡Me había perdonado la vida! Había escogido obedecer a los dioses y no a los hombres, aunque aquello le acarrearía una condena.

—¡Pero qué demonios...!

Desde su grada, inmediatamente inferior al Palco, los generales estupefactos se habían puesto en pie y se miraban unos a otros tras sus máscaras blancas. También yo estaba absolutamente perpleja. No tenía sentido: perdonar la vida a alguien en la Plataforma sin la bendición del público era una estupidez, nadie se mostraría jamás tan compasivo porque no podría salvar la vida de su rival y, por añadidura, se condenaría a sí mismo. A los desertores de la Plataforma no les aguardaba otra cosa que el mar del Gran Sueño. Perdonándome la vida, mi contrincante se unía a mi destino.

Luego se giró hacia Adras. Caminó hacia él y vi unos mechones rubios cayendo sobre su espalda. ¿Acaso había decidido combatir con aquel larguirucho antes de quitarme la vida? No, imposible. Las leyes del Domo no permitían una cosa así. Su deber sagrado era decapitarme ante la multitud. Tal era su juramento. Tratad de imaginar, hermanas mías, aquella mezcla de perplejidad y de espanto, todos los ojos de la ciudad atravesando nuestras armaduras, todo detenido a nuestro alrededor por el asombro.

Los purpurados que vigilaban el perímetro ya se habían llevado la mano a la empuñadura de su sable. Una sola señal del Palco y desenvainarían y nos decapitarían ante la mirada de miles de personas, y también de las Tres Soberanas imperecederas, en pie tras la cortina de su palco.

—Si queréis salir con vida de esta, no os separéis de mí —dijo Adras mientras se retiraba la máscara y la lanzaba contra el suelo, provocando que los generales se pusieran en pie, presas de la indignación y la sorpresa.

El rostro de Adras me pareció hermoso por sus imperfecciones: una larguísima cicatriz que nacía en el pómulo izquierdo y cruzaba en vertical hasta la barbilla, y una nariz demasiado larga y algo aguileña, además de las pequeñas arrugas que rodeaban sus ojos y que lo hacían parecer mayor que yo, lo cual era imposible, pues todos los que combatíamos en la Plataforma teníamos exactamente la misma edad: dieciséis años recién cumplidos. Pero sus ojos, los mismos ojos verdes que yo había visto reflejados en la hoja de su sable la noche anterior, tenían un brillo especial.

De repente, Adras corrió hacia el centro de la Plataforma, en dirección al podio desde el que nos contemplaba el Animal de la Memoria, y, arrancándose su capa de malla, atrapó al Halcón utilizándola como saco. El animal intentó revolotear, pero Adras cerró la capa como una bolsa para que no pudiera abrir las alas y, después, de un certero mandoble, cortó la cadena que lo amarraba al poste, provocando una nueva oleada de murmullos de asombro entre los espectadores.

—Pero ¿qué estás haciendo? —se escuchó la voz metálica de mi oponente tras su máscara—. Una sola orden desde el Palco, y esos bichos de allá arriba se lanzarán sobre ti, imbécil.

En ese momento, el estruendo de una docena de turbinas se alzó sobre nuestras cabezas, procedentes de las ocho torres que rodeaban la Plataforma. Conocíamos bien aquel sonido: eran los aerodeslizadores, que ya planeaban sobre nosotros agitando con sus turbinas los emblemas de las banderolas, de tal modo que los iconos de aquellos animales temblaban dentro de los paños rojos de las banderas.

—¡Atrás! —gritó el larguirucho.

Con un ruido estruendoso, las sombras de los aerodeslizadores trazaban círculos sobre el asfalto en una coreografía perfecta mientras Adras sujetaba al Halcón y amenazaba con destruirlo.

El sonido de los aerodeslizadores sobre nuestras cabezas se parecía a un concierto de lobos, como si toda una manada de aquellas bestias se hubieran puesto de acuerdo para aullar exactamente en el mismo tono, componiendo un lamento que ponía la carne de gallina. Rápidamente, otro escuadrón de purpurados formó un círculo sobre el asfalto para acordonarnos, y comenzaron a estrecharlo en torno a nosotros, avanzando con una sincronización impecable. Nos rodeaban por tierra y aire.

—De qué va todo esto —me susurró el enmascarado que me había salvado la vida mientras se aproximaba a mí.

—No lo sé. Pero creo que ahora eres un desertor. Así que no te conviene separarte de ese chiflado si quieres salir vivo de aquí.

—¿E-e-e-estás loca? —tartamudeó.

—Con el Halcón de la Memoria en nuestro poder, nadie se atreverá a acercárenos siquiera.

—¿En serio? ¿Por un pajarraco?

—No se la jugarán —respondí—. Es demasiado valioso.

Así lo creía entonces. Estaba segura de que no les valía la pena arriesgar la vida de uno de los últimos animales orgánicos que quedaban en la tierra para atrapar a tres pobres desgraciados

como nosotros. Desde niños, nos habían inculcado su naturaleza sagrada, a medio camino entre los dioses y los hombres, tan imperecederos como las Tres Soberanas. Aquellas criaturas habían permanecido a su lado durante más de dos mil años, si bien, aunque lo llamáramos inmortalidad, era otra condición distinta: ni envejecían ni podían enfermar, eran inmunes al desgaste del tiempo y a los estragos de la enfermedad, así que estarían con nosotros tanto tiempo como lo permitiera la paz de las Tres Cúpulas, mientras mantuviéramos a raya a los hostiles. La paz era su condición de existencia y, al mismo tiempo, su existencia simbolizaba la paz de nuestro mundo.

—Estos bichos pueden sangrar —advirtió el chiflado de Adras al escuadrón que se nos aproximaba— y, por lo tanto, pueden morir.

En lugar de combatir contra mi oponente y ganar su puesto en la Legión Púrpura, o perder la vida con honor, Adras había aprovechado el desconcierto para hacer una locura como aquella, y ahora nos hallábamos los tres en una circunstancia tan absolutamente fuera de todos los programas y protocolos, que nadie sabía cómo actuar.

El jefe de escuadrón dio un paso al frente, extendió la mano izquierda hacia nosotros. Aquel ademán era otro de los signos silenciosos del Código Púrpura, que tan bien conocíamos. De inmediato, tres de sus hombres extrajeron de sus cinturones unos cubos de metal cromado. También sabíamos perfectamente lo que eran aquellos chismes, nos habían entrenado para utilizarlos: trampas de plasma. Podían desplegarlas a nuestros pies e inmovilizarnos.

Pero Adras reaccionó con determinación:

—Un solo paso más y le rompo el cuello a este pajarraco. No me importa morir sobre el asfalto —le gritó al jefe del escuadrón de la Legión Púrpura.

Detrás de su máscara metálica apenas era posible intuir el agujero de la boca del jefe de escuadrón. Su rostro solo era un óvalo oscuro. Pero ya os he hablado de ese idioma que conocían tanto los purpurados como los postulantes, un idioma silencioso, hecho de gestos con la mano. Y el jefe de escuadrón alzó la suya y dirigió su mirada hacia el Palco, esperando instrucciones. Fueron los segundos más largos de toda mi vida, hermanas mías. Si abría sus dedos mostrándonos la palma de su mano, significaba que podíamos marchar, pero si cerraba los dedos en forma de garra, entonces...

Desde donde nos encontrábamos, me pareció distinguir la insignia de la cobra en su cuello. Seguramente todos los demás legionarios que nos observaban expectantes servían bajo el estandarte de la cobra, a quienes habrían encomendado la seguridad de la ceremonia. Estoy convencida de que lo que estaba sucediendo ante sus ojos no se les había pasado ni por la imaginación, ni a ellos ni al público expectante, que permanecía en un fantasmal silencio, pues ¿quién había hecho algo semejante, jamás? ¿Alguien había presenciado nunca un espectáculo así en la Plataforma?

—¿Qué me dices, Chica Dura? —vociferó Adras—. ¿Ambos pájaros se refugian en la jaula de oro o, por el contrario, los dos echan a volar?

—No creo que nos dejen volver a entrar en la jaula —repliqué tras mi máscara.

Ahora mi oponente me miraba, escudriñando una pista de cuáles serían mis intenciones.

—¿Y tú, musculitos? ¿De qué clase de pájaros eres?

Mi oponente permanecía mudo tras su máscara, fiel a su voto de silencio.

—Por si no te has dado cuenta, ya no tiene mucho sentido mantener tu voto de silencio. ¿O es que eres así de calladito por naturaleza?

Mi oponente agarró la empuñadura de su sable, ya envainado, y avanzó unos pasos hacia Adras para decir:

—Yo no sé hacer discursos. Solo sé hablar con esto.

Desde luego, Adras era un verdadero especialista en sacar de quicio.

—Deberían haberte puesto un bozal en lugar de una máscara —intervine—. ¿Cuál es tu plan? Aunque el Palco ceda a tu chantaje, ¿cómo saldremos de aquí?

El jefe del escuadrón seguía mirando hacia el Palco a la espera de instrucciones. El viento agitaba el toldo bajo el que se ocultaban las Tres Soberanas, pero nada en su interior parecía responder a aquel desafío.

Finalmente, el jefe abrió los dedos mostrándonos la palma de su mano.

—¡Uff! —resopló Adras.

Después, aproximó sus labios a la malla en la que aún se agitaba el Halcón:

—Pensé que no iba a colar, amiguito —le susurró.

Observé a mi oponente. Por su posición corporal, parecía aún más nervioso que antes del indulto del Palco. Ahora es cuando tenía que enfrentarse a la decisión más difícil: entregarse y ser ejecutado por traidor o escapar con aquel chiflado de Adras, lo que significaba también huir de todo aquello para lo que se había preparado durante toda su vida. O la muerte o esa otra forma de muerte, el exilio y la incertidumbre. Creedme, hermanas, que yo comprendía perfectamente aquel conflicto. Habíamos sido programados para no concebir una vida más allá del servicio a la Legión Púrpura.

—Nos llevaremos tres de esos chismes, si sois tan amables —vociferó Adras.

Tras consultar al Palco de las Tres Soberanas con un vistazo, el jefe de escuadrón hizo una señal hacia el cielo y tres de los aerodeslizadores de la Legión Púrpura descendieron sobre el asfalto, ensordeciéndonos con sus turbinas, para detenerse frente a nosotros.

—Bueno, muchachos. ¿Alguno quiere enrolarse en la aerotransportada? —vociferó Adras saltando sobre el disco dorado del primero de los aerodeslizadores.

Yo salté al segundo entre el murmullo de una multitud puesta en pie que no entendía nada, me colgué la mochila con las baterías del vehículo y comencé a ajustarme las correas a las botas como me habían enseñado en el dojo. El público ya salía por los vomitorios de la Plataforma y descendía en riada por las escaleras que rodeaban el cilindro central, aunque con una ejemplar disciplina. Me pareció que escapaban con el sigilo de quienes han sido entrenados en simulacros, supongo que para una eventual invasión de la cúpula por parte de los hostiles, o quizá descendían por las escaleras como un hormiguero en perfecto orden porque esperaban que el verdadero espectáculo de la tarde tuviera lugar en las afueras, en las calles de la Ciudad Perpetua. Solo los que permanecían en las gradas comenzaron a abuchearnos. Me fijé en el rostro de un niño, era muy parecido al mío, el color de los ojos y del pelo, el óvalo de su cara. Cuántas veces, siendo yo niña, habría soñado con el día de mi Consagración. Aunque ninguno de aquellos sueños se parecía, ni remotamente, a lo que estábamos viviendo aquella mañana.

—Será mejor que cargues tú con este pajarraco. No me fío de tu novio —me dijo Adras.

—No es mi novio, idiota.

Aun así, me colgué del cuello la malla en cuyo interior aún se agitaba el pobre animal. No era demasiado pesado, no superaría los dos kilos, de modo que podía cargarlo en mi mano derecha, dejando la izquierda libre para el control de velocidad del aerodeslizador.

—Menos mal que nos tocó un Halcón, y no un toro o un oso —bromeó Adras.

Pero, si queréis que os sea sincera, hermanas, temía por mi vida y supuse que el Halcón de la Memoria serviría como una especie de salvoconducto. Los purpurados no se atreverían a acercarse a mí. Hoy, tantos años después de aquella mañana, me pregunto si Adras no me encomendó la custodia del Halcón precisamente por ese motivo: para protegerme.

Solo faltaba mi oponente. Su aerodeslizador lo esperaba flotando a unos veinte centímetros del asfalto. Me volví hacia él.

—Márchate —dijo mi rival—. Yo voy a e-e-e-entregarme.

¡Pero si tartamudeaba! Aquella masa de músculos tenía su punto débil, lo cual ayudó a despertar mi compasión por él. Me había salvado la vida y quería hacer algo por salvar la suya, aunque fuera algo desesperado. Al fin y al cabo, un hilo púrpura nos unía. Si nos quedaban pocas horas de vida, al menos las pasaríamos juntos, al menos me marcharía al Gran Mar del Sueño habiendo conocido a la persona que me estaba destinada.

—Me perdonaste la vida —le respondí, alzando la voz sobre el ruido de las turbinas—. Si nos quedamos, tu generosidad habrá sido en vano.

Una docena de purpurados aéreos giraban sobre nuestras cabezas erguidos en sus plataformas, emitiendo aquel aullido suyo que te ponía los pelos de punta, e iluminando nuestro camino con sus reflectores. ¿Se atreverían a lanzarse en nuestra persecución? No, organizarían el operativo de nuestra captura lejos de la Ciudad Perpetua. Establecerían nuestra localización electrónica desde el Palco y, después, simplemente esperarían a que se nos agotara la carga energética del aerodeslizador para enviar de noche a una silenciosa patrulla a nuestro escondite. O, al menos, eso es lo que yo hubiera hecho en su lugar. Incluso conocía las estrategias que utilizaban en sus operativos gracias a mi instrucción. Podría decirse que había aprendido a pensar como ellos.

—Eh, tú, musculitos. ¿Vienes con nosotros o no?

Mi oponente no respondió, estaba paralizado.

—Tampoco es tan difícil —insistió Adras—: se trata de vivir o morir.

Supongo que, en aquellos instantes, nuestro camarada estaba tomando la decisión más importante de su vida. Porque aquel era, sin lugar a duda, el momento más trascendental que habíamos vivido a nuestros dieciséis años, y un solo paso en la dirección en que nos indicaba Adras marcaría el sentido del resto de nuestra existencia: abandonar o no la jaula de oro.

Y decidimos dar ese paso. Fue solo una inclinación de cabeza, un acuerdo mudo entre él y yo, acostumbrados como estábamos al lenguaje de la Legión Púrpura, hecho de gestos y señales, carente de palabras.

—¡Vamos! —le apremió Adras.

Entonces se alzó la máscara del rostro mostrando un peculiar hoyuelo en su mentón, el cabello muy rizado, grueso y fuerte, peinado hacia atrás para domarlo y, al fin, pude ver por primera vez sus preciosos ojos azules, unos ojos melancólicos que le daban aspecto de héroe frágil, capaz de sentir tristeza y también fatiga.

—Muy bien, musculitos —vitoreó Adras mirando de reojo a los legionarios que se movían en círculo sobre nuestras cabezas.

—Me llamo Erin —dijo antes de saltar a su plataforma y ajustarse el equipo.

—Pues será mejor que te agarres fuerte, Erin.

5. La Noria Roja

Imaginad la escena, amigas mías: el murmullo de la multitud que abandonaba en orden la Plataforma, disciplinados como autómatas, el ruido de las turbinas de nuestros perseguidores a varios metros sobre nuestras cabezas, tapándonos el sol y proyectando sombras circulares sobre el suelo, y nosotros descendiendo muy lentamente de la Plataforma sobre nuestros aerodeslizadores, mientras una docena de purpurados aéreos seguían rondándonos desde el aire a una distancia prudencial.

—¿Y cómo vas a sacarnos de la jaula de oro? —le pregunté a Adras, intentando alzar mi voz tras la máscara—. Todas las aduanas estarán infestadas de legionarios. ¿Por cuál de ellas saldremos de la Primera Cúpula?

—Por ninguna —respondió él.

Era mediodía y el sol incendiaba el río que partía en dos la Ciudad Perpetua, una serpiente de fuego violeta que se abría paso entre los muros rosados de la urbe. Los tres fugitivos nos miramos por un instante y después, obedeciendo a un gesto de Adras, pulsamos a fondo el acelerador del mando de nuestra mano izquierda. Con una sacudida, los aerodeslizadores se lanzaron a toda velocidad por las calles estrechas y laberínticas, emitiendo tres zumbidos agudos que rebotaban en las paredes de las viviendas. Sentí la adrenalina recorriendo mis extremidades, con los pies firmes sobre la plataforma aerodeslizante y el viento atravesando mi máscara de metal.

—¡Vamos, Clea! —me dije—, tú sabes manejar estos chismes.

Yo había completado mi entrenamiento aéreo, sabía cómo controlar la dirección inclinando el cuerpo y desplazando el centro de gravedad, como todos, pero Adras parecía especialmente dotado para manejar aquel aparato a juzgar por la economía y precisión de sus movimientos, como si siempre hubiera servido en la aerotransportada. Y todo eso, tenedlo en cuenta, hermanas mías, circulando a una velocidad tan alocada que las calles se borraban en los bordes de nuestro campo visual.

Pero también estaba preocupada por nuestro cómplice, aquel muchacho con un hoyuelo en la barbilla con el que, solo unos minutos antes, me había batido a muerte sobre la Plataforma, que no parecía tan desenvuelto como Adras con aquellos vehículos. Así que, cuando enfilábamos alguna larga recta, echaba la vista atrás para comprobar que aquel tal Erin nos seguía, aunque aún no se divisaba a ninguno de nuestros perseguidores. Tal vez esperaban a rastrearnos. Tal vez no querían entablar combate en las calles de la Ciudad Perpetua.

El zumbido de nuestros aerodeslizadores rebotaba en las paredes de aquellas callejuelas de color violeta, todas idénticas entre sí, algunas de las cuales no debían tener más de un metro y medio de anchura. Una de las cosas más terribles de las Cúpulas, ahora lo comprendo, era esa enorme uniformidad. Ventanas y puertas idénticas, bloques de apartamentos gemelos que se sucedían a nuestro paso. Vosotras, hermanas, viviréis en un mundo mucho más rico, mucho más diverso, mucho más libre, pero allí todas las criaturas eran iguales, todas las flores, todos los animales domésticos, todos los ejemplares de peces y de algas y los recursos alimenticios.

—¿Sigues ahí, Erin? —me dije a mí misma volviendo la vista atrás.

El hilo púrpura me había enlazado con aquel muchacho que nos seguía a duras penas. Y en cuanto al joven que nos precedía, ahora estábamos atados a él por una especie de pacto secreto consagrado por el Halcón de la Memoria: los tres éramos fugitivos. Los tres dependíamos para

sobrevivir de aquel animal, y confiábamos nuestra vida a aquel Adras que parecía conocer muy bien el destino al que nos conducía, como si tuviera un plan trazado de antemano, puede que orquestado con otros.

—Más vale que sigas respirando, amiguito —le susurré al Halcón de la Memoria, que colgaba de mi mano fajado por la capa de Adras, tan inmóvil que temí que hubiera muerto de asfixia.

El Halcón de la Memoria era nuestro seguro de fuga, y todo resultaría en vano si no lo manteníamos con vida, puesto que los de la aerotransportada no tardarían mucho en encontrarnos. De lo contrario, nos ejecutarían a los tres en el Domo, frente a la multitud, clavarían nuestras cabezas en picas para exponerlas y pulirían nuestros huesos para incrustarlos en el hormigón de la muralla de la Ciudad Perpetua, porque ese era el destino de los traidores, ser exhibidos.

De repente estábamos fuera del laberinto de casas violetas. El ruido de las turbinas salió de nuestros oídos, expandiéndose en el espacio abierto, y nos deslumbró la luz púrpura del mediodía, reflejada en la superficie del río Tamesa. Era una visión magnífica. Cientos de gotas de luz violeta se removían en las aguas y destellaban sobre las paredes de los edificios blancos de la ribera, y me invadió una sensación de increíble libertad que iba de la mano de un increíble terror. Supongo que una es el precio de la otra, no lo sé.

En la orilla más próxima a nosotros se alzaba la inmensa Torre de la Nobleza, desde donde se generaba el campo magnético deflector que controlaba las Tres Cúpulas, y también el imponente Mausoleo del Tiempo, del que tantas veces había oído hablar en el dojo, levantado en un mármol blanco que, por efecto de la Primera Cúpula, se volvía rosado y cuyas vetas se oscurecían como si fueran venas y arterias, de tal manera que las estatuas de dioses que coronaban el edificio parecían de carne y hueso.

En la otra orilla se alzaba imponente la silueta de la Noria Roja, que, según los Mitos del Asteroide, que aprendíamos de memoria los niños, era anterior a las Guerras del Tiempo y se había desmoronado con el gran impacto. Pensé que el estruendo de este artefacto al derrumbarse debió de ser aterrador. Y aunque el Palco se tomó la molestia de volver a ponerla en pie, sus herrajes estaban absolutamente oxidados y a veces, con el viento, chirriaban con un gruñido que helaba la sangre. No sé por qué volvieron a alzarla de nuevo, quizá como un homenaje a los hombres y mujeres que habitaron antes estas tierras, antes de las Guerras del Tiempo, o quizá como un capricho personal de las Tres Soberanas imperecederas.

—Ni se os ocurra perder el equilibrio aquí —gritó Adras.

Miré hacia abajo. El sol brillaba en un millón de puntos sobre la superficie del río, a cuyo fondo podía distinguirse una extensa masa de oscuridad.

Nuestra improvisada fuga nos había regalado una postal completa de las más solemnes edificaciones de la Ciudad Perpetua, de las que tanto habíamos oído hablar. Pero no estábamos allí para hacer turismo. Bajo nuestros pies, en las aguas turbias sobre las que se proyectaban nuestras tres sombras, se escondían fuerzas misteriosas y terribles que no convenía desafiar. Al fondo del río Tamesa había algo que resplandecía y cegaba, algo a lo que, según nos dijeron desde niños, no convenía aproximarse: eran criaturas muy antiguas a las que llamábamos los espíritus del lodo. Y estábamos a punto de descubrir que tales leyendas eran ciertas, a su manera.

—Es ahí —nos gritó Adras, señalando a la boca de uno de los colectores que daban al río.

Se trataba de un arco de algo más de dos metros de diámetro justo detrás del último pretil del puente. Los barrotes que bloqueaban el paso hacia los colectores del alcantarillado habían sido arrancados y las barras descansaban en el suelo, con sus bordes rotos y abiertos hacia fuera; sin

duda los habían partido con algún artefacto muy potente. No hacía falta ser muy lista para entender que nuestro guía no trabajaba solo.

—¡Cuidado con las cabezas! —advirtió Adras.

Descendimos hasta la obertura mientras reducíamos la velocidad. Las turbinas de nuestras plataformas formaban gigantescas ondas en la superficie del río.

Al entrar en el túnel, el ruido de las turbinas se transformó en un zumbido que hería los tímpanos y rebotaba en las paredes, llenas de moho y musgo, como una especie de rugido animal. A nuestros pies, las aguas negras de los vertidos temblaban en ondas, y desprendían unos efluvios pestilentes que ni siquiera mi máscara conseguía filtrar.

Eché la vista atrás de nuevo. Erin también había penetrado en el túnel. Pero no estaba solo. ¡Dioses! Dos figuras púrpuras lo seguían. Eran de la aerotransportada. Seguramente merodeaban las proximidades del río y se lanzaron en nuestra persecución cuando nos vieron pasar, y ahora hostigaban a Erin como aves de presa a unos veinte metros de distancia, mientras él giraba la cabeza una y otra vez.

—¡Adras! —grité—. ¡Tenemos compañía!

Era inútil, no podía oírme. El estruendo de las turbinas de las plataformas dentro de los colectores resultaba atronador. Tampoco podía avisarle utilizando los signos correspondientes al Código Púrpura, ni podía desenvainar mi sable para ayudar a Erin, pues llevaba en una mano la capa con el Halcón de la Memoria y en la otra el mando triangular del aerodeslizador.

—¡Adras, tienes que hacer algo!

Nos deslizábamos a un metro de las aguas oscuras, en las que se dibujaba un espeso surco de espuma bajo nuestras turbinas. Cada vez que giraba para vigilar a nuestros perseguidores, el estruendo de las turbinas se me clavaba en los tímpanos. Pero en uno de esos vistazos creí ver el sable de Erin resplandeciendo en el aire nauseabundo del túnel del alcantarillado. ¿Se enfrentaría él solo a aquellos dos impertinentes?

Sí, eran ruidos de sable. Rebotaban en las paredes del túnel, casi inaudibles entre el rugido de las turbinas. Y también los resplandores de las hojas se reflejaban en aquellos muros mohosos, cubiertos de partículas brillantes, que proporcionaban una luz fantasmagórica a aquel espacio.

Giré la cabeza en el momento exacto en que Erin conseguía desequilibrar a uno de los dos purpurados. Todo ocurrió muy rápido, en apenas un segundo: la plataforma de su perseguidor se balanceó a izquierda y derecha mientras el legionario intentaba recuperar el centro de gravedad, después comenzó a dar vueltas de campana en el aire como un meteorito, emitiendo un silbido creciente, y se estrelló contra la pared del túnel con un estallido que nos taponó los tímpanos, convirtiéndose en una enorme lengua de fuego a nuestras espaldas. Bien por Erin: uno menos, me dije.

Al fin, Adras volvió la vista y se percató de los apuros de nuestro camarada de huida. Erin intentaba desequilibrar al otro legionario, arrinconarlo contra la pared del túnel para que chocara y perdiera el control de la aeronave. Con solo rozar el muro, se convertiría en otra bola de fuego, como su compañero de patrulla, pero el purpurado se resistía mucho mejor que su camarada.

En lugar de darse la vuelta para acudir en su auxilio, Adras se desvió en el primer cruce de caminos. Fue todo muy rápido: lo vi reducir drásticamente su velocidad y torcer a la derecha, dejando un rastro de agua temblorosa como indicio de su maniobra, un rastro que se borraría en un instante. Si dábamos esquinazo al legionario que lo hostigaba, Erin no se percataría de nuestro cambio de trayectoria y quedaría aislado del grupo. ¿De veras íbamos a abandonarlo a su suerte?

—¿Qué demonios...?

Entonces localicé la sombra alargada de Adras contra la pared mohosa del colector y giré a la

derecha para encontrar a nuestro camarada detenido en la esquina, empuñando su sable en horizontal con las dos manos y con el mando del aerodeslizador sujeto entre los dientes, y aun así, se las arregló para pronunciar unas sílabas casi inaudibles.

—A-á-a-e.

—¿Cómo?

Adras tuvo que soltar una mano de su sable y retirarse el mando de entre los dientes:

—¡Agáchate!

—¿Qué vas a...?

El zumbido de los dos aerodeslizadores en el túnel aumentaba su volumen conforme se aproximaban a nuestra altura. ¿No le importaba que el sable pudiera interceptar a Erin en lugar de a nuestro perseguidor?

—No te atreverás...

Adras se llevó el puño a la boca, el gesto que significaba silencio en nuestro código. Las gotas de sudor corrían por mi rostro detrás de mi máscara.

—¡No, Adras! —grité en el momento en que sacó el sable en horizontal por la esquina.

Fue apenas solo segundo. Adras sostenía firme su sable con las dos manos y el mando entre los dientes, flotando sobre el aerodeslizador en aquella esquina, y, con un solo movimiento de cintura...

6. El arca

Hermanas, fue el golpe más certero que haya visto en mi vida, una rapidísima maniobra en equilibrio, un ágil sablazo en horizontal que provocó que el aerodeslizador de Adras se tambaleara y estuviera a punto de volcarse.

La cabeza enmascarada de un legionario púrpura saltó girando por los aires, describió una parábola y se hundió en las aguas oscuras del vertedero, mientras el cuerpo continuaba avanzando en pie sobre la plataforma por unos segundos, como un pelele, hasta que se desplomó y el aerodeslizador comenzó a dar vueltas de campana a toda velocidad. Luego el disco dorado rozó una de las paredes del túnel y continuó rebotando de una a otra pared para convertirse en una llamarada a pocos metros de donde Erin detenía su plataforma y se cubría la cabeza con los brazos para no quemarse el rostro.

—¡Síii! —gritó Adras eufórico. El eco de su voz rebotó en los túneles de la red de alcantarillado.

Erin regresó a nuestra posición zigzagueando sobre el aerodeslizador.

—¿E-e-estás chiflado o qué? —le gritaba a Adras—. No te hubiera importado que fuera mi cabeza la que saltara por el aire.

—Había un cincuenta por ciento de probabilidades, señor tartaja.

—Te aseguro que con la espada en la mano no tartamudeo —dijo Erin desenvainando su sable.

Y era cierto, con su sable en la mano, nuestro amigo hablaba con total fluidez. Pero alguien tenía que poner orden.

—¡Chicos, chicos...!

Me arranqué la máscara y la tiré a las aguas del vertedero. No pude evitar sentir un vuelco en el corazón tras ese gesto de ruptura con todo aquello para lo que me había preparado durante años. Pero, además, aquel gesto simbólico. Logró que tanto Erin como Adras se olvidaran de sus diferencias y quedaran pasmados por un instante, mirándome, los dos en pie sobre sus plataformas, flotando a un metro de las oscuras aguas del vertedero, que se removían en vórtices por el viento que levantaban los aerodeslizadores. Ciertamente que Adras ya había visto mi cara durante la vigilia, pero entonces solo pudo vislumbrar una franja de la misma, la que se reflejaba en la hoja de su sable. Y cierto que Erin había alzado mi máscara cuando me tenía rendida sobre la Plataforma. Y sin embargo los dos se quedaron mirándome como pasmarotes mientras me recogía el pelo, empapado por el sudor.

Después, como si nada, continuaron con su ridícula disputa:

—Te voy a partir la cara por el otro lado, para que así te queden dos cicatrices simétricas —le gritó Erin sobre el ruido de las turbinas—. Te voy a dejar muy guapo...

—Vaya, para insultarme no tartamudeas, so desagradecido. ¡Te acabo de salvar el culo, por si no te habías dado cuenta!

—Chicos...

—¿Crees que te necesitaba para deshacerme de ese aéreo?

—Chicos...

Acababa de sentir cómo el Halcón de la Memoria se agitaba en la malla metálica que colgaba de mi mano. El animal emitió varios graznidos y comenzó a picotear la malla con tanta inquietud que tuve que sujetarlo con las dos manos, sosteniendo el mando del aerodeslizador bajo mi brazo.

—Chicos, algo está pasando...

Bajo nuestros pies, justo donde se dibujaban tres vórtices removidos por nuestras turbinas, habían comenzado a formarse enormes burbujas en el agua verdosa. Aquello no podía ser fruto del aire que movían los deslizadores. Era más bien como si el vertedero estuviera entrando en ebullición.

—Larguémonos de aquí —dijo Adras.

Nuestros discos dorados volvieron a deslizarse sobre las aguas, emitiendo un rugido que se multiplicaba en aquellas paredes mohosas cubiertas de pintadas en un alfabeto desconocido. Perseguimos a Adras por aquel laberinto de calles malolientes hasta que nuestro aliado aminoró de repente la marcha y aterrizó frente a un portón. Seguramente se trataba de una caseta de los operarios de mantenimiento del alcantarillado en desuso.

—Hay que deshacerse de los aerodeslizadores, también llevan un dispositivo de rastreo.

Desabrochamos el sistema que sujetaba nuestras botas al aerodeslizador, depositamos las mochilas, ya casi sin carga energética, sobre las plataformas y las desconectamos para que se hundieran en el vertedero entre burbujas. Después nos fuimos desprendiendo de los componentes de nuestras armaduras y los lanzamos a las aguas residuales: el peto, las musleras, las espinilleras...

—¡Deprisa! ¡Deprisa!

Era mejor deshacernos de cualquier pieza de la impedimenta de los postulantes si queríamos salir de la Ciudad Perpetua.

Entonces Adras dio tres golpes en el portón y, unos segundos después, la verja metálica se alzó y dos siluetas nos agarraron del brazo para hacernos pasar y cerrarla a sus espaldas. Dos chicas nos introdujeron en una habitación de apenas veinte metros cuadrados, húmeda y con las paredes de cemento, iluminada únicamente por una luz de emergencia ultravioleta que se reflejaba en el metal de las estanterías que forraban las cuatro paredes. No sabría describir el olor que impregnaba aquel estrecho refugio. Era como si un rebaño de ovejas se hubiera marchado hace unas horas, tras haberse hacinado allí dentro durante semanas.

En cuanto mis ojos se adaptaron a aquellas tinieblas, me quedé hipnotizada: las estanterías estaban abarrotadas de urnas de plástico y jaulas para animales: conejos, pájaros de distintas especies, ratones, e incluso una serpiente... Todos nos miraban con sus ojos brillantes, puras sombras en movimiento de las que emergían unas pupilas violáceas. Había también planos de la Ciudad Perpetua pegados a la verja metálica de la entrada, y otro de papel muy viejo, ya prácticamente negro, en el que líneas de distintos colores conectaban distintos puntos de la ciudad, y supuse que describían las galerías subterráneas en las que ahora mismo nos hallábamos.

—Lo llamamos el arca —nos confió una de nuestras dos anfitrionas.

—Desgraciadamente, no tenemos una pareja de cada especie —se apresuró a añadir la hermana.

Ambas vestían el uniforme de los operarios de la red de alcantarillado, con un escudo bordado en el hombro que representaba tres olas grises sobre un fondo negro. Debían tener más de treinta años y juraría que eran gemelas. Pero en aquella penumbra apenas podía distinguirse algo más que su cabello, tan rubio que parecía casi blanco.

Erin paseaba junto a las jaulas, como hipnotizado por aquellas criaturas que a su vez lo seguían a él con la mirada, y dio un brinco cuando un extraño lagarto sacó su lengua bífida al pasar junto a su urna. Había canarios y periquitos en jaulas, y también un ratón blanco que corría sin descanso por el interior de una rueda. ¿Cómo alimentaban a todas aquellas criaturas a diario?

Porque eso implicaba que aquellas mujeres tenían que bajar cada día hasta semejante refugio hediondo en el alcantarillado de la Ciudad Perpetua.

—¿Son auténticos? ¿Por qué los mantenéis aquí? —quiso saber Erin.

—No podemos venderlos más que de uno en uno, en un goteo. De lo contrario levantaríamos demasiadas sospechas —respondió la otra hermana.

—Así que sois traficantes de animales.

—¡Qué palabra tan fea! —protestó una de las gemelas—. Nosotros preferimos decir que expropiamos especímenes...

—... para financiarnos —completó la otra hermana.

Yo también había oído rumores sobre el mercado negro, donde los animales orgánicos, los pocos que quedaban sobre la tierra, se compraban a cifras astronómicas, puesto que los animales clónicos estaban condenados a morir pronto debido a su reloj biológico.

Adras me pidió la malla en la que llevábamos envuelto el Halcón. La primera gemela se percató de mi inquietud al entregárselo y me tomó de las manos. Sin duda, era mayor que nosotros: tenía algunas arrugas en la frente y junto a los ojos, y su mirada me inspiraba una inesperada confianza.

—No tengas miedo —intentó tranquilizarme—. No sois los primeros postulantes que pasan por aquí. Ni seréis los últimos.

El refugio estaba tan oscuro que nuestros rostros eran apenas unas sombras ovaladas, de modo que, hasta que no las vi de cerca, no me percaté de que nuestras anfitrionas no eran gemelas en realidad, y tal vez ni siquiera hermanas, pues tenían rasgos muy distintos y, sin embargo, debido a la talla, el color de pelo, el tono de la piel... daban la impresión de serlo.

—Por cierto: me llamo Kore, y ella es Halina —dijo tendiéndome una cantimplora llena. No habíamos bebido desde la mañana y tenía los labios resecos.

Por aquel sencillo gesto de complicidad, simpatiqué de forma automática con Kore. O tal vez porque su rostro me recordaba al de la única amiga que había tenido nunca: Sila, mi compañera en el cuarto dojo. No sabía qué había sido de ella. Anhelaba con todo mi corazón que hubiera salido victoriosa de la Plataforma, como había anhelado salir victoriosa de mi propia ceremonia y que la suerte me integrara en el mismo escuadrón que ella, si es que había sobrevivido. Pero todo había dado un giro radical en apenas unas horas. Ya no era una postulante, sino una fugitiva. E incluso es posible que Sila se hubiera convertido en uno de nuestros perseguidores.

La voz de Adras me rescató de mi ensimismamiento, tenía el pelo empapado como si acabara de vaciar media cantimplora sobre su cabeza:

—Espero que consigáis un buen precio por esto —dijo mientras desenvolvía la malla.

Las gemelas corrieron a ayudarlo, pues el pobre animal se removía y graznaba, y tuvieron que sujetarlo entre los tres para evitar que huyera o que les hincara el pico. Halina retrocedió un paso, pero Kore acariciaba la cabeza del halcón sin dejar de mirar a Adras. Al parecer, no era el primer ave con el que se manejaba, porque el animal se mostró dócil y se limitó a hinchar y deshinchar sus alas de puntas negras con una respiración larga y nerviosa.

—Hemos conocido a muchos chiflados de la Segunda Cúpula, pero nunca a uno que robara un Animal de la Memoria ante las narices de las Tres Soberanas imperecederas —dijo Kore mientras introducía al Halcón en una de las celdas, cuyo suelo estaba cubierto de excrementos de algún inquilino anterior.

—Ante las narices de la Legión Púrpura... —añadió Halina.

—... Y de todos esos engreídos de la Primera Cúpula —remató su hermana.

Ahora Kore abría una caja llena de gusanos vivos y le tendía uno al Halcón introduciendo una

pinza entre los barrotes. Por un segundo, antes de que lo engullera, el gusano brilló mientras se enroscaba y desenroscaba colgando de su pico.

—Pues pregúntate esto, Rubia Uno —interrumpió Adras—: quién está más chiflado en esta sala, porque yo diría que tú y tu hermanita.

Luego se volvió hacia Kore:

—Y en cuanto a ti, Rubia Dos, me encantaría quedarme de cháchara contigo, pero la aerotransportada podría localizarnos si les damos más tiempo. Y, si nos localizan a nosotros, localizarán también vuestra pequeña tienda de mascotas y, con ello, perderemos nuestra fabulosa fuente de financiación. Así que...

—¿Vuestra? ¿A quiénes te refieres? ¿En qué clase de lío nos has metido? —le espetó Erin a Adras.

—Eh, eh, musculitos. Te metiste tú solo —respondió Adras—. Lo único que tenías que hacer era cortarle el cuello a la chica dura y después a mí, y ahora llevarías la moneda del compromiso en ese sable y tendrías cerrada esa boca por el voto de silencio.

—Yo vo-vo-voy a entregarme. Y vosotros deberías hacer lo mismo —dijo Erin tras devolver su cantimplora de agua a las hermanas, y después me miró buscando complicidad.

—¿Pero qué le pasa a este? —preguntó Halina.

—Yo te lo explicaré, Rubia Uno. Ha venido hasta aquí siguiendo el culito de esta monada —dijo señalándose—. Porque él es un chico obediente y se habría entregado en la Plataforma, se hubiera dejado decapitar porque todavía cree en esas pamplinas del honor que os enseñaban en vuestro dojo.

—¿Os enseñaban? —dijo para mí.

—Pero incluso los perritos falderos tienen miedo, y este perrito está empezando a asustarse.

—¡Maldición, Adras! ¿Es que tienes que ponerle mote a todo lo que se mueve? —interrumpí la discusión.

Las gemelas sonrieron. Alguien tenía que decirle una cosa así al postulante más deslenguado que había conocido en mi vida. Adras cerró los ojos como si necesitara unos segundos para recuperar la serenidad, y también noté el esfuerzo por contenerse en el rostro de Erin. Pero nuestro amigo larguirucho no tardó en volver a la carga:

—Escúchame: ya no hay vuelta atrás, musculitos. No te van a condecorar por entregarte. La aerotransportada te cortará tu preciosa cabecita llena de rizos y lo único que puedes hacer para sobrevivir es escapar de la Primera Cúpula lo antes posible. ¿Tienes un plan mejor?

Instintivamente, los demás dirigimos la vista hacia el techo, como si nuestra mirada pudiera traspasarlo y mostrarnos la amenaza que se cernía sobre nosotros, mientras el Halcón se agitaba en el interior de su jaula y giraba la cabeza con rapidez, a uno y otro lado, como si participara de nuestra inquietud.

—Muy bien, Rubia Uno. Ya os hemos entregado la mercancía, ahora viene vuestra parte.

—Relájate, mocosos. Estás en buenas manos —replicó Halina.

—¿Mocosos?

—Hasta podríamos ser tus madres... —se burló Kore.

Adras miró al techo con expresión de fastidio:

—¿Y podrías decirnos cómo salimos de aquí, mami?

—Lo primero que tenéis que hacer es quitaros esas capas y esos monos negros. Se reconoce a millas de distancia que sois postulantes —dijo Halina al tiempo que nos tendía unas prendas de lino azul pálido, idénticas a las que ellas llevaban puestas.

Mientras le entregaba mi capa de malla, pude observar que a Halina le faltaban tres dedos de la

mano izquierda, y también a su hermana. Aquellas chicas habían optado por dar la espalda a las señales de los dioses sobre nuestro destino y, por lo tanto, también a los mismísimos dioses tejedores que hilvanaban las vidas y las muertes. Pero, quienes preferían la ignorancia ¿se sentían más o menos seguros?

Le di la espalda a Adras para quitarme el uniforme negro, pese a que no se veía gran cosa en el interior del arca, más que sombras azules y violetas entre las que se intuían los movimientos de los animales enjaulados. Al fin y al cabo, yo era una chica entre dos chicos.

—¡No mires, perverso!

Adras se tapó los ojos con las palmas de las manos, dejando entrever, sin embargo, una sonrisa pícara.

—Y ahora cubríos con esto —dijo tendiéndonos unas capas grises como las que utilizaban los operarios de la red de alcantarillado—, así podréis esconder las armas a vuestra espalda. La gente corriente no se pasea por ahí con un sable de exoal. Ahora sois operarios del alcantarillado, no guerreros.

—Sigo sin conocer vuestro plan, mamis —dijo Adras con picardía mientras se ceñía el mono de lino azul.

Halina se arrodilló frente al portón y buscó entre sus llaves la que abría la cerradura del refugio.

—El plan es este: corremos por los colectores y salimos por el túnel de la Aldea Décima. Allí nos separamos. Después cruzáis el bosque hasta la Aldea de Acero.

—¿Por qué el bosque?

—Lo bueno de los bosques es que la aerotransportada no podrá rastrearos. Lo malo es que es muy fácil extraviarse. Y no podemos esperar. Si no aparecéis diez horas después en la Aldea de Acero, nos marcharemos con el dinero de vuestro animal. ¿Entendido?

Adras se limitó a asentir con la cabeza, y Erin lo imitó tras unos segundos de deliberación.

—Pero la parte más difícil del plan es la primera: salir del alcantarillado. Hacedme caso —dijo Kore—. Corred en esa dirección, pegaos lo más que podáis a la pared u os alcanzarán. Ni se os ocurra acercaros a los vertidos.

—¿Qué hay en los vertidos? —preguntó Erin.

—Créeme: será mejor para ti que no lo averigües —respondió Halina.

7. Los espíritus del lodo

Halina levantó el portón de un solo impulso y el olor fétido de las aguas residuales trepó hasta nosotros.

—Casi echaba de menos estos vapores pestilentes —bromeó Adras.

Al parecer, nuestra única esperanza era huir de la Ciudad Perpetua a través de aquella otra ciudad subterránea y maloliente, cuyo trazado completo habíamos visto en los planos de las paredes, paralela a la límpida y flamante Primera Cúpula.

Erin salió en primer lugar, seguido de mí a unos tres pasos y, por último, Adras. Había que avanzar pegados a la pared, pues no quedaba demasiado espacio entre esta y los canales de los vertidos.

—Bonito trasero —susurró Adras.

Mi respuesta fue un taconazo en la pantorrilla que casi le hizo perder el equilibrio y precipitarse al vertedero, lo cual le hubiera estado bien empleado.

Las paredes de la galería brillaban por los reflejos de la luz en aquellas partículas que había visto justo antes de escondernos en el refugio. Era como si un millón de luciérnagas violetas revolotearan sobre los viejos ladrillos. Pero disculpad la comparación, yo aún no había visto una luciérnaga en mi vida. No todavía.

—No os entretengáis. Solo tenemos dos minutos para salir de esta red —nos urgió Kore—. Ninguna forma viva puede permanecer detenida más de ese tiempo sin que los ferrofluidos la detecten.

—¿Ferro... qué? —preguntó Erin.

—Si queréis salvar vuestros culos, haced como los operarios del alcantarillado: separaos lo máximo posible del agua, pegaos a la pared —dijo Halina—. Esas cosas no pueden permanecer demasiado tiempo fuera del agua, de lo contrario se descomponen.

—¿Qué cosas? —gritó Erin—. Oye, oye, guapita. Yo no voy a ninguna parte si no me explicas qué es eso de los ferro...

—Como quieras —dijo Halina señalando hacia los colectores.

Desde niños nos habían prevenido sobre las orillas del Tamesa. No debíamos acercarnos a más de tres metros de aquellas aguas, habitadas por espíritus de lodo. Yo había oído historias sobre los espíritus del lodo, que secuestraban a cuantos se aventuraban a aproximarse a las orillas del río, leyendas sobre niños extraviados, amantes arrastrados al fondo en un abrazo. Ni siquiera nos asomábamos a las proximidades del río, que había sido re-encauzado por unas gigantescas matacanas. Y supongo que aquellos demonios también habitarían en las aguas residuales de la Ciudad. Estábamos a punto de descubrir si aquellas leyendas tenían o no fundamento.

Así que caminamos pegados a la pared y atravesamos varias intersecciones de aquella siniestra red de alcantarillado, hasta que en una de ellas nos encontramos con los restos de un enorme artefacto abandonado en la calle perpendicular a la nuestra: una larga estructura de chapa medio hundida en el agua cenagosa, con las paredes y el techo oxidados, repartida en varias cabinas, como si los ingenieros que la idearon se hubieran inspirado en una oruga. Donde alguna vez hubo ventanas, ya no quedaba ni un solo cristal íntegro y de uno y otro costado colgaban largos hilos metálicos, como rebabas brillantes que parecían haber intentado volcar aquel vehículo hacia un lado u el otro. Volvería a ver otros artefactos similares en mi huida, pero me quedé

boquiabierta porque aquel era el primero, la ruina de una extraña tecnología de quién sabe qué tiempo que ahora yacía en las aguas residuales de la Primera Cúpula.

—¡No os detengáis! —insistió Halina.

De repente, como si se hubiera despertado con un gesto de la mano de Halina, algo comenzó a agitarse bajo las aguas y comenzaron a brotar burbujas a la superficie, primero pequeñas, poco a poco de mayor tamaño, el mismo fenómeno que habíamos visto bajo la turbina de los aerodeslizadores. Había algo formándose allí abajo, algo oscuro y silencioso.

—¡Corred! —gritó Kore.

Las aguas residuales comenzaron a adoptar extrañas formas, oscuras corrientes que se retorcían a nuestro paso y volvían a desvanecerse, para convertirse de inmediato en olas de metal que se desenrollaban como lenguas y se extendían a nuestros pies. Las gemelas desenvainaron sus sables.

Desde la acera, pegada al muro, pude ver cómo varias formas en espiral se levantaban del agua entre burbujas y salpicaban las paredes del túnel. Entonces las chicas se lanzaron sable en mano contra ellas y las cercenaron con fieros mandobles, y los trozos amputados volvieron a hundirse con un borboteo en las aguas fétidas.

Las gemelas, que en realidad no eran gemelas, se multiplicaban para derribar cada una de las formas que emergían del lodo, lanzando mandobles que a veces acertaban y otras veces se hundían sin encontrar resistencia con un hiriente chasquido. Pero cada vez que un sable sajava alguna de aquellas criaturas, el fragmento amputado caía al agua en una masa burbujeante y sin forma, y aquella sustancia se reordenaba, los fragmentos se reunían para adoptar una nueva figura amenazante para lanzarse de nuevo en nuestra persecución con renovada ferocidad. ¿Qué podría detener aquella cosa?

—¡No os quedéis ahí pasmados! ¡Corred! —gritó Halina.

Estábamos cerca de la salida, porque un resplandor violeta se distinguía al final del túnel. Unos doscientos metros más y habríamos escapado de la Ciudad Perpetua. Saldríamos a los bosques, donde resultaría mucho más difícil que nos rastrearan y, una vez allí, los dioses dirían.

Sin embargo, cuando ya estábamos muy cerca de la salvación, sentí el impulso de volverme por un solo instante, lo suficiente para ver cómo aquellas criaturas brillantes agarraban a Kore y tiraban de sus brazos intentando arrastrarla a las profundidades. Kore había caído a las aguas, que le llegaban hasta la cintura, se resistía como una mariposa en una tela de araña, y yo no podía evitar ver en ella a mi querida Sila, mi vieja amiga del dojo, lo que me conmovió y puso plomo en mis piernas.

—¡No os detengáis! —gritó Halina precipitándose en su dirección, seguida de Adras, en lo que quizá no fuera un acto de valentía, sino una decisión egoísta; al fin y al cabo, necesitaba el dinero de la venta del Halcón para escapar.

Los vi redoblar su ataque, hundidos hasta la cintura en el lodo, lanzando furiosos mandobles a aquellas lenguas de metal que sujetaban a Kore e intentaban arrastrarla al fondo del lodo. Alrededor de ambos saltaban en todas direcciones fragmentos de aquella sustancia oscura, y ahora, además de compasión por nuestros aliados, sentía vergüenza por abandonarlos allí.

—Sigue corriendo —gritó Adras, pero yo no podía evitar volver la vista. Aquellas horribles formas se llevarían a Kore al fondo de las aguas residuales, y tanto Halina como Adras se abrían paso a duras penas entre ellas a golpe de espada, arriesgando sus vidas. Hermanas mías: ¿pensáis que me iba a quedar de brazos cruzados?

Retrocedí a toda prisa en dirección al canal desenvainando mi sable.

—¡No lo hagás, Clea! —gritó Erin a mi espalda.

En apenas unos segundos yo también me vi inmersa en aquel bosque metálico, intentando abrirme paso hasta Kore, protegiendo a Adras de las largas espirales metálicas que intentaban enrollarse en su cuerpo, chapoteando y lanzando golpes sin descanso a todo lo que asomaba del lodo.

—¡Clea! —insistió Erin.

Me pareció que mi aliado no tenía miedo a aquellas criaturas, sino miedo a perderme. Miedo a haber arriesgado su vida para nada.

Deslizándome a toda velocidad a través de aquellas criaturas que brotaban entre espuma de las aguas fecales, conseguí llegar hasta la posición en que se encontraba Kore, amortajada por una enorme lengua de ferrofluido.

Entonces un largo tentáculo grisáceo, tan alto como yo, se levantó ante mis ojos. Reaccioné instintivamente: lo partí en dos de un rapidísimo golpe de sable arrancándole un sonido hueco. Aquel material era más flexible de lo que me había imaginado, pero el limpio corte de la hoja de exoaleación no pudo evitar que varios fragmentos de aquella sustancia me saltaran al rostro, e intenté limpiarlas con el dorso de mi mano izquierda de un manotazo. El contacto helado de aquellas esquilas de ferrofluido, o así las habían llamado las gemelas que no eran gemelas, me provocó un escalofrío. No debí deshacerme de mi máscara tan pronto.

Pero Kore estaba en apuros. Otra enorme lengua en espiral se estaba formando cerca de donde intentaba liberarse de aquella basura metálica de sus piernas. Notaba el frío de aquellas cosas ordenándose bajo mis pies, rozando mis tobillos, aunque conseguí abrirme paso a través de las aguas unos metros más y tenderle la mano a nuestra aliada:

—¡Agárrate!

No tenía fuerza suficiente para sacarla del agua. Aquellas cosas la sujetaban por las pantorrillas con una voracidad increíble, y no podía usar mi sable por miedo a hacerle daño a Kore. Pero, justo cuando estábamos a punto de desfallecer, advertimos la fuerza de un nuevo aliado: era nuestro amigo Erin, que había regresado a echarnos una mano y tiraba a su vez de mí por la cintura para evitar que aquella cosa nos arrastrara, mientras Halina, empapada en sudor, seguía propinando sablazos a todo lo que emergía de los canales. Entre los cuatro conseguimos evitar que las lenguas arrastraran a Kore al fondo de aquel lodo metálico, y salimos chapoteando a través de los montículos de ferrofluido que ya preparaban una nueva amenaza.

—¡Corred! —les grité.

Los cinco habíamos conseguido salir del agua, sanos y salvos, aunque extenuados por la lucha. Nunca me había enfrentado a nada semejante. Un enemigo con infinitos brazos, que podía envolverte desde cualquier punto. No podías vencer a una cosa así, solo podías escapar. Y eso hicimos. A toda velocidad, mientras nos sacudíamos como podíamos de encima aquella porquería helada.

Pero, de repente, Erin se quedó paralizado: varios fragmentos brillantes de su capa y de su pecho se reunían sobre su hombro izquierdo ante su mirada perpleja. Era como ver un ejército de babosas escondiéndose en un agujero.

—¡Cuidado, Erin!

Aquellos fragmentos grises adoptaron la forma de una garra y se clavaron en su hombro. Erin lanzó un alarido de dolor. Después hundió bajo aquella sustancia el filo de su puñal y, de un rápido movimiento, hizo saltar por el aire una mezcla de sangre, piezas de metal y fragmentos de tela azul de su uniforme, dejando al aire la carne roja y sanguinolenta de su hombro.

—No te detengas —me gritó Erin.

Lo desobedecí, por supuesto. Corrí a su lado y lo arrastré del brazo. La luz púrpura iba

creciendo en nuestras pupilas. Era evidente que nos aproximábamos a la salida del túnel. Ya casi estábamos allí. Pero a nuestro paso emergían nuevos tentáculos de metal, que se unían a otros para ganar estatura y atraparnos.

A escasos metros, la luz morada ya inundaba las siluetas de Adras y de las gemelas, que corrían en su dirección.

—Ya casi estamos... Ya casi estamos... —le repetía a Erin, que avanzaba colgado de mis hombros, con su dolorido brazo izquierdo caído junto a su cuerpo como el de un muñeco.

—Te debo una —dijo con una mueca de dolor.

—En absoluto, ahora estamos en paz.

8. La herida

La salida de la red de alcantarillado hacia la que nos dirigíamos también había sido boicoteada. Los enormes barrotes de hierro que la protegían descansaban en el suelo, con las mismas deformaciones en sus extremos que las que vimos a la entrada, como si las hubieran fundido con alguna fuente de calor. ¿Pero quién? ¿Quizá Halina y Kore? ¿Trabajaba alguien más con ellas?

Cruzamos la salida y, de repente, nuestras botas pisaban una blanda alfombra de hojas secas, hojas artificiales empapadas por los desbordes del alcantarillado, que la corriente que procedía del túnel acariciaba arrancándoles un susurro. Los cinco habíamos cruzado al otro lado de la Ciudad Perpetua, y ahora intentábamos recobrar el aliento doblados sobre nuestro vientre y con las manos en los costados.

—Tenemos que sacudirnos esta porquería de encima antes de que se seque y se nos incruste en la carne —gritó Halina.

Debía ser ya la hora décima, pues el sol había comenzado su descenso. A nuestra espalda se alzaba la muralla de la Ciudad Perpetua, sobre la que se imponía la inmensa Torre de la Nobleza, de la que brotaba una columna de luz púrpura, la que generaba a tres mil metros de altura el campo magnético deflector que controlaba las Tres Cúpulas.

Me arrodillé junto a Erin para examinar su hombro izquierdo, en cuya carne brillaban tres arañazos paralelos y profundos. Si tardábamos demasiado en curar aquella herida, se infectaría.

—¿Sabes una cosa? —bromeó Adras señalando el escudo con las tres olas cosido al hombro izquierdo de su uniforme—. De mayor quiero trabajar como operario del alcantarillado. Debe de ser el trabajo más aburrido del mundo.

—No te burles —replicó Kore—. No aguantarías ni una semana ahí abajo.

Al conocer a las gemelas oscilaba entre dos posibilidades: o las chicas se disfrazaban para bajar a la red o aquel era su verdadero oficio. Pero creo que el comentario de Kore había resuelto el dilema.

—¿Qué era esa porquería del vertedero? —quise saber.

—Ferrofluido —respondió Kore—. El fondo del alcantarillado está lleno de eso. Es un material con memoria de forma. Por más que lo descompongas, los fragmentos tienden siempre a reunirse.

Halina nos explicó que el ferrofluido procedía de las Guerras del Tiempo, es decir, que aquella sustancia llevaba años y años ahí, en el fondo de las aguas residuales de la Ciudad Perpetua, y que era la herramienta perfecta para evitar las fugas de las tres cúpulas.

—Está en los ríos y en el estuario del Mar Norte —nos aclaró Halina—. Más allá del estuario, reposa tan profundo que no consigue emerger, sus fragmentos no son capaces de soldar formas tan largas como para llegar a la superficie. Sin embargo, el Tamesa no es muy hondo a ciertas alturas de su curso. No debéis vadearlo o, si lo hacéis, corred como si os persiguiera el diablo.

—En cuanto detecta un organismo vivo, salta en su persecución.

—La única salida de la primera cúpula, aparte de las aduanas, se encuentra en los colectores, pero están llenos de ferrofluido.

—Sí. Solo un loco intentaría escapar por allí.

Arranqué la manga derecha del uniforme de lino que nos habían suministrado Halina y Kore y, mientras limpiaba las heridas de Erin con el poco agua que quedaba en las cantimploras de nuestros rescatadores, me fijé en un colgante en el cuello de nuestro amigo. Era una especie de

caballito blanco, tallado en madera. No me atreví a preguntar. Los postulantes teníamos prohibido llevar nuestros escasos efectos personales al Domo. Supongo que Erin se dio cuenta de que me fijaba en aquella pieza, y la guardó bajo el cuello del uniforme, haciendo un esfuerzo doloroso con su brazo derecho.

—¿Por qué lo hiciste? —le pregunté mientras humedecía su herida con aquel trapo empapado—. ¿Por qué no me decapitaste sobre el asfalto?

Rasgué la otra manga de mi uniforme y le vendé el hombro como pude. Todavía no habíamos dispuesto de un solo segundo para hablar de lo sucedido en la Plataforma, para buscar respuestas.

—No puedes matar y amar a la misma persona. Mi destino era contradictorio.

Mi corazón dio un vuelco.

—Entre desobedecer a los dioses o desobedecer a los hombres, elegiste lo segundo para salvarme. Fuiste muy valiente.

Él agachó la mirada. No era un chico de muchas palabras, desde luego, pero su incapacidad para responder mirándome a los ojos revelaba algo más sobre él. Y yo volví la vista hacia la Ciudad Perpetua, sus fachadas blancas y su mármol teñidos de púrpura por la Primera Cúpula. Los cuervos clónicos revoloteaban alrededor del perfil de la Plataforma buscando con toda seguridad los restos de nuestros camaradas caídos en combate sobre el asfalto.

—¡Eh! —dijo dándome un codazo y guiñándome un ojo—. Luchaste bien.

Creo que sin otro propósito que zafarse de aquel tema de conversación, Erin desenvainó con gran esfuerzo su arma para comprobar si el combate había dejado mellas en la hoja. La situación era tan incómoda que no se me ocurrió otra cosa que imitarlo, y examiné el filo de mi sable, pero los fragmentos de aquella sustancia, el ferrofluido, se escurrían por la hoja intacta de exoal como gotas de agua. Aquella era, en efecto, un arma divina, forjada por maestros armeros sobre el material que los dioses nos enviaron a lomos del Asteroide. Y, gracias a aquellos mismos dioses, mi espada seguía perfectamente afilada, aunque con la ranura reservada a la moneda del compromiso vacía, el símbolo que nos daría derecho a la peregrinación púrpura en que nos uniríamos con la persona que nos estaba predestinada, el premio a veinte años de servicio que yo jamás recibiría, pues los acontecimientos habían dado un giro brutal para mí. Y esa persona, ¿era aquel joven empapado y herido, sentado sobre las hojas secas de los árboles, con la espalda apoyada contra un tronco? ¿Qué querían de nosotros los dioses?

Entonces vi los ojos de Erin reflejados en mi sable, como la noche anterior había visto los de Adras, y de inmediato nuestro nuevo amigo agachó la mirada y se ruborizó. El hecho de que el hilo púrpura nos uniera se había convertido en motivo de sonrojo para él, como un niño al que hubieran obligado a confesar una falta.

—¡Vaya, Chica Dura! ¡Estás tan sexi con los hombros desnudos...! —nos interrumpió Adras, supongo que celoso por la proximidad entre Erin y yo que aquella nueva circunstancia había propiciado—. Pero será mejor que te quite el maquillaje de la cara, si no quieres que te pase lo que a tu novio.

Y, mientras las gemelas se ayudaban mutuamente a arrancarse los fragmentos metálicos de sus ropas, Adras tomó mi cara entre sus manos y, por primera vez, pude contemplar la cicatriz de su rostro con total claridad, blanca y brillante. Parecía antigua. ¿Quién le haría algo así? En el dojo utilizábamos armas de madera para entrenarnos. El sable de exoal solo se nos entregaba durante el último año del camino, y nunca para combatir en entrenamiento.

Adras empleaba ahora su puñal para arrancarme las esquirlas metálicas del rostro. Estaban heladas, aún más frías que la hoja de exoal. También era lo más cerca que había estado de Adras

en todo el día, momento en que reparé en las diminutas arrugas que rodeaban sus ojos, y la incipiente barba rubia que había comenzado a aparecer en su mentón.

—Y ahora, ¿cuál es tu plan, larguirucho?

Os aseguro que no era mi intención bromear en una circunstancia como aquella. Solo me proponía incordiar a Adras, pero no lo conseguí. Porque se limitó a ofrecer su mejor sonrisa en respuesta.

—Como ves, yo también sé poner apodos —añadí guiñándole un ojo.

—Nos reuniremos dentro de diez horas en la Aldea de Acero, es decir, antes del atardecer. Llevaremos lo que saquemos por el Halcón —interrumpió Halina.

—¿Diez horas? ¿Una jornada entera? —repliqué—. Erin no podrá conseguirlo. La herida se infectará antes de ese tiempo. Tenemos que conseguirle un médico.

Miré a Adras con gesto de súplica. A lo lejos, más allá de la muralla, el eco de los graznidos de los cuervos se imponía al trasiego de carruajes y de peatones en la ciudad, y un escalofrío recorrió mi espina dorsal al imaginar sus picos sobre la herida de Erin.

—¿Y qué quieres? Si regresamos a la ciudad, nos atraparán —respondió Adras tomándome de los hombros y apartándome de los demás.

La cabeza de Erin se había descolgado hacia atrás, apoyándose en el tronco de un árbol, y ambas manos descansaban sobre las hojas secas, todas idénticas en forma aunque no en color debido a su diferente antigüedad.

—Podemos evitar que nos localicen —objeté alzando mi mano izquierda, dando a entender que, si aquellas chicas se habían amputado sus dedos para salvar la vida, ¿por qué no lo hacíamos nosotros? Era la solución más rápida, ¿no?

—Me temo que eso no serviría de nada —nos aclaró Kore, sumándose a nuestra conversación—. Los Tres Hilos se insertan en nuestro cuerpo con mayor profundidad de lo que parece. Recorren nuestro antebrazo y nuestro brazo hasta desembocar en el corazón.

—Amputar el dedo solo sirve para que su portador no pueda ver lo que le deparan, pero los hilos siguen dentro de nosotros y, mientras eso suceda, pueden ser rastreados por el Palco —añadió Halina.

—Rubia Dos tiene razón —interrumpió Adras—. Es demasiado arriesgado.

¿De veras? ¿Íbamos a abandonar a nuestro compañero a su suerte? No podía dar crédito a las palabras de Adras. Miré Erin, que arrancaba con gran esfuerzo las esquiras de ferrofluido de sus botas con el filo de la hoja de su puñal, utilizando solo su brazo derecho. Aquellas criaturas le habían destrozado el hombro, que sobresalía entre la ropa rota y unas manchas muy brillantes en carne viva.

—Entonces... ¿Me estás diciendo que lo dejemos morir?

Adras agachó la mirada. Una parte de mí, aquella que había sido disciplinada durante más de diez años, y entrenada para situaciones de emergencia, le daba la razón a Adras. No podíamos cargar con un herido. Ponía en peligro a todo el grupo; al fin y al cabo, su plan era escapar con el dinero de la venta del Animal de la Memoria. ¿Por qué iba a jugársela por alguien que acababa de conocer? Pero aquella parte de mí que el Camino Púrpura moldeara para convertirme en una luchadora sin emociones, aquella parte había comenzado a morir aquella misma mañana para dejar paso a una nueva Clea, que sentía tanto desprecio por la falta de compañerismo de Adras como compasión por Erin.

—Está bien —dijo finalmente, dando un manotazo en el aire—: conozco a alguien en la aldea Undécima. Atravesaremos el bosque siguiendo las vías de metal y entraremos en la aldea de noche. Dicen que es difícil que te rastreen en el bosque.

—También dicen que es un buen lugar para desaparecer, pero un mal lugar para esconderse —matizó Halina.

—¿Qué quieres decir? —pregunté.

Los bosques eran espacios sagrados bajo las Tres Cúpulas, puesto que producían la mayor parte del oxígeno de la atmósfera.

—Que es muy fácil perderse en el Bosque Rojo. Es una sucesión de árboles iguales. Muchos desertores que se refugiaron en él murieron, desorientados, incapaces de encontrar la salida. Otros enloquecieron y permanecen allí, extraviados, alimentándose de gusanos o de raíces.

—Lo mejor es guiarse por el sol —intervino Kore, intentando aplacar el dramatismo de su hermana—. Ya casi es la décima hora, así que deberíais tenerlo siempre a vuestra espalda, puesto que os dirigís hacia el Este.

Nos despedimos de las gemelas con la promesa de que llegaríamos a tiempo a nuestra cita en la Aldea de Acero. Adras les había entregado el Halcón de la Memoria cuando nos escondieron en el refugio y, con ello, les había confiado nuestra suerte. Nunca llegué a averiguar cómo contactó con ellas, si las conocía o no antes de aquella transacción. En cualquier caso solo nos quedaba confiar en que cumplirían su palabra, porque no teníamos otra opción para escapar de la Primera Cúpula.

—Será mejor que os pongáis en marcha —nos advirtió Halina.

Antes de hacerlo, quise echar una última mirada a la Ciudad Perpetua. Estábamos fuera, bajo la luz púrpura de la Primera Cúpula. Probablemente no volveríamos a ver el Domo, ni la Torre, ni la Noria y, de hecho, si volvíamos a verlos, no sería una buena noticia para nosotros: significaría que nos habían capturado. Pero entonces me pareció distinguir algo clavado en la hilera de picas que coronaban la muralla.

Le pedí sus prismáticos a Kore para echar un vistazo y lo que vi me produjo un escalofrío. Eran cabezas clavadas en picas, cabezas grisáceas y azuladas, y una nube de cuervos clónicos que revoloteaban a su alrededor.

—Son tus compañeros —dijo Halina.

—¿Qué quieres decir?

—Son las cabezas de los nueve postulantes que han muerto hoy en la Plataforma. Habéis tenido suerte. Debería haber doce cabezas allá arriba en lugar de nueve.

Sus rostros eran espantosos, deformados por la falta de sangre, por la hinchazón y por la piel que habían arrancado los cuervos en las mejillas y los labios. Más abajo, en el muro, sus huesos se habrían sumado ya a los de otros traidores. Es lo que solía hacerse, rótulas, tibias y costillas que sobresalían del hormigón, en una extraña forma de memoria, un macabro recordatorio. Después del festín de los cuervos, los cráneos se incorporarían también al muro, y sus cuencas vacías se irían llenando de polvo.

Aquella visión me heló la sangre. No conocía a ninguno, pues ninguno procedía de mi dojo. Y aun así sentí una oleada de estremecimiento porque aquellos muchachos y muchachas rubios eran como nosotros. Adras, sin embargo, prefirió burlarse de su destino:

—Sonreíd, chicos. Podríais ser vosotros.

Erin se dolía de su brazo izquierdo, y unas perlas de sudor salpicaban su frente. Aun así sacó fuerzas para incorporarse de su asiento de hojas secas y reprobar a nuestro compañero de fuga:

—Ten respeto por ellos, imbécil. Son tus hermanos.

—Son unos perdedores —replicó Adras con sorna.

Tras veinte años de servicio, el premio de aquellos pobres desdichados habría sido inmenso: encontrar el amor, el otro extremo de su hilo púrpura, veinticuatro años más de felicidad, una

jubilación dorada hasta el día del bautismo en el mar del Gran Sueño, justo al cumplir los sesenta años, una ceremonia que se realizaba con droga mórfica para que los hombres y mujeres que habían servido con valentía se deslizaran a la muerte suavemente, como se desliza un cuerpo en el interior del agua. Después, sus cenizas habrían sido trasladadas a la necrópolis del Domo, donde ocuparían un nicho.

Pero aquellos postulantes habían perdido la vida sin poder aspirar a tales privilegios, o lo que entonces para mí, hermanas, se me aparecían como privilegios. ¿Por qué aquella crueldad innecesaria con sus restos? Se me ocurrió que tal vez se tratara de un mensaje, un mensaje para nosotros, los fugitivos, puesto que les habían proporcionado a aquellos nueve desgraciados el mismo trato que nos proporcionarían a nosotros cuando nos capturaran, es decir, el de desertores.

—Tenéis que marcharos ya —insistió Kore.

—¿Y qué será de vosotras?

—Nosotras nos quedamos.

¿Por qué? No comprendía que alguien estuviera dispuesto a permanecer un solo segundo más en una ciudad en la que incluso el agua obedecía las órdenes del Palco, ni por todas las monedas del mundo. Hasta que bajé por primera vez a aquellos bajos fondos de mi mundo, hasta que vi las cabezas de mis compañeros de promoción clavadas en picas y devoradas por cuervos, no comencé a comprender la naturaleza tiránica del lugar en el que me había criado, y de la institución milenaria en la que, hacía solo unas horas, soñaba ingresar.

—Alguien tiene que hacer esto —respondió Halina.

—¿El qué?

—Ayudar a escapar a los demás.

9. El doble

Caminamos durante horas por senderos de distintas épocas. Los caminos de tierra eran nuevos; los antiguos, los anteriores a las Guerras del Tiempo, eran anchos como ríos y estaban hechos de hormigón, entre cuyos poros y calvas había crecido la hierba de manera uniforme.

Erin arrastraba los pies, arrancándole un lento crujido a las hojas amarillas sobre las que avanzábamos, y llevaba la mano en su hombro para aliviar su dolor. Teníamos que conseguir algo con que desinfectar aquella herida. Al día siguiente nos reuniríamos en la Aldea de Acero con Halina y Kore. Las chicas nos darían su parte por la venta del Halcón y con ese dinero conseguiríamos escapar por alguna de las treinta y dos aduanas de la Primera Cúpula. Según Adras, había un hombre en la Segunda Cúpula que podía silenciar el rastreo del Palco. ¿Y después? Una vez hecho esto, seríamos libres. Dicho de otra manera: seríamos individuos distintos a los que habíamos sido hasta entonces. Una vez en la Segunda, podríamos enrolarnos en cualquiera de las granjas de cultivo, cambiaríamos la espada por la azada y el yugo, viviríamos una existencia tranquila lejos de la Ciudad Perpetua. Y si era cierto que Erin y yo estábamos unidos por un hilo púrpura, quizá esa nueva existencia la viviríamos en común, quién sabe. Pero todo aquello costaba dinero al parecer, así que el plan dependía del éxito de Halina y Kore.

—¿Seguro que las chicas aparecerán?

—Tengo su palabra —respondió Adras sin apartar la vista del camino.

Adras abrió la marcha, y yo no me separaba ni un metro de Erin por precaución.

—¿Su palabra? —se burló Erin—. ¿Cómo sabes que no huirán con el dinero, dejándonos tirados?

Aunque las dudas de Erin me parecían muy razonables, por alguna extraña razón yo confiaba en la palabra de Kore, tal vez porque proyectaba sobre ella el rostro de mi querida amiga Sila, mi compañera de juegos en el dojo y también mi confidente, aquella con quien había compartido todos mis sentimientos, mis anhelos y mis temores desde la infancia.

—¡Eh, ricitos! —bromeé, con el propósito de rebajar algo la tensión—. ¿Cómo consigues peinar esta maraña cada mañana?

Pese a la fiebre, pese al dolor de su hombro, la fuerza de Erin era excepcional. Nunca había conocido a un postulante tan rápido y poderoso como él. Así que no me cabía duda sobre cuál de los tres habría vestido hoy mismo la capa de malla, y recibido la moneda del compromiso, si las cosas se hubieran desarrollado como se supone que debían desarrollarse.

—No consigo entenderlo, Clea —me susurró, para que Adras no pudiera oírnos. Sus labios habían comenzado a temblar por la fiebre.

—Erin: no malgastes tu aliento. Tenemos que llegar a la aldea.

Cada frase que pronunciaba implicaba un gran esfuerzo por su parte. Pero, de alguna extraña manera, la fiebre había vuelto lengua al tímido de Erin.

—¿Crees que...? ¿Crees que los dioses pueden equivocarse?

Detuve la marcha:

—¿A dónde quieres llegar?

—Quiero decir que, si un hombre encuentra un destino contradictorio... ¿qué debe hacer? ¿Acaso...? ¿Acaso los dioses estaban equivocados? ¿Puede suceder algo así?

En este punto, detuvo sus pies para recuperar el resuello:

—¿Significa eso que el destino puede ser esquivado? ¿Significa... que podemos escoger obedecerlo o no? Porque no es eso... No es eso lo que nos enseñaron en el dojo.

Sus ojos intentaban fijarse en los míos, pero la fiebre hacía que no consiguiera mantenerlos abiertos mucho tiempo.

—No lo pienses más, Erin. Fue solo un error en las hebras. Salvo que —bromeé reanudando la marcha— hayas cambiado de idea y estés decidido a matarme para que deje de hacer bromas sobre tu peinado.

—No puede ser un error. Cualquier fallo en la red tricolor provocaría una cadena de errores. Estamos... Estamos todos unidos, Clea. No puedes romper un hilo por un extremo sin que provoque sus efectos en el otro.

—Entonces, ¿crees que podemos elegir a quién matamos, a quién amamos?

No se atrevió a responder, a decir en voz alta la conclusión en la que parecía desembocar todo. Y yo tampoco me atreví.

Ahora seguíamos otro tipo de camino, oculto prácticamente por la vegetación, formado por dos hileras de hierro unidas por traviesas de madera también semienterradas por la maleza. Aunque todas las hojas parecían idénticas, aquel paisaje era lo más sereno que había visto desde nuestra huida de la Plataforma. Me atrevería a decirlo que era incluso hermoso a su manera. Y, así, avanzaba embelesada, fascinada por los colores de aquel espacio. Cuando quise darme cuenta, la espesura del bosque nos rodeaba por completo.

Los troncos de los árboles, por efecto de la propia cúpula, se veían de un tono oscuro y muy desconcertante. Alcé la vista. Supuse que los árboles eran secuoyas, porque tenían unos troncos gigantescos y rojizos y enormes ramas que se enredaban sobre nuestras cabezas, a través de las cuales podía verse, al fondo, el cielo púrpura de la Primera Cúpula, y os aseguro que el contraste entre ambos colores era hermoso.

—Bienvenidos al Bosque Rojo —dijo Adras sin detenerse siquiera.

Las ramas conservaban pocas hojas, la mayoría habían caído al suelo, de tal manera que nuestros pies avanzaban por una alfombra amarilla y pesada. Llevábamos más de una hora de caminata, envueltos en las capas que nos habían proporcionado las gemelas, y sin embargo teníamos la sensación de que no avanzábamos porque cada palmo del camino era idéntico al anterior. El bosque producía la ilusión de que no atravesábamos un paisaje real, sino un paisaje soñado.

—Esto ni siquiera es un bosque —dijo Adras—, es una plantación. Por eso todos los árboles son casi idénticos.

Tenía razón. Los árboles estaban perfectamente alineados entre sí. Y lo peor es que aquella regularidad en la distancia entre los árboles solo servía para desorientarnos aún más.

—Pero que no os confunda la belleza del lugar —añadió Adras—. Ni siquiera los purpurados se atreven a entrar aquí. Si quisieran, barrerían el bosque con un regimiento a la caza de desertores. Pero prefieren no molestar a los fantasmas del lugar.

Mientras tanto, Erin había comenzado a temblar. Sus pasos eran cada vez más lentos y más largos, y el sonido de las hojas bajo sus pies parecía un suspiro. Eché su brazo sobre mi hombro y entonces noté la mirada de Adras sobre mí, aquellos ojos verdes y tan vivos que tenían el poder de volverse melancólicos de repente, cuando se borraba de su rostro aquella sonrisa burlona y pícara suya.

—Creo que no le gusta que pasemos tanto tiempo juntos —susurró Erin.

No respondí. Tenía un nudo en la garganta y los ojos humedecidos. No creía que Erin pudiera

aguantar mucho más. La infección se agravaría y aparecería pus en sus heridas, así que necesitaba urgentemente atención en una cámara de salud.

Entonces la vi, junto a un árbol. Vestía el ceñido uniforme negro de los postulantes, aunque hecho jirones. Su cabello, enmarañado y sucio, se diría trasquilado por un machete y sus ojos transidos de espanto parecían a punto de salirse de sus órbitas. Supongo que se aterró de reconocer su rostro en el mío, pero estoy segura de que aquel intercambio de miradas provocó una herida mucho más profunda en mí que en ella. El corazón me dio un vuelco. ¡Era exactamente igual a vuestra hermana Clea! Como si fuera mi propio reflejo pero diez, quince años más vieja. Y lo peor de todo es que se reía, no creo que de mí, ni de nada en concreto. Reía con una mueca fingida, como si la obligara alguna fuerza superior. Y tan rápido como apareció de detrás del tronco de un árbol, desapareció.

—¿Habéis visto eso? —les dije a mis compañeros.

Por unos instantes, el miedo me paralizó. Y no era el miedo a aquel reflejo deformado de mí misma, sino el miedo a enloquecer. ¿Acaso lo que había visto no era mi retrato dentro de cinco años, de diez años? ¿Acaso no era yo después de mucho tiempo extraviada en aquel mismo bosque?

Me rehíce y corrí buscando el árbol tras el que había desaparecido mi doble, adelantando varias hileras a mis compañeros mientras oía la voz de Adras a mi espalda, cada vez más lejos:

—¡Clea, detente!

Sin embargo, al rodear el enorme tronco, no encontré a nadie. Ni en aquel ni en ninguno de los árboles vecinos. La figura se había evaporado como por arte de magia. Quizá era víctima de una alucinación. Porque había algo hipnótico en la sucesión de interminables hileras de árboles idénticos, bajo sus idénticas hojas cuyos nervios se volvían dorados a contraluz.

Pero no, no estábamos solos: había huellas recientes en el suelo y corrí siguiéndolas, apoyándome de vez en cuando en los viejos troncos morados para recuperar el resuello y retomar el rastro de mi perseguida. Y así me alejé de Adras y Erin, hilera tras hilera, con el corazón latiendo desbocado y las palabras de Halina resonando en mi cabeza: muchas personas habían perdido el juicio en aquel bosque, cosa que ahora no se me antojaba tan inverosímil, tal vez por el cansancio, o tal vez hipnotizadas por las interminables hileras de árboles, equidistantes y repetitivas.

—¡Clea, vuelve aquí! —se escuchó la voz de Adras en la distancia—. ¡Clea!

Pero yo no podía dejar que aquella muchacha escapara. Tenía que confirmar si se trataba de un espejismo o de alguien de carne y hueso.

De repente, la voz de Erin se había sumado a la de mi otro aliado. Los dos gritaban mi nombre, pero ya no podía verlos. Ni siquiera era capaz de discernir de dónde procedían sus voces, que se multiplicaban al rebotar en los troncos de los árboles huecos. Nos habíamos extraviado.

El corazón me latía muy rápido por la angustia. Desde que escapamos de la Plataforma, habíamos permanecido unidos los tres, y hallarme por primera vez sola en aquel bosque cuya flora se repetía como en una pesadilla hizo que se me formara un nudo en la garganta. Así que traté de utilizar las enseñanzas del Camino Púrpura: «La valentía no es la ausencia de miedo, sino la victoria sobre el miedo». Era una frase que solía repetir el maestro Perses.

Por supuesto que podíamos seguir aprovechando lo mejor de aquellas enseñanzas, y, en parte, aún me sentía una postulante. Sin embargo, no era capaz de controlar la angustia, quizá porque en las últimas horas mi seguridad se había sostenido sobre la complicidad con Erin y Adras, y la imagen de mi doble, desquiciada y sucia, riendo de aquella manera tan enfermiza, me había trastocado por completo. Era la imagen de la locura que me esperaba en aquel bosque, la locura

que me alcanzaría mucho antes que los purpurados, mucho antes de que me pusieran a disposición de la voluntad inmortal de las Tres Soberanas.

Llamé a Adras a voces. ¿Por qué a él? Hasta el momento, Erin me había parecido más digno de confianza que aquel oportunista. Adras no conocía el honor, era grosero y deslenguado. Entonces, ¿por qué, en un momento de angustia como la que experimenté en el Bosque Rojo, fue su nombre el primero que pronunciaron mis labios? ¿Tal vez porque Erin estaba demasiado débil para ayudarme? ¿O puede que por otro motivo?

Supongo que había algo que me atraía en Adras. Porque, con todo su cinismo, nuestro socio nos había ofrecido escapar y salvar la vida con él, cuando podría haber huido con el Animal de la Memoria y preocuparse solo de su propio cuello. No lo sé, el caso es que, cada vez que aproximaba demasiado su rostro al mío, sentía cómo me ruborizaba sin motivo alguno, y estoy segura de que también él era consciente de aquel fenómeno.

Entonces oí unas pisadas sobre las hojas, el crujido producido por alguien que corría alejándose de mí. Me precipité en la dirección que me indicaban aquellos sonidos, entre columnas de árboles, dejándolos atrás a uno y otro lado, hasta que al fin distinguí una silueta a unos cincuenta metros de donde me hallaba, detenida, girando sobre sí, buscando orientación en aquel laberinto forestal. La silueta se volvió alertada por mis frenéticas pisadas. Sentía el pulso a toda velocidad en mis sienes. Mi propio corazón me golpeaba en el cuello. Ya casi podía distinguir el rostro de aquella figura hacia la que corría movida por una curiosidad irrefrenable. ¿Había sufrido una alucinación y veía semejanzas imaginarias entre su rostro y el mío? Pero resultó que aquella figura y aquel rostro, detenidos en la inmensidad del bosque, eran los de Adras.

Me detuve a unos metros de él. Erin estaba sentado, con la espalda apoyada en un tronco y los ojos cerrados. Es decir: que había regresado al punto exacto en el que me separé de ellos.

—¿Por qué has hecho eso?

—Hay alguien más en el bosque —dije casi sin aliento.

—Desde luego que sí —replicó Adras—. Esto está lleno de desertores y de locos. Es mejor no detenerse.

No me atreví a decirle que nuestra inesperada visita tenía exactamente mi mismo rostro. Temí que me tomara por loca.

Años después, descubriría que no había sido ninguna alucinación. Pero esa historia os la contaré otro día. Os lo prometo.

10. En los tejados de la Primera Cúpula

Poco después atravesábamos las calles laberínticas de la aldea Undécima envueltos en las capas que nos prestaron las gemelas y bajo la protección de los toldos del mercado. Había flores artificiales en todas las galerías, todas idénticas, al igual que las viviendas, que se disponían en terraza por culpa de la orografía irregular. Más que una población, la aldea Undécima parecía una única y laberíntica casa con cientos de entradas y de ventanas, fachadas blancas y tejados curvos de color rojo con enormes aleros y todas las puertas del mismo tono. Os diría que era un espectáculo digno de admiración, pero no teníamos tiempo para el turismo.

—Es mejor que nos separemos —dijo Adras—. Nos reuniremos en la tercera casa de la calle VIII. Que nadie espere a nadie. La aerotransportada no tardará en localizarnos.

Estaba en lo cierto, era mejor separarse. La Legión Púrpura tenía ojos en todos los rincones. Pero Erin parecía haber llegado al límite de sus fuerzas después de la caminata por el Bosque Rojo y de la batalla en el vertedero. Su cabello rubio se veía oscurecido en las raíces por las gotas de sudor que corrían por su nuca. Le había subido la fiebre.

—No podrá llegar solo hasta esa casa —le dije a Adras—. No lo conseguirá.

Adras dio un manotazo en el aire para añadir con tono condescendiente:

—Está bien, ocúpate de tu novio.

Así que eché el pesado brazo de nuestro compañero sobre mi hombro, y nos internamos en silencio por aquellas callejuelas estrechas, avanzando despacio y deteniéndonos en cada cruce para orientarnos con los números de las calles, y también para que Erin recuperara el resuello.

—Yo me crié aquí —me confió en una de aquellas pausas, con la espalda apoyada contra una pared de mármol blanco.

—¿Cómo?

—Sí. Yo crecí aquí, en el Séptimo Dojo.

—¿Conoces estas calles?

La respiración de Erin se había vuelto muy angustiosa y había comenzado a temblar por la fiebre. Así que no estoy segura de que fuera consciente de dónde nos encontrábamos aquella noche, ni de que reconociera ninguna de aquellas casas y callejuelas. Tal vez el cerebro le jugaba una mala pasada y creía ver la aldea de su infancia. Sin embargo, había algo que sin duda podía reconocer, y era el color violeta del cielo que lo impregnaba todo.

—Qué ironía: voy a morir precisamente en las calles en las que me crié.

—No vas a morir aquí —le dije—. ¿Me oyes? No vas a morir aquí. Al menos no hoy.

Eché su brazo sobre mis hombros una vez más y lo ayudé a reemprender la marcha.

Cuando ya nos acercábamos a la Calle VIII, se oyó un rumor a nuestra espalda, casi imperceptible en aquel silencioso atardecer en la aldea, un rumor que solo podría percibir alguien que estuviera familiarizado con las tácticas de la Legión Púrpura. Recordad que llevaba toda la vida estudiándolas a fondo en el dojo. Si cerraba los ojos, podía ver los gestos con los que ahora mismo nuestros visitantes se estarían coordinando para cortarnos el paso cerrando las calles adyacentes. Lo más probable es que nos acordonaran en un perímetro de tres calles, y que un pelotón estrechara poco a poco el cerco a nuestro alrededor.

Entonces me pareció distinguir el susurro del metal al ser desenvainado, esa especie de largo suspiro ceremonial con que los purpurados se preparaban para el combate, y me volví justo a tiempo para vislumbrar una sombra en la esquina. Se hallaba a cinco metros, interceptando la

salida de la calle, en posición de guardia, muda. Supuse que era una mujer por su talla y por su complexión —tened en cuenta que la coraza y la capa de malla no dejaban adivinar gran cosa—.

Con un gesto de advertencia a Erin, desenvainé mi sable lo más lenta y silenciosamente que pude. Hasta el momento, solo podía detectar a dos de ellos. Y como no parecía verosímil que el Palco hubiera enviado solo a dos purpurados para cazarnos, pensé que tal vez formaran parte de una patrulla nocturna, alertada tal vez por la presencia de dos sombras, y que habían salido a cazar a quienes suponían simples rateros de la aldea. Mala suerte. Se jugarían sus vidas esa noche sin saber que en realidad se enfrentaban a dos fugitivos. Pero ¿estaba yo preparada para matar? Aún no había muerto nadie a mis manos, aún no había derramado una gota de sangre, y la sola idea me resultaba ya mucho más repugnante que unas horas atrás. Desde aquella mañana en la que había saltado al asfalto de la Plataforma para ganarme mi moneda del compromiso, habían cambiado muchas cosas en mi mente. Dar muerte a un rival ya no me parecía un deber sagrado, y morir tampoco me parecía un destino tan honorable. De qué manera había conseguido el Palco convencernos de que el combate fratricida contra nuestros propios compañeros era la dignidad más alta, de que quitarles la vida era una tarea noble. Si era capaz de hacerlo, esa noche no mataría por honor, y ni siquiera por mi vida, que estaba dispuesta a sacrificar desde que ingresé en el cuarto dojo. Lo haría solamente por mi libertad. Por nuestra libertad.

—Chica Dura —musitó mi compañero de huida, apropiándose del apodo que siempre me dirigía Adras.

—Shhhhhh.

—Tenemos otra visita.

A nuestra espalda, la sombra de otro legionario púrpura nos cerraba el paso. Erin estaba herido, así que tendría que luchar yo sola contra dos purpurados, y recordad, hermanas, que cada uno de los hombres y mujeres que lucían la máscara metálica se había consagrado sobre la Plataforma, uno entre doce, y yo ni siquiera había logrado derrotar a mi primer rival en mi Ceremonia de la Consagración.

Sobre nuestras cabezas, la luna era una mancha borrosa que apenas alcanzaba a iluminar las hojas de los sables, recién liberados de sus vainas. Y de repente volví a experimentar aquella conocida vibración en mi mano izquierda que anunciaba la inminencia de los Tres Hilos. Los vi salir de mis dedos: el púrpura me unía a Erin, el rojo enlazaba con la mujer que avanzaba hacia mí y el último se perdía a mi espalda.

Pegué mi hombro al de Erin, se encontraba muy débil, tiritaba, su cabello estaba empapado por la fiebre. No combatiría solo por mí. No combatiría solo por mi vida. Pero ¿qué sería lo más prudente? ¿A quién enfrentarme primero? Decidí lanzarme en primer lugar contra la oponente a la que me unía el hilo rojo. Le lancé una estocada a la altura del pecho, pero ella la detuvo con enorme agilidad. Si vestía la capa de malla, si llevaba la moneda del compromiso engastada en la empuñadura de su sable, eso significaba sin la menor duda que había sobrevivido a su ceremonia de la Consagración, que había sido la mejor entre doce. ¿Cómo me enfrentaría sola a dos campeones como aquellos, yo que había sido derrotada sobre el asfalto? La voz de Perses. Ahí estaba de nuevo, dirigiendo mis músculos, acallando mis temores: «Tu peor enemigo está en tu pensamiento, los demás enemigos son mortales».

Me lancé al ataque con varios cortes diagonales, que mi rival contuvo retrocediendo hacia la salida de la calle. El hilo rojo nos enlazaba a ambas luchadoras, como un haz que atravesaba cualquier obstáculo, como si nada, ni siquiera la materia, pudiera oponerse al destino escrito por los dioses, cuando ya sabíamos que los hombres podían burlar la voluntad de los dioses gracias a la rebeldía de Erin sobre la Plataforma.

Su respuesta fue tan previsible que la aborté con un simple movimiento de cintura. En el silencio de la noche, intuí sus intenciones con solo escuchar el murmullo de sus ropas, el modo en que adelantaba un pie dándome una pista de por dónde vendría su ataque. De repente, era como si hubiera luchado durante toda la vida contra aquel rival, como si pudiera predecir cada uno de sus movimientos, tan familiar me resultaba su estilo. Respondí lanzando un corte horizontal que le arañó el cuello. Ella se llevó la mano al hilo de sangre que había comenzado a brotar bajo su barbilla, y retrocedió desconcertada.

Tenía que vigilar al mismo tiempo mi espalda, por donde se aproximaba mi otro oponente, que Erin intentaba contener en un dudoso equilibrio. ¡Si apenas podía mantenerse en pie! Toda la fortaleza y toda la velocidad que había mostrado sobre el asfalto de la Plataforma se habían desvanecido por culpa de la fiebre, y se limitaba a detener sus golpes con el sable y estorbarle en su avance, así que no podía perderlos de vista. Tenía que resolver lo antes posible mi combate y acudir en su ayuda, y por eso me lancé al ataque con total determinación.

A diferencia de Erin, me sentía, de repente, como un instrumento perfectamente afinado. Me deslizaba entre la oscuridad, bajo la tenue luz púrpura de la luna y las estrellas, y empujaba hacia atrás a mi rival con golpes que ella conseguía detener aunque no sin apuros, hasta que, en su retroceso, logré doblar su pierna izquierda de una patada y cayó de rodillas, produciendo un ruido sordo. Para no perder el equilibrio, mi contendiente apoyó su sable contra el suelo, cuya punta chirrió al cortar la piedra de la galería, y entonces vi mi oportunidad: de un solo mandoble le arranqué el sable de su mano derecha golpeándolo por su punta. El arma voló desde la galería, giró varias veces en el aire y cayó en parábola, produciendo un tintineo de metal al golpear contra el suelo de un patio. La moneda del compromiso se desprendió de la empuñadura por el golpe y rodó en círculo por el patio ante la mirada de mi rival, que, de rodillas, mantenía aún su brazo derecho alzado, como si mi ardid la hubiera dejado paralizada.

Os confieso que yo también estaba perpleja. Había derrotado con relativa facilidad a alguien que, a diferencia de mí, había salido vencedora de su ceremonia de la Consagración, y ahora tenía que quitarle la vida. El hilo rojo enlazaba mi dedo corazón con su hilo negro, en una línea recta que se movía con nosotros pero que jamás nos soltaba. Por primera vez me enfrentaría al mandato de los Tres Hilos, precisamente ahora que mi mente ya no estaba tan pertrechada, tan determinada a hacerlo.

Escuché un nuevo susurro metálico. Mi oponente desenvainó su puñal. Seguiría luchando hasta la muerte. Lancé un mandoble a la altura de su vientre, y la sangre salpicó los muros blancos de la Calle VII. Con ese corte superficial en la piel del abdomen no la mataría, pero la tendría sin respiración durante el tiempo necesario para detener a mi segundo rival.

Entonces sentí un golpe en mi espalda, una patada que me proyectó contra la pared de la galería y me cortó la respiración. Erin no había tenido fuerzas para detener el avance de su contrincante, y este lo había hecho a un lado para acudir en auxilio de su compañera de guardia. Mis pulmones estaban bloqueados por el golpe. Mi brazo derecho colgaba de mi hombro sin fuerza, con el sable arrastrándose por el suelo, y frente a mí se alzaban los Tres Hilos, tensos como haces de luz, uniéndome a Erin y a la oponente a la que había dejado de rodillas, pero no al rival que se aproximaba a mí empuñando con ambas manos su sable.

¿Qué significaba aquello, hermanas? No moriría a sus manos, no era ese mi destino, pero tampoco encontraba fuerzas siquiera para alzar mi sable. El oxígeno no llegaba a mi sangre, y mi sangre no conseguía activar los músculos de mis extremidades. Estaba arrinconada y Erin ni siquiera era un estorbo para aquel nuevo oponente, que había decidido deshacerse primero de mí.

El rival de Erin alzó su sable sobre mi cabeza. Vi el óvalo de su máscara iluminado por la luna

púrpura de la Primera Cúpula y, de repente, la hoja teñida de rojo de un sable emergió de su pecho, tan silenciosa y limpiamente como un rayo de luz a través de un cristal. Fue muy rápido: la punta brotó de entre las costillas salpicándome de sangre. La cabeza se descolgó hacia atrás, como si ya el cuerpo no pudiera sostenerse sino apuntalado por el arma de mi compañero Erin. Después, el cuerpo experimentó una sacudida y se proyectó hacia adelante, para caer a mi lado con un golpe metálico. Erin estaba a su espalda, con la hoja de su sable teñida de rojo. Una vez más, me había salvado la vida, esta vez transgrediendo incluso las normas del honor que impedían atacar por la espalda a un hermano púrpura. No se lo recriminaría; ya no estábamos en el Domo, y aquellos hombres y mujeres ya no eran nuestros hermanos.

Era el momento de ocuparme de mi primera víctima, a la que había dejado reducida a una especie de títere, con las manos colgando a uno y otro lado de su cuerpo, y que ahora intentaba alzar su puñal contra mí pero apenas conseguía separarlo unos centímetros del suelo. Si le quedaba una sola brizna de energía, la emplearía en blandirlo contra mí. En su cuello, junto a la arteria que palpitaba frenéticamente, se distinguía la insignia de la cobra. Pero, en tal caso, ¿por qué enviar solo a dos efectivos? Esperábamos un pelotón, rodeado a su vez por otra docena de legionarios acordonando las calles. Pensé que debían ser dos efectivos de la guarnición local, que rondaban la zona y habían tropezado con dos sombras sospechosas: las nuestras.

Mi rival había apoyado su espalda contra la pared de mármol blanco del edificio. Con un rápido movimiento de sable, arranqué la máscara de su rostro. No sé por qué lo hice. No sé por qué me expuse a conocer su rostro antes de quitarle la vida a aquella chica, por qué me debilité con aquella elección. Si un nombre es una herida, un rostro es mucho más que eso: le devuelve su humanidad a aquel al que se supone que deberías arrebatarse la vida. Pero, de algún modo, retirar las máscaras se había convertido en el símbolo de algo desde aquella mañana en la Plataforma. Entonces, bajo la escasa luz de los faroles recién encendidos en la Aldea, reconocí el rostro de Sila, mi querida amiga Sila, mi compañera del Cuarto Dojo, cubierto de sudor, mirándome con una mezcla de odio e insolencia. Un escalofrío me recorrió todo el cuerpo. Parecía al menos diez años más vieja que la última vez que nos vimos, cuando solo había pasado un año desde que se marchó del Cuarto Dojo.

—Clea, tenemos que irnos —me dijo Erin recuperando el resuello—. Vendrán más.

Lo más aterrador de todo es que Sila me miraba con desprecio. ¿Es que no me reconocía? ¿Cómo había podido olvidarme en un solo año? ¿Era eso lo que la Legión Púrpura hacía con las mentes de sus soldados?

—Sila, soy yo: Clea —dije con un nudo en la garganta.

Su rostro mudó. Ahora el odio se había disuelto en una expresión de perplejidad. Por supuesto que no pronunció una palabra. Escupió al suelo, a su lado, y volvió a concentrar todo su desprecio sobre mí. Por otra parte, ¿qué esperaba de mi rival? ¿Una conversión repentina? ¿Una rendición? No, los miembros de la Legión Púrpura no conocían esa palabra. Ni siquiera creo que supiera a quién se enfrentaba.

—Clea, ya deben estar de camino —balbuceó Erin. La espalda de su uniforme estaba completamente empapada de sudor.

Miré hipnotizada el hilo rojo que me unía a Sila, una intensa línea de luz en la semioscuridad de los tejados. Cuando nunca has matado a nadie, cuando nunca has estado a punto de morir, es muy fácil seguir las enseñanzas del Camino Púrpura. Pero aquello que temblaba, sudaba y sangraba ante mí no era una máscara, sino un ser humano, con nombre y con pasado.

La noche era ya una realidad sobre la Aldea Undécima. Las primeras estrellas parpadeaban

borrosas a través del tupido velo de las Tres Cúpulas, y Sila, si es que se trataba de ella, había cerrado los ojos y se había entregado a una oración ritual.

Como si me hubiera leído el pensamiento, Erin me susurró estas palabras:

—Tarde o temprano, tendrás que matar. No te quedará elección.

—Pero no hoy —pensé—. No esta noche.

Entonces los Tres Hilos se desvanecieron en el aire. No cayeron, puesto que nadie los había cortado. Simplemente se evaporaron ante nuestros ojos como si la luz del atardecer los borrara, y trepamos al tejado de una casa para saltar de uno a otro hasta la Calle VII bajo la pálida luz de las primeras bombillas de la aldea.

Nuestro oponente no parecía con fuerzas para seguirnos. Pero tampoco a Erin le quedaban muchas energías y se tambaleaba sobre los tejados en nuestra huida. La luz del atardecer violeta recortaba su figura contra el cielo de la aldea, cuando, a sus pies, una teja se desprendió y vi cómo perdía el equilibrio. Mi corazón dio un vuelco. Corrí sobre el tejado en su dirección y llegué justo a tiempo para sujetarlo del brazo, mientras la teja daba en el patio de una de aquellas casas y se partía contra el suelo con un ruido seco, a escasos centímetros de donde dormía un perro.

El animal comenzó a ladrar, alertado por nuestra presencia. ¡Maldición! Además, era muy probable que el doble de Sila hubiera corrido ya a buscar refuerzos. Mi corazón latía a toda velocidad. Varias gotas de sudor cayeron de la frente de Erin al mismo patio en el que el perro nos gruñía con las fauces abiertas.

—Voy a sacarte de aquí —le prometí a mi compañero.

Entonces noté cómo una mano me sujetaba del tobillo, y otra tiraba de mi capa tapándome la boca para enmudecerme, y con el forcejeo perdimos el equilibrio y ambos, mi captor y yo, caímos de espaldas al patio de otra casa, con tanta fortuna que su cuerpo amortiguó el mío. Me había salvado.

Intenté levantarme del suelo, sacudirme el abrazo de quien fuera y acudir en ayuda de Erin, pero, en cuanto hice amago de incorporarme, sentí que el mundo comenzaba a girar en torno a mi cabeza. El cielo y el suelo se confundieron, y perdí el conocimiento.

11. LA CURA

Desperté sobre una cama cubierta por pieles. Me dolían los músculos a consecuencia del combate en los tejados de la aldea y tenía hematomas en el abdomen y la espalda. Sin embargo lo peor era el dolor en las manos. Traté de aliviarlo cruzándolas bajo mis brazos. Supongo que así, boca arriba y con los brazos cruzados sobre el pecho, tendría el aspecto de una de las momias de los grandes luchadores púrpura que descansaban en los sótanos del Domo.

Aquella postura me ayudó a recordar los sueños que había tenido por la noche y me pareció evidente que me habían suministrado droga mórfica: demasiado vívidos, los típicos sueños que provocaba aquella sustancia naranja. Pero quién y para qué. Había soñado que paseaba por la necrópolis del Domo, entre gigantescas efigies de antiguos guerreros en sus lápidas de mármol. Solo era una niña que avanzaba con los pies descalzos sobre el asfalto y una vela en la mano, cuando uno de los rostros de aquellas efigies se me antojó tremendamente familiar.

En el sueño tenía frío y miedo, pero no podía resistir la curiosidad y me aproximaba a aquel rostro, sobre el que bailaban las sombras móviles que producía el temblor de mi vela. Ya casi podía tocar sus rasgos, la nariz gruesa y algo chata, el hoyuelo en la barbilla... ¡Se trataba de Erin!

Acaricié el rostro frío de aquella estatua. A su lado, la efigie de una mujer sobre otra tumba me recordó al perfil de Sila. Aproximé mi vela a este otro sarcófago y las sombras se movieron hasta mostrarme la nariz y los labios gruesos de mi vieja amiga. ¡Era ella! Sentí un escalofrío recorriendo todo mi cuerpo y, en ese instante, la estatua abrió los ojos y me miró. Y entonces fue cuando desperté con un sobresalto.

Miré a un lado y a otro de mi lecho. Alguien había dejado ropas limpias en un montón junto a mi cama, además de dos cuencos con comida: uno de pescado y otro de verduras, ambas cosas hervidas y ya frías. Estaba hambrienta, desde luego. No había comido desde la víspera de mi fallida Consagración. Así que devoré la verdura y el pescado con ansiedad, aún con el recuerdo del rostro de Erin y de Sila en mi sueño.

Después me levanté y, tras cubrirme, salí a buscar a mis huéspedes por una pasillo con paneles de papel a ambos lados, hasta que desemboqué en una escalera que daba a un sobrio jardín. Era un lugar muy apacible, con un pequeño estanque sobre el que flotaban nenúfares y sobre cuyas aguas verdes vi reflejadas las siluetas invertidas de dos hombres. Para mi sorpresa, el primero de ellos resultó ser Adras. Conversaba con otro individuo más bajito que vestía una larga túnica blanca, con el pelo entrecano recogido en un moño alto y una barba que le llegaba hasta el pecho. Supuse que sería el médico del que nos habló Adras.

—Buenos días, Chica Dura.

—Qué demonios me habéis dado.

—Pescado y verdura cocida —respondió Adras sonriente.

¿De veras? ¿Solo pescado y verdura cocida? Porque estaba segura de que me habían suministrado droga mórfica por la noche.

—¿Dónde está Erin? —quise saber.

Adras señaló una vivienda que se encontraba más allá del jardín, un granero de madera frente a aquel cristalino estanque sobre el que brillaba la luz violeta de la mañana al que se accedía por una pasarela de madera. Al cruzar el puente, vi mi propio reflejo entre los nenúfares que flotaban en el agua. Nunca había vestido otras ropas que las de los postulantes. Parecía una operaria de

los vertederos, salvo por las mangas arrancadas del uniforme, y las partículas de ferrofluido que habían dejado algunas pintas oscuras en mi rostro.

El interior del granero estaba iluminado por velas y ambientado por un pebetero de hierba aromática. Había estanterías con tarros y envases farmacológicos, por lo que supuse que aquel lugar servía como cámara de salud, tal vez la única de la aldea Undécima. Una mesa de madera enmohecida ocupaba el centro, sentado a la cual encontré a Erin con el torso desnudo. Tenía una constelación de lunares repartidos por la piel de los hombros y del pecho, pequeños y de distintos colores. Una anciana, también vestida de blanco, le estaba curando la herida de su hombro y él me saludó con una inclinación de cabeza. Más que médicos, tanto ella como el hombre de la entrada parecían sacerdotes de una orden desconocida, si bien en la Primera Cúpula resultaba difícil distinguir una cosa de la otra.

—¿Cómo te encuentras?

—Mejor ahora —dijo Erin esbozando una sonrisa que acentuó el hoyuelo de su mentón.

Me pareció que no se refería solo a su herida, a juzgar por el brillo de sus ojos claros. Fuera cual fuera la razón, Erin tenía muchísimo mejor aspecto. La fiebre parecía haber remitido milagrosamente. Con un ademán discreto, señalé a la anciana para expresarle mi inquietud. ¿Podíamos fiarnos de aquella gente? Erin me respondió inclinando la cabeza con los ojos cerrados.

Vi a la anciana extraer un fragmento de metal de su hombro con unas pinzas metálicas y depositarlo en un pañuelo sobre la mesa. Después, calentó las pinzas con la llama de una gran vela negra, supongo que para desinfectarlas, y volvió a introducirlas en la herida de Erin, cuyo rostro se contrajo por el dolor.

Para apartar mi vista de la herida, fijé la atención en la llama. Me concentré en su temblor rojo y azulado en su núcleo. Me invadió un pensamiento: el fuego era lo más parecido al sol que habíamos visto en nuestro mundo. Se me ocurrió que, en la intemperie, aquella región que todos llamaban el Vacío, el sol tendría el aspecto de una gigantesca llama amarilla, pero nosotros lo habíamos visto, filtrado por una y aún por tres Cúpulas, desde que abrimos los ojos a este mundo. Solo en la noche, bajo la luz de velas o aun de lámparas de energía, los objetos se nos mostraban con cierta variedad de colores. Porque en cuanto una salía al exterior, aceptaba el baño púrpura o el baño esmeralda de la Primera y la Segunda Cúpula respectivamente.

Entonces me di cuenta de que Erin tenía sus ojos clavados en mí, y reconocí en sus pupilas el brillo de aquella llama duplicada. Lo más extraño de todo es que, si aquel muchacho era el hombre al que yo estaba predestinada, si aquel era el hombre al que me unía mi hilo púrpura, cosa que vi con mis propios ojos desde el asfalto de la Plataforma, sin embargo aún no sentía nada por él, salvo un infinito agradecimiento por haber salvado mi vida dos veces, y un infinito temor por el destino de ambos.

La anciana se volvió hacia mí y mantuvo sus ojos fijos en mi rostro por unos segundos que me parecieron eternos. Tenía la frente atravesada por arrugas muy profundas y sus iris del mismo color gris que el hombre que hablaba con Adras desde la puerta, aunque seguramente doblaría su edad. Después impregnó la herida de Erin con un polvo de color oro, tomó una vela de la mesita y prendió fuego a aquella sustancia. Fue un rápido fogonazo que se extendió inmediatamente, levantando volutas de humo gris del hombro de Erin y trayéndome un olor a carne quemada.

—Es *moxa* —dijo una voz tras de mí.

Se trataba del hombre con el que conversaba Adras hacía solo un momento.

—¿Para qué sirve, doctor?

—Alivia el dolor y cauteriza las heridas —dijo mientras recogía del suelo los trapos

manchados que habían servido como venda a Erin hasta ese momento—. Pero yo no soy el doctor. Ella es el doctor.

Quise darle las gracias a la anciana y balbuceé unas tímidas palabras.

—No te esfuerces, no habla nuestro idioma.

Erin intentaba vestirse utilizando solo su brazo derecho. En su hombro había tres marcas blancas y muy brillantes cuyo tono me recordó la cicatriz del rostro de Adras. ¿Le habían cauterizado también la herida con *moxa*? Luego trató de levantarse apoyándose en un solo brazo y corrí en su auxilio.

—Deja que te ayude.

Su cuerpo se inclinó hacia adelante y pude ver balancearse un colgante en su musculoso cuello. Se trataba de la figurilla de un caballo blanco del tamaño del dedo pulgar. La sostuve entre mis dedos para examinarla y me pareció que Erin se ruborizaba.

—¿Cómo conseguiste entrar con esto al Domo?

—Llevaba el cordón en mi tobillo, y la talla debajo de la lengua. Después de todo, el voto de silencio fue una bendición. Es una bendición para las personas que tartamu... Bueno, ya sabes: las personas como yo.

No me atreví a preguntar por el origen de aquella reliquia ni por su valor, pero el propio Erin recogió la pieza en su mano, por lo que supuse que debía ser muy importante, lo suficiente como para que alguien tan disciplinado como él se atreviera a transgredir las reglas del Domo.

—Es el primer recuerdo que tengo. Mi madre entregándome esta diminuta pieza.

Entonces la apretó dentro de su puño, como si intentara comprimirla lo máximo posible para mantenerla a salvo dentro de su mano.

—Yo no recuerdo a mis padres. Ni siquiera recuerdo mi ingreso en el dojo —le confié—. Quizá nací allí. Porque no tengo memoria más allá del dojo.

La vela que iluminaba nuestros rostros temblaba con cada una de aquellas confesiones, favoreciendo la complicidad entre ambos.

—¡Vaya, tienes buen aspecto! —interrumpió Adras, sin duda celoso por aquel momento de intimidad entre nosotros.

—Tú, en cambio, no —respondió Erin—. Y dentro de unas horas tendrás aún peor aspecto.

—¿Qué quieres decir?

—Que no creo que tarden mucho en rastrearnos. Quizá lo han hecho ya. Quizá saben dónde estamos y se dirigen hacia aquí. Quizá ya nos están rodeando —se explicó Erin.

Nuestras sombras se movían en la pared del fondo de la cabaña al ritmo en que las voces de Erin y de Adras hacían temblar las velas, y era como si mis compañeros discutieran en dos mundos a la vez, el de la luz y el de la sombra.

—¡Eh, no seas tan pesimista, hombre de palo! ¡Sonríe un poco! Hace falta una actitud positiva para atraer acontecimientos positivos...

—¿Que sonría? Sonreiré cuando me expliques cuál es tu plan, maldito idiota —respondió Erin.

—Un respeto, por favor. La señora Go no está acostumbrada a ese vocabulario —dijo señalando a la anciana, que permanecía muda, sentada en la posición de loto en un rincón de la cámara de salud.

—No te preocupes por ella, ni siquiera habla nuestro idioma —intervino Erin volviéndose hacia el enfermero y alzando sus cejas, como si buscara confirmación por su parte.

—Es cierto —dijo el enfermero desde la puerta—. La señora Go es la última hablante nativa de un idioma en extinción. Un idioma muy antiguo, anterior a las Guerras del Tiempo. Yo apenas

conozco sus rudimentos. De modo que, cuando ella desaparezca, ese legado también desaparecerá.

El hombre colocó unos vasos y una botella de un licor transparente sobre la misma mesa en la que habían curado a Erin y nos sirvió.

—Sentaos, por favor.

—¿Qué es ese líquido? —preguntó el ingenuo de Erin.

—Gul —dijo el enfermero—. Os vendrá bien. Os reconfortará.

—Nos está prohibido.

Me quedé pensando por qué habríamos de seguir cumpliendo un voto semejante, puesto que ya habíamos traicionado todos los demás. ¿Había sido, acaso, una respuesta automática de Erin? Aun así, ninguno de los tres aceptamos la copa. El enfermero, por contra, bebió su vaso de un solo trago.

—Aceptad al menos esto —dijo depositando algo sobre la mesa—. Si os atrapan, bebedlo. Siempre es mejor una muerte rápida e indolora.

Lo que nos estaba ofreciendo eran tres burbujas azules de cristal, rellenas de un líquido denso.

—¿Nos estás pidiendo que nos rindamos? —preguntó Erin.

—No seáis ingenuos: si os capturan, no os liquidarán tan rápido. Primero os torturarán para sonsacaros información, para que les habléis de cada uno de nosotros, y después os eliminarán.

—Soy capaz de resistir sin decir una palabra —se pavoneó Erin—. Me he entrenado durante años para ello.

—No, no lo eres. Ni te imaginas las técnicas de tortura que conocen. Es mejor que os evitéis ese sufrimiento. Si dan con vosotros, no saldréis con vida, pero podréis evitar que otros seamos capturados. No lo dudéis ni un solo instante.

—Pero siempre se tiene una oportunidad —objeté.

—Cierto: seguramente os ofrecerán algo a cambio de delatar a los demás, os harán creer que hay una oportunidad de salir vivos renegando de los otros, pero es una artimaña. Os quitarán la vida sin dudarlos en cuanto les deis nombres.

El enfermero rellenó su vaso de gul. No me pareció que sus gestos fueran los de un alcoholico, sino los de un enfermo que se administrara una medicina.

—¿Será dulce? —pregunté recogiendo una de las burbujas de la mesa.

El enfermero me miró en silencio, con las pupilas tan contraídas que parecían dos puntos en medio de sus ojos grises.

—Será mucho más dulce y mucho más rápida que la muerte que ellos os proporcionarían.

—Pero también os torturarán a vosotros, a esa pobre anciana y a ti mismo —replicó Adras alzándose de la mesa.

—No lo harán. En cuanto os marchéis, os denunciaré ante la guarnición de la Undécima. No nos quedará más remedio que decirles que estuvisteis aquí, que obligasteis a la anciana Go a curar a vuestro compañero herido. Lo comprendéis, ¿verdad? Es importante que este lugar siga funcionando.

—Lo comprendemos —dijo Adras.

—Les diré que me golpeasteis —añadió el enfermero, tras un nuevo trago de gul.

¿Cuántos llevaba ya? Su rostro se mantenía tan inmutable como antes de descorchar la botella. En ese momento el anciano se señaló un pómulo, y Adras asintió con la cabeza, seguro de sus intenciones. Estaba claro que, antes de marcharnos, tendríamos que hacer algunos destrozos en el granero, y también en el rostro de nuestro nuevo aliado de barba entrecana, para proporcionar algún tipo de coartada a aquella pobre gente.

—Creo que aceptaré ese vaso de gul —dijo Adras para nuestro asombro mientras volvía a sentarse a la mesa.

—Y eso no es todo, Adras. No podemos ocultarles nada, de lo contrario destruirán este lugar. Les daré vuestros nombres y les diré que matasteis a una purpurada que os seguía el rastro.

En ese momento sentí cómo se me erizaba la piel. Un escalofrío recorrió mi columna vertebral.

—¡Sila!

—Tendré que entregarles su cadáver. Diré que os siguió hasta aquí y que tú...

Miré hacia nuestro compañero de fuga con espanto. ¡Dioses! Todo encajaba: sin duda había sido Adras quien me arrastró al patio de aquella casa, y sin duda debió ser él quien acabó con Sila, o con su doble, y nos trajo hasta la cámara de salud:

—¿Lo hiciste... tú?

Adras bebió un largo trago de gul y agachó la vista. Una oleada de angustia invadió mi pecho. Me incorporé con brusquedad y me dirigí a la puerta de la cámara de salud:

—¿Dónde está?

Adras y el enfermero intercambiaron una mirada.

—Necesito saber dónde está.

—En la despensa —admitió este último.

Salí del granero y atravesé el pequeño jardín sobre el puente de madera buscando la despensa de la casa. Era una diminuta cabaña que olía a productos químicos y a sangre reseca. Tumbada boca arriba, con los brazos cruzados sobre el pecho tal y como yo la había soñado, el cadáver de Sila, o de alguien exactamente igual a ella pero algo más vieja, reposaba sobre una camilla de aluminio.

—Sila era mi compañera en el Cuarto Dojo —balbuceé.

Miré a Adras, pidiendo explicaciones, y él a su vez buscó la mirada del anciano, como si solicitara su complicidad o su licencia para lo que iba a decirme a continuación:

—Esta mujer no podía ser tu compañera. Tenía al menos diez años más que nosotros —escuché la voz de Adras a mi espalda. El enfermero y él me habían seguido hasta la despensa. Era de otra generación de postulantes.

—¡Imposible: era idéntica a Sila!

Yo estaba conmocionada por la visión, la piel y los labios pálidos, la mano izquierda descolgada de la camilla.

—Clea: me parece que hay una explicación muy simple para esa semejanza.

—¿A qué te refieres?

—También lo hacen con los animales —intervino el enfermero—. E incluso con las hojas de los árboles. ¿No lo comprendes?

Sentí un nuevo escalofrío. Claro que lo comprendía. Pero no podía aceptarlo. No podía aceptar ninguna de las cosas que estábamos descubriendo en apenas diez horas. Sed indulgentes conmigo, hermanas mías: es difícil luchar contra la educación de toda una vida. O, si lo preferís: es difícil luchar contra la programación mental de toda una vida. El mundo en el que nos habíamos criado era un mundo ordenado, un mundo con sentido, donde cada uno conocía su papel y lo cumplía sin excusas. Pero nosotros habíamos decidido aventurarnos en lo desconocido. Habíamos escogido la libertad. Y la libertad, amigas mías, siempre produce miedo, el miedo a equivocarse, y te coloca ante un sinfín de enigmas.

Entonces Adras rebuscó entre las cosas de aquella legionaria. Sacó de su zurrón la comida, la linterna solar y el resto del equipamiento que aquella mujer ya no necesitaba, y después tomó el sable de Sila, que descansaba a su lado en el suelo. Utilizando su puñal como cuña, le arrancó la

moneda del compromiso de su empuñadura, cuya cara lucía la efigie de la cobra. Fue un gesto honorable: depositó la moneda bajo la lengua del cadáver, como prescribían las reglas del honor, y le entregó el sable al anciano.

—Escóndelo en el jardín. Podría servir a otros.

12. La Aldea de Acero

Dejamos un perfecto desorden en la cámara de salud, los armarios saqueados, la mesa volcada, y también los tarros con las sustancias curativas. La anciana Go contempló con mirada impasible nuestro trabajo —imagino que el enfermero la habría puesto al tanto de nuestras intenciones— mientras hojeaba un libro con las páginas ennegrecidas. Las pasaba con unas pinzas que desinfectaba en el fuego antes de cada giro. ¿Eran tal vez las mismas con las que había extraído los restos de ferrofluido de la carne de Erin?

El enfermero no podía darnos demasiada ventaja o la rigidez del cadáver de Sila, o de quien fuera aquella mujer, llamaría la atención de los purpurados, así que salimos unos minutos antes de que él corriera a denunciarnos a la guarnición, ocultos bajo nuestras capas, delatados por un animal clónico que comenzó a ladrar desesperadamente con nuestra partida y tiraba de su correa intentando acercarse a Erin. No dejamos de oírlo hasta que nos internamos de nuevo en la espesura del Bosque Rojo, dispuestos a retomar la ruta que habíamos abandonado para atender a Erin.

Como podréis imaginar, no me hacía ninguna ilusión verme otra vez entre aquellas interminables e idénticas hileras de secuoyas con el susurro de las hojas muertas bajo nuestros pies. Caminamos durante horas sin apenas intercambiar palabras, Adras encabezando la marcha y Erin tras de mí. El bosque no dejaba de depararme sobresaltos. Escuchaba voces. Creía distinguir risas y lamentos en la lejanía, pisadas sobre la hojarasca que no conseguía reconocer como nuestras.

Adras, sin embargo, no parecía sorprendido por nada de aquello, como si conociera todos los lugares y a todas las personas con las que habíamos tropezado desde la ceremonia. Sospecho que su única preocupación era lo que encontraríamos en la Aldea de Acero, quiero decir, si Halina y Kore cumplirían o no su palabra y nos traerían el dinero, nuestra oportunidad para borrar nuestras identidades y comenzar una vida nueva.

En cuanto a Erin, la herida de su hombro había mudado de color, pasando de aquel alarmante tono púrpura a otro rosado, demasiado claro todavía, pero más próximo al de su piel sana. La infección parecía haber remitido por completo y, aun así, miraba hacia atrás una y otra vez para asegurarme que Erin nos seguía los pasos.

—Estoy bien, tranquila —me reconfortó Erin adelantándose a mi pregunta.

Al observar su rostro pálido y serio, caí en la cuenta de que había temido muchísimo más por su vida que por la mía. Como ya os he dicho, hermanas, la perspectiva del mar del Gran Sueño era algo absolutamente asumido por todos y cada uno de nosotros. Pero ahora se habían abierto grietas en el Camino Púrpura. Me sentía como una presa que había comenzado a resquebrajarse, y por las fisuras se abrían paso toneladas de agua, una fuerza que el Camino Púrpura ya no podía contener.

—¿En qué estás pensando? —le pregunté.

Erin parecía vagar por otro mundo. Caminaba a mi lado, pero sin duda sus pensamientos volaban hacia otro lugar. Imagino que tenía que poner en orden demasiadas cosas. Yo también tenía que hacerlo.

—Clea: no soy tan inteligente como tú —dijo de pronto—. Pero sé hacer preguntas, y soy tozudo, y no dejo de darle vueltas a algo: si podemos decidir dar o no muerte al hombre o la mujer a los que estamos unidos por un hilo, ¿no significa eso que podemos oponernos al destino?

—Bueno... Es obvio que tú lo hiciste —respondí.

Los Tres Hilos gobernaban la vida de todos los habitantes de las Tres Cúpulas, con la notable excepción de los impercederos. Al fin y al cabo, tanto los purpurados como los comerciantes, los herreros, los agricultores... todos nosotros moríamos y todos nosotros teníamos que quitarle la vida a alguien llegado el momento. El humilde carpintero, por ejemplo, cumpliría sesenta años y tendría que someterse a su bautismo para sumergirse en el mar del Gran Sueño, para lo que contaría con la ayuda y la caridad de, tal vez, su hijo, o su esposa... cualquiera de ellos al que lo uniera el hilo negro.

Siempre habíamos creído en la ley de la triple hebra, nuestra vida tenía sentido precisamente porque estábamos unidos de manera inexorable a otras personas en el mundo. Negar el significado de aquellos hilos, ¿no significaba también admitir que estábamos solos, que nuestra existencia carecía de finalidad?

—Pero, si podemos oponernos al destino —continuó Erin—, ¿no significa eso también que podemos enamorarnos de una persona con la que no estamos unidos por un hilo púrpura?

No sé si Erin estaba enamorado de mí o no. Pero yo no estaba enamorada de él, o eso creo. Sentía una mezcla de complicidad, agradecimiento y admiración por él. Pero ¿se convertiría en algo más esa mezcla con el paso del tiempo? Al fin y al cabo, los Tres Hilos indicaban quién, pero no cuándo.

—No me respondas —se rindió Erin—. Solo estoy divagando.

Aunque sospecho que la pregunta que verdaderamente preocupaba a Erin era otra: ¿estaba yo enamorada de Adras? ¿Acaso había observado cómo me ruborizaba en presencia de nuestro lenguaraz compañero? Era extraño: Adras me parecía mucho menos noble. Su sarcasmo me sacaba de quicio y, permitidme la confesión, hermanas mías, era mucho menos atractivo que Erin. Y, sin embargo, me costaba sostenerle la mirada, quizá por aquella enorme cicatriz que cruzaba su rostro y que revelaba la fragilidad que los demás no veían en él, pero yo sí, y lo más extraño de todo es que siempre me sonrojaba en su presencia, yo, una guerrera entrenada desde niña para matar, supongo que porque los canallas tienen también su encanto, y que en el fondo de su corazón era posible encontrar algo precioso.

O tal vez era el modo en que me miraba. Sí, porque Adras me miraba como si no hubiera nadie más en el mundo. Caí en la cuenta de esto de un modo natural, como si pareciera perfectamente lógico, como si siempre hubiera sido así, desde la primera vez que vio mi rostro reflejado en la hoja de su sable mientras esperábamos en una celda la hora de nuestra Consagración. Pero en tal caso, el hilo púrpura me hubiera unido a Adras, y no a Erin. ¿O no? Considerad, hermanas mías, que entonces éramos apenas tres muchachos, no sabíamos si aquello que experimentábamos por primera vez era o no amor, un sentimiento que nos estaba vedado, un sentimiento que solo podríamos afrontar después de veinte años de servicio a la Legión Púrpura.

Hoy, después de tantos años, he aprendido una lección muy valiosa: si te sientes atraída por el físico de alguien, o por su inteligencia, o por su valentía, entonces no es amor. El verdadero amor nos une siempre a quienes jamás imaginaríamos a nuestro lado, a alguien que no necesariamente nos parece noble, o sabio, o valiente, o justo. Es algo que no puedes explicar.

Supongo que Erin me leyó el pensamiento, o tal vez se percató de cómo me miraba Adras, o tal vez vio cómo me ruborizaba en su presencia, a juzgar por las palabras que me dirigió antes de alejarse unos pasos para encabezar la marcha:

—No te equivoques con ese: está enamorado de sí mismo. Su hilo púrpura nace de su dedo y regresa a su dedo —dijo Erin sin tartamudear.

Tras más de dos horas de caminata, dejamos atrás la espesura del Bosque Rojo. La parte más

angustiosa de nuestro recorrido llegaba a su fin. El suelo bajo nuestros pies había cambiado de aspecto, y ahora, más próximo al perímetro de la Segunda Cúpula, avanzábamos sobre una alfombra de musgo de tres colores que se repetían siguiendo una secuencia, siempre la misma, como si en lugar de vegetación fuera un pavimento con formas geométricas.

Teníamos que seguir las viejas y oxidadas vías de metal, unidas por traviesas de madera semiocultas bajo la hierba.

—Recordad: si algo le sucede a alguno de nosotros, los demás deben seguir siempre las vías — insistió Adras—. Conducen al perímetro de la Primera Cúpula.

—Sí, ¿pero en qué dirección? —preguntó Erin.

Miramos al cielo para orientarnos. En ese momento, el sol se encontraba exactamente sobre nuestras cabezas. Halina y Kore nos habían indicado que debíamos dejar el sol a nuestra espalda para encontrar la Aldea de Acero.

—Aguardaremos unos minutos. Aprovecharemos para comer algo.

Adras compartió con nosotros las lágrimas de glucosa que había robado del equipo de Sila, o del doble de Sila. Las llamábamos así, *lágrimas de glucosa*, pese a que la glucosa no era su único componente. Eran un alimento insípido pero muy completo, y la Legión Púrpura obligaba a sus miembros a llevar siempre una bolsa con raciones para tres días por si se vieran envueltos en una emergencia. Con doce de aquellas cápsulas era suficiente para tres días, pero nosotros éramos tres comensales. Así que, echad cuentas.

—No van a venir —dijo Erin inquieto.

—¿Quiénes?

—Tus amiguitas nos han dejado ti-ti-tirados —insistió.

—¿Siempre has sido tan desconfiado o es que te gusta arruinarles el almuerzo a tus compañeros? —dijo Adras.

—No, solo desde que te conocí a ti —se burló Erin.

—Si las chicas quisieran huir con el dinero, ya lo habrían hecho. Tenían una fortuna en el arca. ¿Es que no viste todos aquellos animales?

No quise intervenir. Masticaba en silencio mi lágrima de glucosa, dejando a Adras y Erin las especulaciones.

—Si su meta en la vida fuera escapar de las Tres Cúpulas, ya habrían huido —añadió Adras.

Y sin duda que tenían otra meta. O, al menos, eso es lo que se deducía de las últimas palabras de Kore: alguien tiene que quedarse para ayudar a los demás. Eso fue lo que me dijo. Al fin y al cabo, un Halcón consagrado, un emblema de la Legión Púrpura sería mucho más valioso que todos los animales que habíamos visto en el arca.

A diferencia de Erin, yo aún confiaba en Halina y Kore. Tenía la sensación de que alguien nos iba guiando paso por paso hacia algún destino, o quizá existía un destino más allá de los Tres Hilos, una fuerza superior que ordenaba los acontecimientos. Tal vez los sueños nos ponían en contacto con aquel destino aún más poderoso que el de la triple hebra, y yo había visto el Halcón de la Memoria en sueños. Había sentido que el vuelo de aquel animal estaba guiando mi camino.

—¿Tú-tú-tú te estás oyendo? —dijo Erin con sarcasmo—. A estas alturas, habrán vendido el Animal de la Memoria y obtenido una fortuna, y lo más probable es que se estén pegando la buena vida en la Primera Cúpula a nuestra costa.

—¿Cómo que a nuestra costa? Te recuerdo que fui yo quien liberó al Halcón de la Memoria.

—¡Liberó, qué palabra tan cu-curiosa! ¿También nos liberaste a nosotros? Porque a mí me parece que yo tenía más posibilidades de sobrevivir sobre el asfalto que convertido en un fugitivo.

—Yo no te hubiera dado la menor oportunidad. Deberías estarme agradecido por sacarte de allí. Al fin y al cabo, te perdoné la vida.

—¡Eso habría que comprobarlo!

—Dejad de discutir —interrumpí—. Adras, tú querías escapar. Y a ti, Erin, no te quedaba más remedio que huir después de haber renunciado a cumplir tu destino. Lo que no entiendo es qué pinto yo en todo esto.

El sol había superado ya su cenit y nuestros cuerpos proyectaban su sombra hacia adelante. Ya sabíamos en qué dirección debíamos avanzar.

—Será mejor que reemprendamos la marcha —nos urgió Adras—. En el bosque era más difícil rastrear nuestra señal que aquí, a campo abierto.

No sé durante cuánto tiempo caminamos en paralelo a aquellas vías oxidadas, con el sol hundiéndose a nuestra espalda y un montón de dudas en nuestros corazones, hasta que, detrás de una colina, nos encontramos con una siniestra llanura cubierta de ruinas metálicas. Había varias torres partidas por la mitad, decenas de vehículos de cuatro ruedas oxidados, edificaciones reducidas a esqueletos herrumbrosos, coronadas por formas que parecían signos o letras de un idioma desconocido, anterior también a las Guerras del Tiempo. ¿Tal vez el mismo idioma que leía la anciana que curó a Erin?

—Hemos llegado —anunció Adras sin necesidad.

Entre los nudos de chatarra oxidada, se distinguía el perfil de una noria, mucho más pequeña que la famosa Noria Roja que se alzaba junto al río en la Primera Cúpula, desde luego, y además tumbada, con la hierba creciendo entre sus huecos. Una vez más, había que preguntarse por qué el Palco no la había desmantelado.

Otras estructuras debieron cumplir una función similar a la noria, pues disponían de cabinas con la pintura desgastada por los siglos, en las que ahora anidaban pájaros clónicos. ¿De qué se alimentarían allí, si no había insectos en las Tres Cúpulas? Quizá habían desarrollado otras estrategias de supervivencia, porque resultaba evidente que la vida artificial bullía en aquel espacio.

—¿Qué sería este sitio antes de...?

—No lo sé —respondió Adras—. Hay muchos dibujos con personajes sonrientes. Quizá era un lugar de diversión.

Caminamos sobre ruinas de chapa entre las que crecía la hierba silvestre, buscando un lugar seguro en que pasar la noche, sorteando figuras de caballitos y de otros animales de gran tamaño, medio enterradas entre la chatarra, la mayoría de ellas partidas y descoloridas, fantasmagóricas presencias atravesadas por los últimos rayos de sol. Y al fin encontramos una caseta con el tejado de chapa íntegro, quizá la única que quedaba en aquel escenario fantasmagórico. Olía a óxido y humedad, pero parecía un lugar seguro para pasar la noche.

Nada más cruzar la puerta, el corazón me dio un vuelco. Me vi a mí misma una vez más. ¿Estaba perdiendo el juicio? Vi mi rostro, con expresión de terror. O, mejor dicho, un fragmento de mí misma recortado en la oscuridad. ¿Qué me estaba sucediendo? ¿Acaso lo que había visto en el Bosque Rojo había sido también una alucinación?

Pero entonces mi imagen se multiplicó en otro rincón, y en otro. Se trataba de mi reflejo en espejos partidos, los había por todas partes en aquella caseta colgando de marcos destrozados y ennegrecidos en medio de la oscuridad. En cualquier dirección hacia la que dirigiera la vista, tropezaba con un fragmento de mí misma que me devolvía la mirada. Era un espectáculo aterrador.

Avanzamos entre aquellas ruinas de cristal utilizando la linterna solar que Adras robó del

equipo de Sila. Noté un arañazo en la pantorrilla y me volví al mismo tiempo que desenvainaba mi sable. Era solo una vieja antena doblada.

—Enfoca al suelo —le sugerí—. Podríamos cortarnos.

Él también miraba perplejo los fragmentos en que se reflejaba su rostro.

Había que despejar algunos metros cuadrados de suelo para tumbarnos y descansar. Pero nuestros pies tropezaban con cristales por todas partes, papeles ennegrecidos, restos de bombillas y, lo más asombroso de todo: muñecos de peluche, con la piel apelmazada por el polvo y el paso de los siglos. Algunos de ellos todavía conservaban ambos ojos de cristal.

Hasta que no nos detuvimos y no nos sentamos en el suelo, no me di cuenta de que me ardían los pies. Jamás en mi vida había recorrido una distancia tan larga. Para ser sincera, jamás en mi vida había salido del Cuarto Dojo si descontamos la noche en que nos trasladaron al Domo, es decir, la víspera de nuestra fallida Consagración. «Uno entre doce», susurré para mí con una mueca de ironía.

—¿Todavía crees que esas contrabandistas van a venir a sacarnos de este tu-tu-tugurio?

—Tranquilo, hombre de palo. Las gemelas vendrán.

—¿Hombre de palo? —dijo Erin abriendo los brazos y girándose hacia mí.

El ademán le pasó factura. Una mueca en su rostro dejó a las claras que aún se dolía de su hombro izquierdo.

—No te conviene enojarte —le advertí.

—Dime que no tengo razón, Clea...

Miré a mi alrededor mientras meditaba mi respuesta. Vi mi propio gesto de estupefacción iluminado por mi linterna y partido en decenas de fragmentos de espejo.

—No lo sé... Todo lo que sé es que la víspera de nuestra Consagración...

—Fallida Consagración —corrigió Erin.

—Vale: la víspera de nuestra fallida Consagración, soñé con el Halcón de la Memoria. ¿No os ocurrió lo mismo a vosotros?

Erin tuvo que asentir con la cabeza. Sus pupilas brillaban devolviendo el resplandor de mi linterna:

—Yo lo vi con total nitidez —interpelé a Adras—. Vi mi destino.

—¡Claro! —se burló él—. ¿Os acordáis de los Tres Hilos que lleváis en vuestro dedo? El Palco puede hacer que soñéis cualquier cosa.

—¿De qué estás hablando?

—Te hablo de control. Para eso sirven los Tres Hilos, para mantener el orden.

—¡No me cuentes leyendas! —protestó Erin.

—¿Te parecen más falsas mis *leyendas* que las que os enseñaban en el dojo? —replicó Adras—. Yo solo hablo de hechos. Y solo creo en lo que veo.

—Ya, co-como el dinero que te van a dar por robar un Animal de la Memoria —lo censuró Erin.

—Bueno, al menos el dinero es algo real.

Adras me miró buscando algún tipo de solidaridad. Pero mi mente navegaba en un océano de confusión. Creedme, hermanas, si os digo que me costó elaborar las palabras que pronuncié a renglón seguido:

—No sé si los Tres Hilos son verdaderos o no. No sé si existe el destino. No sé si... —titubeé—. Pero sé que sus consecuencias son reales, que sus efectos son reales. La gente mata y muere, ama y odia. Y eso es real.

Entonces Erin se incorporó bruscamente. Vi su capa reflejada en un espejo partido en medio de

la oscuridad, y su rostro iluminado por la única linterna que llevábamos con nosotros, la que habíamos tomado prestada del equipo de Sila.

—No entiendo qué hacemos aquí —dijo señalando a su alrededor—. Dos de nosotros deberían haber muerto sobre la Plataforma. Pero es como si hubiéramos escapado no ya del Domo, sino del destino. ¿Por qué si-si-go vivo? ¿Para qué?

—Estás vivo porque Adras te ayudó a escapar —zanjó.

Era cierto. Adras nos había dado una segunda vida, a los dos. Pero al hacerlo también nos había metido en una encrucijada en la que jamás me hubiera imaginado. Mi destino, como el de Erin, consistía en vestir la capa de malla o morir sobre la arena, y no convertirme en una fugitiva.

—¿Así es como nos lo agradeces? Os hemos liberado. El plan no era cargar con dos —dijo Adras ofendido.

—Un momento —interrumpí—. ¿Qué plan?

Sin embargo Adras ni siquiera volvió el rostro hacia mí. Seguía encarándose con Erin:

—¿Sabes por qué estás aquí? Por mi generosidad y porque no tuviste el valor de cumplir con tu deber. Si lo hubieras hecho, habrías tenido la oportunidad de enfrentarte a mí.

—Si quieres esa oportunidad, todavía estamos a tiempo —se envalentonó Erin, agarrando a Adras por el cuello de su capa—. A lo mejor tienes curiosidad por saber dónde termina mi hilo rojo.

—¡Chicos, no seáis infantiles! —dije levantando las manos para serenar los ánimos.

—¿Recuerdas que te quedaste allí clavado, como un pasmarote? Yo al menos tenía un buen motivo: el dinero —replicó Adras sin apartar la vista de nuestro amigo—. Pero ¿por qué lo hiciste tú?

En ese momento, Erin desenvainó su sable, gesto que fue imitado de inmediato por Adras para incorporarse y detener el potente ataque de su rival, de una potencia que yo ya conocía muy bien, amigas mías.

—¡Terminemos de una vez con esto! —gritó Erin.

Imaginad, hermanas mías: la noche púrpura de la Primera Cúpula, las ruinas que nos rodeaban por doquier y la luz morada de la luna centelleando en las hojas de sus sables. No habíamos hecho un camino tan largo para terminar en aquel absurdo duelo. ¿De veras iban a luchar por mí?

13. UN RUMOR DE ALAS

Cuando dos hombres se empeñan en demostrar su valor ante una mujer, se vuelven tan estúpidos que nada puede detenerlos. Y allí estaban mis dos camaradas, arrastrando sus pies entre cristales y chocando las hojas de sus sables al atardecer, con la escasa luz púrpura que entraba por la puerta y se reflejaba en los espejos, en una absurda demostración.

Pero el interior de aquella extraña casa de los espejos estaba lleno de obstáculos, vigas dobladas, marcos partidos, restos de cristales de diferentes tamaños, que Adras intentaba anticipar en su retroceso girando de vez en cuando la cabeza. Después se parapetó detrás de un enorme perchero con ruedas, del que colgaban disfraces que parecían muy viejos, con sus colores muy desgastados por el paso de los siglos, pero ¿disfraces de qué? ¿A qué clase de juegos se dedicaba este lugar antes de las Guerras del Tiempo?

—¡Chicos, envainad!

Tal vez parezca una contradicción, pero aquello lo dije llevando la mano a la empuñadura de mi sable.

Entonces Adras lanzó contra Erin el perchero de los disfraces y pasó corriendo al siguiente cubículo de aquel extraño palacio en ruinas. Erin lo siguió, y también vuestra amiga Clea, linterna en mano. Estoy segura de que Adras no lo hizo por cobardía. Quizá su rival se diera por vencido cuando asumiera de una vez por todas que Adras no tenía la menor intención de enfrentarse con él, puesto que estábamos en el mismo bando y la supervivencia de uno no dependía de la muerte del otro, como en la Plataforma, sino más bien al contrario: dependíamos cada uno de los otros.

Yo los seguía perpleja, sin la menor idea de cómo detener semejante estupidez. ¿Habíamos llegado hasta allí solo para acabar matándonos entre nosotros?

—¿Queréis hacer el favor de parar? ¡Parecéis críos!

La furia de Erin me pareció fruto de una extraña mezcla: era como si culpara a Adras de haber dejado escapar un destino glorioso, pero no a mí, o a sí mismo por haberme perdonado la vida. O quizá, y esta hipótesis no se me había ocurrido antes, no soportaba que Adras se me aproximara, y que le diera la razón cada vez que proponía el siguiente movimiento de nuestra fuga. Si de verdad me amaba y estaba celoso de Adras, proyectar sobre él la culpa de la encerrona en la que nos hallábamos debía ser una especie de mecanismo de defensa. Pero todo resultaba sumamente ridículo. El pobre de Erin llevaba el brazo izquierdo, aún dolorido, pegado al cuerpo, y estaba claro que Adras no tenía la menor intención de combatir con él.

—Erin, no tiene sentido...

Y así desembocamos en una nueva sala llena de antiguallas, viejas chapas oxidadas que representaban rostros sonrientes de niños, vagones descarrilados que conducirían quién sabe a dónde. El sol ya prácticamente se había puesto tras la Segunda Cúpula y la noche violeta se extendía sobre un mundo de ruinas, eco de la extraña civilización que nos precedió en esta tierra. ¿Qué hacíamos allí, luchando entre nosotros y pisoteando sus vestigios?

Entonces distinguimos unas sombras deslizándose entre los espejos. Vimos los pliegues de unas capas marrones como las nuestras repartidos en decenas de reflejos y escuchamos el rumor de unas ropas deslizándose en la oscuridad, pero ni siquiera sabíamos a qué reflejos dirigir la mirada. ¿Serían vagabundos ocultos en la Aldea? ¿Nos tenderían una emboscada? Sin duda los

harapos que habíamos visto reflejados en los cristales no se correspondían con las lustrosas armaduras de los purpurados.

—¡Silencio! —dije, y acompañé mi voz con el gesto que nos enseñaron en el dojo, los nudillos de la mano izquierda contra los labios, otro ademán del Código Púrpura, que tan útil nos estaba resultando para combatir precisamente a la Legión Púrpura.

Erin y Adras se quedaron paralizados, con las hojas de sus sables cruzadas en el aire y los ojos de cada uno reflejados en la hoja de exoal del otro. Después se dieron la espalda y regresaron a la posición de guardia, y también yo desenvainé mi sable, dispuesta a luchar por nuestras vidas.

Los tres mirábamos a nuestro alrededor intentando poner número a nuestros emboscadores, cuando escuché el fru fru de unas plumas inquietas. Las barras de una jaula brillaban en la noche. Eran Halina y Kore y, para nuestro asombro, traían de vuelta al Halcón de la Memoria. Lo reconocí de inmediato por las manchas de su plumaje.

—¡Vaya, vaya! —intervino una voz familiar—. Al final, terminaréis por mataros con vuestro Halcón como testigo. ¿No era ese vuestro plan original?

Mis compañeros deslizaron sus sables en sus vainas. Las gemelas eran todavía dos sombras en una sala oscura llena de cristales rotos y restos de papel negro, en los que apenas alcanzaban a distinguirse las figuras dibujadas.

—¿Qué demonios...?

—No te acerques ni un paso más —advirtió Halina.

Adras se detuvo y nos convertimos en las sombras de cinco estatuas en la penumbra, como si formáramos parte del elenco de una extraña representación teatral.

—¿Pero qué os pasa?

—Os han tomado el pelo —dijo la primera gemela.

El Halcón intentó revolotear dentro de la jaula, y unas plumas cayeron a los pies de nuestros visitantes. Después vimos emerger de la sombra los uniformes de lino azul, idénticos a los nuestros, y el cabello rubio platino, el mismo color repartido en dos cabezas casi iguales, recogido en ambos casos en un moño alto.

—¿Qué quieres decir, Rubia Uno? —titubeó Adras.

—Tú lo sabías, ¿verdad? —intervino Kore, señalando a nuestro amigo con su dedo índice, en señal de amenaza—. Tú sabías que era un animal clónico.

Adras parecía sinceramente sorprendido por aquella revelación, tan sorprendido como los demás.

El rostro de Kore, iluminado por la ya tenue luz de nuestras linternas, era un óvalo blanco con sombras en el lugar de sus rasgos. Dio un paso y sus ojos salieron de la oscuridad para mirarme con una gelidez que me encogió el corazón.

—¿Qué me estáis llamando exactamente? —protestó Adras—. ¿Queréis decir que he tratado de estafaros?

Halina posó la jaula sobre el suelo y abrió la puerta, pero el animal ni siquiera intentó escaparse.

—Kore —intervine—, yo estaba allí. Vi al Halcón. Lo vi encadenado a la Plataforma, ayer mismo, el día de nuestra Consagración. Era ese mismo ave que traéis con vosotras.

—Pues entonces os engañaron a todos —respondió Kore con frialdad.

—No, no puede ser... El Animal de la Memoria es una criatura sagrada. El Palco jamás subiría al podio a un animal clónico...

Erin, que no había intervenido aún en la discusión, dio un paso hacia las gemelas antes de hablar:

—Clea tiene razón: es una blasfemia consagrarse ante otra cosa que no sea un animal sagrado. ¿Quién querría cometer un sacrilegio así?

Las gemelas cruzaron una mirada:

—A mí se me ocurre una hipótesis muy sólida —interrumpió Halina mientras dejaba la jaula en el suelo—. Alguien sabía que iban a robar el animal. O mejor: alguien quería que robarais el animal.

—Pero... ¿quién?

—Eso no es asunto nuestro, Adras —respondió Halina con frialdad—. Nos has puesto en riesgo a todos, para nada.

Adras bajó la mirada y las gemelas nos dieron la espalda y se dirigieron hacia la puerta de la caseta entre los últimos rayos violeta del día, dejando la jaula en el centro, bajo un tímido rayo de luna de color púrpura.

Me precipité tras ellas. Intenté retener a Kore tomándola de la mano. Sin su ayuda, no teníamos ninguna posibilidad de escapar, nos convertiríamos en fantasmas del Bosque Rojo. ¿Tal vez era aquello lo que significaba mi visión de la tarde anterior en el bosque? ¿Tal vez no se trataba de un doble, sino de yo misma dentro de unos años, enloquecida y extraviada entre los árboles, perpetua fugitiva de la Legión Púrpura?

Yo confiaba en Kore. Pero quizá me había engañado a mí misma. Quizá aquellas dos mujeres no eran más que simples traficantes de animales. Sin embargo la propia Kore había deslizado algo en nuestro anterior encuentro, algo completamente desconcertante: dijo que ambas permanecían en la Primera Cúpula para ayudar a otras personas a escapar. ¿Por qué, entonces, nos abandonaban ahora a nuestra suerte?

—No os marchéis. Cómo podíamos saber...

Kore se volvió y me miró con una expresión ambigua, mezcla de temor y de ternura, mientras se soltaba de mi mano.

—Todos estamos en peligro —dijo.

—¿En peligro? ¿Y qué haremos ahora? —pregunté a Kore, y mi pregunta sonó como una súplica.

—No podemos arriesgarnos. Hay demasiado en juego.

Con un nudo en la garganta, contemplé sus siluetas repartiéndose entre varios fragmentos de espejos conforme se alejaban. Así era como me sentía en aquel momento, rota en mil trozos de cristal. Nuestros planes se habían desmoronado, y entre sus ruinas no quedaban más que preguntas, preguntas que conducían a otras preguntas, una manta de misterios pequeños y brillantes como los fragmentos de espejo que nos rodeaban. ¿Habíamos sido utilizados? ¿Por quién y para qué?

—Deja que se marchen. Solo son dos viejas amargadas —dijo Adras, que ya las consideraba así pese a que apenas habrían superado la treintena.

¿Nos habían utilizado como señuelo? ¿Para qué? ¿Para llegar hasta Halina y Kore? La idea tenía bastante sentido: ¿no nos había resultado demasiado fácil escapar? Durante nuestra fuga solo nos habíamos cruzado con dos legionarios de la aerotransportada en los túneles del alcantarillado, pero podría tratarse perfectamente de una patrulla en el río. Tal vez la casualidad los había colocado allí. Y después nos habíamos batido con otra pareja de la Legión Púrpura en los tejados de la aldea Undécima, seguramente por pura casualidad también, porque en todas las aldeas hay siempre una guarnición apostada. Así que tal vez no estaban allí expresamente por nosotros, sino que tropezaron durante su ronda con tres figuras sospechosas que se deslizaban por los tejados como rateros.

En ese momento, no sentí miedo, sino una inmensa tristeza. Pensé en todas las promesas que habíamos quebrantado para llegar hasta allí, todos los votos que habíamos violado para desembocar en aquel callejón sin salida, y recordé las enseñanzas del maestro Perses. Todavía podían serme útiles: «Aceptar lo que sucede como una gota de lluvia acepta su caída».

—Pero una gota de lluvia no tiene sentimientos, ni tiene conciencia —repliqué a Perses la tarde lejana en que me trasladó aquella máxima de sabiduría.

—Exacto —respondió su voz en mi memoria.

14. UNA NIEBLA AZULADA

Pasamos la noche en aquella ruinoso caseta de la Aldea de Acero repartiéndonos el turno de vigilancia, todos menos el Halcón, que durmió dentro de su jaula con la capucha puesta. Tuve un sueño fragmentario, alterado por todas las imágenes y las palabras del día, en el que Adras quedaba atrapado en una inmensa telaraña tejida con los tres colores de los Tres Hilos. Mi amigo se revolvía para escapar, desenvainaba su sable y cortaba un hilo tras otro, pero no conseguía sino enredarse aún más en la telaraña, mientras yo permanecía inmóvil frente a él para no dar un paso en falso y caer prisionera.

—¿Dónde está la araña, Adras?

Adras continuaba segando hilo tras hilo, pero no hacía más que girar, una vuelta más, y otra, y otra, de tal modo que la red le envolvía ya las piernas, y después la cintura, y después su brazo izquierdo...

—Adras, ¿dónde está la araña? —le preguntaba una y otra vez, con el sable en mi mano.

Hasta que mi compañero alzaba la vista, con la red tricolor atenazando ya su cuello, clavándose en su carne como hilos de pesca, para decirme:

—Tú eres la araña.

Y justo en ese momento, Erin vino a despertarme para el cambio de guardia. Abrí los ojos, completamente desorientada, y reconocí las ruinas metálicas de la Aldea de Acero.

—Y bien, ¿qué hacemos ahora? —susurró.

Aún no me había sacudido las últimas hebras de aquel sueño enviado por el Palco —con qué propósito, cuál era su mensaje—. Estaba demasiado desconcertada para responder y me quedé contemplando las ruinas de la Aldea de Acero. Traté de imaginar cómo sería aquel espacio cuando aún estaba vivo, cómo se iluminarían las bombillas y los carteles. Cuántos muchachos jóvenes se habrían sentado allí como ahora nos sentábamos Erin y yo. Cuántos se habrían cogido de la mano. Cuántos se habrían besado por primera vez en aquel lugar.

—¿Estás bien? —dijo Erin.

—Si alguien puede sacarnos de esta, ese es Adras. Deberías confiar en él.

Erin bajó la mirada. Me incorporé y salí a la puerta de la caseta para comenzar mi ronda, sin que él se atreviera a replicarme.

—Ve a dormir un rato —le aconsejé.

Era mi primera noche a la intemperie, la primera en toda mi vida, lejos de la protección de las celdas del Cuarto Dojo. Pasé mis dos horas de guardia con la vista perdida en aquel horizonte de chatarra y metales retorcidos, pensando en los pasos que nos habían conducido hasta allí, en lo que nos habíamos convertido, y en el espantoso destino que creía que nos esperaba a los tres, pero también en lo que pudiera haber entre Erin y yo, o entre Adras y yo.

Con las primeras claridades pude contemplar las ruinas de aquel extraño paisaje. Vi los primeros rayos púrpura de la mañana reflejados en las placas oxidadas que lucían sobre las casetas, en cuyas puertas aún podían distinguirse los caracteres de aquel antiguo alfabeto, sin duda anterior al alfabeto cupular. Había una especie de vagón con rostro de gusano que guiñaba su ojo, extrañas cabinas abolladas contra el suelo que parecían haber colgado de cables hace cientos de años. Estábamos perdidos, sin esperanza. Y aquel lugar sintonizaba perfectamente con nuestra angustia, todo hierro oxidado, vigas de acero dobladas.

Cuando el sol púrpura ya se había despegado completamente del horizonte, desperté a mis

compañeros, tal y como habíamos acordado. Se miraron con recelo, como si estuvieran dispuestos a proseguir la discusión donde la dejaran el día anterior. Pero Adras apartó la vista de nuestro compañero y rebuscó algo en los bolsillos del uniforme de operario del alcantarillado.

—Solo me quedan tres lágrimas de glucosa —dijo—. Espero que os aproveche el desayuno.

—Ni siquiera sabemos qué desayunan estos bichos —observé señalando al halcón.

—Tienes razón —admitió Adras—. Jamás pensé que tuviera que hacerme cargo de él.

—Perdona, genio, pe-pero ¿por qué deberíamos hacernos cargo de él, si no tiene ningún valor? —intervino Erin.

—Cállate, hombre de palo. Ayúdame a levantar esta piedra.

—Por favor, no empecéis otra vez —les supliqué.

Los dos se agacharon para levantar una gran piedra próxima al vallado que rodeaba la Aldea de Acero. La pregunta de Erin no era ninguna estupidez: para qué seguir cargando con aquel animal. Lo cierto es que me gustó, aquella muestra de sentimentalismo absurdo por su parte. Pero Adras era un bocazas, y solo necesitaba unos segundos para arruinar cualquier buena impresión:

—¡Vamos, princesa! ¡Échanos una mano! ¿O temes quebrarte una uña? —dijo en falsete.

—Eres repugnante —le respondí.

Alzamos entre los tres aquella roca y la hicimos a un lado, aún no sabía para qué, pero Adras siempre parecía ir un paso por delante de nosotros. En el lugar en que antes descansaba la piedra, brotaron decenas de gusanos de color violáceo, todos idénticos. Era una visión desagradable, que hacía pensar automáticamente en una tumba, en el interior de una de aquellas efigies que yo había visto en sueños: la efigie de Erin, la de Sila. Supongo que los gusanos nos repugnan precisamente porque nos hacen recordar la muerte.

—¿Lo veis? —dijo Adras esbozando una sonrisa.

¿Por qué, cuando todo estaba perdido, cuando no teníamos dinero para salir de la Primera Cúpula, se preocupaba de aquella criatura clónica, que carecía de cualquier utilidad para nuestros propósitos?

De repente, en un instante de lucidez, me pareció obvio que Adras nos ocultaba sus auténticas motivaciones:

—No creo que lo hicieras por dinero —le susurré.

—¿Ah, no? Hace un momento decías que soy repugnante.

Adras sacó al animal de la jaula, con la pata encadenada, y le dejó picotear aquellos gusanos azules.

—Pero tienes razón. No en lo de repugnante, claro... —bromeó Adras—. Tienes razón en que es una estupidez cargar con este pobre animal.

—Pues, entonces, libéralo.

—Lo haremos antes de cruzar a la Segunda Cúpula.

—¿Pero es que vamos a cruzar? ¿Cómo?

Miré atrás, hacia el lugar en que Erin masticaba su lágrima contemplando al horizonte, desde donde un sol filtrado por tres cúpulas bañaba las ruinas de la Aldea de Acero. Entonces se incorporó, se ciñó el cinturón del que colgaba su sable y su puñal, y caminó hacia nosotros.

—La situación es esta —dijo Adras—: no tenemos dinero, ni refugio. No podemos conseguir que desactiven nuestro registro porque no tenemos dinero para pagarlo. Y tampoco podemos regresar a la Ciudad perenne, ni a ninguna de las aldeas de la Primera Cúpula. Nos encontrarían antes o después.

—¿Qué quieres decir?

—Que estoy tan perdido como vosotros.

—¿Cómo? ¡Perdido! Tú nos trajiste hasta aquí —interrumpió Erin—. ¿No tenías un plan B, cretino?

—Claro que lo tengo. No he dormido en toda la noche pensando en el plan B, mientras vosotros cuchicheabais sobre mí. Pero mi plan B no te va a gustar.

—¿Por qué no me va a gustar?

—Créeme. No te gustará en absoluto, pero es lo único que tenemos.

Erin buscó en mí una señal de apoyo. Negué con la cabeza. No teníamos más alternativa que la que se le ocurriera a Adras. Como ya os he dicho, él siempre iba un paso por delante, sabía cosas que ni Erin ni yo habíamos sospechado nunca, tenía contactos inverosímiles, si consideramos, queridas hermanas, que los postulantes ingresábamos en el dojo a los dos años y vivíamos desde esa edad como auténticos monjes-guerreros, sin contacto alguno con el exterior. No tenía ni idea de cómo Adras había conseguido todas aquellas informaciones, pero lo cierto era que seguíamos con vida, y lo más sensato parecía seguir confiando en él.

—Puedes venir con nosotros o quedarte aquí a esperar a que lleguen los purpurados —añadió Adras.

Y así fue como nos pusimos en marcha una vez más, con Adras a la cabeza, cargando a su espalda la jaula del Halcón de la Memoria. Avanzamos acompañando las vías en dirección al perímetro de la Primera Cúpula. A ambos lados del camino los cerezos estaban en flor. La primavera artificial, perpetua, los hacía germinar continuamente.

Sin duda, toda la vegetación obedecía a los cálculos del Palco para asegurar la renovación del oxígeno en las Tres Cúpulas. Más que un conjunto de magistrados, el Palco era una especie de inteligencia colectiva que vigilaba todos los aspectos de la vida bajo las Cúpulas, relativos al clima, la alimentación y, por supuesto, también al orden social, la economía, la vida y la muerte. Pero aún no habíamos percibido la naturaleza tiránica de aquella vigilancia en todo su poder. Desde niños, nos habíamos sentido protegidos por una especie de inteligencia tutelar, que a su vez obedecía las órdenes de las madres imperecederas de todos nosotros: las Tres Soberanas.

Conforme avanzábamos, la altura de la Primera Cúpula iba menguando progresivamente. En unos minutos más, su perímetro quedaría al alcance de nuestras manos. Lo que significaba que estábamos a punto de alcanzar el límite de aquella enorme lámina violeta.

Adras parecía más locuaz desde que su plan se había venido abajo, de modo que aproveché para sonsacarle algo de información. ¿Me atrevería a preguntar por la cicatriz de su rostro? Aún no. Preferí comenzar por una cuestión mucho más impersonal: ¿a qué se debía el color de cada una de las Tres Cúpulas? ¿Por qué los dioses escogieron esos y no otros colores?

—No fueron los dioses —nos aclaró Adras—. Se debe al gas del que está compuesta cada lámina.

—¿Gas?

—Sí, las cúpulas son de hecho láminas de plasma. La Segunda, por ejemplo, es en realidad azul por el fluoruro de carbono, pero la luz amarilla de la Tercera la convierte en ese verde esmeralda tan característico.

Me quedé preguntándome de dónde sacaba Adras aquellas informaciones. Nada de eso aparecía en los *Mitos del Asteroide*, el largo poema que memorizábamos en el dojo.

Apenas una hora más tarde, vimos una alta torre de acero, de la que colgaban algunos cables y, más allá, el resplandor verde de las aguas del río Tamesa. A aquella altura, frente al borde mismo de la Primera Cúpula, el cauce del río debía medir unos veinte metros de ancho. Una niebla

azulada se levantaba de sus orillas, que se volvían espuma al chocar con fuerza contra la lámina de plasma.

La cúpula seccionaba en dos las ruinas de un viejo puente de piedra, anterior sin duda a las Guerras del Tiempo. La mitad que quedaba en el exterior se había desmoronado, partida tal vez por la propia Cúpula cuando se produjo el Cierre, y solo quedaban en pie sus enormes pilares grises.

Sin duda, habría otras estructuras testigo del Cierre: así es como llamaban al momento exacto en que, para defenderse del impacto del Gran Asteroide, las cúpulas se plegaron en torno al Palco, partiendo en dos todo cuanto encontraron a su paso, dividiendo ríos, montañas o infraestructuras humanas. Me preguntaba cómo debió sonar aquel inmenso golpe contra la tierra, qué estremecimiento provocaría en el planeta. No podía saber que la vida iba a darme la oportunidad de ser testigo de un nuevo cierre. Pero esa historia os la contaré otro día.

—Bien, esta es la idea —nos explicó Adras—: el agua actúa como barrera natural entre las Cúpulas gracias a la amenaza del ferrofluido, pero el río Tamesa las atraviesa a las tres.

—¿Adónde quieres llegar? —interrumpió Erin.

—Aunque el plasma es el aislante más potente que se conoce, nuestros antepasados tuvieron que dejar corredores subterráneos para que los ríos penetraran en las Cúpulas y salieran a desaguar en el mar exterior, que se supone que está contaminado. La cúpula se interna unos metros en el agua para evitar fugas, pero hay espacio para pasar entre la Cúpula y el fondo de ferrofluido.

—Gracias por la lección de geografía. ¿Qué tal si ahora nos cuentas tu famoso plan B?

—Erin —intervine—, acaba de explicárnoslo. ¿Es que no lo ves?

Señalé con un dedo hacia al puente, hacia el lugar exacto en el que se abría un paso de agua entre la Primera y la Segunda Cúpula, y Erin me miró con cara de perplejidad. Reconozcamos que no era el hombre más despierto del mundo. Quizá el más noble y el más fiel de los hombres, pero no el más despierto.

—Lo que quiero decir —continuó Adras— es que ese es el único punto débil de las cúpulas. Y lo mejor de todo es que, con la tecnología de la que disponemos, más primitiva que la de aquellos que nos precedieron, el Palco no puede hacer nada para tapar este punto débil. De hecho, ni siquiera le preocupa. Ni siquiera hay legionarios allí.

—¿Por qué iban a preocuparse? —intervino Erin—. Al fin y al cabo, ¿qué clase de loco se atrevería a vadear el río? Nos has dicho que la cúpula se adentra en las aguas.

—Pues habrá que bucear más hondo.

Erin tardó unos segundos en comprender. Después se tapó la cara con las manos, como si se la estuviera lavando con agua fría:

—Ah, ¿pero hablabais en serio? —dijo Erin con evidente sorna—. ¿Ese es tu astuto plan para salir de aquí, un baño de burbujas con ferrofluido? Prefiero morir decapitado en el Domo.

—¿De veras? —respondió Adras con expresión sarcástica.

Los tres nos quedamos callados. La espesa niebla azul difuminaba nuestros rostros, producía el efecto de asemejar a Erin y a Adras, convertirlos prácticamente en gemelos. Pero lo cierto es que Adras y yo esperábamos una palabra de Erin, una sola, como si lo único que nos separara de nuestra libertad fuera su asentimiento.

—No tenemos alternativa —dijo Adras—. Debemos saltar al río desde aquel extremo del puente.

—Adras tiene razón —intervine—. No hay alternativa. Lo mejor será descolgarse de la forma

más suave que podamos desde el último pilar. Si saltáramos, nos hundiríamos al fondo y entraríamos en contacto con esas cosas.

—Un momento, un momento... A ver si lo pilló. Esto es una competición, ¿verdad? Estáis compitiendo a ver quién dice la estupidez más gorda. ¿Es eso?

Me pareció que a Erin comenzaba a pegársele el sarcasmo de Adras, solo que en Adras, este era una tendencia natural, mientras que en él parecía algo impostado.

—Además, aunque lográramos cruzar a la Segunda Cúpula, no tenemos dinero para comprar nuestra libertad. Tu amigo plumitas no vale ni dos monedas.

—Tal vez podamos pasar a la Tercera como porteadores. Los porteadores transportan placas de grafeno y retiran las deterioradas. Son los más pobres de entre los pobres y nadie se fija en ellos.

Lo aprendimos en el dojo: los porteadores eran los que mantenían en pie el enorme campo magnético que se generaba desde la Torre de la Nobleza gracias a los paneles fotovoltaicos de la Tercera.

—Nunca los habéis visto, ¿verdad? Esas placas son la causa de la temperatura extrema que se alcanza bajo la Tercera, pero mantienen estable la temperatura de las otras cúpulas. Y esa es la razón de que los porteadores entren y salgan continuamente. Nadie permanece allí. Vosotros no sabéis lo que es eso. Vivís bajo la comodidad de las láminas de plasma, por las que la temperatura de la Tercera no se transmite a las dos cúpulas interiores. Pero la mayoría de los porteadores se quedan ciegos bajo la luz de la Tercera Cúpula, o mueren bajo el sol.

Me quedé pensando cuándo los habría visto él. ¿Había cruzado alguna vez a la Tercera Cúpula?

—Vale, gracias por tu segunda lección de geografía —se burló Erin—. Sin embargo, aunque cruzáramos más allá de la Tercera, sabes que el aire exterior ni siquiera es respirable. Se supone que las cúpulas son el último refugio de nuestra especie. Se supone que solo el aire filtrado de su interior no es nocivo para nosotros. Si salimos ahí fuera, enloqueceremos y moriremos, ¿es que no lo sabes?

—«En el Vacío solo existe la locura» —recité. Era un verso de los *Mitos del Asteroide*.

—No —respondió severo Adras—. Eso no lo sabes.

—¿Cómo que no lo sé?

¿Qué información tenía Adras al respecto? Desde niños nos habían enseñado que, tras las Guerras del Tiempo, quedaron abandonadas las estructuras que aquella civilización anterior a nosotros había creado. Muchas de ellas eran plantas de energía que utilizaban sustancias peligrosas. Una vez desatendidas, liberaron todas aquellas sustancias a la atmósfera.

Hace más de dos mil años de este acontecimiento, según se recoge en los *Mitos del Asteroide*, y aun así el aire de nuestro mundo quedó terriblemente contaminado. Al parecer, los supervivientes sufrieron una extraña enfermedad. Perdían el pelo, se les caía la carne, una especie de castigo de la naturaleza por lo que habían vertido al mundo. Mutaron. Los hostiles eran los descendientes de quienes sobrevivieron en la intemperie, como nosotros éramos los descendientes de quienes sobrevivieron bajo las Tres Cúpulas.

—Adras, ¿cómo estás tan seguro de que nos mintieron sobre la atmósfera del Vacío? ¿Cómo estás tan seguro de que el aire de allá afuera es respirable? —dije.

—Sí, y ¿cómo sabes ciertas cosas? —intervino Erin—. ¿Por qué conocías a las gemelas? ¿Y a la anciana de Undécima?

Nos quedamos en silencio. El ruido de las aguas del río chocando contra las piedras era la única compañía en aquel lugar, eso y la silueta del Halcón de la Memoria dentro de su jaula, borrosa por la niebla azulada que se levantaba a nuestro alrededor. La expresión de Adras era

completamente desconocida para nosotros. Nunca habíamos visto aquella tristeza en él, en el siempre sarcástico Adras, una tristeza que le produjo pudor, y quizá por eso nos dio la espalda.

Lo perseguí, alejándonos del rugido del río. Erin parecía a punto de lanzarse de nuevo contra él. Pero comprendió que no era el momento, que no era el Adras de siempre, porque logré detenerle con un sencillo gesto de mi mano. Luego perseguí a Adras, alejándonos del estruendo del río.

—Adras... —susurré—, ¿qué es lo que nos ocultas?

Pero nuestro amigo estaba ya desencadenando al Halcón de la Memoria para liberarlo. No podíamos cruzar con él, eso era obvio. Y también era obvio que Adras no tenía ninguna prisa por soltarlo. Y, sin embargo, una vez abierta la jaula, el animal se quedó dentro, petrificado, mirando impasible a un lado y al otro.

—Venga, amiguito, lárgate ya —le dijo tendiéndole su antebrazo como posadera.

El Halcón obedeció, de un salto, se posó en el antebrazo izquierdo de Adras y se quedó allí, con las patas agarradas a la carne de su nuevo amo. Después ahuecó las plumas de sus alas con una sacudida. Adras parecía a punto de decirle algo, pero el animal no le concedió tiempo. Dio un rápido revoloteo y, cuando parecía a punto de alzarse en el aire y huir, se apoyó en una piedra y la picoteó, como si buscara alimento en ella.

—No quiere abandonarnos —dijo Adras, con una sonrisa de evidente satisfacción.

Sin apartar la vista del ave, que a su vez nos miraba a nosotros, nuestro compañero comenzó una inesperada confesión:

—El dinero no era para mí. Era para comprar exoaleación.

Hizo una pausa volviendo la mirada hacia el río, que rugía a unos metros atravesando la semiesfera de plasma púrpura.

—No te comprendo...

Se volvió. Había logrado recomponer su sonrisa sarcástica, aunque no del todo, porque estaba teñida de una tristeza que se esforzaba en disimular.

—No se puede reclutar un ejército sin aleación para forjar las espadas, ¿verdad?

15. EL PUENTE QUEBRADO

¿Forjar espadas? ¿Ejército? Siempre había sospechado que Adras no era un simple postulante como los otros. De hecho, comenzaba a tener mis sospechas de que hubiera sido, jamás, un postulante a la Legión Púrpura. ¿Quizá se había infiltrado en el Domo? ¿Quizá había suplantado a alguno de nuestros camaradas con el propósito de robar el Animal de la Memoria?

Pensé que había llegado la hora de que nuestro compañero de fuga nos aclarara algunas cosas.

—¿Qué quieres decir? ¿A qué ejército te refieres?

Pero ya os he dicho que Adras tenía un gran poder de persuasión sobre mí. Una simple mirada, con aquellos ojos claros y melancólicos, era suficiente para que me avergonzara de mis propias conjeturas y dudas sobre él. Y también os he dicho que tenía el extraño poder de conseguir que me ruborizara en la distancia corta.

—No puedo decirte más de momento —dijo acariciándose la mejilla—. Solo te pido que sigas confiando en mí, al menos hasta que salgamos de la Primera Cúpula. Pronto lo verás con tus propios ojos.

Confiar en él. Qué podía hacer si no. En el horizonte, sobre la Undécima o quizá la Duodécima aldea se estaba formando una tormenta.

—Ejem... ¿No queríais daros un chapuzón? —nos interrumpió Erin.

Era casi mediodía y no había tiempo que perder. Tal vez los purpurados ya estaban en camino, tal vez nos rastrearán nada más abandonar el Bosque Rojo. Cruzar a la Segunda al menos nos daría algo más de tiempo. A lo lejos, la luz de los relámpagos arañó el cielo, seguida de un estruendo sobrecogedor, y el Halcón de la memoria dio una sacudida de tal modo que varias plumas flotaron en el aire y cayeron a nuestros pies. No parecía dispuesto a alzar el vuelo y abandonar a sus nuevos dueños.

—Sí, será mejor deshacernos de las capas —concedió finalmente Erin—. Llevaremos los sables a la espalda.

Desde lo alto del puente quebrado, la Segunda Cúpula quedaba tan cerca que podía percibirse una especie de zumbido constante procedente del plasma, parecido al que produce un tubo de neón en el silencio de la noche, aunque el rumor del río casi lograba ocultarlo con su melodía sinuosa y continua, sin pausa ni atenuación. El agua venía a estrellarse contra la cúpula y parecía murmurar algo, un susurro colectivo en el que las voces se iban trenzando, unas se agregaban y otras desaparecían, y el conjunto conformaba un inquietante e hipnótico coro.

—El río corre con mucha fuerza a esta altura —advirtió Adras—. Así que el torrente podría arrastrarnos contra la barrera de plasma y partirnos en dos.

Pero lo más sorprendente de hallarse tan cerca de la pantalla de plasma era que su superficie no dibujaba en realidad una semiesfera, sino que estaba formada por infinidad de paneles triangulares, paños de triángulos equiláteros e incandescentes, cuyos lados medirían aproximadamente un metro. Dicho de otro modo, no era la sección de una semiesfera, sino de una geodésica.

Cuando me volví para compartir mi descubrimiento con Erin, este había desaparecido. Haciendo visera con la mano, lo busqué entre las ruinas de la aldea, hasta que distinguí una sombra moviéndose en el suelo, una sombra solitaria, separada unos veinte metros del cuerpo que lo proyectaba, trepando por una inmensa estructura. El temerario Erin subía por una de las

pocas torres que quedaban en pie en aquel lugar, una alta celosía de acero de unos veinte metros. Debía estar magníficamente anclada al suelo si había sobrevivido al Gran Impacto.

—¿A dónde va ese chiflado? —dijo Adras.

De uno de los brazos de la torre colgaba un larguísimo cable, tal vez de los que en otro tiempo suministraban electricidad a aquel lugar.

—Creo que ya sé lo que se propone —respondí.

Vimos su silueta ascender recortada por el sol púrpura que se alzaba poco a poco hasta su cenit, y después su espada refulgió en la altura. Con un rotundo chasquido, el cable cayó desde lo alto de la torre y Adras y yo corrimos a recogerlo. Por una vez llevaba la iniciativa Erin, el más desconfiado de los tres. Era una buena idea: ataríamos el cable a una piedra pesada y la dejaríamos caer desde el puente para explorar a qué profundidad se hallaba el lecho del río y, por lo tanto, el fondo de ferrofluido.

—Lo sujetaremos entre los tres, por si acaso, pero si alguien nota el menor tirón, deberá alertar a sus compañeros para que suelten inmediatamente el cable y que el ferrofluido lo hunda sin arrastrarnos con él.

Así lo hicimos, Erin en primer lugar y Adras cerrando la fila. Nuestros músculos estaban tan tensos como el propio acero que hacíamos correr por nuestras manos, que tenía un peso considerable incluso antes de amarrarle aquella gran piedra. Nuestros reflejos en el agua, borrosos por la espuma y el centelleo del sol púrpura sobre la superficie del río, adoptaban un color azul oscuro. Daba la impresión de que el Tamesa discurría con suficiente calado, pero aun así seguimos soltando cable para averiguar a qué profundidad se había depositado el ferrofluido, muy lentamente, hasta que la tensión cedió del todo. La piedra había llegado hasta el fondo.

—Ahora —dijo Erin—. Tirad muy despacio. Cuidado con las salpicaduras.

Erin contaba en voz alta los metros aproximados de cable que íbamos sacando a la superficie mientras tirábamos de él, con los músculos de nuestras piernas congestionados por la carga. De momento, el cable parecía limpio, con la goma podrida que lo recubría hinchada por el agua, pero sin adherencias de ferrofluido.

—A lo mejor pescamos algo para la cena —bromeó Erin.

—No creo que haya nada vivo allá abajo —replicó Adras, mucho más serio, como si, con la tensión del momento, ambos hubieran intercambiado sus papeles.

Se nos habían terminado las lágrimas de glucosa y no sabíamos cuándo volveríamos a disponer de alimentos. Pero ni siquiera nos habíamos acordado de ese detalle hasta que Erin lo mencionó. Como podréis imaginar, hermanas, teníamos otras preocupaciones más importantes en la cabeza. Por el momento, sujetar aquel cable que, si se nos escapaba, podría cortarnos los dedos, puesto que la mayor parte de la goma que lo protegía había desaparecido o se había podrido con el paso de los años, y se desmenuzaba entre nuestras manos cada vez que soltábamos un palmo.

De repente, un largo fragmento de cable salió a la superficie embadurnado de litros y litros de aquella sustancia plateada, que resplandeció bajo el sol púrpura del mediodía.

—¡Deteneos! —gritó Erin.

Después, con un rápido movimiento, desenvainó su arma con la mano izquierda y cortó el cable de un solo tajo, y el chasquido resonó a nuestra espalda en la llanura.

—¡Soltad!

La parte del cable que ya habíamos recogido cayó al suelo, pero el fragmento que sujetaba Adras con la derecha, el que tenía la cuerda a su otro extremo, salió disparado, de tal modo que la piedra regresó a toda velocidad a las profundidades del río. Un repentino olor a goma quemada atrajo nuestra atención hasta la mano derecha de Adras, enrojecida por la fricción.

—Vale: la buena noticia es que tenemos varios metros de margen —dijo soplándose en la mano—. La mala noticia es que hay una enorme cantidad de esa porquería en el fondo del río.

—Bueno, pues ¿a qué esperamos? Démonos ese baño —bromeé, para quitar hierro a la situación.

Erin y yo intercambiamos una sonrisa. Nuestro amigo iba a dar un paso más, otro, no por convencimiento, sino por complicidad conmigo. Recordad, hermanas, que apenas habían pasado dos días desde su experiencia con aquellas criaturas del fondo.

Decidimos que Erin sería el primero en bajar, aunque no podíamos dejar demasiado tiempo entre la zambullida de uno y otro, de lo contrario daríamos margen al ferrofluido para reaccionar a la presencia de criaturas orgánicas.

—Quizá deberíamos llevar con nosotros el cable, podría servirnos para tirar de los otros en caso de peligro —sugirió Erin.

Adras y yo nos miramos. ¿Podíamos asumir aquel sobrepeso sin hundirnos?

—Está bien, está bien... Ya lo hago yo.

En aquella tesitura, y gracias a su entrenamiento, Erin se estaba revelando como un valiosísimo aliado.

—Se te da bien la escalada —le reconocí.

—Quería servir en el cuerpo de ingenieros —nos confesó con cierta nostalgia.

Pensé que la elección habría encajado con la personalidad de Erin. Los ingenieros eran los soldados de la Legión Púrpura que ayudaban en la demolición o construcción de estructuras y, por lo tanto, rescataban a los heridos en las grandes catástrofes, en los atentados de los hostiles, que colocaban explosivos en edificios e infraestructuras de las Tres Cúpulas.

—Mi madre murió en el atentado del Mausoleo del Tiempo, en la Primera Cúpula, salvando vidas de trabajadores, o eso me dijeron —nos confesó llevándose la mano a la figurilla que colgaba de su cuello, aquel caballito tallado en madera.

Estoy segura de que Adras estaba celoso. Y por eso nos interrumpió con uno de sus típicos sarcasmos:

—Tapaos la nariz, tortolitos. Y ni se os ocurra tragar agua.

—Nos veremos al otro lado, ¿vale? —me susurró Erin.

Comenzamos el descenso por el pretil del puente con suma cautela, apoyando las punteras de nuestras botas en los huecos e imperfecciones de los pilares, bajo los cuales el agua seguía cantando su música, aquel coro ininterrumpido de voces de mujer, si bien en su fondo, ocultos bajo la espuma, se divisaban los reflejos de metal de aquella monstruosidad implacable, así que no podíamos cometer ningún error. Después de lo que le ocurrió a Erin en los colectores de la Ciudad perenne, aquel resplandor me ponía la carne de gallina.

Erin se dejó caer desde la última piedra del puente y se hundió sin demasiado ruido. Esperé unos segundos, rezando a los dioses por nuestro amigo. Luego me dejé caer con suavidad, abriendo los brazos y las piernas para ejercer más resistencia al agua y hundirme lo menos posible, lo que hizo que el impacto resultara mucho más doloroso de lo esperado. El picor en los brazos y las piernas vino acompañado de un enorme chasquido que debió oírse en toda la aldea.

El agua cálida me envolvió con una nube de burbujas. El río resultó ser más profundo de lo que me había imaginado al sacar la cuerda del agua, así que el fondo brillante de metal líquido parecía bastante lejos de mi posición. Sin embargo, nadar resultaba muy difícil por la propia fuerza de los torrentes de agua, que intentaban sacarme a flote. Busqué a Erin, que marchaba en cabeza reducido a una mancha pálida rodeada de burbujas que avanzaba lentamente hacia el paso a la Segunda Cúpula.

Luego escuché a mis espaldas la zambullida de Adras, me volví y vi su cuerpo hundiéndose hacia el ferrofluido, envuelto en otra bolsa de burbujas. Temí por él, pero en vano, porque nuestro amigo recuperó rápidamente mi altura y dio varias brazadas hacia mí.

Cuando me giré, ya no podía localizar a Erin. Busqué la luz verde que penetraba en las aguas púrpuras a través del puente submarino, pero todo a mi alrededor se veía muy confuso, bolsas de diversos tonos, azulados, rosas, grises... miles de burbujas de oxígeno buscando la superficie, rayos solares de color púrpura que entraban en el río como lanzas a través de unas aguas demasiado turbias debido a las partículas de metal. De modo que fui yo, hermanas mías, la que perdió la orientación. El río corría con demasiada fuerza y yo manoteaba, incapaz de distinguir arriba y abajo, izquierda y derecha. La presión provocaba un dolor intenso en los oídos, y además me embargaba el temor a arrastrar a los demás en mi extravío.

Entonces sentí que una mano tiraba de mí hacia abajo. ¿Era Adras? Sí, era él. Me había impulsado de nuevo hacia el fondo y me mostraba el camino, nadando hacia una especie de túnel de luz verde que se abría paso en el violeta oscuro del fondo de las aguas. Solo tenía que seguirlo hacia el canal que desembocaba en el otro lado. Pero las partículas metálicas nos perseguían, se mezclaban con las burbujas de aire que dejábamos escapar de nuestra boca, y ya no me quedaba demasiado oxígeno en los pulmones.

Había tres canales de más de un metro de diámetro abiertos en la pantalla de la cúpula, y un torrente de luz verde que penetraba desde el colector a las aguas casi negras de la Primera. La presión era muy fuerte. Me dolían los tímpanos y escuchaba mi propio corazón desbocado. A dos metros por delante de mí, Adras era una sombra grisácea que se abría paso a través de la luz verde, envuelto en una nube de partículas agitadas por nuestros brazos y nuestros pies.

Ya casi estábamos. Había que expulsar el oxígeno que nos quedaba en los pulmones para que nuestros cuerpos no subieran a la superficie, donde serían seccionados por la cúpula. Así que era un todo o nada: dejar escapar la mayor parte del aire y confiar en que acertaríamos con una sola maniobra. O eso, o morir asfixiada bajo las aguas.

Para colmo, el fondo del río había comenzado a agitarse. Aquella cosa se organizaba a pocos metros bajo nuestros pies para atacarnos. Nuestro tiempo de ventaja se había agotado. Erin cruzó el primero, con un solo impulso de brazos y piernas. Solo vimos sus botas desaparecer por aquel hueco entre una torre de burbujas de aire.

Adras me dejó pasar, consciente de que tenía menos reservas de aire que él. Había llegado mi momento. Necesitaba visualizar aquella maniobra, ver mi propia figura deslizándose por aquel hueco por el que la luz verde penetraba en el fondo morado, casi negro, por el que buceábamos, esquivando el contacto con el plasma violeta. No podía fallar.

Solté el aire al mismo tiempo en que tomaba impulso y me deslicé al otro lado con una fortísima brazada. Cuando abrí los ojos, las aguas que nos rodeaban eran completamente verdes. Estaba fuera de la Primera Cúpula. La temperatura del río había cambiado. Era aún más cálida. Ahora solo tenía que emerger y nadar hacia la orilla lo más rápido que pudiera, antes de que comenzara a ordenarse el ferrofluido de este lado, pues, como el agua, aquella sustancia tampoco conocía fronteras.

Busqué la luz del sol. Nadé hacia arriba con las pocas fuerzas y las pocas reservas de aire que me quedaban. Solo una brazada más. Una más... Y mi cabeza salió a la superficie entre espuma verde. Di una agónica bocanada antes de nadar hacia la orilla para que el río no me arrastrara. El rugido de las aguas y la espuma penetraban en mis oídos. Lo había conseguido.

Cuando ya me arrastraba entre las rocas de la orilla, noté una mano tirando de mi brazo para sacarme. Entre la salpicaduras de agua vi el rostro de Erin, iluminado por un mediodía

esmeralda. Solo quedaba alejarse del agua lo antes posible. Ya sabéis: nuestros viejos amigos de metal no tardarían en lanzarse en nuestra persecución.

La luz verde de la Segunda Cúpula bañó mi carne. Contemplé mis dedos, la palma de mi mano, del mismo color en que los había visto desde niña, y comencé a reír como una loca. Verme de nuevo bajo ese cielo me devolvió la confianza. Me sentía —aunque aquella impresión era completamente engañosa— otra vez en casa, en la frondosa y fresca atmósfera de la Segunda, que contenía la mayor parte de la flora con la que se renovaba el oxígeno dentro de las Tres cúpulas, grandes bosques que no eran silvestres, sino plantaciones, de nuevo bajo la luz verde a la que se abrieron mis ojos por primera vez, y di gracias a los dioses por ello.

A poco más de un metro, Erin respiraba agónicamente boca arriba, con los brazos abiertos de par en par, dando las gracias a la atmósfera verde de la Segunda Cúpula, y reía, como yo, igual que si hubiera renacido, como si atravesar el túnel de luz verde equivaliera a atravesar el canal del parto y ver el mundo por primera vez, y abrir los pulmones por primera vez. Vista desde el exterior, la Primera Cúpula me pareció sorprendentemente pequeña para lo que había imaginado.

Pero, un momento: ¿dónde estaba Adras?

16. UN PENSAMIENTO PERFECTO

Adras aún no había ganado la orilla. O al menos no lo había hecho a nuestra altura. ¿Quizá más adelante, río abajo? Presa de la angustia, me encaramé a unas rocas altas y fijé la mirada en las aguas del Tamesa, buscando la menor señal de vida. El rugido del río no permitía escuchar ningún movimiento, además de que la espuma del agua al chocar contra las piedras de la orilla enturbiaba la visión del fondo. Vamos, vamos, susurré. Por alguno de esos puntos iluminados por el sol verde tendría que emerger la cabeza de Adras.

Incluso Erin se incorporó y oteaba angustiado la superficie del Tamesa, buscando a nuestro compañero de aventuras en las aguas verdes. ¿No dicen que el verde es el color de la esperanza?

Vamos, Adras. ¿Dónde estás? Nuestro amigo había sobrevivido a las pruebas más difíciles. Nos había guiado a través de todas ellas. Así que en algún lugar de la frontera entre la luz esmeralda del cielo y el gris verdoso de las aguas del río emergería aquel larguirucho, él, que siempre salía indemne de todas, y con una broma en los labios además. Vamos, amigo.

De repente, la cabeza de Adras surgió del lodo salpicando agua. Pero fue por un solo instante: vimos sus ojos presos del terror tras una máscara grisácea de residuos.

—¡Ayudadme! —nos gritó antes de volver a hundirse.

Erin corrió hacia la orilla desenrollando el cable que utilizáramos para medir el fondo del Tamesa, pero las aguas verdes habían engullido de nuevo a nuestro amigo en un abrir y cerrar de ojos.

—¡Voy a saltar! —grité.

—Espera, espera... No apartes la mirada del agua —dijo Erin sujetándome de un brazo.

Y al fin, unos metros más abajo de nuestra posición, la cabeza de Adras emergió de nuevo entre varias piedras pulidas, y después unos brazos chapoteando con todas sus fuerzas. Erin corrió junto a la orilla y le lanzó el cable. «Por favor, dioses, ayudadnos en esta hora», recé en voz alta. Sobre nuestras cabezas, unas oscuras nubes verdes giraban al bordear el perímetro de la Segunda Cúpula, cuyo resplandor violeta convertía las sombras de los árboles en fantasmas inmóviles.

A duras penas, Adras logró aferrarse al cable, sacando del agua un brazo que brillaba bajo una capa de metal plateado. Erin y yo recogimos poco a poco el cable y así arrastramos su cuerpo hasta la orilla, donde conseguimos liberarlo tirando de sus brazos. Las ropas de lino pesaban por el lodo del Tamesa, y su cuerpo estaba helado. Aquel manto verde de la Segunda Cúpula, que me protegiera desde niña, no podía calentar el cuerpo de Adras bajo una capa de ferrofluido, así que lo abracé para darle calor.

—¡Vaya, Chica Dura! —dijo sonriendo con picardía—. Después de todo, quizá haya alguna posibilidad entre nosotros.

Intenté sonreír, nuestro amigo era incapaz de morderse la lengua, ni siquiera en una circunstancia como aquella, pero la visión del rostro de Adras me rompió el corazón: el ferrofluido se había incrustado incluso en la cicatriz que atravesaba su pómulos hasta la barbilla, convirtiéndola en una especie de río plateado. Su oreja y su mentón derechos estaban completamente cubiertos, e incluso en sus agrietados labios resplandecían hileras oscuras de aquella pesada sustancia.

Lo tumbamos sobre la hierba a una distancia prudencial del agua.

—Tenemos que arrancarle los fragmentos de ferrofluido antes de que se sequen y se le

incrusten en la carne —dijo Erin.

Y eso hicimos: luchar con cada fragmento, Erin y yo, puñal en mano, introducir el filo de la hoja entre la carne, la ropa y el metal y, con un rápido ademán, retirar cada pieza y lanzarla lejos de las otras. Con cada fragmento de metal que retirábamos de su piel le arrancábamos una gota de sangre.

—Te vamos a quitar esta porquería, te lo juro —le dije con voz temblorosa.

Adras sufría. Era evidente que le estábamos haciendo daño con las hojas de nuestros puñales, pero no teníamos alternativa, de lo contrario el metal se infectaría una vez seco, o se le clavaría en el corazón o en los pulmones, o en cualquier otro órgano vital, así que el tiempo jugaba en nuestra contra.

Hermanas mías, me hubiera gustado que mi voz sonara más firme, más convincente, pero me lo impedía un nudo en la garganta, mientras Adras movía la cabeza de un lado a otro, desesperado. Intentaba decirnos que ya era tarde.

—¿Qué dices? No pienso parar. No voy a parar.

No podía permitir que Adras nos dejara. Aquello era culpa mía. Era yo la que se había extraviado bajo las aguas del Tamesa, la que lo había arrastrado y demorado. ¿Cómo iba a permitir que muriera? Apoyando la palma de la mano contra la carne y el uniforme empapado de mi amigo, daba una y otra vez rápidos cortes y retiraba las piezas más grandes de ferrofluido como si fueran sanguijuelas.

—¡Aguanta, amigo!

Aquello le iba a dejar la carne llena de cicatrices, pero viviría, que era lo importante. Escaparía con nosotros más allá de la Tercera Cúpula. Y entonces Adras susurró algo que no he podido olvidar, algo que no podría olvidar incluso aunque viviera mil años.

—Soñé contigo.

—Cállate —le ordené—, no malgastes el aire. Tienes que aguantar. Te vamos a quitar todo esto.

—No, escúchame: soñé contigo, antes de la vigilia de nuestra Consagración. Eras tú. ¿No lo comprendes? ¡Eras tú!

Erin había dejado de ayudarme, como si hubiera aceptado ya lo inevitable, y se lo recliné:

—¡No te quedes mirando como un pasmarote, Erin!

Pero Adras volvía a negar con la cabeza. Y entonces Erin me puso las manos en los hombros para detenerme, aunque sin ejercer demasiada fuerza, en un gesto en el que se mezclaban la compasión y la firmeza.

—Te vi en sueños —susurró Adras. —Te vi perfectamente. Vi tu rostro como lo estoy viendo ahora.

Cada sílaba le costaba más esfuerzo que la anterior. El metal se estaba secando sobre su rostro, en sus labios, en su oído, y, lo peor de todo, en sus órganos internos.

—¡Adras...!

No pudo añadir nada más. Un líquido negro brotó de su boca y de sus orificios nasales. Había tragado agua con partículas de ferrofluido y, por lo tanto, estaba condenado. Sentí cómo mi cuerpo se paralizaba por la tristeza y la desesperación. No era capaz de mover siquiera las manos. ¿Cómo iba a continuar sin él? ¿Cómo daría un solo paso más?

Sabía que debía ser fuerte, porque Adras estaba sufriendo, era obvio. ¡Dioses, cómo sufría! Mi deber era darle confianza en aquel instante, en el momento en que comenzaba su tránsito hacia el mar del Gran Sueño. Para completar ese viaje, todos queremos una mano cálida a nuestro lado, una mirada de confianza, unas palabras de alivio. Aquella sustancia metálica en sus pulmones lo

estaba asfixiando, y nadie podía hacer nada por su vida, pero, al menos, podía acortar aquella agonía, facilitar que se sumergiera de un modo sereno y digno en el Gran Mar del Sueño.

Hermanas mías, fue su sufrimiento el que me obligó a hacer lo que hice entonces: tomé entre mis dedos la burbuja que colgaba de su cuello, el veneno que nos había regalado el enfermero en la aldea Undécima, y Adras respaldó mi decisión con una sonrisa de ternura. Fue una sonrisa fugaz, un solo instante, porque, de inmediato, el dolor convirtió su rostro en una máscara, pero suficiente como señal de asentimiento.

Como si, además del consentimiento de Adras, necesitara una confirmación del destino, de repente sentí aquel conocido temblor en mi mano izquierda, aquella vibración que anunciaba la emergencia de los Tres Hilos. Mi hilo negro voló para perderse más allá de la Primera Cúpula, y el hilo púrpura se trazó a mis espaldas, seguramente hasta encontrarse con la mano de Erin. Ahora mi destino personal carecía de importancia: lo importante era que el hilo rojo que emergía de mi dedo índice desembocaba en la mano izquierda de Adras, anudándose a su dedo embadurnado todavía de metal líquido y de sangre, como una confirmación de la voluntad de los dioses: sí, era yo quien lo ayudaría a hundirse en el mar del Gran Sueño.

Presa de la angustia, arranqué el colgante de su cuello, desenrosqué el pequeño tapón de la burbuja y, tratando de contener el temblor de mis manos, vertí las gotas de aquel veneno en los labios agrietados de Adras. Él parecía ansioso por beberlo, como un caminante que esperara la lluvia después de una travesía en el desierto. Vi su cuello cubierto por el metal centelleante. Vi la nuez de Adán levantarse cuando tragó aquella sustancia. Lo vi relamerse los labios. Tenía que ser rápido e indoloro.

Gruesas gotas de lluvia verde comenzaron a caer sobre su rostro, limpiándole la sangre. Pero yo ni siquiera podía percibir la lluvia. Solo sentía una angustia que se clavaba en mi corazón como una hoja de metal. ¡Dioses, cuánto sufría! Al menos la lluvia camufló mis lágrimas, al mezclarse con ellas.

Entonces Adras levantó su mano izquierda, estiró los cinco dedos y describió un círculo sobre su corazón: en el vocabulario del Código Púrpura, aquel signo tenía un significado inequívoco. Era un imperativo: *luchad*. Gastó el poco aliento que le quedaba en aquel símbolo: *luchad*. Luego abrió los ojos como si algo invisible hubiera aparecido ante él. Seguro que vio los dos hilos que nos enlazaban uniéndose a la inmensa malla tricolor que trenza todas las vidas. Imagino que miles de hilos negros, rojos y púrpuras se cruzarían en el aire ante su mirada de asombro. Pero yo no podía verla. Solo podía ver los dos hilos que nos unían, y que de repente se desvanecieron en el aire, como dos rayos de sol al anochecer.

Pero dejad que os cuente el milagro que ocurrió entonces. Dejad que os cuente que, mientras Adras daba su último aliento, al otro lado de la Segunda Cúpula, vimos una sombra levantarse sobre nuestras cabezas, una sombra gris que alzaba el vuelo, buscando las alturas de la Primera Cúpula, el lugar exacto en que esta se encontraba con la atmósfera verde de la Segunda. Un ave revoloteaba en torno al límite mismo entre ambas cúpulas, como si se empeñara en ver lo que ocurría al otro lado del plasma, o como si estuviera decidiendo si era posible o no atravesarlo, frente al extraño fenómeno de que la lluvia cayera de un lado de la pantalla, el nuestro, pero no del otro lado, el de la Primera Cúpula.

Me quedé hipnotizada contemplando su trayectoria circular, que entraba y salía de las nubes que giraban en la bóveda. Después voló de regreso en dirección a la Ciudad perenne, y se perdió bajo los rayos de sol, como si con él escapara el alma de Adras. Era nuestro Halcón, no cabía duda. Había venido a despedirse. Aunque no fuera un verdadero Animal de la Memoria, yo había soñado con él la víspera de nuestra Consagración, y había experimentado la absoluta certeza de

que mi vida se iba a desarrollar bajo su signo, aunque entonces creía que en servicio a la Legión Púrpura. En cualquier caso, aquel sueño resultó premonitorio. Desde aquel día, desde el día de la muerte de Adras, he vivido y luchado y entregado hasta mi última gota de sangre bajo la insignia del Halcón. Solo que lo hice al otro lado de las Cúpulas.

Dejadme creer que Adras vio a nuestro Halcón, y que sintió exactamente lo mismo que yo. Porque, con sus ojos alzados hacia el cielo, dejó escapar un largo y lento suspiro bajo la lluvia. Una tristeza infinita me embargó entonces. Crucé mis brazos sobre mi pecho, desolada. Sentí en mi espalda el calor de Erin, me reconfortó su abrazo, sus manos en mi cintura, su barbilla sobre mi nuca.

—Clea...

La lluvia golpeaba contra la superficie del río Tamesa, el mismo que nos había arrebatado a nuestro camarada con sus oscuras entrañas de metal, formando grandes ondas en la superficie verdosa. El agua que se precipitaba sobre nosotros era la misma que nos lo había quitado, la que ascendía por condensación hasta la cúpula y después caía sobre nosotros en forma de lluvia, la misma que las Tres Soberanas imperecederas nos habían presentado como un regalo de la providencia, como un don de los dioses agradecidos por Su magnífico gobierno en la tierra, tal y como rezaban los versos de los *Mitos del Asteroide*.

Todavía busco consuelo en la idea de que lo último que vio Adras fue el vuelo majestuoso de su Halcón de la memoria, atravesando el aire violeta de la Primera Cúpula, y en la posibilidad de que mi amigo lograra formular su pensamiento perfecto durante aquel, su último suspiro.

17. PERDIDOS

Hermanas mías, ni siquiera podía llorar. Estaba tan conmovida, allí, de rodillas, frente al cadáver de nuestro compañero Adras, con el rugido del río al fondo, que las lágrimas no brotaban de mis ojos. El mundo a mi alrededor, la luz de la Segunda Cúpula se había vuelto incomprensible, tanto que tardé un instante en entender las intenciones de Erin cuando le quitó el cinturón a Adras. Erin me entregó el sable de nuestro compañero, y yo me quedé mirándolo como quien mira el fuego absorto en sus pensamientos. Era como si mis sentidos se hubieran desconectado de la realidad externa. Solo existía mi dolor. El cuerpo inmóvil de Adras, semicubierto por el metal seco, y mi dolor.

—Es mejor que lo conserves tú.

No teníamos pala ni herramienta alguna para cavarle una tumba a Adras en la Segunda Cúpula, ni ningún símbolo con que honrarlo. Y por eso Erin agachó la vista para sugerirme lo que no se atrevía a decir:

—Es lo más piadoso. No podemos dejárselo a los carroñeros —dijo señalando al río.

Entregamos el cuerpo de Adras al mar del Gran Sueño vistiendo el traje de lino de los operarios de la Primera Cúpula y no el de los purpurados, con el escudo de las tres olas en su hombro, las mismas olas grises que nos lo habían arrebatado.

Para no ver cómo se hundían sus restos, dirigí la mirada hacia la Primera Cúpula, de la que habíamos conseguido escapar. Adras había entregado la vida para salvarme a mí, cuando podría haber continuado su fuga dejándome atrás una y otra vez. En todo momento fui un lastre para sus planes.

Como si pudiera leerme la mente, Erin intentó consolarme:

—No fue culpa tuya, Chica Dura.

Quizá hayáis pensado que me conmovió que Erin me llamara de ese modo, quizá os parezca un entrañable homenaje. Al fin y al cabo, Erin y Adras no eran precisamente uña y carne. Pero lo cierto es que solo sirvió para darme otra punzada en el corazón.

—Tenemos que continuar —dijo Erin.

—Dame un minuto —le supliqué.

Erin no fue capaz de añadir una palabra mientras el cuerpo de nuestro amigo se hundía para siempre. Después me incorporé como una sonámbula. Había que caminar. Había que seguir las vías metálicas hasta la aldea Vigésimo Novena, la última población de la Segunda Cúpula, como Adras nos había recomendado. Pero ¿cómo podríamos continuar sin él? Tampoco teníamos dinero ni un plan para salir de las Tres Cúpulas, y sin ese plan nuestro destino se convertiría en una continua búsqueda de escondite, sin meta ni propósito.

Pero lo hicimos. Quizá porque no había otra opción. Quizá porque caminar me sentaba bien. Avanzar para dejar atrás los pensamientos. Caminamos durante horas y horas en paralelo a las viejas vías, semiocultas por la hierba, a ratos bajo la lluvia suave de la Segunda Cúpula, que volvía fértil y verde un paisaje bañado a su vez por un sol verde que se iba levantando sobre nuestras cabezas. Caminamos y caminamos apenas sin hablar, sin la menor idea de lo que encontraríamos más adelante, y aquella inercia al menos me dio algo a lo que aferrarme. Si habíamos seguido a ciegas a Adras desde el principio, ¿por qué no seguir adelante con su plan como si aún permaneciera a nuestro lado? Al fin y al cabo, sin él hubiéramos muerto sobre la Plataforma.

—Lluvia otra vez —se lamentó Erin—. ¿Qué pasa, Clea? ¿Es que en este mundo tuyo siempre llueve?

Erin nunca había visto aquella lluvia, constante, regular, distribuida racionalmente por el Palco, parecida a la de unas gotas de condensación que se escurren por una ventana sin descanso, fecundando los inmensos cultivos de la Segunda.

—No *llueve* —lo corregí—. Ellos hacen que llueva.

A cierta altura, las vías se perdían en un túnel oscuro, cuya entrada había sido cubierta prácticamente por la maleza y las ramas de los árboles vecinos. A través de ellas se distinguía la luz verde del cielo. Así que no debía tener demasiada longitud.

Me interné en el túnel sin la menor precaución. No sentía miedo. Pero ¿por qué? ¿Acaso ya no me importaba mi vida? ¿Tanto me había afectado la muerte de alguien a quien había conocido solo dos jornadas antes?

—Clea... —me dijo Erin desde la entrada del túnel, sujetándome del brazo.

Ni siquiera levanté la vista. Me solté y seguí caminando, oyendo cómo mis propios pasos rebotaban en las paredes cubiertas de moho, así como el tintineo de las correas de los sables que colgaban de mi espalda. Porque ahora llevaba dos sables bajo la capa gris, el de Adras y el mío, ambos sin moneda del compromiso en su empuñadura.

El eco de cada sonido me ponía el vello de punta. Pero no tenía ganas de hablar con nadie. Quería adentrarme en aquel túnel aterrador y llorar por Adras. Llorar en la oscuridad, donde Erin no pudiera verme. Sí, la muerte de nuestro compañero me había afectado mucho más de lo que jamás habría podido imaginar. Porque con él moría también la estrella que nos había guiado en aquella aventura. Con mis dudas, con mis titubeos, había decidido seguir a Adras, y en esa decisión había arrastrado además a Erin, quien nunca terminó de confiar en sus intenciones, ni en sus teorías sobre los Tres Hilos y las Tres Cúpulas. Pero ahora necesitaba avanzar a solas en la oscuridad, quizá porque aquel túnel era el paisaje que más se parecía a mi alma.

—Al menos deja que pase yo primero —susurró Erin sujetándome de un brazo—. Podría haber legionarios al otro lado.

Obedecí como un autómatas. Vi la silueta de Erin hundirse en la luz verde que penetraba en el túnel desde el exterior. Hasta que se perdió en aquella luz. Mis ojos ya se habían acostumbrado a la oscuridad e inspeccioné lo que me rodeaba: había pintadas en las paredes, escritas en aquel mismo alfabeto desconocido con el que tropezáramos varias veces a lo largo de nuestra aventura, también carretillas abandonadas, vallas de seguridad cubiertas de telarañas, y, por encima de todo, un silencio que amplificaba cada sonido, cada murmullo.

Volví la vista hasta el extremo del túnel por el que había desaparecido Erin. Habían pasado ya varios minutos, y nada. Silencio absoluto.

—¡Erin! —lo llamé.

Solo recibí el eco de mi propia voz en respuesta, multiplicado por las paredes de ladrillo.

Mi corazón dio un vuelco. Si perdía también a Erin, ¿qué sería de mí? De pronto me sentía como si me adentrara en una pesadilla, una en la que me iba quedando progresivamente sola, en la que iban cayendo, uno tras otro, todos y cada uno de mis aliados.

Pero entonces...

—Tienes que ver esto —se oyó la voz de Erin desde el otro extremo del túnel.

Avancé hacia la salida del túnel y me reuní con él. Nuestros pies nos habían conducido hasta una siniestra explanada en la que, cubierto por hojas secas y el revoloteo de algunas aves, descansaba un enorme y viejo artefacto de metal, compuesto de innumerables cabinas en las que penetraba la maleza, muchas de las cuales aparecían volcadas a un lado u otro de la vía. Donde

alguna vez hubo ventanas, ahora asomaba la vegetación entre fragmentos brillantes de vidrio. El conjunto daba la impresión del cadáver de una gran serpiente con el morro aplastado, cuya cola se extendía hasta perderse detrás de una colina, metros y metros de chapa oxidada y cristales rotos.

—¿Qué demonios es eso?

Aquel artefacto debía pesar cientos de toneladas. Daba la impresión de haber descarrilado hace siglos, de tal modo que la naturaleza, sembrada por los hombres en la Segunda Cúpula, hubiera reclamado aquellas ruinas para sí, y hubiera comenzado a engullirlas lentamente entre la hiedra y la maleza, hasta convertir el conjunto en un híbrido de flora manipulada genéticamente y de chapa oxidada.

—Creo que ya sabemos para qué servían estas vías de metal —respondió Erin—. Supongo que esos cacharros debieron circular sobre ellas antes de las Guerras del Tiempo.

Las gotas caían sobre la carrocería ennegrecida de aquel artefacto siniestrado y el golpeteo provocaba un rumor inquietante, como si un ejército aporreara la chapa del techo con las empuñaduras de sus sables. Todas las hojas de los árboles del bosquecillo vecino aparecían cubiertas de gotas brillantes, y eran del verde más intenso que haya visto en toda mi vida.

—Nos refugiaremos dentro hasta que pase la lluvia.

El interior estaba lleno de fragmentos de cristal. Tuvimos que apartarlos con nuestros sables para descansar sobre los armazones de lo que hace cientos de años debieron ser cómodos asientos, ahora meras estructuras de hierro oxidado con girones de tela ennegrecida colgando.

La lluvia golpeaba la chapa sobre nuestras cabezas cuando, de repente, percibí un agradable aroma, un aroma a verduras hervidas que se elevaba sobre el hedor a herrumbre y humedad del lugar. No habíamos comido desde la mañana, amén de que una sola lágrima de glucosa era demasiado poco, no cubría ni la mitad de calorías necesarias para una caminata como la que habíamos protagonizado. En fin, estábamos hambrientos y, como ya sabéis, cuando eso sucede, el olfato se agudiza.

Avancé hacia el siguiente cubículo de la serpiente de metal buscando la fuente de aquel aroma. Todos eran idénticos en su estructura, pero en cada uno de ellos, el paso de los siglos había provocado diferentes estragos.

—No es buena idea —me advirtió Erin.

Ni siquiera le respondí. Me conducía como un animal hechizado por el olor de la comida y él, como siempre, me seguía con la mano sobre la empuñadura de su sable, y así pasábamos de uno de aquellos cubículos al siguiente, persiguiendo aquel aroma, aunque sin perder de vista las ventanas por si recibíamos alguna visita inesperada. Pero en todos ellos no encontramos otra cosa que chatarra oxidada y cristales, y armazones metálicos herrumbrosos dispuestos en filas de lo que en otra época debieron ser asientos para pasajeros.

La voz de Erin me sacó de mi ensimismamiento:

—Clea, no sé qué sucede. Es como si me rehuyeras —dijo sujetándome de los hombros.

—Erin, yo...

No sabía qué responder. Me limité a contemplar los ojos temblorosos de Erin mientras la lluvia golpeaba el techo de chapa sobre nuestras cabezas. Tal vez estéis pensando que la muerte de Adras me aproximó más a Erin. Pero acababa de darme cuenta de que, paradójicamente, produjo el efecto contrario. Sentía hasta el menor contacto con Erin como una inmensa traición a su memoria. Inconscientemente, había decidido colocar el recuerdo de Adras entre nosotros dos, como pantalla entre ambos.

Pero no había sido mi voluntad. Quise acariciar su rostro para compensarlo por mi frialdad.

Pero entonces, pisé algo en el suelo, algo que emitió un pitido breve e intenso. Todo fue muy rápido: un cambio de presión en los oídos, una luz azul cayendo del techo a mi alrededor, una especie de burbuja de silencio. Todo se volvió azul de pronto, azul y mudo, porque los sonidos exteriores a aquella burbuja no podían penetrar en ella. Detrás de aquel cilindro de color que me aislaba de la atmósfera externa, podía ver a Erin gesticular, mover sus labios con angustia, manteniéndose a una distancia prudencial en todo momento para no rozar la lámina que nos separaba.

Era una trampa de plasma de las que usaban los purpurados, una campana compuesta de gas exactamente igual que las Tres Cúpulas, así que resultaba tan impermeable como aquellas. Habíamos aprendido a manejar aquel artefacto en el dojo, pero nunca imaginé que me vería dentro de uno.

Erin no dejaba de dar vueltas alrededor de aquella gran burbuja azul. Sabía, como yo, que las trampas de plasma se colocaban como minas en zonas estratégicas. Emitían una señal al Palco, así que, en cuestión de minutos, los aerodeslizadores de la Legión Púrpura se presentarían allí. En cuanto a mí, tenía que permanecer completamente quieta, si perdía el equilibrio, si llegaba a rozar siquiera con un dedo aquella pantalla, me lo seccionaría.

Reparé en que el generador de la trampa se hallaba justo sobre mi cabeza, en la chapa del tejado de aquel vehículo, y solo me daba un margen de un metro aproximadamente. Como nos habían enseñado en el dojo, no había forma humana de desactivarla. Solo quien conociera el código de la trampa podía hacerlo.

—Tienes que marcharte —intenté convencer a Erin utilizando los signos del Código Púrpura.

Aislada por completo de la atmósfera exterior por la trampa de plasma, solo podía comunicarme con él mediante aquellos signos que ambos conocíamos a la perfección.

—Vendrán pronto. ¡Corre!

Pero Erin respondió con un solo gesto, un gesto que me emocionó más que cualquier palabra que pudiera haber pronunciado: puso su palma izquierda hacia arriba y los cuatro dedos de la mano derecha en vertical sobre ella. Aquel ademán significaba permanecer, significaba resistir, significaba no abandonar a los camaradas en el campo de batalla. Más que una palabra, aquel gesto designaba una firme promesa. No había un signo del Código Púrpura más solidario.

En respuesta, llevé la palma de mi mano hacia mi pecho. Era nuestra manera de dar las gracias. Con solo dos señales de nuestras manos, Erin y yo habíamos aceptado nuestro sino. Pronto llegarían. Como nos había advertido el enfermero de la Aldea Undécima, nos someterían a tortura para sacarnos nombres y localizaciones, o nos prometerían integrarnos en el cuerpo a cambio de traicionar a nuestros benefactores. Pero recordé las palabras del enfermero: sería una oferta engañosa, una vez obtuvieran la información, nos decapitarían, clavarían nuestras cabezas en picas y añadirían a nuestros huesos el muro de la Ciudad perenne.

Ahora empezaba lo realmente difícil: aceptar el destino, mantener a raya la angustia con las técnicas que había aprendido en el Cuarto Dojo, imaginando la voz del maestro Perses: «La muerte y el dolor no son tan terribles, lo que es terrible es el miedo a la muerte y al dolor». Entonces recordé la burbuja que nos había proporcionado el enfermero en la aldea Undécima, y pensé a renglón seguido en Adras, en la serenidad con que había asumido su muerte, y aquella imagen, la media sonrisa con la que nuestro amigo aceptó el tránsito al Gran Mar del Sueño, me infundió un nuevo valor.

De un tirón, arranqué la burbuja de veneno del colgante de mi cuello. Pensé en Halina y Kore, pensé en la anciana Go y en el enfermero, en todos cuantos nos habían ayudado. Busqué una imagen consoladora en mi memoria, traté de componer un pensamiento perfecto antes de verter

aquellas gotas de veneno en mis labios. En cuanto llegara la Legión Púrpura, las bebería sin el menor titubeo.

Erin se dio cuenta de mis intenciones y se aproximó a la trampa con los ojos abiertos de par en par. ¿Me acompañaría también en el último trance? Pero en aquel mismo instante, volvió la vista hacia el techo oxidado de aquella serpiente metálica. ¿Era posible? ¿Ya nos había alcanzado la aerotransportada? No, demasiado pronto. Atravesar la aduana entre la Primera y la Segunda Cúpula ya era un entretenimiento considerable, y sin duda no enviarían a ninguna pequeña guarnición local. Cuanto menos, a un jefe de escuadrón. En cualquier caso, había llegado la hora de afrontar el fin.

En realidad, hermanas mías, ya estaba hecha a la idea del mar del Gran Sueño antes de saltar a la arena de la Plataforma, mucho antes de que decidiera convertirme en una fugitiva. ¿Acaso había cambiado algo? Solo había aplazado mi fin algunas horas, las suficientes para ver morir a Adras. Las suficientes para conocer parte de la verdad de los Tres Hilos.

Pero... miento. Lo cierto es que sí había cambiado. Escuchaba mi propia respiración en el interior de aquella burbuja de silencio, intentaba acompasarla, me decía que ya no resultaría tan fácil renunciar a seguir respirando porque ahora tenía una razón para hacerlo superior a todas aquellas que nos habían inculcado en el dojo.

Mientras veía el rostro azul de Erin, que vigilaba desde la ventana la llegada de nuestros verdugos, pensé que no quería vivir para aniquilar a ningún enemigo. Quería vivir para salvar vidas tan hermosas como la de Erin, mantener su libertad, ahora que había descubierto la libertad de sentir, la libertad de enamorarse, si es que lo que había experimentado, por Adras o por Erin, aún no lo sabía, era realmente amor. Porque, cuando alguien descubre algo tan poderoso, es difícil que se resigne a perderlo.

Apreté bien fuerte la burbuja en mi puño y volví a guardarla bajo el uniforme de lino. Y, justo en ese momento, la trampa de plasma azul se desvaneció ante nuestros ojos. Fue instantáneo: el dispositivo del techo absorbió el plasma azul con un zumbido breve, como si se plegara sobre sí, y los sonidos del mundo exterior volvieron a penetrar en mis oídos, de un modo semejante a cuando tu cuerpo emerge del agua y vuelves a escuchar las voces de los demás, y volví a percibir el golpeteo de la lluvia sobre la chapa de aquel extraño artefacto que nos resguardaba.

Erin corrió a mi lado y me abrazó.

—Deberíamos salir corriendo de aquí —me dijo.

No tuvimos tiempo de elegir en qué dirección. A nuestra espalda sonaron unos pasos lentos, arrastrando cristales sobre el suelo de chapa. Un hombre alto y espigado cruzó la puerta que separaba nuestra cabina de la anterior. Nos llevamos la mano a la empuñadura de nuestros sables y, como sincronizados por telepatía, desenvainamos exactamente al mismo tiempo, colocándonos en posición de guardia para recibir a nuestro visitante.

—Hoy hemos tenido mucha suerte —se oyó una voz grave, mientras una larga figura emergía poco a poco del contraluz—. He cazado a una pareja de desertores.

18. El Profeta

El hombre que nos miraba desde la puerta de uno de aquellos receptáculos oxidados tenía los ojos pequeños y de un gris muy claro, casi transparente. Semioculta por un largo flequillo blanco y enterrada bajo una malla de arrugas, su mirada resultaba fría como la de un reptil.

—Me habéis arruinado la cena —dijo mientras se estiraba para desmontar la trampa del tejado, dándonos la espalda—. Estos chismes tardan ocho horas en cargarse a pleno sol, así que no podré volver a utilizarla antes de mañana.

Tenía los cabellos muy blancos y lisos, y solo ahora, al estirarse para desmontar la trampa, pudimos percatarnos de su talla, que con su postura encogida escondía por alguna razón. Medía casi dos metros y enfundaba sus largas piernas en el pantalón azul cobalto, a juego con la camisa, que solían emplear los ingenieros de la Tercera Cúpula.

—¿De veras utilizas trampas de plasma para cazar animales? —quiso saber Erin.

—Los atrapo y dejo que se asfixien. No me gusta matarlos con mis propias manos —Nuestro interlocutor tenía una incipiente barba blanca que subrayaba su aspecto de mendigo de la Tercera Cúpula.

—¡Pero eso es una crueldad! —intercedí.

—Ya, ya... Una crueldad... Supongo que dos desertores como vosotros tendrán hambre, puedo ofreceros un poco de hierba cocida...

Se me ocurrió que, tal vez, aquella hierba aromática pero insípida sería el reclamo para alguna criatura del bosque que le serviría como cena.

Con un destornillador, nuestro anfitrión volvió a bloquear la trampa, reducida ya a un cubo metálico cromado que colgaba sobre nuestras cabezas. Nos habían enseñado a manejar aquellos chismes en el dojo, pero yo nunca había visto un modelo como el que el anciano manipulaba delante de nuestros ojos, y supuse que debía de ser muy antiguo.

—Porque erais postulantes, ¿verdad? Vestís como los operarios del alcantarillado, pero se ve a una legua que no sois operarios del alcantarillado, sino desertores. Decidme si me equivoco.

Erin y yo nos miramos en silencio. Era mejor no responder a una pregunta como aquella.

—Sí, está claro. Y, además, había un tercer camarada con vosotros. De lo contrario tú —dijo señalándome— no llevarías dos sables a tu espalda.

Nos miramos con perplejidad:

—¿Cómo lo sabe? ¿Podría habérselo robado a un legionario púrpura?

—Podrías, sí. Pero el sable no tiene moneda engastada en la empuñadura. Desde niños os enseñarían en vuestro dojo que no puede abandonarse ningún sable en el campo de batalla. Son demasiado valiosos. No queda mucha exoaleación bajo las Tres Cúpulas. Y, si fuerais ladrones, habríais fundido el metal para venderlo. Con una piedra del tamaño de un puño se puede vivir holgadamente una buena temporada.

Estaba atardeciendo. Desde las enormes ventanas sin cristal de aquella extraña serpiente en ruinas, vimos a los pájaros en las ramas de los árboles. Cantaban de un modo mecánico. Sus melodías se parecían tanto entre sí que podrían confundirse con ecos.

—Vaya, sois unos ejemplares magníficos —dijo observando nuestras siluetas.

—¿Ejemplares?

—Después de tanto tiempo, han conseguido mejorar la especie. La Legión Púrpura será cada día más temible...

El anciano encendió una linterna de gas y la colocó a sus pies. Por primera vez pudimos ver sus ojos bajo la luz; sus pupilas brillaban como las de un hombre ciego.

—¿Querréis compartir mi humilde cena? Esto me recuerda a los viejos tiempos. Normalmente me alimento de la caza. Bueno, parte de la carne la vendo en la aldea Vigésimo-novena. Hace muchos años, antes de que empezara esto, ni siquiera probaba la carne de los animales. No probaba nada que procediera de un animal. La vida bajo las Tres Cúpulas era pacífica y civilizada. Pero todo se estropeó, incluido yo mismo.

El viejo nos pidió que lo siguiéramos con un ligera inclinación de su cabeza. Y así lo hicimos.

—¿Vives dentro de esta serpiente? —le pregunté.

Me pareció una curiosa paradoja, una serpiente viviendo dentro de otra.

—¿Te refieres al *tren*?

Tren. Era la primera vez en mi vida que escuchaba aquella palabra.

—Este artefacto fue una de las herramientas con las que se construyeron las Tres Cúpulas. Durante meses trajo mercancías y colonos desde el Continente. Cumplió su misión y, después de las Guerras del Tiempo, fue abandonado para siempre. Ya no tenía sentido conservarlo: nadie entraría ni saldría de las Tres Cúpulas.

—Un momento: ¿el Continente? —dijo Erin deteniéndose.

—En otra época, había miles de estos en el mundo. Cruzaban el planeta sobre los raíles —nos confirmó sin detenerse—. Yo los vi, cuando era niño.

—¡Pero eso es imposible! —protesté.

Erin me miró con expresión de sorna. Luego dio varios manotazos delante de su nariz y reemprendió la marcha. Sí, yo también me había fijado en que aquel anciano apestaba a gul.

—¿Y cuántos años llevas viviendo aquí? ¿Más de dos mil?

—Bueno, no siempre he vivido aquí. He dormido en prácticamente todas las ruinas de mi infancia que se conservan bajo las Tres Cúpulas —dijo deteniéndose en uno de aquellos cubículos, en cuyo centro hervía una olla al fuego.

La hoguera estaba rodeada por las marcas negras que otras hogueras anteriores habían dejado en el suelo. Había muchas latas vacías desperdigadas, troncos y cajas amontonadas a modo de mesa, en medio de un grupo de asientos que habían resistido mejor el paso del tiempo que los otros. Por qué había escogido aquel cubículo como su estancia, y no cualquiera de los otros, era algo que se me escapaba por completo.

—Estáis empapados. Os buscaré unas mantas.

Rebuscó entre cajas y nos tendió dos mantas grises, con el escudo de los operarios de la Tercera Cúpula, es decir, un sol grisáceo sobre un fondo rectangular negro. Me pareció evidente que aquel anciano llevaba años instalado allí, que, de alguna forma, había conseguido imponer cierto orden en aquel caos de chatarra.

Detrás de las ventanas, se agazapaba ya la noche bajo las cúpulas superpuestas, que interceptaban la luz de las estrellas.

—¿Y cómo pasa las horas un hombre solo, aquí, en medio de tanta chatarra? —preguntó Erin con sonrisa burlona.

—Intento recordar. La gente de aquí me llama el Profeta, lo cual no deja de resultar paradójico: los profetas miran hacia el futuro, y yo solo miro hacia el pasado. Intento anotar todo lo que recuerdo —nos explicó el viejo—. Yo mismo fabrico la pasta de papel y la corto. Son hojas rudimentarias, pero, paradójicamente, el papel ha resistido el paso del tiempo mejor que las memorias electrónicas. Dicen que en el Vacío hay una extraña raza de mujeres que pueden

recordarlo todo. Las llaman las hijas del cuervo, en referencia a Munin, el cuervo que le susurraba sus recuerdos al oído a Odín.

—¿Odín?

—El dios supremo de una antigua mitología. Munin era su memoria, y podía recordar todos los acontecimientos del mundo. Si yo tuviera la memoria de las hijas del cuervo...

—Has perdido el juicio, viejo —interrumpió Erin—. Hablas de los hostiles como si los envidiaras.

—Pero es que allá afuera hay hombres y mujeres dotados de poderes envidiables. Claro que, si todos esos talentos quedan a las afueras de nuestro mundo, no podrán aportar nada a la humanidad, no podrán ayudarnos a recuperar todo lo que perdimos. Todo lo que...

—¿Has estado fuera de...?

De repente, el anciano se interrumpió. Sus ojos grises temblaron. Vi sus pupilas dilatarse y se acercó a mí como si hubiera quedado hipnotizado por mi rostro. Luego extendió una mano hacia mí, pero no comprendí qué esperaba que hiciera en respuesta, si debía estrecharla o no, y me ruboricé. Aquel hombre me miraba como si hubiera visto a un fantasma.

—Ya sé... —titubeó—. Ya sé que no eres tú...

Erin y yo nos miramos perplejos.

—¿Qué quiere decir?

—Ya sé que tú no eres... ella... Y sin embargo...

La voz se le había quebrado. Se dejó caer en uno de aquellos asientos reducidos a esqueleto. Era tan alto que las piernas se le pegaban al estómago al sentarse en un sitio tan bajo.

El anciano devolvió la vista a la ventana y de repente parecía abatido, no sé por qué razón. Luego se levantó bruscamente y rebuscó algo entre la chatarra. Había artefactos de todo tipo por allí: libros, inquietantes figurillas de porcelana, relojes de aguja todavía en marcha que sorprendentemente marcaban doce horas en lugar de las diez de nuestro calendario. Pero regresó con una vieja máscara metálica parecida a las que usaba la Legión Púrpura, completamente oxidada, como si tuviera cientos de años de antigüedad:

—¿Serviste en la Legión Púrpura? —preguntó Erin.

—En absoluto. No es mía —dijo mientras volvía a sentarse—. Era de mi hija. La perdí hace muchos años.

Sus ojos, que seguían esquivando los míos, temblaron frente a la luz azul de la linterna de gas.

—Lo lamento. ¿Murió sirviendo en la Legión Púrpura? ¿O... —no me atrevía a terminar mi pregunta— luchando en la Plataforma?

—Yo no he dicho que muriera —dijo, y después esbozó una sonrisa melancólica.

Erin y yo nos miramos con perplejidad.

—Y entonces, si no era ni una postulante ni una purpurada, ¿por qué tenía una máscara de la Legión Púrpura?

El anciano nos habló mirando a la máscara que sostenía entre sus manos, cara a cara con ella, como si a través de semejante antigualla pudiera comunicarse directamente con su hija desaparecida:

—No es una máscara de la Legión Púrpura. Es una máscara de esgrima.

—¿Esgrima?

Nunca habíamos oído esa palabra.

—Era un antiguo deporte, anterior a las Guerras del Tiempo. Mi hija Europa y yo lo practicábamos juntos. Yo le enseñé. Hace mucho tiempo de eso.

El anciano hizo una pausa para devolver la máscara al desorden de chatarra del que había

salido. Desde que viera mi rostro a la luz de la linterna, respondía a cada una de nuestras preguntas con languidez, o algo peor, como si con cada respuesta le arrancáramos una espina clavada en su carne, evitando además que sus pupilas brillantes se fijaran en las nuestras.

—Terminad vuestra comida. Tenéis que marcharos. Tal vez podáis vender vuestros sables en la Aldea Vigésimo-novena y recaudar algún dinero para comprar un visado y huir a la Tercera. De lo contrario, los purpurados os cazarán en pocas horas.

—¿Venderlos?

—Si fundís el metal, os darán un montón de monedas por ellos. Están hechos con material procedente del Asteroide.

—Ya sabemos esa historia, viejo —interrumpió Erin—, ciudades destruidas, tsunamis, extinción de especies... Conocemos los *Mitos del Asteroide*.

—De acuerdo, conocéis la historia. Es importante.

—La historia es solo historia —replicó Erin—. Como nos enseñaron en el dojo: «El pasado es un prólogo». Lo único importante es el presente.

—Ese verso no pertenece al *Camino Púrpura*. Lo escribió un gran poeta hace miles de años. El Palco no es original ni siquiera en eso. Se apropia de la sabiduría del pasado sin atribuirla a los poetas, los filósofos o los científicos que la produjeron.

Un silencio incómodo se impuso entre nosotros, solo interrumpido por el golpeteo de la lluvia, que había regresado a la noche de la Segunda Cúpula. El anciano miraba más allá de la ventana, a la vegetación empapada que brillaba bajo la luz de la luna, y yo ojeé el lomo de algunos de los libros que el anciano apilaba en aquel cubículo, pero los títulos no estaban escritos en alfabeto cupular.

—Así que conocéis los *Mitos del Asteroide*.

—Por supuesto —respondí—. Memorizábamos fragmentos completos de ese poema en el dojo.

—¿De veras? ¿Aprendíais pasajes de memoria? Qué gracia...

—¿Qué es lo que tiene de gracioso, viejo? —volvió a la carga Erin.

El anciano sonrió con una mirada pícara.

—Pues que ese poema lo escribí yo.

19. LOS MITOS DEL ASTEROIDE

La lluvia seguía golpeando el techo de chapa de aquel viejo tren. A través de la ventana se divisaba una cortina de finísimas gotas atravesadas por la luz verde de la noche de la Segunda Cúpula.

—Muy bien. Conocéis los *Mitos del Asteroide*. Lo que no sabéis es quiénes los escribieron y con qué propósito.

—¿Los escribió acaso un viejo con pantalones de operario de la Tercera Cúpula? —se burló Erin.

—Así es, un pobre viejo que no posee nada, que ni siquiera es dueño de la ropa que lleva —dijo tirando de la tela de sus pantalones con los dedos en pinza—. Pero no siempre he vivido así. Una vez fui magistrado en la Segunda Cúpula.

—Claro, claro —pensé—. Un borracho con delirios de grandeza.

—Los magistrados son elegidos de entre los imperecederos —le espetó Erin.

—Así es —admitió el anciano.

Erin y yo nos miramos esbozando una sonrisa sarcástica.

—En realidad no somos imperecederos. Somos inmunes a la enfermedad e inmunes al envejecimiento, que, al fin y al cabo, también es una enfermedad. Pero podemos morir.

Me fijé en su mano izquierda. Sus dedos no lucían los Tres Hilos. Si aquel anciano decía la verdad, nos encontrábamos ante un miembro de la estirpe más antigua bajo las Tres Cúpulas, de aquella misma aristocracia del tiempo a la que pertenecían las Tres Soberanas.

—Muy bien, si usted es uno de los imperecederos, como dice ser, ¿por qué no manda ejércitos, por qué no ocupa una magistratura en la Primera Cúpula? ¿Qué hace aquí comiendo verdura hervida en una lata? —se burló Erin—. Explíquenos cómo terminó todo un magistrado inmortal viviendo como un mendigo dentro de un montón de chatarra.

El anciano meditó su respuesta por un instante mientras escurría las verduras del cazo.

—Vi las cosas desde dentro, y no me gustaron.

Su mirada se perdió entre sus recuerdos.

—¿Y cuándo escribiste esas historias, nuestros *Mitos del Asteroide*? —quise saber.

—Todas esas historias ya rondaban mi mente antes del impacto. Tuve tiempo de elaborarlas. Bueno, no solo yo, lo admito. Éramos los más ancianos de entre los colonos de las cúpulas.

Erin me sonrió con una expresión de sarcasmo, yo respondí con una ligera sacudida de cabeza, como si intentara decirle: será mejor seguirle la corriente como a los locos. Al menos cenaremos algo.

—Es decir, que ya sabíais que iba a producirse un impacto así.

—Claro, los observatorios astronómicos pudieron calcularlo con casi veinte años de antelación. Desde que lo descubrieron, comenzaron inmediatamente los preparativos. Las agencias espaciales de las grandes potencias se asociaron para el diseño y construcción de armamento y aeronaves con que luchar contra aquella enorme amenaza.

—¿Aeronaves? —preguntó extrañado Erin.

—La estrategia del Programa Aristarco era la clásica *divide y vencerás*. No había tecnología en el mundo capaz de desviar una roca de aquel tamaño, pero, si las expediciones espaciales podían fragmentar aquella maldita piedra, el combate se libraría contra un millar de enemigos más pequeños. Incluso una vez dentro de la atmósfera terrestre, los fragmentos de menores

dimensiones podrían ser alcanzados y desintegrados por armamento inteligente, convertidos en masas de polvo incandescente. O ese era el plan.

El anciano apagó el fuego vertiendo agua sobre las llamas y las brasas emitieron una especie de silbido.

—La cena está lista —anunció.

Después lavó tres latas utilizando el agua de la misma botella y sirvió la verdura. No tenía cucharas para nosotros, así que tendríamos que utilizar los dedos. Lo cierto es que aquellas verduras modificadas genéticamente, apenas sabían a nada. Sobre todo porque el viejo tenía que hervirlas sin ningún condimento, ni siquiera sal, y sin embargo las mastiqué como si fueran un manjar digno de los magistrados.

—Si eres uno de los imperecederos —retó Erin al anciano a continuación—, sabrás quiénes construyeron las cúpulas.

—Por supuesto que lo sé, y no fue el Palco. También os mintieron en eso. Ni el Palco ni tampoco ninguno de los gobiernos existentes con anterioridad. No podían proteger a toda su población. Fue un consorcio de multimillonarios. Los hombres más ricos del planeta llevaban años construyéndolas en un archipiélago, mucho antes de que la opinión pública conociera las previsiones sobre el impacto del asteroide.

—Sin embargo, los *Mitos del Asteroide* hablan de los fundadores del Palco...

—Una patraña, una gran patraña a la que yo mismo contribuí. Las cúpulas son muy anteriores a la consagración de las Tres Soberanas. Fueron creadas en un mundo más antiguo, un mundo cruel, en el que las diferencias de riqueza eran gigantescas. Una minoría de seres humanos, casi todos varones, poseía la práctica totalidad de la riqueza del planeta. Y esa minoría era la única que tenía posibilidades de sobrevivir al Impacto, invirtiendo todo su dinero en un gigantesco consorcio que levantaría su refugio. Este —dijo señalando hacia la ventana, es decir, hacia las cúpulas.

—¿Y qué ocurrió?

—Ya lo sabéis, ¿no es cierto? Llegó la Gran Noche, la noche más fría del mundo. Lo estudiasteis en el dojo.

Lo habíamos aprendido en el dojo, sí. Las cúpulas fueron el refugio de los únicos supervivientes. Todos nosotros éramos descendientes de aquel pequeño grupo de... ¿cuántos eran? ¿Cientos, acaso miles?

—¿Qué es la Gran Noche? ¿De veras fue un castigo de los dioses?

—Fue algo previsible. Algo que se produciría sin lugar a duda tras el impacto. La temperatura del planeta cambió. Las cúpulas habían sido diseñadas con el material aislante más poderoso de la Tierra y, aunque no eran inmunes, desde luego, a las sacudidas de las placas tectónicas, consiguieron aislarse de la radiación y del descenso de la temperatura en el planeta. Pero en el exterior de las cúpulas, enormes plantas de energía fueron afectadas por el terremoto que siguió al impacto del asteroide. Se liberó a la atmósfera una enorme cantidad de radiación. El mundo exterior estaba contaminado para miles de años. Los descendientes de quienes sobrevivieron más allá de las Tres Cúpulas experimentaron terribles mutaciones.

—¡Los hostiles! —exclamó Erin.

—Así los llaman. Ese nombre, por cierto, también lo inventamos nosotros —dijo el anciano llevándose una nueva cucharada verde a la boca.

—¿Y cómo sobrevivieron los que se resguardaban bajo las cúpulas? Supongo que tendrían provisiones almacenadas.

—Sí, tuvimos que alimentarnos de las reservas de grano, conservas y poco más hasta que las

cosechas comenzaran a producir lo suficiente para aquella, nuestra primitiva comunidad. Pero el principal problema, a medio plazo, fue la gran endogamia biológica bajo las cúpulas. Pocas especies, pocos especímenes y, además, poca variedad intraespecífica: todos los ejemplares se parecían mucho entre sí. Conservar la descendencia directa de los animales supervivientes resultaba fundamental. Por eso los llamaron Animales de la Memoria.

Toda esta parte nos resultaba por completo desconocida. Los *Mitos del Asteroide* saltaban directamente del Impacto a las Guerras del Tiempo. Pensé que, si todas aquellas explicaciones eran invención del viejo, parecían muy bien argumentadas. Y sospecho que también Erin comenzaba a darles crédito.

—Siempre nos dijeron que éramos los hijos de las Guerras del Tiempo, de los héroes que derrotaron a los hostiles, es decir, a los habitantes del Vacío.

—«En el Vacío solo existe la locura» —recitó Erin rememorando un verso de los *Mitos del Asteroide*.

—En absoluto. Las Guerras del Tiempo no se libraron contra nadie del exterior. Los hostiles jamás consiguieron rebasar los límites de la Tercera Cúpula, salvo en pequeñas incursiones que fueron aplastadas de inmediato.

—Entonces, ¿contra quién se libraron?

—Una parte de los fundadores se rebeló contra la asamblea que, hasta aquel instante, gobernaba las Tres Cúpulas. Los recursos descendían y la agricultura aún no era lo suficientemente intensiva para alimentarnos a todos. Pero el principal problema fue el agua. El ciclo del agua dentro de las Tres Cúpulas estaba diseñado para abastecer a un número reducido de habitantes, mientras que la población se había multiplicado mucho más rápido de lo previsto. Fue la presión demográfica lo que provocó las Guerras del Tiempo.

—¿La presión demográfica?

—Se dijo que la asamblea era una institución arcaica e incompetente, que no servía para resolver los problemas que nos acuciaban, que era preciso el liderato de alguien capaz. Los datos eran rotundos, incontestables: nos dirigíamos hacia la extinción. Y muchos se rebelaron contra aquella institución incapaz de salvarnos. Yo fui uno de tales rebeldes... Me equivoqué.

En ese momento, el Profeta bajó la mirada hacia las brasas del fuego con el que había hervido nuestra cena como si pudiera leer sus recuerdos en ellas.

—Los vencedores repartimos la población entre las Tres Cúpulas en función de sus características genéticas. Implantamos los Tres Hilos para controlarlos a todos, y les hicimos creer que tenían un origen divino para mantener de este modo el *statu quo*. Ya veis, hombres de ciencia como nosotros, inventando una religión para la masa. El mundo, por así decirlo, volvió a la Edad Media, aunque con electricidad. Una Edad Media con electricidad...

¿Hombres de ciencia? ¿Religión? ¿Edad Media? Nunca había oído palabras semejantes, ideas tan complejas pero al mismo tiempo tan reveladoras sobre el mundo en el que vivíamos. Empezaba a pensar que aquel hombre no podía ser ningún fanfarrón. Entonces, contemplando el telón de delgadísimas gotas de lluvia que caían por la ventana, me acordé de Adras, con un nudo en la garganta. ¿Conoció nuestro malogrado amigo a aquel extraño anciano? ¿Nos conducía hacia él cuando la muerte nos separó? Si aquel individuo no era un mero fanfarrón, si, como decía, había compuesto los *Mitos del Asteroide*, su edad actual debía superar... ¡Los dos mil años! ¿Qué hacía un inmortal malviviendo como un mendigo entre las ruinas de aquella extraña serpiente metálica?

—El artefacto que una vez diseñáramos para salvar a la humanidad, aislándola de la destrucción y de la radiación liberada por las plantas nucleares —prosiguió—, ahora servía para

dividir de nuevo a la humanidad. Lo que al principio había sido un refugio, se había convertido en una inmensa cárcel.

El Profeta me pidió que extendiera la palma de mi mano. Pensé que se proponía examinar los Tres Hilos de mis dedos, pero entonces sacó algo de su bolsillo y depositó sobre ella una pequeña esfera de cristal, del tamaño de un puño. En su interior, encapsulada, una casita de juguete cubierta por un polvo blanco. Ni siquiera sabíamos entonces que aquel polvo blanco imitaba a una sustancia real: la nieve. Nunca habíamos visto nieve bajo el manto protector de las Tres Cúpulas. Ni siquiera sabíamos lo que era.

—El mundo en el que vivimos es semejante a esto, pero con la nieve en su exterior —nos dijo.

En aquel momento, no entendí lo que significaba aquella analogía. A aquellas alturas de nuestra peripecia, había comprendido ya la naturaleza tiránica del gobierno de las Tres Soberanas imperecederas, pero no alcanzaba a imaginar qué otra organización podría ponerse en su lugar. Cualquier otro poder, ¿no sería igual de tiránico e injusto? Había que salvaguardar las cúpulas, eso era un hecho indiscutible.

—Pero aquellos rebeldes... hicieron lo que debían, ¿no? —observé mientras agitaba la bola de cristal para contemplar la caída de los copos de nieve.

—¿Estás segura de eso? Como escribió un gran poeta hace miles de años: «La paz y la abundancia engendran cobardes». Los rebeldes teníamos el conocimiento y, por eso, teníamos el poder. Los románticos que aún creían en la Asamblea perdieron aquella guerra. Y el Palco se apresuró a reorganizar la sociedad. La genética se convirtió en la diosa de las ciencias. La transformamos en una religión. Escribimos los mitos e implantamos los hilos que servirían para mantener el orden. Consagramos a tres de nuestras imperecederas como las Tres Soberanas...

Los dos fugitivos nos miramos con expresión de desconcierto.

—Las cúpulas no solo permitían aislar a la población del mundo exterior. Además, permitían aislarlas de la historia. El pasado geológico de nuestro planeta y el pasado histórico de nuestra especie debían ser olvidados. Quienes nacieran bajo las inmensas semiesferas de plasma no conocerían otro mundo ni otro tiempo. Vivirían en la creencia ingenua de que el Palco los protegía de indescriptibles amenazas exteriores. Esa es la verdad: no somos ciudadanos, somos prisioneros.

—¿Prisioneros? —se burló Erin.

—Hay un lugar en la Primera Cúpula del que seguro que habéis oído hablar: el Mausoleo del Tiempo, un enorme complejo que dispone de varias dependencias secretas, entre ellas la Biblioteca del Tiempo, que conserva los libros que se pudieron rescatar de nuestros antepasados; otra es conocida como el Arca. Allí se reunieron ejemplares de todas las especies que pudieron ser recopiladas, roedores, insectos, semillas de plantas, etc. Fuimos muy cuidadosos. Recopilamos todos los conocimientos que pudimos almacenar en dispositivos electrónicos y todos los animales y plantas no clónicos que vivían bajo las Tres Cúpulas.

—¿Y quién conoce la verdad, además de nosotros tres? —preguntó Erin con tono sarcástico.

De repente advertimos un ruido agudo aproximándose al tren.

—¡Silencio! —susurró Erin incorporándose, y derribando sin querer con su pie el cazo con la hierba cocida.

El cazo rodó por el suelo y escuchamos varios zumbidos cerca del tejado de chapa sobre nuestras cabezas. Poderosas corrientes de viento penetraron por las ventanas rotas del tren. Vimos pasar varias manchas a toda velocidad, manchas de color púrpura, el brillo de sables parecidos a espejos, esta vez bajo el resplandor esmeralda de la noche de la Segunda Cúpula. Todo ocurrió en unos segundos: los destellos blancos de las plataformas de los aerodeslizadores

filtrándose por las grietas del vagón, su rugido mientras descendían a uno y otro costado del mismo. La aerotransportada nos había encontrado, y Erin y yo nos llevamos las manos a la empuñadura de nuestros sables.

—¡No, no! ¡Son demasiados! —nos advirtió el Profeta.

Entonces hizo algo asombroso: dejó en el suelo el cepo de su trampa de plasma y colocó el generador de nuevo sobre nuestras cabezas, en el mismo techo de chapa oxidada donde nos diera caza hace apenas un hora. A pocos centímetros tras de mí brillaba la célula fotovoltaica que activaba la trampa. ¿Qué se proponía aquel anciano?

—Tenéis que confiar en mí —dijo.

Pero ya el vagón se balanceaba a uno y otro lado por el peso de nuestros inesperados visitantes. Precedidas por el rumor metálico de sus capas de malla, varias sombras penetraron por la ventana en nuestro refugio. Era media docena de purpurados, que lucían la insignia del guepardo tatuada en sus cuellos, el último de los cuales llevaba la capa y la máscara blancas de los generales. ¡Todo un general para venir a darnos caza! ¿No era una precaución excesiva por un trabajo que podría haber ejecutado cualquier jefe de escuadrón? ¿A qué debíamos el honor?

El general se aproximó a nosotros y nos observó un instante como si fuéramos animales expuestos al público, ya habíamos soltado la empuñadura de nuestros sables y nos habíamos cogido de la mano para afrontar el fin. Aquella sería toda la resistencia que encontrarían en nosotros. No podíamos hacer nada contra todo un escuadrón de la aerotransportada, salvo permanecer unidos todo el tiempo que nos dejaran hacerlo.

Luego el general guepardo se dirigió al anciano, posó una mano sobre su hombro y lo obligó a sentarse en los restos podridos de uno de aquellos sillones. Pero el anciano tenía la mirada perdida en el suelo, y apenas podía levantar los ojos hacia la máscara blanca, como un niño pequeño al que sus padres reprendieran por alguna travesura. Pero ¿de qué se avergonzaba el anciano? ¿De habernos cobijado o de habernos delatado? No era fácil decidirse por una u otra hipótesis en virtud de la expresión de su rostro. ¿Esperaba cobrar alguna recompensa por tal delación? Yo había empezado a creer en su relato. ¿Por qué nos contaría todo aquello si se disponía a vendernos a los purpurados?

Ya había anochecido por completo. Solo la luz de la linterna del anciano iluminaba a aquellas figuras inmóviles como estatuas. Entonces el general se incorporó y avanzó hacia nosotros al mismo tiempo que se retiraba la máscara blanca. Vimos primero sus labios gruesos, y su nariz aguileña. No, no era posible. Aquel rostro... Advertí cómo mi corazón y mi respiración se aceleraban al mismo tiempo que los de Erin, como si fuéramos dos máquinas sincronizadas. Aquellos rasgos, aunque más envejecidos, el pelo canoso, las arrugas en el contorno de los ojos y en la frente... Y ni el menor rastro de aquella larga cicatriz blanca que le recorría el rostro en vertical... Pero los mismos ojos verdes... El mismo brillo...

—Adras —susurré.

Imposible. Adras estaba muerto.

—Uno entre doce, hermanos —dijo con una amplia sonrisa.

20. LA INSIGNIA DEL GUEPARDO

—Sé lo que os estáis preguntando. Lo veo en vuestros ojos.

El general hizo una pausa para quitarse su capa blanca.

—Llamadme Adras. Yo soy Adras. Ese es mi nombre. Y veo que ya habéis conocido al viejo Isaac. Aunque todo el mundo lo llama el Profeta. ¿Verdad que sí, Isaac?

Mientras hablaba, el general se paseaba entre las ruinas de aquel vagón y yo miraba perpleja aquellos labios gruesos de Adras reflejados en los sables que presentaban sus hombres, perfectamente alineados en una y otra pared del vagón. Era como si Adras se hubiera multiplicado en los reflejos sobre las hojas de exoal, pero en ninguno de ellos encontré la menor semejanza con el Adras que conocimos, o, por mejor decir, con el espíritu del Adras que conocimos. Aquel hombre tenía sus mismos rasgos, si bien envejecidos, pero su expresión cruel estaba muy lejos del simpático cinismo de nuestro Adras. Cuando hablaba, la insignia del guepardo se movía al ritmo de su respiración, latía con los latidos de la arteria de su cuello.

—¿No te parece que todo ha resultado demasiado fácil, Clea?

Un escalofrío recorrió mi espalda. ¡El general sabía mi nombre!

—Vuestra fuga estaba prevista. La intención del Palco era seguiros más allá de la Tercera Cúpula, que nos llevarais hasta la Escalera de Jacob, hasta la lanzadera del Renacimiento.

—No sé de qué me estás hablando —interrumpí.

Y no le mentía. Aquella fue la primera vez en mi vida que escuché aquellos nombres: Jacob, el Renacimiento. Pero lo cierto es que todo cobraba sentido desde la premisa de que había alguien más allá de las Cúpulas que luchaba contra su omnímodo poder, y de que el Palco nos había conducido en nuestra huida para que entráramos en contacto con ese alguien. ¿Formaban parte de aquella resistencia nuestras gemelas Halina y Kore, la anciana que curó a Erin, el propio Adras? Siempre sospeché que las gemelas fueran algo más que simples contrabandistas, aquello no me encajaba, sobre todo con el buen corazón de Kore. Y, por otra parte, también es cierto que algunas de las cosas que Adras, nuestro Adras, nos reveló antes de morir apuntaban a la existencia de algo más detrás de él, una organización para la que necesitaba recaudar el dinero necesario para conseguir armas, pues no se puede forjar un ejército sin armas; esas fueron sus palabras. De alguna manera, siempre tuve la certeza de que nos habíamos visto implicados en una batalla mayor que la simple lucha por nuestra supervivencia.

—Pero nosotros no podemos permitir que el Palco localice a Jacob, ¿verdad, Isaac?

Isaac negó con la cabeza. ¿A quién se refería aquel *nosotros*? El rompecabezas se complicaba. Además del Palco y de su oposición, ¿había una tercera fuerza? ¿Pertenece Isaac a aquella, puesto que el general parecía incluirlo en aquel *nosotros*? Tal vez una parte de los purpurados, tal vez todo el emblema del guepardo, no estaba dispuesto a permitir nuestra huida. ¿Por qué?

—La buena noticia es que aún sois postulantes a la Legión Púrpura. Estáis ligados por vuestros votos —dijo el general acercándose a Erin y a mí—. Los dos sobrevivisteis a vuestra Consagración. Los dos podéis recibir vuestra moneda del compromiso e integraros en el servicio a la Legión Púrpura. Solo tenéis que responder a nuestras preguntas, decirnos quiénes os ayudaron.

Miré a aquel individuo con sorpresa y desprecio, y recordé aquellas cabezas clavadas en picas en la muralla de la Ciudad perenne, aquella deshonra para nueve jóvenes que habían combatido

con honor y compromiso el día de nuestra fallida Consagración... ¿Cómo íbamos a confiar en la palabra de quienes habían hecho algo así?

Erin me miró con inquietud. Supongo que buscaba en mí la fuerza para rechazar la oferta, y la seguridad de que yo misma sería capaz de resistir sin darles un solo nombre. Ciertamente que Halina y Kore nos habían abandonado a nuestra suerte, pero ¿lo hicieron acaso para salvaguardar eso que llamaban la Escalera de Jacob? De hecho, Kore lo había dejado caer cuando nos despedimos cerca de los colectores de la Primera Cúpula: alguien tiene que quedarse para ayudar a escapar a los demás.

—Nosotros no teníamos ningún plan —habló finalmente mi compañero.

El nuevo Adras se volvió hacia Erin y le clavó su mirada.

—El hecho de que no la planificarais vosotros no significa que no fuera una fuga planeada, no seáis tan ingenuos, solo queremos saber quién está detrás. Dadme al menos dos nombres y yo os daré dos monedas. ¿Habéis olvidado lo que significan estas monedas? —dijo ofreciéndolas en la palma de sus manos.

Aquel falso Adras había sabido tocar las teclas adecuadas y me pareció que Erin estaba a punto de romperse, que una parte de él se inclinaba a aceptar la oferta y abrazar la solución más rápida a todos nuestros problemas. Al fin y al cabo, era con lo que habíamos soñado desde niños: la moneda del compromiso y, con ella, la promesa de una vida mejor. Desde luego, mucho mejor que esconderse como ratas de la Legión Púrpura durante el resto de nuestra existencia. Pero estoy convencida de que solo daría ese paso, el de la rendición, si yo lo daba con él.

—Te aseguro que huir no entraba en mis planes —intervine al fin, antes de que Erin quedara desarmado por la oferta del general guepardo—. Mi único deseo era salir viva del Domo y servir a la Legión Púrpura.

—Por esa razón, porque juraste servir a la Legión Púrpura, tienes que decirle toda la verdad a un oficial. Ni siquiera os pido que me respetéis, ni que me obedezcáis; no me debéis obediencia a mí. Pero al menos mostrad respeto hacia lo que representan nuestros emblemas, acordaos de las Tres Soberanas imperecederas, nuestras madres eternas.

Erin agachó la cabeza. Pese a lo que habíamos sufrido, pese a lo que habíamos visto con nuestros propios ojos, él todavía estaba en las garras de sueños muy antiguos, sueños de la infancia. Sospecho que aún era prisionero de los mitos que sostenían a las Tres Cúpulas, mientras que yo había comenzado a asumir que todas aquellas leyendas eran mentiras, a confiar en las palabras del Profeta, que además me parecían en perfecta coherencia con las de Adras, y no porque le debiera esa confianza a nuestro añorado Adras, sino porque tenían sentido. Si ambos mentían, desde luego se trataba de una mentira muy bien elaborada y consensuada.

—¿De veras pensáis que os iban a permitir escapar con tanta facilidad sin un motivo? Solo necesito dos nombres a cambio de dos monedas. ¿Quiénes os ayudaron a escapar?

El Profeta seguía sentado con la cabeza apoyada sobre sus brazos cruzados. Si teníamos alguna esperanza de salir de allí con vida, no provendría de él, reducido a un pelele en manos del general. De hecho, los otros legionarios ni siquiera lo vigilaban, sin duda lo tenían por inofensivo. Y yo seguía siendo incapaz de decidirme por una de las dos hipótesis, si Isaac nos había vendido o no a nuestros captores.

Recordé las palabras del enfermero que nos ayudó en la aldea Undécima. Como él había previsto, nos ofrecerían un pacto a cambio de delaciones. Nos harían creer que teníamos una oportunidad de redimirnos y, sobre todo, de salir vivos de todo aquello. Pero delatar a nuestros aliados no salvaría nuestras vidas, por más que nos hicieran creer tal cosa. Nos matarían a los dos

y, para colmo, firmaríamos la sentencia de muerte de los otros, de Halina y de Kore, de la anciana Go y de aquel pobre enfermero de la aldea Undécima.

Tenía que dárselo a entender a Erin, hacer que lo recordara. Pero ¿cómo podía hacerle entender todo aquello a Erin con un simple gesto mudo? Entonces tuve una idea: sujeté la pequeña burbuja con el veneno que colgaba de nuestro cuello y dirigí una mirada a mi compañero. Y él lo comprendió todo al instante. Inclino la cabeza y cerró los ojos por unos segundos, como si los necesitara para digerir aquel destino, y después buscó mis ojos con los suyos y dibujó una ligera sonrisa, casi imperceptible. Erin y yo sellamos nuestro pacto de silencio con aquel gesto. A una señal suya, beberíamos el veneno.

—No importa —dijo Adras—. Conocemos medios muy eficaces para arrancarnos la verdad — dijo el jefe mientras desenfundaba una pistola de descargas eléctricas.

Entonces el Profeta llamó por su nombre al general:

—Adras, ¿también me vas a torturar a mí?

El general ni siquiera se volvió hacia el anciano para decirle:

—Isaac, viejo loco, respira. Voy a necesitar tu ayuda para el próximo juego.

—¿Mi ayuda?

—Seguro que el doctor Isaac es capaz de contar de diez a cero. Es un hombre tan inteligente...

Amigas mías, cada vez me resultaba más repulsivo aquel individuo. Y el hecho de que fuera casi idéntico a nuestro Adras no provocaba en mí la menor simpatía, sino todo lo contrario: lo convertía en una deformación monstruosa de nuestro añorado compañero.

—Adelante, por favor —dijo tendiendo la palma de la mano al viejo.

El Profeta obedeció, lento y tembloroso:

—Diez.

El general dio dos palmadas y, de inmediato, sentimos cómo el vagón se inclinaba a un costado conforme ganaba la escalerilla uno de sus hombres, una verdadera mole de casi dos metros de alto, que inmovilizó a Erin rodeándole el cuello con su enorme brazo.

En un acto reflejo, aferré con fuerza las empuñaduras de mis dos sables, que colgaban a mi espalda, pero los hombres del general desenvainaron todos a una y dieron un paso al frente, con aquella música de exoaleación que conocíamos tan bien.

—Tranquila, Clea. Respira, respira... ¿Recuerdas las enseñanzas del maestro Perses?

Ante nosotros, un monstruo de dos metros de alto, embutido en la armadura de los purpurados, aferraba a Erin por la espalda a la espera de las órdenes de su superior, inmóvil como una estatua de la necrópolis del Domo. Bajé las manos ante la mirada de Isaac, quien asintió ligeramente como si intentara decirme que aquello era lo más sensato.

—Os presento a Corban. Lo más curioso de Corban, como vais a descubrir muy pronto, es que no puede hablar y, sin embargo, sabe hacer hablar a los demás.

El tal Corban, enmascarado como todos los demás, hizo una ligera inclinación de cabeza hacia el Profeta, en un extraño gesto de cortesía.

—Corban conoce de memoria las terminaciones nerviosas del cuerpo humano. Y nunca falla. Creedme: el suyo es un verdadero don.

El general le tendió su pistola de descargas a aquella mole que sujetaba a Erin, y este apretó el cañón contra la nuca de mi compañero.

—Pero, continúa, Isaac, te lo ruego.

—Nueve —dijo el Profeta.

—Sé lo que te sucede, Clea. Una parte de ti odia este uniforme que llevo porque una parte de ti sabe que no estás a su altura. Fracasaste en la Plataforma y no merecías aquel honor. Eras un

buen ejemplar, pero en la misma docena de combatientes había al menos dos ejemplares superiores a ti.

Una parte de mí le daba la razón. ¿Qué clase de guerrera era yo? Me habían rescatado y salvado la vida varias veces. ¿En qué había sido de ayuda a mis compañeros en nuestra evasión? Ese tipo de preguntas me atenazaban en aquella hora. Pronto iba a descubrir una verdad inesperada: la rival más débil, la que tenía más dudas y más flaquezas, la que oscilaba continuamente entre creer a unos o a otros, es sin embargo la que ha sobrevivido y os está contando esta historia.

Pero debo volver a lo que ocurrió aquella noche en el tren de la Segunda Cúpula. Erin estaba a punto de ser torturado por aquella bestia de Corban, así que me apresuré a improvisar una respuesta para que lo liberaran:

—No teníamos ningún plan, pero Erin se negó a quitarme la vida después de derrotarme.

—Sí, eso ya lo sé, querida. Estuve allí, entre el público, todo el mundo lo vio. La pregunta es por qué.

Erin tenía los ojos cerrados, como si se hubiera resignado ya a la descarga.

—Isaac, por favor. No te desconcentres. Ibas por el nueve...

El Profeta carraspeó.

—Ocho.

Me percaté de que el tal Corban, que sujetaba a Erin por el cuello, iba señalando uno por uno con la pistola los puntos más sensibles del cuerpo de mi amigo, aquellos en los que desembocaban más terminaciones nerviosas, como si se hubiera propuesto darnos una clase de anatomía, hasta que apuntó directamente al ojo derecho de mi amigo. Sentí como se erizaba el cabello en mi nuca. Pero mi compañero seguía sin inmutarse.

—Bueno, tendremos que mover algunas fichas del tablero —dijo el general con expresión de tedio.

El gigante Corban liberó a Erin, que cayó de rodillas y se llevó las manos al cuello, en cuya carne aquel monstruo había dejado dos marcas blancas con la forma de sus dedos. Corban dio unos pasos hacia mí y el vagón se balanceó a su paso. Luego me agarró del cuello con un solo brazo y me alzó del suelo. Tenía una fuerza descomunal, y yo sentía una opresión en mi garganta tan angustiosa que mis ojos se humedecieron mientras mis pies colgaban a unos veinte centímetros del suelo oxidado del vagón. Mi vista se nubló. Podía oír los latidos de mi corazón en las sienes y estaba a punto de perder la conciencia.

—¿Isaac?

—Siete.

—¡El hilo púrpura! —gritó Erin para que me liberara—. Fue por el hilo púrpura.

La lluvia comenzó a golpear de nuevo el techo de chapa de nuestro refugio.

Corban me soltó y caí como una fruta madura. Me llevé las manos al cuello.

—No podía quitarle la vida.

—¿Por qué? —insistió Adras.

Erin titubeó. No era capaz de alzar los ojos del suelo.

—Cuando estaba a punto de decapitarla —confesó—, vi el hilo púrpura que me unía a ella. No podía hacerlo.

—Erin... —fue todo lo que alcancé a pronunciar. Aún respiraba con dificultad. Aún sentía la presión de los dedos de Corban en mi garganta.

Nuestro compañero se había convertido en un fugitivo por mí, por una desconocida a la que lo unía algo que, según afirmaba Adras, era una mentira. ¿Había valido la pena?

—Ya veo... —dijo Adras con sarcasmo—. El amor.

Mi corazón latía al galope y aquel bastardo se burlaba de nuestros sentimientos. Os aseguro, hermanas mías, que en aquel instante no tenía miedo al dolor. Ni siquiera tenía miedo a la muerte. Solo deseaba que, cuando llegara ese momento, Erin estuviera a mi lado.

—¡Dicen que el amor mueve el mundo!

Entonces el gigante Corban avanzó unos pasos hacia Erin y le propinó un manotazo en el rostro. Su sangre salpicó la pared del vagón. Aquel animal le había abierto una brecha en el pómulo.

—Isaac, lo estamos pasando bien, ¿verdad? —dijo el falso Adras—. Los días de tormenta son ideales para los juegos de salón. Continúa, por favor.

—Se... Seis —titubeó el Profeta

La lluvia martilleaba sin descanso sobre nuestras cabezas. Ahora Isaac se había puesto en pie y nos miraba, intentando hacernos no sé qué señales. Pero el general, sin necesidad de volverse hacia él, llamó su atención chasqueando los dedos:

—Cinco.

Erin tuvo la oportunidad de volver su rostro ensangrentado hacia mí. De sus labios colgaba un hilillo de sangre oscura y, sin embargo, esbozó una sonrisa dirigida a su compañera de huida. ¿Se estaba despidiendo con aquella sonrisa?

Entonces el general se aproximó a mí y me tomó del brazo izquierdo. Su contacto me helaba la sangre, pero, al mismo tiempo, percibí el olor de su piel, de su sudor, y era idéntico al de nuestro añorado Adras. Fue un descubrimiento terrible que me inundó de sentimientos confusos: el odio hacia aquel demonio y el afecto por el recuerdo cálido de Adras.

El general me remangó el brazo y levantó mi mano a la altura de mis ojos.

—Deja que te diga algo sobre el amor. ¿Ves esos hilos? —dijo mostrándome mi mano izquierda—. No significan nada. No son reales. O lo son, a su manera. Son reales porque tienen consecuencias reales sobre las personas.

Reconocí las palabras de nuestro amigo Adras en las de su doble. ¿Quién se las había transmitido a quién?

—Estos hilos son su manera de mantener todo en orden. Estos hilos son el orden. Vida. Muerte. Reproducción. Todo está planificado. Olvidaos de todos esos cuentos románticos sobre el hilo púrpura. Os programan. Os emparejan según criterios biológicos, los más favorables a la mejora de la especie.

—¿Qué quieres decir?

—Ellos sabían que la misión de Adras era sacarte del Domo y conducirte hasta Jacob. Confiaban en que ambos seríais los dos últimos supervivientes sobre la Plataforma. Pero había un tercer jugador muy poderoso sobre el asfalto: Erin. Así que modificaron los hilos para confundir a Erin. Para protegerte de él, tenían que vincularlo contigo a través del hilo púrpura y convertirlo en tu incondicional. Ya ves, tu Romeo era solo una ficha del plan diseñado por el Palco.

—No creo una sola palabra de lo que dices —repliqué, desafiante.

Esas fueron mis palabras, sí. Y, sin embargo, había comenzado a darles crédito. Si queríamos encajar aquel puzle demoníaco, debíamos tener en cuenta las palabras no solo de nuestros aliados, sino también de nuestros rivales, considerar si eran o no compatibles. Y lo cierto es que todo cobraba sentido en un discurso que, además, parecía coherente con el del propio Adras y con las cosas que nos había revelado el Profeta justo antes de que el escuadrón guepardo interrumpiera nuestra charla.

Pero mi corazón latía a todo ritmo, y los latidos golpeaban mis sienes, podía sentirlos en mi cuello y en mi cabeza, y me invadió la extraña convicción de que todo aquello era solo una pesadilla, y de que mi corazón seguiría latiendo cada vez más fuerte, hasta despertarme. Pero no era un sueño, en absoluto.

—Isaac, por favor...

—Cuatro.

—¿No lo comprendes, Clea? Todo está programado. Nuestras vidas no significan nada. Solo somos herramientas del Palco.

—Quizá tu vida no signifique nada —respondí con ira—. Eres solo un esclavo.

—¿Y qué eres tú, amiga mía? Uno entre doce —dijo sonriendo el general—. ¿No te parecen demasiadas vidas desperdiciadas? ¿Por qué crees que pueden permitirse perder once vidas cada vez?

Quizá aquellas revelaciones fueran verdaderas. Pero me parecía evidente que había algo que escapó al control del Palco: de una parte, Erin sentía algo verdadero por mí, lo sé, estoy convencida. No se dejaba manipular. Y, por otra, Adras había entregado su vida para salvaguardar mi integridad, como si fuera importante para alguna causa. Y recordad, hermanas mías, que Adras era un escéptico. El mismo escepticismo que lo impulsó a traicionar las órdenes del Palco, a escapar del Domo a nuestro lado, ese escepticismo hacía imposible que sus sentimientos hacia mí no fueran sinceros.

—¿Isaac, se te ha olvidado contar?

—Tres —musitó el Profeta.

—El Palco lo planificó todo. Incluso os ofreció un salvoconducto para vuestra huida.

—¡El Halcón de la Memoria!

—¿Pensabais que se arriesgarían a exponer algo tan valioso, a colocarlo en medio de un campo de batalla, a merced de doce hombres y mujeres armados o de la multitud? Todo estaba preparado. Adras te escoltaría. Afortunadamente para nosotros, pese a que Erin cumplió admirablemente su papel de ángel de la guarda, Adras no pudo completar su papel en esta historia.

Me quedé en silencio. Si todo aquello era cierto, quedaba todavía una cuestión aún más desconcertante por encajar: ¿por qué tenían que conducirme precisamente a mí hasta aquella Escalera de Jacob? ¿En qué era yo distinta a los otros postulantes? ¿En qué especial? ¿No les bastaba con seguir a Adras hasta el Vacío?

—Hazte esta pregunta: una entre doce, ¿por qué desperdiciar la vida de once de cada doce guerreros? Yo te lo diré: porque no son más que copias de otros. Todos los soldados de la Legión Púrpura lo son. Copias de los oficiales. Copias de un grupo de hombres y mujeres biológicamente superiores. Hombres y mujeres como yo.

—Pero... pero eso es imposible —balbuceé.

—Te equivocas. Es posible. Es real. Llevan haciéndolo cientos de años. Es una técnica anterior a nosotros. Los fundamentos de nuestra ciencia son muy antiguos. Son anteriores a nuestra civilización. Los hemos heredado de hombres y mujeres que vivieron hace miles de años en esta tierra, y que desaparecieron después, dejándonos algunas migajas de sus conocimientos. Un legado irremediabilmente incompleto, pero suficiente para mantener en orden nuestra civilización.

No, no podía creerlo. Aquello no. Nunca nos ocultaron que los seres vivos que nos rodeaban fueran clones de otros seres vivos, que los alimentos que consumíamos estaban modificados artificialmente, que incluso cada pétalo y cada rama de cada árbol procedían de unos pocos

ejemplares. Pero, al margen de todo aquello estaban las personas. Los individuos. Eso era lo único auténtico en el mundo en que fuimos educados.

Sin embargo mi cabecita ya había comenzado a extraer las consecuencias de aquellas revelaciones. Porque, si todos los soldados de la Legión Púrpura eran clones, entonces, ¿lo era yo también?

—Sé lo que estás pensando, Clea. Sé la pregunta que quieres formularme. Hazlo —dijo inclinándose frente a mí, para que mis ojos y los suyos se colocaran a la misma altura. Eran los mismos ojos verdes y brillantes de nuestro Adras, aunque rodeados de arrugas profundas.

Por supuesto que lo sabía. Era obvio. Y tal vez la respuesta también fuera obvia.

—¿Doctor Isaac?

—Dos.

21. LLAMAS AZULES

Algo en mi interior prefería no conocer la respuesta. Al fin y al cabo, lo que nos hace únicos, lo que nos hace distintos a todos los demás, es ese misterio. No saber exactamente qué somos. Si conseguía mantener a raya mi curiosidad, mantendría la confianza en que Clea, del Cuarto Dojo, discípula de Perses, era un individuo, una persona irrepetible, un verdadero ser humano con alma y con sensibilidad propia. Porque, ¿qué significaba ser una persona sino justamente eso: alguien único, irrepetible y perdido en el misterio del mundo?

—Isaac, ¿te has quedado dormido...? ¡Isaac!

A mi lado, Erin estaba doblado sobre sí, con un hilo de sangre colgando de su rostro.

—Es vuestra última oportunidad —dijo el general tendiéndonos una vez más nuestras monedas del compromiso.

Hermanas mías: he tenido ocasión de pensar una y otra vez, de revisar una y otra vez lo que Erin hizo en aquella encrucijada. Le he perdonado un millón de veces en todo este tiempo. Al fin y al cabo, ¿no habíamos soñado con recibir aquella moneda desde que éramos niños? Por eso, cuando Erin estiró su mano para recibir la moneda del compromiso, no pude sentir más que compasión por él. Por primera vez desde que escapamos de la plataforma, yo me había mostrado más fuerte que el gran Erin.

El general Adras sonrió y sus hombres envainaron sus sables al unísono. Pero antes de que la moneda cayera en las manos de mi compañero, vi al viejo Isaac retroceder. Vi terror en la expresión de su rostro. No sé qué mensaje quería transmitirnos con aquel extraño movimiento, qué advertencia con aquel retroceso mudo pero, de repente, el general se quedó paralizado. Abrió la boca y los ojos, en un gesto de asombro. ¿A dónde dirigía la vista? ¿Qué buscaba? A unos metros a su lado, bajo uno de aquellos asientos herrumbrosos, distinguí el brillo anaranjado de unas cifras digitales, números que se sucedían sobre la tapa de una caja oscura. El general aún tuvo tiempo de volverse hacia Isaac, que continuaba retrocediendo lentamente aprovechando el desconcierto de los demás.

—Isaac, qué es eso...

Tardé unas décimas de segundo en comprenderlo. ¡Dioses, era una cuenta atrás, la verdadera cuenta atrás del Profeta! ¡Tres, dos, uno...!

—¡Todos fuera! —gritó el general Adras.

No sé cómo explicaros lo que ocurrió a continuación, puesto que todo se desarrolló en apenas dos segundos. Una bola de fuego azul brotó de aquella cajita y se expandió mientras los legionarios y el general Adras intentaban saltar por las ventanas. Vi el cuerpo de un legionario en el aire, vi la bola azul creciendo hasta alcanzar sus pies, sentí el temblor del suelo, las sacudidas en la chapa del tren, los pocos cristales que quedaban en pie cayendo en cascada, y un calor inmenso en el rostro y las manos, un calor creciente en medio del cual aullaban aquellos hombres con sus uniformes ardiendo, retirándose sus máscaras ya incandescentes.

Justo cuando el fuego azul estaba a punto de alcanzarnos, atraje a Erin hacia mí tomándolo de los hombros y, de repente, el silencio. De nuevo aquel silencio azul que yo había experimentado apenas una hora antes, en el que casi podía oírse el agudo silbido de la sangre discurriendo por las venas y arterias.

La pantalla azul de la trampa de plasma nos envolvió. Desde el interior de aquel blindaje, no se oía otra cosa que nuestra propia respiración agitada y el nítido golpeteo del corazón de Erin, tan

cerca de mi oído, mientras, fuera de aquella campaña de plasma, el general Adras intentaba avanzar en llamas hacia la ventana y la lluvia del exterior, hasta que cayó de rodillas con sus manos y su ropa ardiendo, los ojos saliéndose de sus órbitas.

Entonces una colosal y silenciosa explosión lanzó cientos de toneladas de fragmentos de metal en todas direcciones, muchos de los cuales se estamparon en silencio contra la pantalla que nos protegía. Todos los materiales del antiguo tren habían salido disparados llevándose por delante carne y armaduras.

Varios de los vagones saltaron por los aires y volvieron a caer a plomo, pero nosotros seguíamos en tierra, cobijados por la impermeable pantalla de plasma azul y, alrededor nuestro, las paredes del viejo vagón se habían abierto como una flor de metal y las barras del armazón de aquel aparato, dobladas sobre sí hasta convertirse en bolas incandescentes. Ahora la noche verde de la Segunda Cúpula se abría sobre nuestras cabezas, miles de estrellas borrosas brillaban como esmeraldas sobre nosotros dos, que nos abrazábamos en silencio bajo aquella burbuja de plasma azul.

El viejo Isaac nos había salvado. Seguramente había colocado aquellos explosivos hacía tiempo, para usarlos en caso de amenaza, y nuestra salvación había consistido en dar un paso atrás, hasta el punto exacto en que brillaba la célula fotovoltaica que activaba la trampa de plasma. Pero para ello tenía que atraer a Erin a mi lado. Y por eso lo abracé, en el momento justo.

—Hoy tampoco moriremos —le susurré a Erin.

Para nosotros dos, aquella fue la explosión más silenciosa que quepa imaginar, lo que la volvía aún más estremecedora, porque habíamos podido contemplar desde dentro, como quien contempla el huracán desde el ojo mismo del huracán, aquella silenciosa bola azul que se había llevado consigo a todo un escuadrón de la aerotransportada. ¿Por qué? ¿Por qué el viejo Isaac había destruido a los suyos, si es que eran los suyos, para salvar a dos desconocidos como nosotros? Si aquellos legionarios del escuadrón guepardo trataban de eliminarnos para que no hiciéramos peligrar la Escalera de Jacob, fuera lo que fuera aquello, ¿acaso el Profeta deseaba conducirnos hasta ellos? El rompecabezas seguía sin casar.

—¿Por qué crees que nos ha ayudado? —le pregunté a Erin.

—No-no-no hables. No malgastes el poco oxígeno que tenemos aquí dentro —susurró él.

Tenía razón, nos lo habían enseñado en el dojo. Una persona respira unos setenta litros de aire en una hora. Y nosotros éramos dos en aquella estrecha trampa, que no tendría más de doscientos cincuenta litros de capacidad. Así que, hermanas, echad cuentas. En menos de dos horas, nos quedaríamos sin reservas de aire.

—Está bien, silencio.

—Pero deja al menos que te dé las gracias por salvarme.

Todo mi cuerpo temblaba, por la silenciosa explosión pero también por el contacto de Erin, cuando acerqué mi boca a su oído.

—Estamos en paz.

Erin me estrechó con más fuerza. En su mejilla embadurnada de sangre se reflejaban los fuegos que allá afuera consumían los cuerpos del escuadrón guepardo, y que lamían las paredes de nuestra campana protectora sin siquiera arañarlas.

Todo terminaría allí, en aquel abrazo, pero pensé que había valido la pena solo por ello. Cada segundo que permanecíamos abrazados era un segundo para nosotros dos. Era completamente nuestro. Y aprovecharíamos hasta el último de ellos, hasta que ambos perdiéramos la conciencia por la falta de oxígeno. Porque no teníamos escapatoria. Si el Profeta no había sobrevivido a la

explosión, lo cual parecía más que probable, nadie podría sacarnos de allí. El oxígeno se consumiría y nos asfixiaríamos dentro. A no ser que...

Aparté el rostro de Erin con mis manos y lo limpié con mi manga.

—Recuerda lo que dijo el Profeta cuando me cazó a mí en su trampa.

—¿A qué te refieres?

—Dijo que ahora la trampa no tendría suficiente carga energética para cazar algo para la cena...

Erin separó su cabeza de mi hombro y sonrió.

—Puede que tengamos suerte.

Tal vez. Quizá la carga energética se agotara antes que el oxígeno de su interior. Solo había que esperar respirando del modo más sereno posible. El Camino Púrpura nos había mostrado el modo de controlar nuestras pulsiones, de mantener a raya la ansiedad. El Camino Púrpura nos había enseñado a convertirnos en agua mansa bajo la tormenta, y no se me ocurría una prueba más exigente que la que estábamos atravesando para demostrar su valía.

Pero hay algo que el Camino no podía controlar: los labios de Erin tan cerca de mi rostro. Teníamos dieciséis años y nunca habíamos experimentado algo así. Se supone que jamás lo experimentaríamos en el dojo y tampoco, por supuesto, durante nuestro servicio en la Legión Púrpura, el servicio que habríamos ofrecido al Palco durante veinte años si todo hubiera seguido su curso normal. Permittedme, hermanas, que utilice esa expresión, *normal*, con ironía.

Durante más de una hora vimos cómo, más allá de nuestra burbuja, las grandes lenguas de fuego que consumían los restos del tren elevaban negras columnas de humo hacia la Segunda Cúpula bajo la lluvia artificial. Hasta que, de repente, la pantalla de plasma que nos rodeaba parpadeó. Fue un solo instante, durante el cual penetró el calor y el ruido de las llamas, para cerrarse de nuevo en torno a nosotros. Sentimos una oleada de calor en la piel y se nos taponaron los oídos debido al cambio brusco de presión, pero era una excelente noticia. La energía de la trampa no duraría ya mucho.

En efecto, la trampa parpadeó una vez más y se plegó sobre nuestras cabezas con un rumor parecido al del agua hirviendo. El sonido de la noche más allá del plasma azul volvió a inundar nuestros oídos, y el aire, la intensa humedad y la luz de fuera entraron en tromba en el interior de nuestro abrazo. Pero también el olor a carne quemada, que lo impregnaba todo.

Salimos con paso cauteloso del metro cuadrado sobre el que nos habíamos resguardado, el único fragmento de chapa que se conservaba tal y como lo habíamos visto al llegar, perplejos como dos exploradores que pisaran por primera vez un territorio. El humo y la lluvia nos impedían ver más allá de unos pocos pasos, pero el escenario sobre el que avanzaban las suelas de nuestras botas era terrorífico: metal y cuerpos calcinados humeando bajo las gotas de condensación. Desenvainé mis dos sables, tal vez quedara algún superviviente. Las hojas de exoal brillaron en medio de la noche como dos esmeraldas. Pero los efectivos que se habían apostado fuera del tren para evitar que nos fugáramos no habían tenido tiempo de reaccionar, y habían quedado reducidos a figuras negras y humeantes, arrodilladas sobre la hierba empapada.

—¡Dioses, el infierno debe de ser parecido a esto! —dijo Erin.

Había boquetes en las paredes de los pocos vagones que quedaban en pie, torcidos y achicharrados, por los que penetraba la luz de la noche. El viejo tren en que vivía el Profeta se había fragmentado en varios bloques de chatarra, abiertos como abanicos de metal, que sulfuraban bajo la lluvia. Y entonces, en la oscuridad, entre las ruinas de chapa y el humo negro, me pareció ver una solitaria luz azulada a unos treinta metros de distancia.

—¡Allí! —avisé a Erin.

Intenté seguir su dirección, pero tropecé con algo en el suelo, el cuerpo de otro legionario púrpura humeante. Me alcé como pude, sorteé otro cadáver, y otro más. Todos los miembros de aquel escuadrón habían caído.

La luz azul hacia la que avanzábamos Erin y yo resultó ser otra trampa de plasma, en cuyo interior, encogido como un recién nacido, distinguimos la espigada figura del viejo Isaac. Lo más probable es que el Profeta hubiera colocado las trampas a la entrada y la salida de su vagón, y que las hubiera programado a la misma hora para evitar que alguna fiera salvaje lo sorprendiera de madrugada. Y aquella estrategia de caza nos había salvado la vida.

Desde el interior del plasma azul, el Profeta marcó el código que desactivaba la trampa y yo envainé mis dos sables mojados por la lluvia. Corrí hacia él, alcé entre mis manos su rostro, por el que se escurría la lluvia. El anciano contemplaba con horror su obra, un infierno para el que yo no tenía palabras.

—Es el infierno de Dante —dijo mirando a su alrededor. Entre sus piernas protegía un viejo maletín de piel empapado.

Nunca antes había oído aquella expresión, un préstamo de Isaac que volvería a emplear en varias ocasiones más a lo largo de mi vida, ocasiones de las que prometo hablaros algún día.

22. UN VIEJO MALETÍN

—¡Maldito viejo! —gritó Erin sujetando al Profeta por las solapas de su camisa azul—. Nos ha delatado.

—¡Erin, ha destruido su hogar por nosotros! ¿Por qué habría de delatarnos?

Sentado sobre el enorme tocón de un viejo árbol, cortado quién sabe hace cuántos siglos, los ojos del Profeta brillaban en medio de la noche esmeralda, mientras abrazaba el maletín contra su pecho. Quizá conservaba allí los únicos recuerdos que había querido salvar de la explosión.

—¡El general lo llamó por su nombre: Isaac! ¡Se conocían! —arremetió de nuevo Erin.

—Todos los imperecederos nos conocemos —respondió el anciano sin alzar la vista hacia nosotros—. Ya no quedamos muchos.

Logré calmar a mi compañero agarrando su brazo, que resopló y miró hacia el cielo. Parecía como si el propio firmamento nocturno se hubiera deformado por la explosión. La luna, teñida de verde por la Segunda Cúpula, ofrecía la única luz que bañaba aquel escenario terrorífico, aquella especie de montículo de cuerpos y metal carbonizados y todavía humeantes. Había árboles en llamas, e incluso del suelo emergía un humo pálido, como si la propia tierra hubiera ardido por efecto de la detonación. No os describiré, hermanas mías, para no perturbaros, el espantoso olor de la carne humana quemada.

—Yo no os delaté. Debieron seguir vuestro rastro...

—Isaac —le interrumpí—. Te llamas Isaac, ¿verdad?

Él asintió con la cabeza, las manos juntas sobre sus rodillas. No parecía temeroso, sino conmocionado aún por lo que acababa de hacer.

—Podéis matarme si queréis... —dijo con la mirada perdida en las llamas.

—Isaac, no vamos a matarte.

—... pero nunca he delatado a ningún desertor. El Palco me tiene por un viejo loco. Hasta ahora me habían dejado vivir tranquilo, aquí —musitó señalando las ruinas del tren que había sido su hogar hasta hoy, o, por mejor decir, las ruinas de aquellas ruinas.

El vagón en el que habíamos compartido una olla de hierbas cocidas apenas una hora antes era poco más que un chasis retorcido, a cuyos pies aún se consumían las últimas llamas bajo la lluvia. Tras saltar por los aires, los vagones anterior y posterior habían caído a plomo cada uno en la dirección opuesta al otro, y buena parte del resto del tren se había desplazado del lugar en que descarrilara hace cientos, miles de años quizá, dejando en el suelo la huella de aquella posición anterior como una marca de hierba arrasada.

—Pero ahora eres un asesino y cómplice de fuga —dijo Erin—. Ahora estás involucrado en todo esto. ¡Mataste a un imperecedero!

—No podía... No podía permitir... —replicó alzando sus ojos de serpiente hacia mí.

—¿Que nos mataran? ¿Por qué? ¿Por qué somos tan importantes?

El Profeta se incorporó. Como siempre, llevaba los brazos colgando sobre sus largos muslos, las manos muy cerca de sus rodillas.

—Clea... Tú... —titubeó, sus ojos grises temblaban a la luz de las estrellas—. Lo sabrás todo a su debido tiempo.

En ese instante, escuché el susurro familiar de la exoal deslizándose por la vaina del sable. Erin estaba furioso. Entre las pequeñas hogueras que aún chisporroteaban sobre las ruinas del tren, había encontrado un cuerpo calcinado, de rodillas, empuñando su sable: la hoja estaba intacta,

pero la empuñadura se había carbonizado en la mano de su dueño. Quizá Erin anduviera buscando el cadáver del general, o el del gigante Corban, y tuvo que conformarse con el de aquel legionario anónimo. El caso es que, sin la menor compasión por su memoria, derribó al soldado de un puntapié y la figura se deshizo ante nuestros ojos bajo una nube de ceniza atravesada por la lluvia, como si nunca hubiera sido un ser humano.

—Hay que largarse de aquí —dijo Erin—. El emblema del guepardo ya debe saber que ha ocurrido algo terrible, pues habrán perdido la señal del registro de todo un escuadrón. Incluido su general.

Busqué el color dorado de los aerodeslizadores que habían traído a aquellos hombres hasta allí. Nos hubiera venido muy bien una de aquellas plataformas de la aerotransportada, pero todas habían quedado reducidas a bolas incandescentes de metal fundido.

—¿A qué esperamos? —dijo Erin, y ayudé al anciano a incorporarse.

—Puedo ayudaros a salir de aquí —dijo el anciano a nuestra espalda.

—¿Ah, sí? —se burló Erin sin volverse—. ¿Cómo?

—La Escalera de Jacob.

Uno de los vagones que aún seguía en pie, sin duda removido por la gigantesca y silenciosa explosión que habíamos presenciado desde el interior de una trampa de plasma, se mantenía milagrosamente en equilibrio sobre las ruedas de uno solo de sus lados, aunque el chasis chirriaba como si aquella resistencia a la gravedad no pudiera prolongarse mucho más.

—¿Por qué ibas a conducirnos hasta allí? El general quería eliminarnos precisamente para que no pudiéramos llegar hasta la Escalera de Jacob, para no revelar su posición al Palco, sea lo que sea.

—Hay una manera de que no puedan seguiros hasta Jacob. El Palco no la conoce.

Erin se detuvo y se volvió hacia mí.

—¿Confías en él? —insistió Erin.

—No lo sé. ¿Y tú?

—Yo solo confío en ti.

La lluvia había limpiado parte de la sangre reseca de su rostro, dejando a la vista el brillo del corte que Corban le había provocado en el pómulo.

—Este viejo, por alguna razón, quería salvarme a toda costa, incluso a riesgo de su propia vida, incluso a riesgo de destruir su... bueno, su casa.

—¿En conclusión? —preguntó Erin alzando las cejas.

—No perdemos nada por escucharle.

Pero en ese momento, aquel vagón que habíamos dejado a nuestras espaldas, el que se debatía entre caer de un costado u otro, se inclinó con un estridente chirrido y se desplomó hacia el lado contrario en que nos hallábamos, provocando un enorme estruendo entre el humo y las llamas que ya se consumían bajo la lluvia. Una polvareda se levantó entre el anciano y nosotros, en cuyo interior volaban pavesas y partículas de ceniza.

Bajo la polvareda, Isaac parecía una figura fantasmal. Había vuelto a adoptar aquella postura tan suya, las piernas encogidas y las manos sobre los muslos, esta vez con su maletín colgando sobre las rodillas, y tenía el pelo empapado y su flequillo blanco le tapaba un ojo.

Erin retrocedió hacia el anciano.

—Explícanos cómo vas a sacarnos de las cúpulas.

—Puedo manipular el registro de vuestros hilos —dijo dando unos golpecitos sobre la tapa del maletín.

Erin y yo nos miramos con una mueca de escepticismo, la misma, como si con el paso de las

horas hubiéramos aprendido a sincronizar nuestra suspicacia: ¿manipular aquellos hilos sagrados?

—Eso no es posible —intervino Erin—. ¿Me estás diciendo que esos tres tejidos, o lo que sean, pueden ser modificados?

—¿Es tan difícil de creer? Llevo haciéndolo muchos años —respondió estrechando de nuevo su maletín.

Mi compañero reanudó la marcha dando un manotazo al aire, y yo avancé hasta su altura. Debido a la lluvia, el manto de hojas empapadas que cubría el suelo se había vuelto resbaladizo.

—Erin, ¿qué podemos perder?

—Aunque fuera posible manipular los hilos y escapar a la vigilancia del Palco, ¿no es un sacrilegio? ¿No constituye un desafío a los dioses?

—El general nos aseguró que los hilos no tenían nada que ver con los dioses, que eran una técnica para controlarnos.

—Eso son solo palabras. Yo vi los hilos, Clea. Vi mi hilo púrpura...

En ese punto, Erin cerró los labios. Reconocer la posibilidad de que todos fuéramos víctimas de un gigantesco engaño, de una manipulación, significaba al mismo tiempo admitir que él y yo no estábamos predestinados, que ninguna fuerza superior había unido nuestros caminos. Por más verosímiles que nos resultaran las revelaciones del Profeta, y aun las de aquel Adras, aquel general de guepardos que había muerto ante nuestros ojos engullido por una bola de fuego azul, lo más natural era resistirse a aceptarlas. Vosotras nacisteis en un mundo libre y no tuvisteis que luchar contra aquellos dogmas, inoculados desde la infancia. Pero nosotros pertenecemos a la última generación que se crió bajo los preceptos y las verdades indiscutibles del Palco.

—Erin... —le supliqué con un gesto.

Mi compañero se detuvo. La lluvia se escurría por su pelo rizado y luego las gotas se descolgaban sobre sus anchos hombros. Yo seguía dándole vueltas a la hipótesis de que tal vez Adras intentaba atraernos hasta aquel mismo anciano, y por eso nos aconsejó que siguiéramos las vías hasta la aldea Vigésimo-novena.

—Isaac, ¿por qué deberíamos creerte? —dijo volviéndose hacia él.

—¿Aún seguís pensando que los Tres Hilos son obra de los dioses?

—¿De quién si no?

—Solo son tres fragmentos de metal muy fino, el mismo material del que están hechos vuestros sables. No se pueden destruir, pero es posible modificar la microfibra en la que aparece vuestro registro de identidad.

—Ya, ¿y tú sabes cómo hacerlo?

—Por supuesto que sí.

La noche era clara y, por fortuna, la lluvia había decidido darnos un respiro.

—Síguenos —consintió Erin.

Erin encabezó nuestra marcha junto a las vías para internarnos en el bosque que habíamos visto al salir del túnel. Atravesamos pastos empapados y humedales verdes, siempre bajo la protección de los pinos, hasta que al fin rodeamos un inmenso pantano. Las aguas estaban tan oscuras que las estrellas de color esmeralda se reflejaban como en un espejo, y también nuestras figuras envueltas en mantas grises. El anciano nos seguía a unos metros, visiblemente fatigado pero tenaz.

Al fin nos detuvimos en un claro del bosque a la otra orilla del pantano, donde agotamos el agua que nos quedaba en las cantimploras. Algunos árboles habían sido cortados y aprovechamos el tocón de uno de los más grandes como mesa de operaciones.

—Extiende tu brazo, por favor —dijo Isaac arrodillándose frente al tocón.

Miré con desconfianza a Erin. Y él asintió con un movimiento de cabeza.

—No disponemos de mucho tiempo. Una explosión como esta tiene que haberse escuchado desde las aldeas, con lo cual la noticia ya habrá llegado a la guarnición más cercana a la Vigésimo-novena. Probablemente habrán soltado a los perros para localizar a cualquiera que se mueva en el bosque.

Obedecí. Me arrodillé frente a él y extendí el brazo sobre el tocón del árbol. Sin dejar de lanzar vistazos hacia Erin, del que seguro que aún desconfiaba, remangó mi brazo izquierdo y lo apoyó sobre el tocón.

—¿Me va a doler?

—¿Te he dicho ya que soy médico? —me respondió esbozando una sonrisa—. Antes de que comenzara todo esto, antes de las Guerras del Tiempo. Como lo había sido también mi padre. Y como lo fue mi hija Europa. Aunque ella no llegó a ejercer nuestra profesión.

—Lo siento mucho —le respondí.

—Bueno... Ha pasado mucho tiempo.

El anciano agachó los ojos y rebuscó en su maletín, que estaba repleto de papeles, fotografías y cables. La noche junto al pantano estaba llena de resplandores verdes. No era posible abarcar con la mirada la oscuridad de las aguas, puesto que los árboles se interponían en el campo de visión. Pero una larga hilera de cipreses oscuros delimitaba la orilla opuesta. Si alguien seguía nuestro rastro, lo advertiríamos con el tiempo suficiente para huir.

Finalmente, el Profeta extrajo una linterna solar y le pidió a Erin que iluminara mi brazo. Después tomó un bote de *spray* cromado del maletín con el que roció los dedos de mi mano izquierda. Estaba muy frío, y en unos segundos perdí la sensibilidad de los dedos.

—No me gustan los matasanos —dijo Erin, supongo que para romper la tensión—. Ya sabes lo que se dice de ellos: los fallos de los médicos se cubren con tierra.

—Descuida, llevo haciendo esto mucho, mucho tiempo —dijo el Profeta mientras sacaba un escalpelo del maletín—. Ahora voy a practicar tres pequeñas incisiones.

—Y también se dice que... ¡Oh, oh! —se interrumpió Erin—. No puedo ver eso.

Y se apartó unos metros del tocón del árbol sobre el que Isaac iba a practicar aquella improvisada cirugía. Si de verdad los Tres Hilos solo eran tres fragmentos de un material extraído de la tierra, tres fibras que podían ser manipuladas, entonces, ¿cómo podían predecir nuestro futuro? El hombre de los ojos grises leyó mi mente. Porque esa era la pregunta que me disponía a formularle.

—El jefe Adras os dijo la verdad. Trabajan a largo plazo. Planifican con diez, veinte años de adelanto. Controlan la población. Mejoran la especie. Hacen que la selección natural escoja a uno de cada doce asesinos. Necesitan su fuerza, pero también sus genes, para multiplicar esos rasgos.

—¿Seleccionan los... qué?

El comentario captó la atención de Erin, que se había retirado unos metros con el pretexto de vigilar el horizonte por si la aerotransportada nos estaba buscando.

—¿Por qué crees, si no, que todos nos parecemos tanto? Ojos claros, cabello rubio, piel blanca —añadió—. Igual que mi hija. Conforme te alejas de la Primera Cúpula, te alejas también de lo que el Palco considera la perfección genética.

Después, con una aguja, hurgó en la incisión hasta que brotaron varias gotas de sangre de mi dedo, pero, como había prometido el Profeta, lo cierto es que no sentí el menor dolor.

—Isaac: ¿hay algún modo de distinguir a los humanos clónicos de los hijos naturales, al igual que con las otras especies?

Supongo que Isaac sabía a la perfección a dónde quería llegar. ¿Éramos clones los postulantes, los miembros de la Legión Púrpura, como nos había revelado el general? ¿Todos nosotros o solo algunos de nosotros?

—Con los animales y las plantas es más sencillo —respondió, esquivo—. Con respecto a los humanos, el Reloj Absoluto contiene toda la información. Pero muy pocas personas tienen acceso a ese lugar. Es el mapa, por así decirlo, de todos los genes de todos los habitantes de las Tres Cúpulas, de sus conexiones y de sus interacciones: presentes y pasadas. Y también futuras, en algún sentido. El Reloj Absoluto no puede predecir lo que sucederá, pero puede forzar a las personas a hacerlo mostrándoles los hilos.

—¿El Reloj Absoluto?

El Profeta sacó unos centímetros de hebra manchada de sangre de la carne de mi dedo. Vi con mis propios ojos los Tres Hilos, fuera de la piel, brillando bajo la luz verde de la noche de la Segunda Cúpula. Parecían muy flexibles y al mismo tiempo extremadamente resistentes pese a su delgadez. No tenían la apariencia de ser un tejido orgánico, sino una especie de fibra que podía ser reconstruida y alterada mediante cirugía. Las leyendas sobre la Anciana Púrpura, que volaba de madrugada a la cuna de los recién nacidos para implantarles aquellos Tres Hilos, al parecer, solo eran eso, historias infantiles.

—Pero... no es posible —protestó Erin mirándose el dorso de la mano—. Yo vi lo que vi. Primero en La Plataforma y después en la Segunda Cúpula. Vi los hilos brotar de mi mano. ¡Eran reales!

Después, el Profeta extrajo la diminuta cápsula plateada que, según su testimonio, contenía el registro que unía los Tres Hilos muy cerca de los nudillos y la conectó a un dispositivo electrónico a través de una delgada fibra verde. Era una especie de libro metálico muy pequeño, con una pantalla en la que aparecía una representación de la red tricolor en movimiento, nudos y nudos negros, rojos y púrpura desplazándose como células que formaban una extraña nube. La imagen de aquella especie de madeja que se ensanchaba y se encogía, comprimiendo o separando los hilos, resultaba verdaderamente hipnótica.

—Si no eliminamos el registro de vuestros hilos, pasaréis el resto de vuestros días, sean más o sean menos, escondiéndolos de los purpurados en los bosques. No podréis cruzar ninguna de las aduanas y no podréis salir de las Cúpulas. Os convertiréis en fantasmas si antes no os dan caza los lobos o los perros.

Pensé en la mujer que había visto en el Bosque Rojo, una muchacha idéntica a mí, pero con sus rasgos desencajados y la mirada perdida. ¿Acaso mi doble era uno de aquellos espectros ambulantes condenados a no poder escapar de las Tres Cúpulas, a vagar continuamente para no tropezarse con la Legión Púrpura?

—Vuestra única opción es salir de las cúpulas.

—¿Salir de las cúpulas? Erin y yo habíamos planeado quedarnos en la Segunda bajo identidades falsas —dije mirando a mi compañero.

—Eso es imposible, Clea. Al menos para ti. Los generales conocen tu rostro.

Era cierto, el general Adras me llamó por mi nombre.

—Pero «en el Vacío solo existe la locura» —recitó Erin.

—Y, además, ¿cómo saldremos de la Tercera Cúpula?

—Ya os lo he dicho: la Escalera de Jacob.

—¿Eso de lo que nos habló el general Adras? ¿Quería matarnos para que no condujéramos al Palco hasta el tal Jacob! ¿Por qué deberíamos cruzarla?

—Para salvar tu vida —replicó—. Esta pequeña intervención no os sacará del Reloj Absoluto,

pero os volverá invisibles al Palco. Vuestras identidades seguirán allí, aunque indetectables. Podréis cruzar sin que el Palco lo advierta. Llevamos haciéndolo años. Infiltramos y sacamos a los nuestros en las Tres Cúpulas.

—¿Y cómo encontraremos al tal Jacob?

—Solo tenéis que llegar al perímetro norte de la Tercera utilizando las vagonetas de la red radial, y recorrer la vía hasta el grado trescientos quince.

—Y cuando lleguemos al grado trescientos quince, ¿qué?

—Entonces Jacob os encontrará a vosotros. Dadle recuerdos de mi parte.

23. El Reloj Absoluto

Tras devolver el extremo de los hilos a su sitio, el anciano roció los cortes en mis dedos índice, corazón y anular con un polvo dorado y les prendió fuego con una cerilla. Reconocí el fuerte olor de la moxa, que camuflaba en parte el de la carne quemada, sobre la que aquella sustancia dejó una mancha de color tierra.

—Le toca a tu compañero. Extiende tu brazo, por favor.

Miré a Erin pidiendo un gesto de confianza por su parte.

—Está bien... —farfulló mi compañero.

Cuando el Profeta roció los dedos de su mano izquierda con aquel *spray* helado, Erin dio una sacudida tan brusca que Isaac tuvo que sujetarle la mano, como si fuera un niño.

—No me gustan nada las agujas ni los bisturís —se disculpó—. Debe ser lo único a lo que le tengo miedo en este mundo.

Contemplé como hipnotizada la cicatriz blanquecina en los dedos de mi mano izquierda. Toqué los Tres Hilos, que el Profeta había devuelto a su lugar bajo la epidermis, pero no podía percibir el contacto de mi mano derecha sobre la carne debido a la anestesia, lo cual también era una sensación bastante extraña.

Seguía devanándome los sesos con las revelaciones de aquel anciano. Porque, amigas mías: tal vez pensaréis que experimenté una sensación de liberación, ahora que la Legión Púrpura no podría rastrearnos. Sin el registro de nuestros Tres Hilos, no teníamos identidad, nadie podía reclamarnos. Pero esa misma libertad me inquietaba. ¿Qué significaba aquello? ¿Significaba acaso que no existía el destino, que ya no había nada escrito para nosotros?

—Antes mencionaste algo llamado el Reloj Absoluto.

—Se trata de una inmensa base de datos donde se registra cada nacimiento, cada muerte, cada emparejamiento. La red no cambia, solo sustituye sus componentes, sus nudos, para que todo siga exactamente igual. El mismo número de nacimientos y de fallecimientos.

—Pero aun así —protesté— somos libres de romper la red. Somos libres de matar o no matar, de renunciar a quien se supone que debemos amar.

Ahora el Profeta desinfectaba el mismo escalpelo que había utilizado conmigo y se disponía a practicar una incisión en los nudillos de Erin. La mirada de mi compañero de aventuras, creedme, era la de un niño asustadizo.

—Si alguien rompe ese ciclo, si alguien muere antes de tiempo de un modo accidental, la red se reordena automáticamente, se ajusta por sí sola para que no se produzca un desequilibrio bajo las Tres Cúpulas. El Reloj reorganiza todos los encuentros futuros y los distribuye en celdas que representan años, meses y semanas.

El Profeta extrajo la diminuta cápsula que contenía el registro de los Tres Hilos de Erin y la conectó a aquel aparato electrónico rectangular que había utilizado conmigo, en el que aparecía un complejo gráfico, una especie de nube formada por miles y miles de nudos en movimiento. Supongo que aquel chisme permitía recodificar el registro de los Tres Hilos, modificándolo mediante algunas claves que el Profeta conocía. Me pregunté si habría otros especialistas bajo las Tres Cúpulas capaces de ejecutar la misma intervención, liberando a hombres y mujeres de aquello que el mismo Isaac había llamado el Reloj Absoluto.

—Aprovecharé para curarte esa brecha —dijo señalando el pómulo de Erin.

Por supuesto, hermanas mías, era demasiada información a asimilar en tan poco tiempo. Hacía

apenas dos días, éramos postulantes. Y ahora estábamos recibiendo un curso acelerado de escepticismo. Estábamos desaprendiendo en unas horas todas las *verdades* que nos habían inculcado en el dojo.

—Y qué tiene que ver el emblema del guepardo con todo esto —intervino Erin.

—Cierra los ojos y no hables —le dijo el anciano, y después le roció el pómulo con aquel líquido anestésico.

Tenía que suturar el corte para evitar que se infectara.

—Si es cierto que el Palco tenía un plan para seguiros hasta la Escalera de Jacob, no todos los que conocen el plan están a favor de su cumplimiento —explicó el anciano—. Pensadlo bien: unos os pusieron fácil la huida, pero otros, los que llevaban la insignia del guepardo en su cuello, intentaron interceptaros.

—¿Qué quieres decir?

—Quiere decir que están divididos —intervine—. Que hay facciones entre ellos. Una parte de la Legión Púrpura quería que escapáramos para conducirlos hasta Jacob. Estoy segura de que ese era el plan de Adras, unirnos a sus fuerzas más allá de la Tercera Cúpula sin saber que los pondría en peligro. Pero el estandarte del guepardo no quería que guiáramos al Palco hasta ellos.

—Luego...

—Luego... ¿No lo ves?

Erin se me quedó mirando, inexpresivo. El Profeta acababa de rociar la incisión con moxa y se disponía a prenderle fuego.

—No soy tan lista como tú, Clea. Eso es evidente.

—No te muevas, por favor —interrumpió el Profeta para acercar una chispa a la capa de moxa con la que había cubierto la herida de Erin, y pronto el olor que desprendía aquella sustancia dorada al prenderse llegó de nuevo hasta mis fosas nasales—. En realidad el Palco quiere que escapemos. No nos detendrán en las aduanas, salvo que estén vigilados por guepardos. Es al estandarte del guepardo a lo que debemos temer. ¿Lo ves ahora?

—Listo —dijo mientras esterilizaba el instrumental antes de devolverlo a su maletín.

Pensé una vez más en Adras, en la imagen de su cuerpo amortajado hundiéndose en las aguas verdes del Tamesa. Pero había que caminar. Había que atravesar el bosque, al ritmo, además, de aquel viejo, cruzar bajo las gotas que se escurrían de las enormes hojas verdes de los árboles más allá de aquel pantano, sobre el que se deslizaban nenúfares exactamente iguales, empujados por una suave brisa que inclinaba los juncos de la orilla.

El plan de Isaac era aparentemente sencillo. Compraríamos un visado falso, un remolque y un montón de placas de grafeno a algunos comerciantes sin escrúpulos en la Vigésimo-novena aldea, la última de aquella Segunda Cúpula. Después arrastraríamos el remolque hasta la aduana y cruzaríamos a la Tercera haciéndonos pasar por porteadores. Así de fácil.

—Eh, viejo, la teoría es excelente —interrumpió Erin—. Pero ¿de dónde sacaremos el dinero para pagar el remolque y los visados?

—De vuestros puñales.

—¿Cómo?

—También están hechos de exoaleación. Si los fundís, obtendréis una piedra por la que os pagarán unos cuantos cientos de monedas.

El suelo estaba lleno de agujas de pino húmedas y brillantes que desprendían un agradable aroma, ahora que nos habíamos alejado lo suficiente de las ruinas del tren y del olor a carne quemada. Pero la humedad se había vuelto insoportable, calaba los huesos. Y para colmo, el

efecto de la anestesia se había disipado y comenzaba a sentir cierta tirantez en el lugar en que Isaac había practicado aquella incisión.

—¿Cuántas reservas quedan de eso en el mundo? —quiso saber Erin.

—Es difícil de calcular —titubeó el Profeta—. La exoaleación se elabora con un material procedente del Gran Asteroide que impactó contra la Tierra antes de las Guerras del Tiempo. La mayor parte, quizá el sesenta por ciento, fue fragmentado por las misiones espaciales. Y solo un treinta por ciento aproximadamente no pudo ser desviado e impactó contra el planeta. Decir *solo* es una ironía, claro: estamos hablando de casi seis kilómetros de diámetro, suficiente para el apocalipsis. Por ese motivo, todas las reservas de exoal se hallan fuera. La Tercera Cúpula fue la última en cerrarse. Se necesitaba demasiada energía. Los fundadores decidieron arriesgarse. Seguramente perderían una parte de los paneles solares con la lluvia de meteoritos, pero podrían repararlos. Lo importante era asegurar las dos cúpulas interiores. La fortuna quiso que un gran fragmento del meteorito cayera cerca de las placas sin destruirlas, en mitad del desierto de la Tercera: la mina de la Médula. Cuando comenzó la rebelión contra los fundadores, la mina fue el primer objetivo: había material suficiente para armar a un ejército. A varios ejércitos, durante varios siglos. De modo que aquel cráter fue el comienzo del mal, el comienzo de la rebelión.

—Pero ¿por qué? Debe de haber millones de meteoritos, sin duda.

—Sí, pero enterrados bajo capas de hielo y nieve tras el Gran Invierno. No tenemos tecnología para localizarlos y recuperarlos, no aún.

—¿Tenemos? ¿Quiénes?

—¡Silencio! —susurró Erin alzando la mano.

La humedad de la noche de la Segunda Cúpula hacía brillar la flora. Cuando algo se movía entre las hojas, no producía ningún crujido delator, solo una especie de caricia sobre la hierba, casi imperceptible, y algo vivo se había deslizado entre los juncos del pantano, sacudiendo las gotas que colgaban de los tallos.

Erin se llevó la mano a la empuñadura de su sable muy lentamente. Entonces vi dos resplandores paralelos e indiqué a mi compañero la dirección:

—A las ocho treinta —es lo que dije con los gestos del Código Púrpura.

Pero, tan pronto Erin volvió su cabeza en aquella dirección, los dos fulgores rojos se hundieron en la noche. Algo nos acechaba en el bosque húmedo. Por unos instantes, colocándonos instintivamente de espaldas, los tres fugitivos inspeccionamos en silencio los árboles que nos rodeaban. Fue Erin el primero que los vio:

—¡Allí!

Una enorme criatura blanca se deslizó tras los árboles. Fue solo un instante, la visión fugaz de su pelaje blanco en la noche verde de la Segunda Cúpula. Alguna fiera nos había elegido como presas y nos rondaba. Pero jamás había oído hablar de fieras salvajes en los bosques de la Segunda. Mi patria era un vergel verde, consagrado a la ganadería y la agricultura, y no se tenía noticia de que ninguna criatura del exterior hubiera penetrado nunca en ella.

—¡Qué demonios...!

Entonces lo vimos. Sus encías rojas y húmedas brillaban en la noche. Era de un tamaño asombroso, como si hubiera mutado o hubiera sido modificado genéticamente, y se relamía, y sus fosas nasales se abrían y cerraban. Luego, otro monstruoso hocico asomó tras de otro tronco y pudimos ver una feroz mandíbula y unos colmillos que me parecieron demasiado afilados para ser naturales, prácticamente triangulares, tan grandes como nuestros puñales de exoaleación.

—Lobos híbridos —dijo el Profeta—. Los sueltan en los bosques para cazar desertores.

—¿Quieres decir que podría haber más?

—Los lobos siempre cazan en manada.

Varios enormes lobos blancos se abrieron paso entre los árboles hacia el claro en el que nos habíamos detenido. Avanzaban cautelosos, con la cabeza gacha, sus hocicos rozando las hojas empapadas que cubrían el suelo, pero sin perdernos de vista. Había cinco en total, idénticos. Nos apretamos por instinto, pero no era la estrategia más inteligente cuando te rodea un grupo de depredadores tan disciplinados como aquellos.

—Será mejor que ampliemos nuestro margen de separación —propuse, cosa que hicimos, dejando a Isaac en medio de los dos, sin alejarnos más de tres metros de él por si aquellas criaturas decidían cercarnos.

Pese a hallarse todavía a una distancia prudencial, podíamos ver cómo brillaba la saliva en sus colmillos y escuchar su respiración.

—¿Qué más sabes sobre esos bichos? Soy todo oídos —dijo Erin.

—Suelen formar un cerco alrededor de su presa, muy lentamente, se colocan a una distancia segura y se alternan para atacar.

Las cinco fieras deambulaban manteniendo entre sí la misma distancia, moviéndose a un lado y otro aunque sin apartar ni por un solo instante sus ojos rojizos de sus presas. Como había predicho Isaac, se habían desplegado en una silenciosa formación regular alrededor de nosotros, manteniendo distancias iguales.

—Vaya, ahora veo por qué te llaman el Profeta —bromeó Erin—. ¿Y luego qué hacen?

—Primero atacan a las piernas, para derribar a sus presas.

—¿Y...?

—Después atacan el vientre para sacar los órganos internos y comerlos.

—Es muy halagüeño.

—Sí, no te matan y después te comen. Te comen poco a poco hasta que mueres.

—Pues no me gusta nada el plan —bromeó Erin mientras dejaba caer la manta que usaba como capa para desenvainar su sable con una mano y el puñal con la otra.

—Descuida, suelen atacar primero a la pieza más débil, y me parece que esa soy yo —dijo el Profeta.

Bien, hermanas, había llegado la hora de hacer que las estrellas se reflejaran de nuevo en nuestras hojas de exoal. Las cinco inmensas fieras daban pasos a un lado y a otro, amagando el ataque, tanteándonos. Se me ocurrió que, si derribábamos al primero, tal vez los demás reconsideraran sus posibilidades y nos dejaran en paz. Esa era la perspectiva más optimista.

—Vale, el peluche uno y dos son míos. El cuatro y el cinco son tuyos —propuse.

—¿Y el tres? —preguntó Isaac.

—El tres es para...

Antes de que pudiera terminar la frase, el lobo que acechaba exactamente frente a mí dio una galopada y el suelo húmedo retumbó bajo sus patas. ¿A quién habría escogido como primera víctima aquella enorme masa de músculo y pelo blanco? Isaac, el viejo Isaac debió parecerle el rival más débil, pero allí estaba vuestra querida hermana Clea, con un sable en cada mano y los brazos abiertos.

En las décimas de segundo en que aquella criatura galopaba hacia nosotros, se me ocurrió que, si aquellas bestias atacaban primero a las extremidades, yo también podía hacer lo mismo. Hiné una rodilla en el suelo, crucé los sables y los abrí de un zarpazo en el momento exacto en el que el animal se hallaba a un metro de distancia, a la altura de sus patas delanteras, y sentí la resistencia de sus huesos contra las hojas de exoal mientras le rebanaba las extremidades.

Al perder el apoyo de sus patas delanteras, la enorme cabeza del lobo, que quedaba

prácticamente a la misma altura que la mía, se desplomó hacia delante justo a los pies de Isaac y se deslizó con un aullido sobre la hierba empapada. Sus patas cercenadas habían caído a uno y otro lado de su cuerpo y la sangre brotaba de los muñones sobre la hierba húmeda. El Profeta se miró en sus pupilas, tan parecidas a las de la fiera, que ahora jadeaba con la lengua fuera a veinte centímetros de sus pies, tratando de impulsarse hasta Isaac con sus patas traseras. Así que Erin saltó sobre su cabeza con el puñal en la mano izquierda, cayendo de rodillas sobre su grupa. El crujido de su inmenso cráneo atravesado por la hoja de exoaleación me puso la carne de gallina.

Una segunda bestia galopaba hacia Erin, aún arrodillado sobre la que acababa de rematar. Salté sobre ella lanzando un corte horizontal a su cuello, y su cabeza rodó por los aires seguida de una rebaba de sangre oscura, mientras el cuerpo sin fuerza caía a plomo sobre mi compañero, reducido a una gigantesca mole de músculos y pelo.

—Ayúdame a quitarle de encima este bicho —le grité a Isaac.

Entre los tres conseguimos apartar aquel voluminoso cadáver decapitado, mientras mirábamos de reojo a los demás integrantes de la manada, que ahora parecían vacilar. Seguían girando alrededor de nosotros, y miraban nuestros sables y los cadáveres de sus camaradas sobre la hierba con sus ojos inyectados en sangre, pero creo que les habíamos dejado claro que no seríamos presa fácil.

—A ver, peluches —susurró Erin—. ¿Quién quiere ser el siguiente?

Se me ocurrió que el que ocupaba el centro de la formación debía ser el macho alfa de la manada, y ahora permanecía inmóvil, con la lengua fuera. Su enorme pecho se hinchaba y deshinchaba a gran velocidad, emitiendo un ruido semejante al de un fuelle.

—Estos animales no viven en el bosque, de lo contrario harían destrozos en las aldeas vecinas —nos explicó Isaac—. Lo más probable es que los haya soltado alguna guarnición próxima al bosque. Si los purpurados ven regresar solo a tres, darán la alerta y entrarán en el bosque.

—Luego...

—Luego tenéis que matarlos a todos.

El que parecía el macho alfa gruñó a los otros lobos y ambos se lanzaron simultáneamente contra nosotros, con un trote que hizo temblar la tierra que nos separaba. Uno para cada uno, pensé.

El Profeta tenía razón una vez más: tendían por instinto a atacar primero los pies para derribar a sus presas. Ambas fieras se lanzaron contra nosotros con el hocico gacho, como si intentaran embestirnos con un ariete, pero el objetivo era morder, aunque solo consiguieran inferir una pequeña herida, y regresar a su posición de seguridad. O eso intentaron un par de veces mientras los alejábamos con nuestros sables. Estos dos ejemplares parecían más inteligentes que sus predecesores, y se retiraban de inmediato en cuanto oían el zumbido de nuestras hojas de exoal en el aire. ¿Se cansarían de intentarlo y nos dejarían en paz? ¿Se rendirían alguna vez?

—¡Tenemos que pasar al ataque, Clea!

Pero ahí venían de nuevo, con sus fauces húmedas, salivando y gruñendo.

—Si alguno de nosotros se pierde, que los demás continúen su camino hasta la aldea.

—¡No, Erin! —En ese momento, un calor sofocante subió desde mi tobillo y di un grito de dolor mientras la bestia se separaba unos metros para evitar mi sable.

Por fortuna, no era una herida profunda; la zarpa había traspasado la bota pero solo me había inferido tres arañazos superficiales en el tobillo. No obstante, si necesitaba que algo me espoleara contra aquellas bestias, aquel zarpazo era la excusa perfecta:

—Vamos a hacerlos pedazos —mascullé.

Erin y yo saltamos a la par hacia las tres fieras restantes. No sé cómo se deshizo mi compañero

de la suya, pero os diré cómo destrocé a la mía, cómo mi sable giró frente a su hocico y a sus piernas, cómo la hice caer contra la hierba húmeda entre salpicaduras de sangre y después salté sobre su cuello, y hundí el sable de Adras en su nuca, sin encontrar la menor resistencia de ningún hueso de su columna vertebral, mientras el supuesto macho alfa de la manada echaba a trotar bosque adentro.

—No me esperéis para desayunar —gritó Erin, y salió en su persecución bajo la lluvia.

—¡Erin!

Lo vi perderse en el bosque tras el último lobo mientras rezaba en silencio y les suplicaba a los dioses que no sacaran a Erin de mi vida, no ahora, no todavía. Pero mi inquietud por él no estaba justificada. Aquellas de vosotras, hermanas mías, que tuvierais el honor de combatir junto a Erin sabréis que no ha existido en la tierra un guerrero más hábil, y tampoco nadie más leal y valiente.

24. Hacia la Tercera Cúpula

Caminamos toda la madrugada, cubriéndonos la cabeza con nuestras mantas para protegernos de la humedad. El Profeta había limpiado y curado la herida de mi tobillo, que escocía como si corriera lava por mi carne. Y sin embargo fingía una y otra vez que necesitaba un descanso para detener la marcha y volver la vista por si Erin nos alcanzaba.

Pero Isaac era un hombre muy intuitivo:

—Tienes que comprenderlo, Clea: si Erin no llega a tiempo a la aldea, no debes esperar por él.

El borde de la Cúpula iba perdiendo altura, con sus paneles triangulares de un verde incandescente, y Erin seguía sin dar señales de vida.

Al amanecer vimos los primeros cultivos que bordeaban la muralla de la aldea Vigésimo-novena, la última de la Segunda Cúpula, la más pobre de todas. Caminamos durante un buen rato más atravesando las plantaciones húmedas por el rocío de la mañana, y seguíamos sin noticias de Erin.

—Hemos llegado —anunció innecesariamente el Profeta.

En realidad, su propósito era bien distinto: hacerme ver que el tiempo de Erin se había agotado. Alcé la cabeza para calcular qué hora sería ya. El sol se elevaba borroso sobre nuestras cabezas y el límite de la Segunda Cúpula se desplegaba a la espalda de la aldea, tan bajo que casi podía tocarse desde las torres más altas de la Vigésimo-novena. Frente a ella, se extendían grandes huertos en los que los niños trabajaban bajo aquella lluvia delgada pero constante de la Segunda de la que ya os he hablado.

Nos detuvimos cerca de un cobertizo de madera que tenía una extraña figurilla de escayola sobre su puerta, una especie de muchacho casi desnudo, con el cabello rizado y unas alas enormes a su espalda. Al fondo de la calle se divisaba el puesto de la aduana, donde una guarnición inspeccionaba el visado de los transeúntes, en su mayoría porteadores que se dirigían con su chatarra a la aduana.

—Espera aquí. Si te cruzas con algún guardia, di que eres una operaria del alcantarillado y fuiste degradada. Di que soy tu nuevo patrón y que yo tengo tu visado.

El Profeta se adentró en aquel cobertizo. Supuse que no era la primera vez que hacía esto. Me cubrí la cabeza y me senté en una piedra cerca de un huerto donde un grupo de niños sudorosos trabajaban bajo la lluvia intermitente. Yo también había sido niña bajo aquel cielo esmeralda, pero el ingreso en el Cuarto Dojo me había librado de una vida penosa como la que ahora podía contemplar a mi alrededor. ¿Puede que yo naciera en aquella misma aldea? Ni siquiera lo sabía. Mis padres debieron entregarme al maestro Perses cuando todavía era un bebé.

Oteaba el horizonte con inquietud, con la esperanza de que la figura familiar de Erin apareciera en cualquier momento, cuando me percaté de que uno de aquellos críos que trabajaban en los huertos no me quitaba ojo de encima.

—¿Cómo te llamas? —le pregunté.

—Me llamo Sirio. ¿Y tú?

—No puedo decirte mi nombre —Lo vi agachar la cabeza desencantado.

El bullicio de los porteadores que acudían a la aldea era el que correspondía a una extraña procesión: el traqueteo de los metales cargados en remolques que chirriaban por los caminos, arrastrados por hombres sudorosos que se gritaban unos a otros para coordinarse, en un caos que, de alguna manera, funcionaba como una extraña forma de orden.

—¿Estás esperando a alguien? —dijo.

Supongo que se percató de que no podía apartar mi mirada del camino embarrado que conducía hasta la aldea.

—¿Alguien importante para ti?

—Sí —tuve que admitir.

—¿Eres una postulante?

La pregunta me pilló por sorpresa. ¿Cómo podía saberlo? ¿Era una postulante de la Legión Púrpura todavía?

—Empleada del alcantarillado —mentí, aun a riesgo de decepcionar a mi nuevo amigo.

El chico, sin embargo, no parecía contrariado en absoluto por mi respuesta. E incluso sonrió para decir:

—Mejor. Me han dicho que son todos unos asesinos.

Miré a un lado y a otro. Era peligroso hacer comentarios de aquella naturaleza.

—No debes decir eso —le susurré.

El chico se encogió de hombros, miró a los purpurados que vigilaban la puerta de la muralla de la aldea y respondió:

—Es lo que decía siempre mi padre.

Asesinos. Nunca lo había visto así. Para nosotros, educados en los principios del Camino Púrpura, dar muerte formaba parte de la renovación de la vida. Así es como se purificaba la especie. *Asesinos* era una palabra que nunca se me había pasado por la cabeza. Había creído hasta entonces, de todo corazón, que había belleza y honor en el camino que recorriera desde niña.

Pero ahora la pregunta que me obsesionaba era cómo habían conseguido algo así. ¿Cómo habían logrado borrar de mi mente aquel calificativo? ¿No éramos eso, postulantes a asesinos, tanto Erin como yo, el difunto Adras, y todos los demás en los doce dojos? Desde que tengo memoria, fui adiestrada para convertirme en una bestia humana, pero lo hicieron bajo principios que parecían civilizados, incluso espirituales. Supongo que es así como se obtiene lo peor de una persona, convenciéndola de que ese es el camino correcto, disfrazando el mal de bien.

Lo que ellos no podían prever era que un día utilizaría aquellas mismas enseñanzas para combatirlos. Pero entonces yo tampoco lo sabía. Solo pensaba en escapar de la Segunda Cúpula. Y allí estaba aquel crío de... quién sabe: ¿nueve?, ¿diez años?, poniendo ante mis ojos una verdad tan elemental como incuestionable: que para convertirte en un purpurado tenías que convertirte en asesino de tus propios hermanos, un detestable instrumento de aquella selección artificial.

—¿De quién son estas tierras? —quise saber para cambiar de tema.

Sirio me contó que todas pertenecían al Palco, y que ellos las cultivaban y recolectaban a cambio de manutención. Las mejores piezas se seleccionaban para la Primera Cúpula.

—Esos —dijo señalando con la cabeza hacia los purpurados— solo defienden los privilegios de los imperecederos. Mi padre me lo decía siempre.

—¿Y qué le ocurrió a tu padre?

—Sirvió bajo el emblema del lobo. Un día, se negó a ejecutar a un ladrón que habían detenido en la Aduana Dieciséis. Lo conocía: procedía de la aldea Vigésimo-novena, como nosotros. Y su desobediencia le costó la vida.

Cuando ya nos marchábamos, el crío me sujetó de la camisa de mi uniforme de lino:

—Oye, tengo algo para ti.

Entonces Sirio hundió la mano en su bolsillo, sacó el puño cerrado y deslizó algo en la palma

de mi mano. Noté la presencia de un objeto fresco y húmedo.

—Escóndelo —me dijo.

—¿Sabes lo que les hacen a quienes roban algo de los huertos? Les cortan la mano derecha.

—Entonces, guárdalo antes de que nos vean.

Le di un beso en la frente mientras escondía su regalo en un bolsillo. El Profeta ya estaba de regreso, y traía consigo los visados falsos que nos prometió.

Cuando ya nos encaminábamos a la puerta de la muralla, escuché un silbido a mi espalda, y me detuve:

—¡Chica Dura! —dijo una voz familiar.

Me volví. La lluvia caía de nuevo sobre las tierras de cultivo. Los niños, presos de la curiosidad, seguían con la vista aquella silueta que avanzaba hacia mí entre la bruma. Se cubría la cabeza con una manta, pero, debajo, llevaba empapado el uniforme del lino azul, como si hubiera intentado lavar las manchas de sangre en el agua.

—Te he traído un regalo —dijo Erin con una gran sonrisa aún desde la distancia.

En el aire, brilló una pieza blanca que colgaba de una tira marrón de tela, seguramente del lino de su uniforme. Erin se acercó a mí, sus ojos brillaban de felicidad por el reencuentro, y depositó sobre la palma de mi mano un gran colmillo blanco de forma triangular.

—Sabía que lo conseguirías.

Pensé que Erin era la persona a la que querría tener junto a mí cuando el mundo se hundiera bajo nuestros pies. A su lado me sentía segura, y no solo por su protección, sino porque me hacía sentir más fuerte, prácticamente invencible.

Nos abrazamos mientras el viejo Isaac sonreía desde una distancia prudencial, y estoy convencida de que no quería romper la magia del momento, pero carraspeó para indicarnos que debíamos proseguir nuestra marcha antes de que los purpurados encontraran los cadáveres de los lobos híbridos en el bosque.

—Será mejor que compruebe a qué estandarte pertenece la guarnición que vigila la aduana —dijo Erin caminando hacia el pórtico.

Si nuestra teoría era cierta, solo debíamos temer al emblema del guepardo, y todos los demás emblemas nos dejarían pasar sin objeciones, puesto que el objetivo del Palco era conducirnos hasta Jacob. Pero, si el Profeta no nos había mentado, una vez escapáramos al Vacío, la Legión Púrpura no podría seguirnos, puesto que había eliminado nuestro registro de los Tres Hilos.

—¿A qué estás esperando para besarle? —me susurró Isaac al oído.

—¿Cómo?

—Estáis locos el uno por el otro.

—¿Cómo lo sabes?

—«El amor de los jóvenes no está en verdad en su corazón, sino en sus ojos» —recitó—. Lo escribió un gran poeta, hace miles de años.

¿Besar a alguien? Eso estaba reservado para los purpurados cuando, tras veinte años de servicio, devolvían su moneda del compromiso. Hasta ese momento, viviríamos como auténticos monjes, con voto de silencio incluido, entregados a una sola causa.

—Nunca he besado a nadie —le confesé.

—Vamos, no es tan difícil.

Tras más de diez años de entrenamiento, nos habíamos convertido en auténticas máquinas de guerra y, sin embargo, éramos unos verdaderos ingenuos en lo relativo al amor.

—Desde aquí es imposible ver su emblema —dijo Erin ya de regreso.

Me sobresaltó su presencia. Crucé los dedos con la esperanza de que no hubiera oído ninguna

de las palabras que habíamos intercambiado el anciano y yo.

—¿Estáis preparados? —dijo Isaac.

Había llegado la hora de atravesar la puerta de la muralla y callejear por la Vigésimo-novena siguiendo a Isaac. La aldea vivía exclusivamente del tráfico de materiales. El plástico y la chatarra se extendían hasta donde inundaba la vista. Larguísimas hileras de porteadores arrastraban sus carros para comprar y vender mercancías, sudando bajo el cielo húmedo de la Segunda Cúpula. Me percaté de que muchos de ellos llevaban una venda en los ojos.

—Adras nos lo advirtió —le dije a Erin—. Muchos de los porteadores han perdido la vista después de años y años bajo el sol.

—¿Y cómo soportan algo así? ¿Por qué no se rebelan? —preguntó Erin.

—Dejadme que os explique algo —intervino el Profeta—: para esclavizar a un ser humano no siempre son necesarias cadenas. La clave es convencerlo de que ese es su destino, su lugar en el orden natural de las cosas. Los mitos son más importantes que las cadenas. Eso es algo que tardamos en comprender entonces, justo después de las Guerras del Tiempo. Había que construir un relato sobre el origen de las Tres Soberanas y sus Tres Cúpulas. Había que dividir la sociedad en función de aquel mito. Había que organizar la vida en función de aquel mito, e incluso crear un calendario que rigiera sus días.

—¿Calendario?

—Para ello nos inspiramos en el calendario republicano.

—¿Qué es eso?

—Un viejo calendario diseñado en la época de Napoleón. Fue un emperador que vivió siglos antes de las Guerras del Tiempo. Su calendario dividía la semana en diez días y el día en diez horas.

—Aún seguimos haciéndolo —protestó Erin.

—Pero pronto los nombres de los meses y de las festividades fueron sustituidos por los que vosotros conocéis, con su culto a las viejas divinidades. El calendario que habíamos escogido, como símbolo de la luz de la razón humana, tuvimos que sustituirlo por un calendario mítico.

—No entiendo lo que quieres decir, viejo.

—Queríamos vivir en un mundo racional y civilizado, dirigido por nosotros, los científicos, pero pronto comprendimos que, sin los mitos, sin los relatos sobre los dioses y las fuerzas mágicas, no podíamos conseguir la adhesión del pueblo. Para las generaciones que nacieron bajo las cúpulas, nuestro mundo científico era demasiado frío. Y no se conquista el corazón de los hombres con la verdad.

—Los *Mitos del Asteroide* —susurré.

No sé cuántas calles habíamos doblado ya. La aldea era como un inmenso y laberíntico bazar en el que, bajo toldos y por carriles de tierra húmeda, un reguero de porteadores acarreaba materiales, como si fueran hormigas aprovechando las migajas de una comilona.

—Imaginad esto: diez horas al día, cada hora dividida en cien minutos, y cada minuto en cien segundos. Treinta días por mes y doce meses al año, pero todos ellos idénticos. ¡Idénticos! Puesto que no hay estaciones bajo las tres cúpulas.

—¿Estaciones?

—En el Vacío, había distintas temperaturas y distintos climas en los diferentes meses del año antes de la Larga Noche. Aquí todo es desesperadamente igual. Bajo las Tres Cúpulas, no existe la variedad climática, pero tampoco la historia. Nada cambia. A esto lo llamamos el Tiempo Absoluto.

—Pero las personas nacen y mueren. Los meses y los años se suceden... —protestó Erin.

—Y todo permanece igual. Los Tres Hilos consiguen que siempre exista el mismo número exacto de hombres y de mujeres, de postulantes a la Legión, de jefes de escuadrón, de enmascarados. Solo los imperecederos tenemos historia. Y ahora —dijo mirándome—, ¿por qué no averiguas qué escondiste en tu bolsillo?

¡Lo había olvidado! Saqué la mano del bolsillo y la abrí ante la mirada del viejo Isaac. Era la fresa más roja y apetitosa que haya visto en la vida. La mordí y un intenso sabor y aroma estallaron dentro de mi boca. Por supuesto, le di la otra mitad a Erin. Fue un momento de felicidad suprema en medio del temor de aquellos días.

—Hemos llegado —anunció Isaac.

Seguimos al anciano al interior de una sombría tienda en cuyas estanterías metálicas, que forraban las cuatro paredes, se amontonaban toneladas de metal polvoriento y de chatarra, viejas baterías, antenas oxidadas, bobinas, placas electrónicas y otras antigüallas. Todo allí parecía tener mil años de antigüedad.

El mercader saludó al Profeta por su nombre.

—Isaac, viejo amigo...

Ambos ancianos se fundieron en un abrazo. El propietario de aquel comercio era un hombre de edad avanzada pero aún con abundante cabello canoso, que recogía en un moño alto. Debía pesar ciento veinte kilos y respiraba con enorme fatiga al caminar. No vestía más que una túnica verde de algodón con bordados rojos.

Como si no estuviéramos presentes, el Profeta y el mercader se retiraron a la trastienda. Mientras negociaban, Erin se quedó vigilando junto a la puerta y yo me dediqué a curiosear por las estanterías. Había varios artefactos con etiquetas escritas en caracteres idénticos, o eso me pareció, a los que habíamos leído en la Aldea de Acero, juguetes oxidados y viejas pantallas cubiertas de polvo. Conservadas en marcos herméticos, se exponían también a la venta imágenes de personas que debieron vivir hace mucho tiempo, padres posando con sus hijos. Sus ropas eran tan distintas a las nuestras... En una de las fotografías aparecía una muchacha junto a lo que parecía el mar, inmenso, con su tono azul descolorido por el paso de los siglos pese a la protección hermética del marco. La muchacha tenía la mirada perdida en el horizonte, el cabello agitado por el viento y una expresión melancólica. Yo nunca había visto el mar, pero de algún modo sintonicé con los sentimientos de aquella muchacha pálida y rubia que vivió quién sabe hace cuánto tiempo. ¿Dos mil años, tal vez?

El mercader reapareció tras el mostrador. Un cerco de sudor se extendía por toda su espalda. Me percaté de que el Profeta se había sentado frente a una mesa en la trastienda para examinar los lomos de una pila de libros muy gruesos y con las páginas ennegrecidas, y me pregunté por qué razón los libros no estaban expuestos al público en aquel comercio. Por supuesto, estarían escritos en idiomas anteriores al nuestro.

—Si queréis deshaceros de alguno de esos magníficos sables de la Legión Púrpura, estoy dispuesto a haceros una oferta —dijo el mercader con una amplia sonrisa.

—Los sables no están en venta —zanjó Erin mientras se internaba de nuevo en la tienda.

—No os inquietéis. No os voy a denunciar a los purpurados. A mí no me importa de dónde vienen ni a dónde van mis clientes. Siempre que puedan pagar.

Las gotas de sudor perlaban su frente, y tenía que secarse continuamente las manos en su túnica.

—Solo nos llevaremos el remolque con las placas.

—Y también esa imagen —dijo señalando hacia el retrato de aquella muchacha junto a la orilla.

El mercader me miró con cara de perplejidad. Avanzó hacia la estantería con respiración fatigosa y me entregó el marco hermético al tiempo que decía:
—A esta invita la casa, querida.

25. La fragua

Una hora después, mientras observábamos cómo se fundían nuestros puñales en el inmenso horno de un socio del mercader, se me ocurrió que aquella era una imagen perfecta de cómo se habían fundido el destino de Erin y el mío, que yo imaginaba indisolubles.

Todo estaba saliendo según el plan del Profeta. Las células de identidad falsas, el remolque y los viejos paneles fotovoltaicos, supuestamente reparados en la Aldea Vigésimo-novena. Había sido una suerte encontrarnos con Isaac en el camino. ¿O no?

—Es muy extraño —musité.

—¿El qué?

Las llamas bajo las que se fundían nuestros puñales hacían brillar la herida del pómulo de Erin, aún en proceso de cicatrización, y provocaban que las sombras de su rostro cambiaran continuamente de lugar.

—Piénsalo bien: ¿no te parece demasiada casualidad tropezar con un mendigo que resulta ser, por lo visto, un inmortal, y no solo eso: uno de los fundadores de la mitología del Asteroide?

—¿Qué quieres decir?

—Quiero decir que hemos sido guiados hasta aquí...

Parecía evidente: alguien nos había puesto en camino para que siguiéramos las vías, continuándolas más allá del puente quebrado. Alguien quería que nos reuniéramos con el Profeta y, de este modo, conociéramos la verdad.

—¡Adras!

—Exacto —dije esbozando una sonrisa.

Adras nos había llevado hasta allí para ayudarnos a escapar, pero también para que comprendiéramos que los Tres Hilos no tenían nada que ver con los dioses, que carecían de propiedades sobrenaturales: solo eran un dispositivo inventado por hombres y que, imagino, se injertaría en cada uno de nosotros en la Incubadora, en los primeros días de vida. Todas aquellas leyendas sobre la Anciana Púrpura, que viajaba de noche para implantar los hilos, eran solo eso, leyendas. Y, como todas las leyendas, se basaban en hechos reales: habíamos conocido a un anciano, tan inmortal al parecer como las Tres Soberanas, que podía manipular los Tres Hilos, pero no por un procedimiento mágico, sino mediante una simple cirugía.

No nos habíamos percatado de que el Profeta nos escuchaba a nuestras espaldas.

—Quizá os sorprenda, pero al principio de todo esto ni siquiera había armas bajo las Tres Cúpulas. Éramos una comunidad pacífica, lo compartíamos todo, formábamos una élite, ¿cómo íbamos a desconfiar unos de otros, si todos éramos científicos, mentes brillantes y cultivadas? — El horno se había convertido en dos diminutas llamas dentro de las pequeñas pupilas del anciano —. Lo sé, hoy parece una ingenuidad. Pero entonces no lo parecía. Las cosas aún no se habían corrompido.

Devolví la mirada a las llamas y las ascuas, en las que los puñales ahora formaban una extensa mancha oscura. Hacía falta un horno de gran tamaño para fundir dos pequeñas hojas, de apenas quince centímetros cada una, y el calor que emanaba tras la ventanilla era sofocante.

—¿Por qué nos cuentas todo eso?

—Porque esa es mi misión, Clea. Es importante conservar la memoria.

Isaac me miró con sus profundos ojos grises:

—La pregunta es ¿cuál será tu misión en esta vida... ahora?

—¿Mi misión?

Nunca nadie me había hecho una pregunta así. Estaba tan claro cuál era mi destino desde el principio... La Legión Púrpura... ¿Cuál sería ahora? ¿Acaso empezar una nueva existencia lejos de las Tres Cúpulas, lejos de las armas, si es que tal cosa era posible?

—Pronto descubrirás tu cometido en todo esto. Pero para ello tenéis que cruzar más allá de la Tercera. Jacob os ayudará a hacerlo. Y, una vez libres, Egan os mostrará el camino.

—¿Egan?

—Ya lo conocerás.

Volví a mirar a Erin de reojo. La luz de las llamas del horno bailaba también en su rostro impenetrable. Él estaba absorto en sus pensamientos. Quién sabe si andaría masticando una y otra vez las revelaciones que le había escuchado primero al Profeta y después al general Adras. Era difícil de asimilar. Era difícil poner en orden toda aquella información, darle un sentido. Y aun así, en medio de aquella nube de desconcierto, Erin debió tener un pensamiento para mí, o así interpreté la mirada furtiva que acababa de dirigirme.

El operario del horno, mudo como si también él hubiera hecho el voto de silencio de los postulantes, interrumpió nuestra charla para entregarnos una piedra brillante más pequeña incluso que mi puño.

Un operario sudoroso vigilaba la fundición y tal vez nuestras palabras, fingiendo en todo momento desinterés por ellas. Nos había dejado claro desde el principio que no le agradaba en absoluto la idea de hacer tratos con dos postulantes, pero lo habíamos tranquilizado prometiéndole un diez por ciento de la pieza fundida. Y eso hizo, separar un fragmento de la piedra que ahora formaban nuestros dos puñales dentro del horno. Por supuesto, había seccionado más del diez por ciento, pero no estábamos en condiciones de negociar.

Suficiente, sin embargo, para sufragar nuestro plan. Hacía solo una hora, esta pieza tenía la forma de dos armas afiladísimas, ahora no era más que una bola arrugada de un material anterior a las Guerras del Tiempo que pronto se convertiría en nuestro salvoconducto para salir de allí, una vez trocada en un remolque, un cargamento de chatarra y algunas monedas de sobra. Y lo más importante estaba por llegar: aquel material que ahora brillaba ante nuestros ojos se convertiría en la clave para ganar la guerra que muy pronto se desataría entre los de dentro y los de fuera de las Tres Cúpulas. Pero esa historia os la contaré otro día, hermanas. Os lo prometo.

—Ha llegado la hora de que salgáis de la Segunda Cúpula —dijo el anciano soplando el humo que aún desprendía la piedra—. Y de que yo vuelva a mi tren.

—¿Por qué quieres volver a ese montón de escombros? —le pregunté a Isaac.

—Supongo que algún vagón se mantendrá en pie todavía. Tengo que seguir escribiendo epístolas —dijo golpeando la tapa de su viejo maletín de piel—. Es mi misión.

Lo tomé de las manos. Aquel hombre había sacrificado su ruinoso hogar y tal vez se había echado a la Legión Púrpura en su persecución por nosotros, por haber destruido él solo a todo un general guepardo y a un escuadrón de su estandarte.

—¿Irán a por ti?

—Nunca lo han hecho. Me dejan en paz a cambio de que no regrese nunca a la Ciudad imprecadera. Las Tres Soberanas no quieren mi cabeza. Un día entenderás por qué.

El Profeta nos había salvado la vida, y, lo que es más importante, nos había hecho abrir los ojos, confirmando todas y cada una de las cosas que Adras y el general del mismo nombre nos habían insinuado. Mientras abrazaba a aquel hombre, creía despedirme de él para siempre. Pero estaba muy equivocada, hermanas mías. Volveríamos a vernos muy pronto. Y todos leeríamos sus epístolas, reunidas en *El libro de Isaac*, algún día.

26. La Plaza Amarilla

La aduana de la Plaza Amarilla se ubicaba bajo un portón de más de diez metros de altura por el que se abría paso una gigantesca columna de luz de aquel color. Las siluetas de media docena de purpurados que la custodiaban se recortaban contra aquel enorme arco, en contraste con el verde dominante en la Segunda Cúpula, así que desde nuestra posición no podíamos ver a qué emblema pertenecían.

Dos columnas de portadores traían y llevaban chatarra a uno y otro lado de la aduana, placas de paneles de grafeno, viejas baterías oxidadas, sacos con fusibles y vainas... Un obelisco justo en el centro de la plaza porticada, de planta octogonal, recordaba a los héroes de las Guerras del Tiempo, con sus nombres inscritos bajo el emblema correspondiente: el lobo, el halcón, el guepardo..., mientras que en los pórticos de los siete lados restantes, descontando el de la aduana, bullían los puestos de compra y venta de chatarra y los tenderetes de comida maloliente con carne de animales clónicos, fruta artificial, vinos de uva transgénica. Sentí lástima por aquellos hombres y mujeres que trabajarían por el resto de sus días en la construcción y la reparación de las placas, bajo un calor asfixiante que les quemaba la piel y les producía eccemas, si no otras enfermedades monstruosas que, con el paso de los meses, los conducirían a la tumba.

—Míralos. Con lo que nos ha sobrado tras pagar el remolque, los trajes protectores y los materiales, ahora mismo debemos ser las dos personas más ricas de esta aldea —observó Erin.

—Pues procura que nadie lo note, señor millonario, o tendremos problemas.

Solo una hora antes, habíamos vendido trescientos gramos de exoal en el mercado para pagar nuestro remolque, y las monedas tintineaban en el cinturón de Erin.

—Esclavos de las placas. Me siento ridículo —se burló Erin recogiendo los pantalones azules con los dedos en pinza.

El uniforme, por llamarlo de algún modo, de los portadores era una especie de impermeable de plástico blanco muy ancho coronado con una capucha, todo ello ceñido por un grueso cinturón de piel con una anilla que servía para enganchar el remolque a nuestro cuerpo. Sin duda, aquel complemento acentuaba nuestra apariencia de esclavos, o incluso de bestias de carga. Pero lo más estrafalario eran la máscara, los guantes y las gafas oscuras para proteger los ojos de los rayos ultravioleta.

—Además, el calor bajo estos plásticos resulta insoportable —protestó Erin.

—El verdadero peligro no es el calor, sino las radiaciones solares.

Nos pusimos a la cola arrastrando el remolque cuyas ruedas metálicas, adaptadas a los rieles de la red de la Tercera Cúpula, dejaban dos largas cicatrices sobre la arena de la plaza, y cuyo chirrido se sumaba al de los remolques de los demás portadores que esperaban su turno para cruzar. Nuestros sables viajaban envueltos en las mantas que habíamos utilizado como capas, enterradas bajo varias planchas de grafeno en el viejo remolque que arrastrábamos, y todo ello cubierto por aspilleras verdes.

—¿Puedes ver el emblema de esos legionarios desde aquí? —dijo señalando la aduana.

—No. Pero se admiten apuestas —bromeó Erin.

Despacio, despacio. Mantengamos la calma, me repetía a mí misma. El torrente de calor que emergía de la puerta amarilla, junto con el esfuerzo de tirar de aquel remolque, nos hacía sudar a chorros. El bullicio de los comerciantes de la plaza se me clavaba en los tímpanos, y contrastaba con el silencio absoluto con el que los purpurados gestionaban la entrada y la salida de la aduana.

—Erin —susurré con nerviosismo—, el tatuaje... Creo que es un guepardo.

—¿Estás segura?

Mi compañero de aventuras titubeó, echando un nuevo vistazo con la mano por visera.

—No creo que sea un guepardo. No... El tatuaje es más alargado. Yo diría que es... una especie de reptil. Quizá una salamandra. Pero si se trata de un guepardo tendremos que detenernos inmediatamente y disimular, revisar una rueda del carro. No sé, haz como si te hubieras mareado por el calor... improvisa.

Amigas mías, ¿os imagináis que vuestras vidas dependieran del tatuaje que unos hombres lucen en su cuello? Avanzábamos con tal nerviosismo tirando del remolque que ni siquiera se nos pasó por la cabeza la posibilidad de que mi hipótesis estuviera equivocada. Habíamos dado por supuesto que los demás emblemas de la Legión, siguiendo órdenes del Palco, nos dejarían pasar con facilidad, y que solo el emblema del guepardo constituía una verdadera amenaza para nosotros, alertado ya de nuestra intención de escapar a la Tercera Cúpula. A todos, incluido Isaac, nos había parecido una hipótesis razonable, pero *razonable* no siempre significa *verdadero*.

Entonces vi a un muchacho pelirrojo jugando con una rueda de madera cerca de la cola de salida y se me ocurrió una idea. Lo llamé con un silbido y él acudió a toda prisa.

—¿Cómo te llamas?

—Me llamo Cedalión, señora.

El muchacho llevaba el cabello a trasquilones. ¿Quién le habría hecho tan desastroso corte de pelo? ¿Tal vez él mismo?

—Bien, Cedalión. ¿Quieres ganarte una moneda?

Los ojos azules del chico se iluminaron. Tened en cuenta, hermanas, que los habitantes de la aldea Vigésimo-novena eran los más pobres de las Tres Cúpulas, y, de ellos, los más pobres a su vez eran los porteadores, que apenas poseían otra cosa que sus ropas.

—Mi amigo y yo hemos hecho una apuesta. Él dice que el tatuaje de aquellos legionarios es una salamandra. Yo digo que es un guepardo.

—Sí, señora —dijo el muchacho, que no necesitó más palabras para comprender en qué consistía su misión—. Lo haré: pero quiero algo más que una moneda a cambio.

Erin y yo nos miramos esbozando una sonrisa de incredulidad.

—Lo que quieras.

—Quiero ese colgante.

El muchacho señaló el colmillo de aquel lobo que nos atacó en el bosque húmedo la noche anterior. Pero era un regalo de Erin, no podía dárselo al muchacho a menos que...

Mi compañero me miró y asintió con la cabeza.

—Cuenta con ello.

El chico corrió con su rueda hacia la aduana. Se detuvo frente a los centinelas y, con el palo con el que hacía rodar aquel trozo de madera, se colocó en posición de guardia frente a uno de los purpurados. El legionario miró a su compañero y se llevó la mano a la empuñadura de su sable. Tras la máscara metálica era imposible discernir sus gestos y, por tanto, sus intenciones, si solo se proponía espantar al muchacho con aquel ademán o, por el contrario, habíamos puesto en peligro la vida de un pobre crío que no tendría más de siete u ocho años y que permanecía allí, firme, con un palo entre las manos y las piernas abiertas en el ángulo adecuado, en la posición ortodoxa de guardia que se enseñaba a los postulantes en los doce dojos.

—¿Pero qué está haciendo? —dijo Erin.

El purpurado descolgó el sable de su cinturón. Desde la distancia en que nos encontrábamos,

no vi brillar la hoja de metal bajo la luz amarilla de la puerta, así que supuse que no lo habría desenvainado. Muy lentamente, el legionario intercambió varios golpes con el muchacho, que parecía conocer muy bien los movimientos básicos, como si se tratara de un entrenamiento.

Y así estuvieron intercambiando golpes suaves, más insinuados que propinados de veras, hasta que de pronto el muchacho estocó con su palo en el vientre del purpurado, y este retrocedió mientras los hombros de su compañero de guardia se agitaban. Sin duda, se estaba carcajeando de él.

—¡Tu amiguito es un verdadero diablo! —rio Erin a mandíbula batiente.

Sin contemplaciones, el legionario al que había humillado nuestro joven cómplice levantó su sable.

—¡Dioses! ¡Lo va a cortar por la mitad!

—No, tranquilo, Erin. El sable permanece envainado, de lo contrario se distinguiría el resplandor de la hoja desde aquí.

Entonces el centinela le propinó un fuerte cachetazo en el culo con la hoja en plano, con un chasquido que se escuchó desde nuestra posición, y el muchacho echó a correr hacia nosotros con las manos en el trasero, descuidando allí su rueda y el palo que había utilizado como estoque.

—Es una salamandra —dijo tras recuperar el resuello cuando llegó hasta nuestra altura de la fila.

—Tienes buena vista, Erin.

Erin hizo una reverencia con la cabeza y le entregó una moneda con una sonrisa de oreja a oreja. Yo me retiré la capucha y me incliné para que el propio muchacho sacara por mi cabeza el colgante con el colmillo de lobo.

—Creo que no podré sentarme en tres días —se lamentó el crío.

—Te lo has ganado.

No sé si Erin se refería a la moneda, al colgante o más bien al cachetazo que le había proporcionado aquel legionario con el emblema de la salamandra, o a las tres cosas.

La fila de la aduana avanzaba muy lentamente. Se habían acumulado tantos porteadores intentando pasar a la Tercera, que la cola se perdía por una de las callejuelas que desembocaban en la plaza a nuestra espalda, así que uno de los legionarios, el que se había carcajeado de su compañero cuando este se batía con Cedalión, se adelantó para ir pidiendo sus documentos a los porteadores, y ahorrar tiempo de este modo. Había llegado el momento de la verdad.

—Hoy tampoco moriremos —dijo Erin guiñándome el ojo.

—Que los dioses te oigan.

El purpurado extendió su mano en solicitud de los documentos que nos había conseguido Isaac y Erin se los alcanzó. Un centenar de dudas se clavaron en mi cuello, rígido, como si fueran agujas afiladas. ¿No éramos demasiado rubios para la Tercera Cúpula, demasiado claros de piel? ¿No éramos demasiado *aristocráticos* para servir en las minas, destino para el que se reclutaba solo a los más *impuros* de la Segunda Cúpula?

Sin devolvernos las cédulas de identidad, el purpurado rodeó el remolque, levantó la arpillera que protegía la mercancía, y yo recé en silencio por que no le diera por levantar las planchas de grafeno, bajo las cuales se ocultaban nuestros sables envueltos en unas mantas. Por fortuna había demasiada gente esperando en la aduana aquella mañana. Y por eso el legionario abrió la mano, el gesto con el que el Código Púrpura indicaba vía libre.

Incluso antes de cruzar, una enorme bolsa de calor nos anunciaba el paso a la Tercera Cúpula, donde las temperaturas eran muchísimo más elevadas que en las dos cúpulas interiores debido a

los miles y miles de paneles solares que las alimentaban y que se extendían en cinturón a su alrededor. Unos carteles sin texto, compuestos meramente de iconos, recordaban la obligación de usar gafas polarizadas al cruzar la puerta para protegerse de las quemaduras oculares, como también los guantes y las capuchas. Era importante, según nos había aconsejado el viejo Isaac, no dejar un solo centímetro de piel expuesto a los rayos ultravioleta, multiplicados por el efecto invernadero de la cúpula de plasma.

—Bueno, vamos allá —musité.

Con unos pocos pasos, dejamos atrás el bullicio de la plaza. Pasamos de la algarabía de la aldea al silencio absoluto del desierto, del aire verde esmeralda al aire amarillo, que casi no te permitía alzar los ojos del suelo, y del clima amable de la Segunda Cúpula a un calor torrencial que te caía encima como plomo fundido.

Alcé como pude la vista, haciendo visera con la mano. El firmamento tenía el color de las uvas pálidas, y unas nubes muy delgadas y blancas se extendían como cicatrices. Apenas llevarían agua en aquella tierra tan baldía. Era difícil calibrar las espectaculares dimensiones de aquella cúpula, puesto que apenas resultaba posible alzar los ojos del suelo.

—¿Habías visto alguna vez un cielo de este color? —me susurró Erin.

La cola que antes se extendía frente a la Puerta Amarilla se había trasladado al andén de una estación, frente al cual varias vagonetas aguardaban a los porteadores sobre unas vías de acero resplandecientes. Tenían la apariencia de gigantescos prismas con ruedas, al estar prácticamente forrados de placas solares, y sus paredes y techos destellaban luz amarilla.

Una voz de crío sonó a nuestras espaldas.

—Espero que nos dejen subir en la próxima. De lo contrario nos freiremos bajo el sol.

Sonreí. Era la voz de Cedalión, el muchacho al que le habíamos entregado una moneda y un colgante a cambio de aproximarse a los legionarios de la aduana. También aquí fuera había soldados por todas partes. Imaginé que aquel debía de ser el peor destino posible para llevar la pesada y calurosa capa de malla debido al calor, que producía una sensación onerosa, parecía tener peso propio, caía sobre tus brazos y tus hombros.

Cuando llegó nuestro turno, las compuertas de la vagoneta se abrieron ante nosotros sin que nadie las accionara. No parecía haber tripulantes, como si todo el servicio estuviera automatizado, pero unos operarios de la red, vestidos de azul cobalto y con gafas oscuras, nos pidieron los documentos y se llevaron nuestro remolque para engancharlo a los anteriores, formando un convoy tras de una vagoneta. Así era, al parecer, como transportaban los materiales hasta el cinturón de placas fotovoltaicas bajo el intenso sol de la Tercera Cúpula.

—De momento todo va bien —le susurré a Erin.

—Deja que te cuente una historia: un obrero cae por accidente desde una torre. Durante los segundos en que su cuerpo cae por el aire, mira las ventanas, mira sus pies, mira al suelo todavía lejano, y se dice a sí mismo: «De momento, todo va bien».

—Eso es: de momento, todo va bien —repetí mientras ocupábamos dos asientos en la cabina de aquel extraño vehículo, con plazas para unos cuarenta trabajadores.

Una pareja de purpurados se sentó en la fila frente a nosotros, hieráticos, en posición rígida, como estatuas de la necrópolis del Domo. Tal vez incluso imitaban conscientemente la solemnidad de aquellas figuras de mármol que presidían las catacumbas de la necrópolis, y aquella imagen me hizo recordar un sueño reciente, un sueño en que reconocía el rostro de Sila en una de las efigies de los muertos, y también el rostro de Erin, y que, al final, había resultado parcialmente premonitorio.

Supongo que eso debió incrementar mi resquemor ante la presencia de los legionarios, porque

el crío que nos había ayudado en la aduana se apresuró a darnos una explicación que no le habíamos pedido. Imagino que se sentía obligado tras el pago, como si aquello también formara parte del servicio contratado por Erin:

—A veces hay incursiones de los hostiles. Las llaman *razias*. Arrancan placas de las vagonetas para sabotearlas y roban materiales a los porteadores. Son unos miserables. Roban a los más pobres de entre los pobres. Por eso viajan purpurados en estas vagonetas.

Miré a mi alrededor. Los porteadores, todos con el cabello algo más oscuro que el nuestro bajo sus capuchas blancas, permanecían en silencio, con los hombros caídos y una expresión humilde. Protegidos con sus improvisados y extravagantes equipamientos de plástico, se dirigían a los trabajos más duros que cabía imaginar bajo las Tres Cúpulas, y supongo que por eso algunos de ellos rezaban, mientras que otros, al ocupar su plaza, se inclinaban ante los legionarios púrpura en lo que se diría una sincera muestra de veneración.

—Aunque hoy hay muchos más soldados de lo habitual, no sé por qué —añadió Cedalión.

Recordé algo que nos había dicho el profeta antes de despedirse cerca del perímetro de la Segunda Cúpula:

—Ya os he contado de dónde procede la energía que mantiene las placas solares de la Tercera. Pero lo que en realidad las mantiene en pie no es la energía, sino las mentiras, todos esos cuentos y leyendas.

La mentira esa era, según Isaac, la arquitectura del mundo en el que habíamos vivido hasta entonces. Pero el zumbido de la vagoneta al arrancar me sacó de mi ensimismamiento. Las ruedas sobre los rieles metálicos emitían un chirrido inquietante. El hecho de que nadie pilotara aquel artefacto lo convertía en algo fantasmagórico.

—De momento todo va bien —le susurré a Erin.

En unos minutos, aquel extraño vehículo había dejado atrás el perímetro de la Segunda Cúpula y se había adentrado en el desierto, donde las vías estaban peraltadas y nuestra vagoneta se elevaba unos metros con respecto a las dunas, proyectando su peculiar sombra sobre ellas.

Miré por la ventana con la mano haciendo visera. En las vías se indicaba con cierta periodicidad en qué grado del círculo nos hallábamos.

—Isaac dijo que nos apeáramos a trescientos quince grados, es decir, en el noroeste de la Tercera Cúpula.

—O sea, que aún nos faltan cincuenta grados —calculó Erin.

Durante unos minutos, vimos las dunas desfilas tras el cristal, peinadas por un viento suave y cálido. Luego nos internamos en un túnel y la penumbra se cernió sobre nosotros, y también el chirrido de las ruedas del convoy, que rebotaban en los inmensos túneles. La temperatura y la presión descendieron bruscamente, por lo que se nos taponaron los oídos, sospecho que a todos los pasajeros, a juzgar por el modo en que se llevaban las manos enguantadas a sus orejas.

—Gracias a los dioses —susurró Erin—. Prefiero la presión al calor de ahí afuera.

En la penumbra del túnel, la temperatura resultaba mucho más agradable y las gafas oscuras no eran necesarias, así que Erin se las retiró. Tenía la frente perlada de sudor. Me gustó volver a ver sus ojos azules.

—Erin, en cuanto a lo que pasó en el vagón del Profeta...

Aún no habíamos tenido tiempo de hablar de lo ocurrido en el tren del viejo Isaac, del momento en que mi compañero estuvo a punto de doblegarse ante la falsa oferta del general Adras: dos monedas del compromiso a cambio de nombres.

—Me salvaste la vida, Clea —me interrumpió—. Esta vez fuiste tú la que me salvó la vida. Y no solo eso. Estuve a punto de... a punto de...

—Erin: eso es lo que intento decirte. No tienes que justificarte. No se puede ser fuerte todo el tiempo. No es humano.

—Pero tú siempre lo eres, Clea —me dijo quitándose los guantes para tomarme de las manos.

—¿Bromeas? Siempre fui la más débil de los tres...

La vagoneta emergió de nuevo a la superficie. La luz entró en tromba, y también, de nuevo, el calor asfixiante. Ahora el rostro de Erin era una enorme mancha blanca. En el interior de los rayos de sol flotaban un millón de partículas de polvo.

—Clea, nunca he conocido a nadie tan fuerte como tú —dijo mientras volvía a colocarse las gafas oscuras.

Todo mi cuerpo se estremeció ante aquella afirmación. ¿Fuerte, yo?

—Eres la más fuerte precisamente porque reconoces tu fragilidad, porque reconoces tu miedo sin pudor y lo enfrentas.

¿Era posible? ¿Tal vez en aquella fragilidad residiera algún tipo de fortaleza superior? Quizá fuera cierto. Quizá no se pueda doblegar a quien es de naturaleza flexible. La prueba está en que he sobrevivido para escribiros esta crónica, con el deseo de que os sirva de inspiración.

—«La valentía no es la ausencia de miedo...» —recitó mi amigo.

—«...sino la victoria sobre el miedo» —completé la fórmula.

27. La Médula

La mitad del recorrido de aquellos vehículos se hacía bajo el subsuelo de la Tercera Cúpula, y los tramos en que emergían a la superficie, discurriendo por raíles peraltados sobre las colinas de dunas, servían para restaurar su carga energética. Parecía un buen sistema, vehículos no pilotados que se alimentaban por sí solos, girando una y otra vez por las vías radiales.

Según el Profeta, en otro tiempo fueron muchas más vagonetas las que recorrían la inmensa Tercera Cúpula y trasladaban a los trabajadores de mantenimiento de las placas, que sustituían las piezas deterioradas. Pero las Guerras del Tiempo fueron, en primer lugar, guerras por los recursos, según el viejo Isaac. Muchas de las estructuras de la Tercera Cúpula resultaron dañadas y ahora, como el Profeta había dicho con tono sentencioso, vivíamos de las ruinas, de los residuos tecnológicos de los primeros hombres que habitaron este lugar.

De algún modo, Isaac seguía con nosotros, al igual que Adras, pues estábamos dispuestos a completar su plan: cruzar la red radial de la Tercera hasta el campamento que se hallaba a trescientos quince grados. Una vez allí, Jacob nos encontraría y nos conduciría a la Escalera, aunque aún no sabíamos qué era exactamente una escalera de Jacob.

Ahora el convoy volvía a emerger a la superficie para recargarse y todos los pasajeros volvieron a colocarse sus gafas polarizadas. En el aire estancado de la vagoneta olía a sudor y óxido. Los purpurados que vigilaban el traslado de las mercancías inclinaban la cabeza hacia atrás, supongo que por el sofoco, y el pequeño Cedalión, que nos había ayudado en la aduana, pegaba su frente al cristal para contemplar el monótono paisaje.

—Es la Mina de la Médula —gritó, despertando a alguno de los porteadores que se había quedado dormido.

El objeto de su interés era un inmenso cráter, quizá de trescientos metros de diámetro, con una enorme rampa en forma de caracol excavada en sus paredes, en cuyo perímetro se divisaban estandartes púrpuras. Si el Profeta tenía razón, la Legión Púrpura lo vigilaba día y noche para protegerlo de los salteadores. Una roca del tamaño de un puño costaba cientos de monedas, como habíamos podido confirmar en primera persona en la Aldea Vigésimo-novena. Mientras bordeábamos aquel accidente, recordé unos versos de los *Mitos del Asteroide* en los que se narraba la mañana en que un inmenso rayo de luz desgarró el cielo, el modo en que el trueno hirió la tierra, la perforó y todas las criaturas fueron arrasadas a su paso.

—Ahí es donde cayó un gigantesco fragmento del Asteroide —nos aclaró Cedalión.

La mujer que viajaba en el asiento vecino a nuestro pequeño amigo le reprendió. Supuse que se trataba de su madre, aunque solo fuera porque era pelirroja como él:

—Cedalión, no molestes a estos jóvenes.

—No es ninguna molestia, señora —respondí con una sonrisa.

Después le guiñé un ojo a nuestro pequeño aliado dejando caer las gafas polarizadas sobre la punta de mi nariz. Sin embargo, me percaté de que la madre del muchacho no dirigía su mirada hacia mí al hablarme, lo que me hizo sospechar que fuera ciega. Muchos trabajadores de la Tercera Cúpula quedaban ciegos tras años y años de trabajo extenuante bajo el sol amarillo. Incluso bajo la sombra de aquella vagoneta cubierta, incluso con todas las protecciones que nos habíamos procurado, la luz solar resultaba demasiado agresiva en aquel paisaje estéril. Sentí un gran alivio cuando el inmenso cráter se perdió en el horizonte. Según nos había confiado el Profeta, era uno de los puntos más vigilados de las Tres Cúpulas.

Erin, que dormitaba con la cabeza apoyada sobre mi hombro, se había perdido el espectáculo de la mina, una especie de ombligo en la piel amarilla de la Tercera Cúpula. Rodear el inmenso cráter le llevó un buen rato a nuestro convoy, y recordé que no habíamos pegado ojo desde la Aldea de Acero, es decir, desde que Adras todavía estaba a nuestro lado, y ahora percibía la respiración de Erin en mi cuello como una caricia, como si me rozara el ala de un pájaro o algo aún más suave y sutil, y advertí que mi corazón latía más rápido de lo normal. Las manos se me estaban durmiendo, y un incómodo hormigueo se extendía ya por mis dedos, pero no me atrevía a cambiar de posición para no despertar a Erin, para que no retirara su mejilla de mi hombro.

Entonces me percaté de que uno de los purpurados que vigilaban el vagón no nos quitaba el ojo de encima, o supuse que eso es lo que hacía detrás de su máscara, orientada descaradamente hacia Erin y hacia mí.

—Despierta. Nos están espiando.

Erin abrió los ojos y miró con la mano por visera más allá de las ventanas, a las dunas ardientes que flanqueaban la vía peraltada sobre la que avanzábamos.

—Te lo dije, somos demasiado rubios para este vagón.

La Mina de la Médula había quedado definitivamente atrás y ahora atravesábamos una inmensa colina amarilla. Intenté ver la insignia en el cuello de aquel centinela, pero el impermeable de plástico, obligatorio en la Tercera Cúpula, me lo impedía.

—Si la cosa se pone fea, romperemos una de estas lunas para saltar por la ventana —susurró Erin.

—¿Con qué? ¿Con tu cabezota?

Erin se llevó las palmas de las manos a los ojos, en una postura idéntica a la que empleábamos para orar a los dioses, pero seguro que no pensaba en los dioses en aquel momento, sino en una solución.

—Ya encontraremos algo.

—Aunque lo encontremos, no veo que haya un freno de emergencia por ninguna parte. Y saltar a la intemperie, en medio de la nada, es un verdadero suicidio.

—Quedarnos aquí sí que sería un suicidio —replicó Erin.

De repente, vi la silueta de aquel legionario curioso incorporarse y avanzar hacia nosotros, recortada por los intensos rayos solares de la Tercera Cúpula. Estábamos vendidos. ¿Con qué podríamos defendernos de él y de su compañero de guardia? Miré alrededor buscando algo que emplear, pero el vagón era un espacio casi diáfano, nada más que con asientos y ventanas oscurecidas para evitar el deslumbramiento de los viajeros, y todos los materiales que cargaban los portadores viajaban en el convoy de los remolques, junto con nuestros sables.

El purpurado estiró su mano y tomó la mía por la muñeca. Después me arrancó el guante de plástico buscando los Tres Hilos de mis dedos, y lo que encontró fueron las cicatrices que el Profeta había cerrado con moxa, tres marcas blanquecinas pero, aun así, evidentes. Me quedé paralizada. No tenía ningún recurso, ninguna idea para salir de aquella encerrona, y el legionario ya me había soltado la mano, con violencia, y se llevaba la mano a la trampa de plasma que colgaba de su cinturón, cuando Erin...

Lo que Erin hizo a continuación sucedió tan rápido que no tuve tiempo de comprenderlo hasta segundos después. Era una de las muchas llaves que aprendimos en el dojo, consistente en introducir el cuerpo bajo el del rival, alzarlo sobre los hombros y proyectarlo después, en este caso contra la ventana de la vagoneta, una maniobra silenciosa ejecutada a toda velocidad y con total precisión, utilizando la cadera y los hombros para desequilibrar al oponente. Pero, amigas, lo único que yo percibí fue una armadura púrpura por los aires, atravesando un cristal que se

deshizo en miles de fragmentos, algunos de los cuales cayeron en cascada sobre mi espalda, el viento caliente de las dunas entrando por el hueco y los gritos de los demás pasajeros.

—Vaya, al final encontraste algo con que abrir la ventana —bromeé.

Sin embargo, recordaréis que había otro purpurado frente a nosotros, y este no tardó ni medio segundo en desenvainar su sable con un zumbido que provocó que el resto de los pasajeros de la vagoneta volvieran a chillar y escondieran sus cabezas entre las rodillas, entre ellos la madre de Cedalión, que lo protegía con su cuerpo. El muchacho asomaba sus ojos entre las manos de su madre con expresión de asombro, como si no supiera bien de qué parte ponerse, si de los purpurados o de aquellos dos jóvenes que los enfrentaban. ¿Pensaría que éramos salteadores de trenes?

—¡Sígueme! —le grité a Erin recogiendo mi guante del suelo.

Sin nuestros sables, no teníamos ninguna oportunidad, así que salí por la ventana y trepé al techo de aquel vehículo en forma de prisma. Las planchas me quemaban los dedos a pesar de la protección y emitían un resplandor tan intenso que estuve a punto de marearme y caer a las dunas.

Me deslicé como una araña por el techo a dos aguas de la vagoneta. Aquello era como caminar directamente sobre la luz. Estaba desorientada y las suelas de mis botas chirriaban y se escurrían sobre los paneles. Si daba un paso en falso, me precipitaría a las dunas por el otro costado de la vagoneta. Además, la brisa caliente del propio convoy levantaba arena que azotaba nuestros rostros. Había olvidado colocarme la máscara. Y así, casi a ciegas, bombardeada por las motas ardientes de arena, me encontré de pronto colgada del vértice del techo de aquel vehículo. ¿Y si una de las placas calientes se desprendía por mi peso? Estoy segura de que aquellos chismes no fueron diseñados para transportar a pasajeros allá arriba.

De repente había alguien más avanzando sobre las planchas. Pese a que la luz me deslumbraba, vi las ropas de Erin, siguiendo la ruta que yo trazaba sobre el tejado. En unos instantes veríamos una armadura púrpura reptando tras nosotros, de modo que había que llegar hasta los remolques a cualquier precio, pero resultaba muy difícil orientarse. A excepción del amarillo resplandeciente del cielo y del naranja de las dunas, todos los objetos metálicos restallaban una luz cegadora.

Salté al primero de los remolques. Pero, amigas mías, ¿cómo recuperaríamos nuestros sables? Había al menos veinte remolques enganchados, arrastrados bajo el sol de la Tercera Cúpula por la vagoneta, y todos cubiertos por aspillera. Y, aunque llegáramos hasta el nuestro, nuestras armas se hallaban al fondo de varias capas de paneles solares. Además, las plantas de nuestros pies saltaban sobre superficies irregulares, lonas bajo las que se ocultaban kilos y kilos de artefactos de metal, así que no era fácil mantenerse en equilibrio después de cada salto, y todo esto a lomos de un convoy eléctrico que se desplazaba a toda velocidad a unos cinco metros sobre las dunas, sobre dos rieles que también constituían dos gigantescas cuchillas gigantes. ¿Cabe imaginar, hermanas mías, una situación más desfavorable para el dúo Erin-Clea? Y si embargo...

—¡De momento va bien! —le grité a mi compañero de fuga.

Pero nuestro amigo purpurado ya estaba allí, avanzando hacia el borde del techo de la vagoneta, dispuesto a abalanzarse sobre nosotros. Así que Erin saltó a los remolques, levantó la lona del primero de ellos y arrancó una barra de metal de poco más de un metro mientras yo corría a la búsqueda de nuestros sables.

Bajo la luz deslumbrante del sol amarillo, la espada del purpurado centelleó en el aire. Se abalanzó sobre Erin y mi amigo detuvo la descarga de su sable con aquella barra herrumbrosa

que había rescatado de la chatarra, mientras yo saltaba al siguiente remolque buscando el nuestro. El sable resplandeciente de nuestro perseguidor chocaba una y otra vez con el fragmento negro y oxidado con el que Erin se resistía a duras penas, y todos los pasajeros, incluido el pequeño Cedalión, nos observaban con horror desde las ventanas, haciendo visera con sus manos sobre sus gafas oscuras.

—¡Aguanta, Erin!

Había dejado solo a mi compañero ante el enemigo mientras saltaba de remolque en remolque a la búsqueda de nuestras armas. Pero, cuando ya solo me quedaban cinco por inspeccionar, perdí el equilibrio y... ¡dioses, me agarré en el último momento a la portezuela trasera del remolque! Y allí me tenéis, hermanas, colgando de un convoy que avanzaba por unos raíles levantados sobre dunas, con el chirrido de las ruedas taladrándome los oídos, mientras Erin se defendía como podía con una sucia barra oxidada que, sin duda, no resistiría muchos más golpes de un sable de exoaleación perfectamente afilado.

Con todos los músculos de mis brazos en tensión y los dedos ardiendo, conseguí alzarme de nuevo hasta el remolque y repté sobre su lona. ¡Era el nuestro! Reconocí la aspillera con la que la habíamos cubierto.

Varias plazas más adelante, Erin seguía resistiendo a su rival, pero ya la barra metálica con la que se defendía se había partido en dos. Recé por que mi compañero fuera tan diestro en el uso de la doble espada como había demostrado serlo con el sable mientras lanzaba las planchas de grafeno por la borda. ¡Maldita sea, nuestras armas estaban debajo de toda aquella chatarra! ¡Deprisa! Tenía que socorrer a Erin, que a duras penas lograba mantener el equilibrio y saltaba de uno a otro remolque huyendo de nuestro rival. Nos separaban ya muy pocos metros cuando, en el último salto, Erin perdió el equilibrio. La lona se hundió bajo sus pies y varias placas metálicas se partieron por su peso. Vi a mi amigo colgando por los pies del remolque, agitando los brazos boca abajo para intentar subir de nuevo a bordo, mientras las traviesas de los rieles pasaban cerca de su cabeza a toda velocidad, como cuchillas gigantes, emitiendo un terrorífico zumbido.

—¡Aguanta!

El purpurado se disponía a saltar sobre el remolque del que colgaba Erin, y yo no llegaría a tiempo para evitar que lo decapitara con su sable, pero tal vez mi espada sí. Entonces un temblor familiar sacudió mi mano izquierda: los Tres Hilos brotaron de mi dedo y se dispararon en direcciones distintas: el hilo púrpura que desembocaba en la mano de Erin, el rojo que terminaba en la mano del purpurado que lo perseguía y el negro, que se perdía a mi espalda, intuyo que en dirección a las cúpulas interiores.

Desenvainé uno de los tres sables que habíamos envuelto en las mantas y lo lancé desde mi posición como una jabalina. La hoja centelleó por un segundo e interceptó en el aire al atacante, justo cuando saltaba sobre el remolque de Erin, y el sable le atravesó el cuello un centímetro por encima de su clavícula. Vi cómo sus pies se alzaban y caía de espaldas contra la lona del remolque anterior, y cómo los hilos se desvanecían en la atmósfera, devorados por la luz intensa de la Tercera Cúpula. Pero, justo en ese momento, a Erin se le agotaron las fuerzas y cayó del convoy. Vi su cuerpo clavarse en silencio en la arena, levantando una gran polvareda amarilla y alejándose en la inmensidad de las dunas.

Había llegado la hora de abandonar el convoy. Aunque, antes de saltar, me volví para dirigirle una última mirada al pequeño Cedalión, que observaba perplejo la armadura púrpura de mi contrincante atravesada por el sable. El muchacho sostenía en su puño el colgante que le habíamos entregado en pago por su ayuda.

28. Aire amarillo

Caí sobre las dunas con un golpe sordo que me dejó sin respiración por unos segundos. La vagoneta se alejaba de nosotros, seguida por una ristra de remolques y por el peculiar chirrido de sus ruedas metálicas sobre los rieles.

Unos doscientos metros de dunas blandas y calientes me separaban del lugar en que había caído el cuerpo de mi compañero entre una nube de polvo amarillo. Los recorrí con angustia, hundiéndome en una arena finísima, y me arrodillé a su lado.

—Uno entre doce —dije.

¿Por qué usé aquella fórmula, si ya no éramos postulantes? Era como si, de algún modo, se hubiera grabado para siempre en nuestros espíritus y no pudiéramos liberarnos de ella.

—Solo los más audaces —respondió Erin escupiendo polvo.

—¿Estás bien?

Erin no respondió. Se incorporó dándose manotazos en los hombros y el pecho para sacudirse la arena de su impermeable.

—Gracias por salvarme otra vez. Volvemos a estar empatados.

—¿En serio? He perdido la cuenta.

Nos hallábamos en medio de una nada amarilla, envueltos en arena, un gigantesco desierto cuya única utilidad era alimentar y hacer posible la fertilidad y la vida en las cúpulas interiores. Desde aquel paisaje baldío se divisaba el perímetro de la Tercera, notablemente más alta que las otras, aunque resultaba difícil hacerse una idea aproximada de sus colosales dimensiones porque apenas podíamos alzar los ojos del suelo.

—Menos de dos kilómetros... —dijo Erin sacudiéndose la arena.

—¿Cómo?

—La altura de la cúpula es de unos ocho mil metros. Luego el diámetro debe ser de dieciséis kilómetros.

—¡Oye, se te dan bien las matemáticas!

—La última señal que vimos indicaba que estábamos a menos de cincuenta grados del punto que nos indicó el Profeta. Pongamos que son cuarenta, es decir, una novena parte de la circunferencia.

—Dieciséis kilómetros entre nueve... Son menos de dos kilómetros en dirección noroeste.

—Eso es —zanjó Erin satisfecho.

Miré hacia arriba haciendo visera con la mano, pero era imposible alzar la vista hacia el borde de la Tercera Cúpula.

—Tus cálculos son correctos. Solo hay un problema.

Erin puso los brazos en jarra.

—La cúpula no es semicircular. Esos dos kilómetros que mencionas podrían ser cuatro, o podrían ser ocho. Además, a eso hay que sumar los kilómetros de radio que nos separan de la periferia, pero no hay manera de saber a qué altura saltamos de la vagoneta.

Miré las vías que se perdían en el tembloroso horizonte. Se me ocurrió que, bajo aquel sol asesino, nuestra única esperanza residía en seguir los rieles de la red radial:

—Si los seguimos —añadió Erin—, en algún punto volverán a soterrarse y podremos refugiarnos del sol en alguno de los túneles de la red.

—Pero debemos hacerlo a una distancia prudencial, para que los legionarios que viajan en las

vagonetas no nos vean.

—¿Y a qué esperamos? —dijo Erin con los brazos abiertos.

Así que caminamos y caminamos una vez más siguiendo las vías. Pero los rieles de la red radial se perdían en el horizonte, y allí producían la ilusión de que fueran de agua, un agua temblorosa y oscura. Ese espejismo se repetiría una y otra vez a lo largo de nuestra larga caminata.

Nos encontrábamos tan lejos del perímetro de la Segunda Cúpula que ni siquiera se divisaba desde nuestra posición, y mucho menos la Primera, debido a las colinas y valles de arena por los que nos desplazábamos. No sé cuánto tiempo avanzamos bajo aquel sol implacable, cruzando interminables montañas amarillas y desiertas con la visión nublada y sudando a chorros, sin agua ni nada que llevarnos a la boca. ¿Desde cuándo no habíamos comido? Lo último que recordaba haber ingerido eran aquellas verduras hervidas que nos ofreciera el Profeta en su vagón, eso y una fresa a medias con Erin. Para colmo, apenas nos quedaba agua en la cantimplora.

—Apesto como un porteador —murmuré.

—Es que ahora eres una de ellos.

De un manotazo, retiré de mi rostro la careta que me cubría. Estaba asfixiada y necesitaba más aire del que dejaba pasar aquel protector, aun a costa de recibir rayos solares sobre mi piel. El olor a plástico en putrefacción de nuestros impermeables se había vuelto insufrible.

—¡Clea, es muy peligroso! Los rayos ultravioleta...

—Te aseguro que el cáncer de piel es mi última preocupación ahora mismo.

¿Cómo podían sobrevivir los porteadores bajo el sol con aquel atuendo asfixiante? ¿Cuántos habrían desfallecido, deshidratados, víctimas de una insolación, cumpliendo sus obligaciones en las planchas fotovoltaicas de la Tercera? ¿Cuántos perderían la vida cada semana, cada jornada? Avanzamos despojándonos de los plásticos con los que nos habíamos protegido en la vagoneta, dejando un rastro de prendas a nuestro paso, hasta quedarnos solo con el uniforme de lino azul que nos habían proporcionado las gemelas. El sudor oscurecía el cabello en la nuca de Erin, que brillaba como el oro. En su hombro izquierdo, la herida se había convertido ya en tres marchas rosadas.

—¿Quieres saber una cosa? —le dije—. Cuando lancé el sable de Adras a aquel purpurado que saltó sobre ti en el convoy, volví a ver los Tres Hilos. Sentí esa energía, brotando del corazón y atravesando las venas, disparándose en tres direcciones distintas desde mis dedos. ¿Los viste tú también?

—Así es —admitió Erin—. ¿Y?

—Le he estado dando vueltas. El hecho de que esa corriente nazca aquí en el pecho y corra por el sistema circulatorio podría significar algo.

—¿A qué te refieres?

—Podría significar que la generamos nosotros mismos, con los latidos de nuestro corazón, cuando el ritmo cardíaco se acelera, cuando la tensión arterial aumenta.

—Clea, se me dan bien las matemáticas, pero no la filosofía...

—Piénsalo. Según el Profeta, el Reloj Absoluto ya no puede identificarnos, aunque seguimos formando parte del sistema.

—Luego...

—Tal vez somos nosotros los que producimos y dirigimos esos hilos. Tal vez son nuestras emociones.

—Tal vez —admitió Erin.

No sé durante cuántas horas caminamos siguiendo las vías, que se elevaban a varios metros y

proyectaban una delgada e inútil sombra sobre nosotros. A cierta altura, creí distinguir el rótulo que indicaba que habíamos llegado hasta el grado trescientos quince. Aún nos quedaba un largo paseo, sin agua y sin ningún túnel en el horizonte bajo el que pudiéramos resguardarnos de los rayos solares.

Al fin, tras una enorme duna, vimos un resplandor inmenso que perfilaba la práctica totalidad del horizonte visible desde aquella posición, de tal manera que la luz parecía brotar de la propia arena.

—¿Qué demonios es eso?

Ante nosotros se desplegaba uno de los cinturones de placas solares que rodeaban la totalidad de la Tercera Cúpula. El efecto de aquel resplandor sobre nosotros, pese a que llevábamos nuestras gafas polarizadas, fue demoledor, como si el campo de paneles fotovoltaicos absorbiera de un solo golpe la escasa energía que nos quedaba, y, tras aquella visión estremecedora, caímos de rodillas sobre la arena. El enorme cinturón que abastecía a la Ciudad imperecedera y a las veintinueve aldeas, que mantenía en pie las Tres Cúpulas, la principal fuente de energía de nuestro mundo, paradójicamente se había convertido en la fuerza que nos arrebató nuestras últimas energías.

No me quedaban fuerzas más que para abandonarme allí, rendida sobre una montaña amarilla. Y rezar a los dioses, por si acaso existían. Pues la fe de mi infancia, la que me había mantenido en pie desde que tengo memoria, se había resquebrajado con las revelaciones de las últimas horas.

No sé cuánto tiempo pasamos tendidos al sol en medio de aquella duna ardiente. Pero recuerdo que tuve un sueño muy agitado, del que entraba y salía como quien se hunde y emerge una y otra vez de un banco de arenas movedizas. Tenía la sensación de asfixiarme con mi propia saliva, que se había convertido en una especie de pasta reseca imposible de tragar, y, de vez en cuando, mis ojos y mi boca se abrían demandando aire. Busqué con la mano el cuerpo de Erin, palpando a ciegas y ya casi sin fuerzas, pero no pude encontrarlo. Necesitaba escuchar su voz. Necesitaba escuchar aquellas palabras mágicas que siempre conseguían reconfortarme e infundirme nuevo valor:

—Hoy tampoco moriremos.

Creo que las susurré yo misma, con los labios secos y agrietados. Hoy tampoco moriremos... Y en aquel ir y venir de conciencia, con los oídos todavía embotados, de repente, escuché voces.

—No podemos llevarlos con nosotros. Hay cientos de legionarios, de todos los emblemas, patrullando por la red radial. Están preparando algo.

—¿Me estás diciendo que los dejemos morir?

La primera voz era masculina y la segunda femenina. ¿O acaso deliraba por la insolación? Noté cómo alguien alzaba mi mano izquierda y la sostenía en el aire como si examinara mis Tres Hilos.

—Keelan, son fantasmas...

—¿Y qué? Hay que salir de la Tercera Cúpula lo antes posible.

Logré entreabrir los ojos. Había dos siluetas oscuras frente a nosotros, recortadas por la deslumbrante luz amarilla, proyectando sus sombras sobre mí. Me dolía la cabeza, y la sensación de sed se había convertido en un espantoso ardor en la garganta y la lengua. Reuniendo las últimas fuerzas que me quedaban, estiré el brazo hacia ellos. Vi mis propios dedos embadurnados de arena temblando en el aire, mendigando la ayuda de aquellos dos extraños, fueran quienes fueran.

—¿Keelan? —dijo la voz femenina. Creí percibir un tono autoritario.

—¿Qué demonios quieres? Esto no forma parte de nuestra misión. Para eso ya están las malditas unidades de rescate.

—Te equivocas: esto también forma parte de nuestra misión —insistió ella—. Podrían ser ellos. Y, si no...

—Si no, ¿qué?

—Y, si no son ellos, al menos el chico es mono.

—¡Pff! Otro blandengue criado en un dojo. Seguro que viene de la Primera Cúpula.

De repente recibí un chorro de agua en el rostro. Fue una bendición. Abrí la boca y saqué la lengua para recoger todo el agua que pudiera, y noté cómo limpiaba la máscara de arena que cubría mi cara y chorreaba por mi cuello. Luego escuché el agua caer a mi lado, sobre el rostro de Erin. El líquido entró por su boca y su nariz, y Erin se despertó tosiendo.

Noté cómo el agua se secaba sobre las grietas de mis labios en un suspiro. El alivio pasajero cedió a los rayos solares, que picaban en mi cara de nuevo. Antes de perder el conocimiento, sentí caer una sombra sobre mis rostro: aquellos desconocidos me habrían cubierto con alguna tela para proteger mi piel.

La fiebre me hundió en sus propias arenas movedizas, unas arenas llenas de palabras y de rostros: *la muerte y el dolor no son tan terribles, uno entre doce, hoy tampoco moriremos*, el rostro añorado de Adras, con aquella cicatriz que nacía de su párpado y llegaba hasta la barbilla, los ojos de mi amiga Sila, o de aquel doble de Sila, segundos antes de morir, todo girando en una especie de vorágine de arena de la que no conseguía escaparme. De tanto en cuando sentía la luz solar filtrándose entre las fibras del tejido que me protegía y alguien mojaba mi rostro y mis labios con agua, para volver a taparme de inmediato. Después sentía que algo arrastraba mi cuerpo, el crujir de una estructura de madera, una especie de trineo para cruzar las dunas.

En mi delirio, soñé con mi maestro. Soñé con el día en que me llevó a recoger mi espada al Horno de los Dioses, el día en que asomé mi cabecita al cristal del horno, y una lengua de calor incandescente me lamió el rostro, y vi la lava fundida del metal borboteando al otro lado del vidrio, las impurezas del metal cayendo como ceniza. Vi cómo sacaban del horno un enorme bloque de acero y cómo se enfriaba en solo unos segundos, y cómo después el herrero seleccionaba las mejores piezas de aquella exoaleación para forjar mi sable. Vi cómo el herrero aplastaba las piezas elegidas sobre la forja y las iba soldando poco a poco, golpe a golpe, hasta convertirlas en una hoja lisa y reluciente que enfriaron después en un barreño de agua. Vi en unos segundos el proceso de forja que, en realidad, los maestros armeros tardaban días en completar. Vi el amor con que la hoja era forjada ante la atenta vigilancia del maestro Perses, y el momento en que la afilaban contra una piedra, y me pareció que era una verdadera obra maestra, un arma de perfecta belleza y eficacia diseñada para un destino que yo jamás cumpliría, de modo que no podía evitar un sentimiento de vergüenza ante la presencia de mi maestro.

—Nos has fallado —me dijo Perses con el fuego de la fragua brillando en sus pupilas, aunque sin necesidad de decirlo en voz alta, como si mi maestro y yo pudiéramos comunicarnos por telepatía.

Entonces me desperté sobresaltada. Rápidamente miré a mi lado, buscando a Erin. Tenía la frente perlada de sudor, aún veía borroso y no podía asegurar que fuera él quien, cubierto por una tela idéntica a la mía, descansaba tendido a mi lado en el remolque que al parecer habían utilizado aquellos desconocidos para trasladarnos. Dos larguísimas líneas paralelas y sinuosas nacían de sus patines y se perdían en un horizonte brumoso de dunas.

Poco a poco el calor se fue atenuando, y también la luz, y noté cómo aquella especie de trineo se detenía. Me invadió entonces una repentina sensación de frescor que me despabiló. La noche

bajo la Tercera Cúpula resultó ser muy fría, pero nuestros rescatadores habían sustituido todos los plásticos que nos cubrían por un grueso abrigo de pelo blanco con capucha, forrado por dentro con la piel de algún animal, clónico, desde luego.

Yo no paraba de pensar en las palabras de mi maestro: nos has fallado. Si era cierto que el Palco controlaba nuestros sueños, como nos había asegurado Adras, no debía dar valor a ninguna de aquellas palabras, a ninguna de aquellas imágenes soñadas. Y aun así, la voz de mi maestro se clavaba en mi conciencia como un puñal. Había traicionado sus enseñanzas, los dogmas del Camino Púrpura, el cariño y la dedicación de más de una década. Yo debía vestir la capa de malla, y lucir el emblema del halcón en mi cuello. Yo tendría que haber recibido una moneda de compromiso para engastarla en la empuñadura de aquel sable que, en aquel momento del sueño, me entregaban con un gesto ceremonioso.

—No te he fallado —le respondí en un susurro—. He sido en todo momento fiel a tus enseñanzas, pero ahora combato en el bando correcto. Ahora...

Cuando abrí los ojos, era ya de noche, y allí estaban aquel hombre y aquella mujer, en torno a una hoguera bajo la luz amarillenta de las constelaciones borrosas. Pensé que andarían vigilando nuestro convoy, que tal vez fueran dos de aquellos asaltantes de los que nos había hablado el pequeño Cedalión.

Me incorporé con enorme dificultad. Tenía los músculos acartonados y la vista nublada aún, pero reconocí la empuñadura de roble negro.

—Aquí las hojas de exoal brillan mucho más que en las cúpulas interiores, de modo que son fáciles de encontrar —dijo aquella mujer alcanzándonos nuestros sables.

—¿Uno entre doce? ¡Ja! —dijo con tono sarcástico el hombre, abandonando su puesto frente al fuego y revelándonos su talla: era un verdadero gigantón—. Como estos muchachitos rubios sigan desertando a este ritmo, tendrán que cambiar el lema por «Uno entre seis», o «Uno entre tres».

Cuando conseguí enfocar la vista, una extraña joven nos miraba doblada sobre nosotros con su cantimplora en alto. Nunca, en toda mi vida, había visto a una mujer como ella. Temí que fuera una alucinación. Tenía el cabello completamente negro, y la forma de sus ojos resultaba sorprendente: estrechos y rasgados. En las Tres Cúpulas no había mujeres así, de aquella extraña raza. ¿Serían como ella los hostiles?

Me di cuenta de que Erin estaba tan perplejo como yo, y la miraba boquiabierto, sin pudor alguno.

—¿Eres... eres como nosotros...? —Reconozco que fue una torpeza absoluta por su parte.

—¿Quieres decir que si tengo sangre en las venas, como tú? Apuesta a que sí, blanquito —dijo con una sonrisa desafiante que hizo que se formara un hoyuelo a cada lado de su boca.

Yo también la miraba con perplejidad. Tenía el cabello negro, muy corto por detrás y largo en el flequillo. Era menuda de talla y, pese a que los busqué de reojo en sus dedos, no vi el menor rastro de los Tres Hilos ni de cicatriz alguna, igual que los imperecederos de la Primera Cúpula.

—Ya veo... —dijo ella extendiendo la palma de su mano abierta hacia nosotros—. Te refieres a los Tres Hilos.

Bajo las Tres Cúpulas, solo los imperecederos carecían de aquel distintivo.

—Nosotros nacimos libres —dijo con brusquedad y evidente orgullo su acompañante mientras se acercaba a nuestra posición.

Tenía una larga e hirsuta barba negra, pero sus ojos eran distintos a los de la mujer, también oscuros, pero no tan rasgados.

—Somos de un lugar donde la gente no está sometida a ningún destino. Allí no existen los Tres

Hilos —añadió ella—. No es el lugar más bonito del mundo, pero es libre y es nuestro. De todos.

29. La escalera de Jacob

La madrugada bajo la Tercera Cúpula era tan distinta a las que conocíamos, que tenía la impresión de haber sido transportada a otro planeta: las estrellas intensamente amarillas y borrosas sobre nuestras cabezas y, a nuestros pies, la hoguera anaranjada sobre la que nuestros rescatadores cocían una especie de caldo de patata y legumbres.

—Elegisteis un mal sitio para saltar a las dunas. La mina es uno de los lugares más vigilados de vuestro mundo. Y, para colmo, hoy se percibe más movimiento de tropas que de costumbre.

Miré a Erin con perplejidad. Apenas podía mover una ceja, pasmado y admirado ante aquella exótica mujer, que rondaría quizá los treinta años. Y tenía buenos motivos. Yo tampoco había visto nunca a nadie con unos ojos así, con un cabello tan oscuro.

—Por cierto, me llamo Yoon. Y ese animal es Keelan. Saluda, Keelan.

El tal Keelan no abrió la boca. Parecía más viejo que su compañera y llevaba la cabeza trasquilada como el pequeño Cedalión, el muchacho al que conocimos en la Aldea Vigésimo-Novena, algo que se me antojó profundamente infantil en un grandullón como él, por lo que me costó reprimir una sonrisa. Seguramente Erin me leyó el pensamiento:

—Se ve que ese peinado tan cutre está de moda en la Tercera Cúpula.

Sin embargo, Keelan no parecía muy contento con nuestra compañía, así que contuvimos la risa.

—Si ya podéis caminar, bajaos de una maldita vez del trineo. Es para llevar mercancías, no desertores. Además: nos habéis arruinado la pesca de hoy.

—Keelan... —le reprendió la mujer.

Erin y yo nos incorporamos y acudimos al calor de la hoguera, y también al olor de la comida. No era más que un caldo insípido, pero nos pareció un manjar digno de los dioses.

—Tenemos que llegar a la periferia antes del amanecer. Así que comed algo y en marcha.

—¿Ahora? —se extrañó Erin, y señaló hacia las estrellas.

—Primera regla del desierto, Ricitos de Oro: dormir de día y caminar de noche. Nunca a la inversa. ¿Lo pillas?

—¿Caminar a dónde...? —interrumpí.

El grandullón sonrió con una mueca condescendiente.

—La Escalera —dijo, como si fuera la cosa más obvia del mundo.

—Un momento... ¿Conocéis a Jacob?

Nuestros dos rescatadores se miraron con una sonrisa irónica:

—Es un viejo conocido —dijo ella mientras se servía un cuenco con un cazo de madera.

Comimos a toda prisa nuestro rancho. Después Yoon apagó el fuego que nos había reconfortado en la noche fresca del desierto y se puso en marcha sin esperar a nadie, ni siquiera a aquel gigantón, que arrastraba él solo el trineo por la arena, una vez liberado ya de su carga.

—¿Deberíamos confiar en ellos? —le susurré a Erin.

Pero mi camarada miraba hacia adelante, absorto, y mis palabras habían atravesado sus oídos sin que su cerebro llegara a decodificarlas:

—¿Erin? —le susurré a mi acompañante.

Hasta que me di cuenta de que...

—¡Erin! ¿Le estás mirando el trasero...? —le dije tras propinarle un codazo en el pecho.

—Pe-pe-pero ¿qué dices? —protestó él.

—Estos críos son todos iguales... los postulantes —oí gruñir al grandullón.

Caminamos en silencio tras aquella exótica mujer que avanzaba sin volver la vista, y también del gigante Keelan, seguido por el crujir de la madera del trineo y el suave susurro de sus patines sobre la arena. La luna amarilla proyectaba su enorme haz sobre nosotros y la brisa de la noche del desierto me ayudaba poco a poco a despejarme. Las constelaciones, aún opacadas por la Tercera Cúpula, tenían un dibujo muchísimo más nítido que en las cúpulas interiores, donde apenas consistían en borrones de luz. Os aseguro que la noche amarilla era hermosa a su manera, pero yo no dejaba de preguntarme por qué aquellos dos buenos samaritanos se hacían cargo de dos fantasmas, así nos habían llamado poniéndose en riesgo a sí mismos.

—¿Por qué hacéis esto? —pregunté—. ¿Por qué os jugáis la vida por nosotros?

Yoon ni siquiera respondió. No conseguí sonsacarle nada durante aquella larga caminata que nos iba alejando poco a poco del cráter. Erin y yo seguíamos sus pisadas sobre la arena enfriada del desierto, y también los dos surcos que iba dejando el trineo arrastrado por Keelan. Cuando nos dimos cuenta, las estrellas habían comenzado a desvanecerse sobre nuestras cabezas, y a lo lejos se divisaba ya el perímetro de la inmensa Tercera Cúpula, en cuyo exterior se insinuaba poco a poco el nuevo día. Los últimos tres o cuatro kilómetros los hicimos en un absoluto silencio mientras el sol se elevaba progresivamente sobre nuestras cabezas, en un lento incendio en el aire que nos obligó a utilizar de nuevo nuestras gafas oscuras.

Erin echó un vistazo a lo que habíamos dejado atrás, a las dos cúpulas interiores, su patria y mi patria respectivamente.

—De momento todo va bien.

Con aquellas primeras claridades, pude ver una serie de manchas rojizas en su rostro y en sus brazos, inferidas por el sol del día anterior. La cicatriz de su pómulos brillaba bajo la luz de una luna que se apagaba poco a poco.

—Pronto volveremos a abrasarnos bajo el sol amarillo.

—Bueno, paliducha —bromeó Erin—, no te vendrá mal un poco de bronceado.

Conforme nos aproximábamos al borde de la Cúpula, el rumor antes casi imperceptible del plasma se iba convirtiendo en un perturbador zumbido. Para cuando nos plantamos a unos metros de la inmensa lámina curvada, el zumbido había crecido tanto que se te metía en los huesos. Era muchísimo más intenso que el que habíamos percibido frente a la Segunda Cúpula, tanto que casi podía sentirlo en el interior de mi cerebro, como si mi conciencia estuviera hecha también de miles y miles de paneles triangulares e incandescentes.

—¡Eh, tú! —le gritó Erin al gigante Keelan—. Dijiste que dormir de día y caminar de noche.

Keelan se volvió con cara de pocos amigos:

—Esa es la primera regla del desierto, pero nosotros estamos a punto de salir del desierto.

¿Salir del desierto? ¿Cómo? Y, aunque tal cosa fuera posible, «En el Vacío solo existe la locura». La frase acudió a mi mente de manera automática.

—¿Estás segura de lo que vamos a hacer? —me susurró Erin.

—El Profeta nos dijo que teníamos que escapar al Vacío y encontrar a un tal Egan, que era nuestra única opción.

—No sabemos si es cierto lo que nos enseñaron en el dojo. ¿Estás segura de que el aire de ahí fuera no está contaminado? Aunque los *Mitos del Asteroide* sean falsos, se basan en un hecho real, y es que aquel inmenso pedrusco destruyó casi por entero la vida en el planeta.

—La Larga Noche.

—También nos dijeron siempre que las cúpulas estaban ahí para protegernos de los peligros del

exterior. Pero el Profeta y Adras querían convencernos de que solo son barreras para evitar que la población escape.

—Bueno, creo que ha llegado la hora de descubrir quiénes mentían y quiénes no. Aunque no sé cómo.

Aunque el enorme zumbido generado por la pantalla de plasma no invitaba, desde luego, a confiar en las palabras de Isaac. ¿De veras nos disponíamos a cruzar una inmensa lámina de gas incandescente?

Imaginé que, desde allí, asomados al borde mismo del mundo en que habíamos crecido Erin y yo, podríamos otear el exterior de las Tres Cúpulas, aquel terrorífico Vacío del que procedían los hostiles, y del que nos habían hablado tantas veces en el dojo, así que me aproximé al mismísimo límite de aquella enorme celda. Como ocurriera con la Segunda, la superficie de esta última cúpula no era exactamente curva, sino geodésica: un puzle de paneles triangulares incandescentes de un metro de lado aproximadamente, pero más allá del plasma solo se distinguía un horizonte amarillo pálido y un cielo algo más oscuro. Una nada inmensa. Quizá por eso lo llamaban el Vacío.

—Cuando Jacob nos localice, el cañón de luz parpadeará dos veces —anunció Yoon—. La tercera vez, permanecerá encendido durante doce segundos. ¿Captado?

—Captado —dijo Erin—. Solo tenemos doce segundos. Pero... ¿para qué?

Esperamos la respuesta en vano. A aquellas alturas, ya habíamos comprendido que nuestros nuevos aliados no se demoraban en explicaciones sobre sus planes. Mejor así. El sol ya se elevaba sobre nuestras cabezas y la temperatura había subido vertiginosamente. Si no nos sacaban pronto de aquel desierto, nos deshidrataríamos. Recordé las sensaciones del día anterior, la quemazón en la garganta y aquella ligera fiebre que, poco a poco, se había ido agravando hasta hundirme en la inconsciencia. Os aseguro, hermanas, que no me apetecía volver a pasar por las arenas movedizas de la fiebre, así que comencé a despojarme del grueso abrigo blanco que nos habían suministrado nuestros rescatadores.

—Será mejor que no lo hagas —me advirtió Yoon—. La temperatura ahí fuera no es tan agradable como la de dentro.

—¡Agradable! —repitió Erin con sarcasmo.

Entonces Keelan regresó al trineo y desenvainó una espada gigantesca, un arma que parecía muchísimo más pesada que nuestros sables de exoal, hundió un trapo en un cubo que colgaba del trineo y la hoja emergió impregnada en una sustancia oscura. Después, arrastrando aquella pesada arma, se volvió hacia el exterior de la cúpula, la alzó apuntando a la pantalla de plasma, y, de repente, de la hoja untada de negro comenzó a brotar un hilo de humo oscuro. Un olor a grasa animal llegó hasta mis fosas nasales, y me pareció que el metal estaba a punto de inflamarse bajo los rayos de sol.

—¿Qué hace ese chiflado?

Keelan se aproximó a la base de aquella enorme pantalla de plasma amarillo y, apenas rozó con la punta uno de los paños triangulares de la cúpula, la hoja se inflamó. El gigante la agitó en el aire, y un humeante círculo de fuego brilló en el amanecer de la Tercera Cúpula, emitiendo un zumbido que helaba la sangre.

—¡A ver, idiotas! ¡Estamos aquí! —gritó mientras hacía girar aquella espada flamígera sobre su cabeza.

—¿Con quién demonios habla? —exclamó Erin.

No se veía nada más allá del amarillo incandescente de la Cúpula, salvo la línea del horizonte de la que ya se había despegado un inmenso sol grisáceo, de modo que Keelan volvió a agitar la

espada sobre su cabeza, y la hoja en llamas volvió a zumbear en el aire como un gigantesco insecto, lanzando un grueso hilo de humo negro que tropezaba con el límite de la Tercera Cúpula.

—Será mejor que cubráis vuestra boca con la mano —advirtió Keelan.

¿Cómo podría describiros lo que vimos entonces? Fuimos atrapados en un fugaz parpadeo azul, un inmenso cono luminoso, una gélida corriente de viento que apagó de un soplo la llama de la espada de Keelan, levantando toneladas de arena a nuestro alrededor. Nunca habíamos experimentado un frío así. Fue solo un instante, pero las partículas de arena flotaron en el aire y se nos metieron en los pulmones.

—Ya os lo avisé —se burló Keelan. De su espada brotaban gigantescas volutas de humo negro.

Noté que se me saltaban las lágrimas por aquella extraña sensación, eso que llamaban frío, y que nunca habíamos experimentado de verdad.

—¿Qué sucede, monadas? —se burló Keelan—. ¿Teméis por vuestros peinados?

—Keelan... —lo reprendió Yoon como una maestra a un niño de cinco años.

Había llegado la hora de salir de la Tercera Cúpula y, pese a la determinación con que Keelan y Yoon se enfrentaban a aquel momento, yo no podía desprenderme del temor a que las toxinas y bacterias de las que hablaban las leyendas en las Tres Cúpulas nos arrastraran al mar del Gran Sueño. Habíamos decidido confiar nuestras vidas a aquellos extraños, pese a todas las advertencias de los *Mitos del Asteroide* sobre el mundo exterior.

—Oye: quiero que sepas que, pase lo que pase, soy feliz de haber llegado hasta aquí —le confesé a Erin—. No me arrepiento de nada.

—Y yo tampoco, Chica Dura.

Erin había tomado prestado aquel apelativo que tanto le gustaba a Adras, y me pareció un hermoso homenaje al joven que nos había mostrado el camino de nuestra liberación. Y aunque Adras no había logrado completar su plan de fuga, en cierto modo había venido con nosotros hasta el límite del mundo que conocíamos. Y ahora estábamos a un paso de escapar de la jaula de oro de la que me habló aquella vez mientras esperábamos la ceremonia de nuestra consagración. A un paso de su meta.

—Lista —dije apartándome de Erin.

El inmenso haz de luz volvió a proyectarse contra nosotros, recortando un círculo azul en la pared incandescente de la Tercera Cúpula, y esta vez nos atravesaron un viento y un frío continuo, y la arena del desierto se levantó a su paso formando un gigantesco tornado en el aire que se elevaba hasta la mismísima superficie interior de la cúpula, donde las partículas de arena se volvían incandescentes, saltaban como chispas de un fuego en espiral y se apagaban en su descenso.

Se acercaba la hora de la verdad y sentí un temor recorriendo todas mis venas. Solo tendríamos de doce segundos para cruzar aquella especie de portal de luz, doce segundos de rachas de viento helado ululando en nuestros oídos y de arena del desierto reuniéndose en el aire.

Keelan avanzó dentro del cono de luz hacia el plasma de la Tercera Cúpula, arrastrando consigo el trineo vacío. El viento empujaba hacia atrás su melena y su negra barba.

—Así me gusta, Keelan: las damas primero —le reprendió Yoon.

Lo vimos cruzar el plasma como por arte de magia a través de aquel cono azulado que debía de generarse en algún lugar de la intemperie, en algún punto del Vacío, y luego vimos su silueta borrosa al otro lado de la cúpula amarilla. Pero ¿cómo? ¿Aquel bloque de luz cónico era lo que el Profeta había llamado la Escalera de Jacob?

—¡Deprisa! —gritó Yoon en medio de la tempestad de arena.

Con el viento en los oídos y muertos de frío, corrimos por el interior del portal de luz siguiendo a nuestra nueva aliada. El corazón latía desbocado y la resistencia del viento sobre nuestros músculos fatigados era una verdadera tortura. Y así pasamos a través del gas incandescente como si la luz que proyectaban sobre nosotros hiciera de barrera protectora, y no sentí nada, ni su calor ni su roce mortal. Era más bien como atravesar un sonido hiriente, un zumbido energético que se te metía en los tímpanos. Era como si la electricidad pudiera pasar a través de ti sin alterar ni un solo poro de tu piel.

Después, el mundo se volvió blanco y helado.

30. El frío

Jamás había sentido nada semejante. Mi cuerpo temblaba. Me dolía la nariz, las orejas, la punta de los dedos. Al igual que un recién nacido, experimenté por primera vez aquella sensación extraña en la piel y en los huesos que se parecía al miedo y a la angustia, un frío violento que nos golpeaba el rostro y atravesaba las ropas como si mil agujas se clavaran en la piel y desde allí avanzaran hasta los huesos a través de la carne.

Estábamos fuera. Fuera de mi mundo. Fuera del lugar en que crecí, el único que había conocido en mi vida. Y todo a nuestro alrededor era inmensamente blanco y desconcertante. Pero supuse que aquel desconcierto era el precio de la libertad.

—Bienvenidos —dijo Yoon a unos metros de distancia.

El calor de la Tercera Cúpula había escapado a través del cono de luz y derretido parte del hielo, así que ahora pisábamos un inmenso lodazal frío mientras, a nuestra espalda, el zumbido de la gigantesca cúpula amarilla, envolviendo a su vez las cúpulas esmeralda y púrpura, se convertía en el único lazo entre el mundo que acabábamos de abandonar y aquel colosal firmamento sin límites.

No me atrevería a decir que fuera un paisaje hermoso. De hecho, era más bien árido, prácticamente un desierto blanco. Pero el azul de aquel cielo abierto y las nubes grisáceas tapando el amanecer eran una auténtica explosión de colores en comparación con el mundo plano y monocromo de las cúpulas. El hielo y la nieve resplandecían y había que hacer visera con la mano para alzar la vista hacia el sol mismo, es decir, no el sucedáneo que se contemplaba al cobijo de las Tres Cúpulas. Incluso las copas de los árboles cubiertas de nieve y la escasa vegetación, silvestre, libre, me resultaban deslumbrantes. Era como haber nacido de nuevo.

Una extraña euforia nos embargaba, también a Erin. Porque mi compañero de aventuras rompió a reír, primero tímidamente, después a carcajadas mientras un humo blanco escapaba de su boca. Yo nunca había visto nada semejante, el vaho, que salía a borbotones a cada risotada suya. Por primera vez pude ver al natural sus ojos azules y su cabello tan rubio que parecía de plata bajo los rayos taimados por las nubes.

—Explícame cómo hemos llegado hasta aquí. Cómo hemos podido atravesar un campo de plasma a una temperatura tan elevada —le pregunté a Yoon.

—Bueno... —respondió ella abriendo los brazos—: es la magia de Jacob.

—Pues estoy deseando conocer al tal Jacob —bromeó Erin.

Mi compañero se había tomado con sentido del humor lo que para mí era una tragedia, esto es: la confirmación de que el mundo en el que habíamos vivido era una cápsula de fantasía, una burbuja de color y de poder tiránico. En el fondo, resultaba profundamente irónico: el mismo Isaac que había contribuido a tejer una enorme red de mentiras nos había ayudado a cortar sus nudos.

Y ahora estábamos allí, tiritando, pero vivos, y libres, deslumbrados por todos aquellos colores que se repartían por los objetos. Tomé un puñado de nieve del suelo. Sentí su frío y escuché el modo en que crujía entre mis dedos. Era una realidad maravillosa, inesperada. No tenía palabras para describirla: parecía salida de un sueño. No pude evitar acordarme de Adras. Ojalá estuviera allí con nosotros para ver aquel paisaje, para tocar aquella nieve.

A unos metros, Keelan intentaba desencallar del barro nuestro trineo vacío, cuya madera crujía a cada tirón. Nos hallábamos sobre una enorme mancha de lodo gélido, hielo fundido y mezclado

con la arena de la Tercera Cúpula que había escapado con nosotros al abrirse la Escalera de Jacob. En apenas doce segundos, habíamos pasado de un desierto de calor a otro de frío, tan distintos ambos de la fértil y verde Segunda Cúpula.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Erin.

—Lo primero es quitarnos esas ridículas botas de charol. Aquí no sirven de nada. Tened en cuenta que la vida en el Vacío depende de los detalles más simples.

—En el Vacío, la muerte comienza por los pies —añadió Keelan.

Justo cuando aquel gigante estaba a punto de sacar su trineo del banco de lodo, los pies se le escurrieron y perdió el equilibrio, para caer de espaldas con un enorme estruendo sobre la mancha de barro.

—Sí, es verdad: en el Vacío, la muerte comienza por los pies —se burló Erin.

Boca arriba, desprendiendo vaho por su boca y sus fosas nasales como una olla al fuego, Keelan musitaba una y otra vez la misma palabra malsonante, que no repetiré para no herir vuestra sensibilidad, hermanas mías.

—Al próximo que se ría le arrancaré las orejas y se las daré de comer a los caballos —gruñó Keelan tratando de incorporarse.

—Hay que saber reírse de sí mismo Keelan —intervino Erin, sarcástico—. Y si no eres capaz, ya lo hacemos los demás por ti.

Imagino que Erin se la tenía guardada desde hacía horas. La gente malhumorada suele despertar en los demás esa extraña necesidad de justicia poética.

En este lugar que todos llamaban el Vacío, los olores y los colores y la luz te sumergían en una especie de baño de sensaciones que los pobres desdichados que seguían dentro de las Tres Cúpulas no podían conocer. Si tenía alguna razón para confiar en Yoon y en su compañero, era precisamente esta: fuera más o menos hermoso, ellos vivían en el mundo real, y acababan de sacarnos a Erin y a mí de un mundo de apariencias.

—¡En marcha! —dijo Yoon señalando el horizonte que se abría ante nosotros.

Miré a mi alrededor, pero no se veía más que una interminable línea borrosa que separaba el gris del cielo del resplandor blanco de la nieve. A nuestra espalda, las tres cúpulas brillaban bajo el sol. Como nos habíamos alejado de ellas, por primera vez podíamos apreciar sus verdaderas dimensiones, colosales, tres semiesferas superpuestas en mitad de una inmensa estepa blanca.

Recorrimos paisajes fascinantes. Montes coronados por nieve blanca que resplandecía bajo el sol. Interminables llanuras de nieve en las que, esporádicamente, se distinguían algunos brotes amarillos, recortados contra la línea azul del cielo. Erin avanzaba contemplando las palmas de sus manos, en la postura en la que los postulantes las colocábamos para entonar una oración a los dioses.

—¿Qué estás haciendo? —le pregunté.

—Nunca había visto mi carne de este color.

Y era cierto. Siempre habíamos visto nuestra piel teñida por el filtro de alguna de las Tres Cúpulas, y, conforme nos alejábamos de ellas, de aquella enorme presencia que seguíamos intuyendo a nuestras espaldas, el zumbido que provocaba la lámina de plasma se atenuaba poco a poco, y se me ocurrió que no seríamos completamente libres hasta que dejáramos atrás aquella señal escalofriante.

Pero el camino tenía que depararnos aún varias sorpresas más:

—Mira esto —dijo Erin clavando la puntera de su bota en el suelo blanco. La mullida alfombra de nieve había sido reemplazada por una inmensa lámina pálida y escurridiza, que crujía bajo nuestros pies a cada paso, y contra la que los patines del trineo arrastrado por Keelan emitían un

gruñido que se nos clavaba en los tímpanos. Miré al cielo y de las nubes grisáceas comenzaban a desprenderse los primeros copos blancos de la primera tormenta, la primera precipitación real, salvaje y desordenada que vi en mi vida, gotas heladas que caían de las nubes y no de la estructura de las cúpulas, de modo que abrí la boca y bebí aquellas manchas blancas del cielo.

—¡Está nevando! —gritó Erin como un niño mientras se colocaba la capucha de su abrigo blanco.

Ante aquella visión espléndida, caí en la cuenta de lo que había intentado decirnos el Profeta. Introduje mi mano en el bolsillo de mi uniforme y extraje la bola de cristal que nos regaló al despedirnos. El mundo era exactamente como aquella bola, el refugio de las tres cúpulas, solo que la nieve quedaba en el exterior. Observé aquel obsequio y me percaté de que tenía un nombre grabado en su base, unas letras arañadas con una aguja o una cuchilla: Europa.

La tormenta de aguanieve nos obligó a detener la marcha y darle la vuelta al trineo para refugiarnos bajo su casco de madera. Imaginé que, a aquella temperatura, nuestras ropas empapadas nos matarían.

—Pronto vendrán a recogernos —nos tranquilizó Yoon.

—Podríamos encender una hoguera —sugirió Erin, tiritando.

—¿Ves el suelo sobre el que se posa tu culo de princesa? —preguntó Keelan—. Pues no es el suelo. Estás sentado sobre el Mar Norte.

Miré a Yoon a la espera de una aclaración:

—En invierno, la superficie del mar se congela. Cuando pase la estación, las aguas volverán a abrirse como una frontera más entre nosotros y las Tres Cúpulas.

—Y por eso no podemos encender una hoguera, Ricitos de Oro. Porque si derretimos la capa de hielo por algún punto, subirán a buscarnos ciertos amiguitos metálicos que viven en el agua.

—Sí, ya hemos tenido el gusto de conocerlos —zanjó Erin abriendo su abrigo y mostrando la herida de su hombro izquierdo.

—El fondo de ferrofluido se extiende prácticamente por todo el estuario, al menos hasta el Fuerte de las Viudas —explicó Yoon.

—Adivinad por qué lo llaman el Fuerte de las Viudas —bromeó su amigo.

En aquel preciso instante, a través de las ranuras del casco del trineo, pude distinguir un lejano punto gris en el borroso horizonte. Algo se aproximaba a nosotros levantando una nube de partículas de hielo a su paso. Entonces vi la imagen más hermosa que había visto hasta aquel día: un precioso caballo negro bajo la nevada, galopando hacia nosotros sobre la llanura de hielo, montado por un jinete con una ancha pelliza blanca de piel idéntica a la que nos habían suministrado Yoon y Keelan, seguido de más y más caballos idénticos.

En total eran diez jinetes vestidos de blanco, que traían cuatro monturas libres para nosotros, y avanzaban hasta nuestra posición arrancando un sonido sordo al hielo conforme los cascos de los caballos lo golpeaban con furia. Cuando estaban a pocos metros de nuestro trineo, sofrenaron sus caballos, pero solo uno de los jinetes se apeó, y extrajo una especie de saca de cuero de su zurrón para lanzársela a Yoon, que la atrapó en el aire. Un líquido transparente corrió por los labios y también por la barbilla de nuestra amiga durante un tiempo que me pareció interminable, y después nos ofreció la botella a Erin y a mí.

—Bebed.

Erin aproximó el cuello de la botella a su nariz para inspeccionar su contenido.

—Nos está prohibido —dijo.

Los jinetes, que se mantenían sobre sus monturas rondando alrededor de nosotros, se

carcajearon del comentario de mi compañero. Reparé en que muchos de ellos tenían el cabello y los ojos oscuros, como nuestros nuevos aliados.

Le arrebaté la botella a Erin, suponiendo que contendría gul, un licor que los postulantes tenían prohibido, y que solo podían consumir los consagrados. Pero, en fin, nosotros ya no éramos ni una cosa ni la otra, ni lo volveríamos a ser nunca. Así que... ¡qué demonios! El olor era intenso y recordaba a la hoja del anís. Hacía cosquillas en las fosas nasales. Di un trago rápido y sentí que estaba ingiriendo fuego en lugar de un líquido, un fuego que bajaba por mi pecho y cuyo calor se extendía por las extremidades, una sensación muy reconfortante, seguida de un ligero mareo no tan reconfortante.

—El gul es lo único que puede tumbar a los mejores guerreros. De hecho, es el mejor guerrero —nos explicó Yoon con una sonrisa burlesca que dibujó aquellos dos hoyuelos tan característicos junto a su boca.

Erin me arrebató la botella y dio otro trago, pero de inmediato lo vimos toser y saltársele las lágrimas entre las carcajadas de aquel grandullón de Keelan y de sus amigos jinetes. El que nos había ofrecido el licor recogió la bolsa de cuero y nos acercó nuestras monturas. Eran cuatro caballos negros, idénticos, con unas crines claras que colgaban sobre sus musculosos cuellos.

—¿Sabéis montar a caballo?

—¿Bromeas? —dijo Erin—. Nunca había visto uno de estos, quiero decir: uno de verdad.

—El secreto es no caerse —sentenció nuestra amiga Yoon.

Erin y yo reímos la broma.

—No es una broma —nos cortó Keelan. Tenía nieve en su larga barba oscura—. No caerse. No hay más.

Y eso hicimos. Keelan nos ayudó a subirnos a la grupa de aquellas bestias, de cuyas fosas nasales emanaban dos volutas de vaho.

La verdad, hermanas mías, es que cabalgué con los ojos cerrados la mayor parte del larguísimo camino. La mañana gélida en aquel desierto de hielo no podía proporcionarnos nada más que nieve que se escurría por la piel negra y musculosa de aquel noble animal, viento y un horizonte interminablemente blanco, y aquel paisaje casi desértico me permitía divagar, concentrarme en mis pensamientos y atar cabos, poco a poco, como si el peso del color de las cúpulas no nos dejara pensar allá dentro. «En el Vacío solo existe la locura», nos habían enseñado desde niños. ¿Cuántos hombres y mujeres, antes de nosotros, habrían descubierto esta mentira? ¿Cuántos habrían seguido la ruta que habíamos recorrido Erin y yo para llegar hasta aquí? ¿Cuántos conocían la Escalera de Jacob?

Entonces seguí con la mirada el vuelo de una gaviota, que planeaba buscando seguramente algo con que alimentarse. Lo cierto es que apenas nos cruzamos con animales en el camino, pocas señales de vida más allá de los aullidos lejanos de algún lobo, de las lentas parejas de renos que trotaban bajo la nieve y de las galopadas de las manadas de caballos salvajes, idénticos sin embargo a los que nosotros montábamos, de modo que sentí curiosidad por su origen:

—Estamos repoblando el Vacío poco a poco —nos explicó Yoon.

—¿Repoblando el Vacío?

—Traemos ejemplares de contrabando desde las Cúpulas. Necesitamos aparearlos. El problema de los animales clónicos es que su descendencia nace con el reloj biológico alterado. Solo los animales orgánicos nos permitirían perpetuar especies de una manera saludable, pero, como podéis imaginar, no resulta fácil conseguir animales así.

—Animales de la Memoria —intervino Erin.

—Creo que los llaman así bajo las Tres Cúpulas.

De repente, nuestros caballos parecían inquietos, como si alguna catástrofe natural estuviera a punto de cernirse sobre nosotros. El granizo se escurría por sus cuellos y resoplaban emitiendo columnas de vaho que pasaban ante nuestros ojos, hasta que Keelan detuvo inesperadamente la marcha alzando la mano y todos los jinetes sofrenaron sus caballos a la par.

—Tenemos compañía —anunció el gigante.

¿Compañía? Miré en todas direcciones, estábamos solos en la inmensa y fría llanura. Mi caballo giró siguiendo el movimiento de mi torso. Estaba empezando a sentirme cómoda con las riendas en la mano. Pero entonces, de repente, un obstáculo en el horizonte, una especie de montículo oscuro que rompía la monotonía blanca de nuestra ruta. ¿Cómo podía haberme pasado desapercibido? Era como si se hubiera materializado como por arte de magia: a cincuenta metros, una silueta negruzca e inmóvil nos miraba. La nieve caía sobre su cabello y su larga barba y me pareció obvio que aquel hombre o bestia, fuera lo que fuera, se sostenía sobre una gigantesca espada, las manos apoyadas en la empuñadura y la punta hundida en la nieve.

Keelan descabalgó y avanzó hacia aquella figura desenvainando su sable. El viento ululaba y proyectaba la nieve en rachas contra nosotros. No se oía otra cosa en el mundo que aquel silbido y los bufidos esporádicos de nuestros caballos, a los que ahora se sumaban los crujidos que los pasos del gigante le arrancaban al hielo.

Me percaté de que Yoon murmuraba algo mientras su amigo se aproximaba a aquel desconocido:

—Uno, dos, tres, cuatro...

—¿Qué es lo que cuentas? —curioseé.

Yoon sacudió la cabeza, como si mis palabras la hubieran sacado de un trance.

—No cuento nada en particular. Simplemente, cuento.

—¿Para qué?

—Siempre lo hago. ¿Qué otra cosa puedes hacer mientras esperas para no volverte loca?

Keelan rodeó la figura misteriosa sable en mano, pero esta no daba señales de vida. Alrededor de aquel cuerpo, el viento cantaba una extraña canción que conseguía encrespar mis nervios. Después la derribó de una patada y Erin y yo acudimos a curiosear. Los jinetes que nos escoltaban, por contra, se quedaron a una distancia prudencial, y sus caballos bufaron, como si temieran a aquella criatura incluso después de muerta.

—¿Quién es?

—Ellos también tienen sus desertores —respondió Yoon a unos metros de distancia, sin descabalgár siquiera.

—¿Ellos?

—Vosotros los llamáis los hostiles.

Si el gul había hecho algún efecto en mí, os aseguro que se había disipado por el frío y la impresión. Hermanas mías, tendido sobre la nieve después de que Keelan lo derribara, y todavía aferrado a una inmensa espada del mismo tamaño que la de nuestro nuevo aliado, vi al hombre más extraño con el que me había tropezado en toda mi vida. Su talla era descomunal, parecida a la de nuestro amigo Keelan, y tenía la frente estrecha y prominente, de tal modo que las cejas avanzaban mucho con respecto a los ojos, con las pupilas completamente blancas, además de unas fosas nasales muy anchas bajo las cuales nacían un bigote y una barba cubiertos de nieve tras los que se intuía una poderosa mandíbula. Su piel era tan pálida que las venas y arterias de su cuello y sus manos se transparentaban con absoluta nitidez, como si fueran tatuajes.

—Dicen que, al morir congelado, lo primero que sientes es muchísimo sueño, unas ganas

incontrolables de dormir —observó Erin—. Y por eso los congelados suelen morir con los ojos cerrados.

—Ellos no —respondió Keelan—. Ellos mueren con los ojos bien abiertos y una sonrisa en los labios.

Y era cierto, como si desafiara a la muerte, aquel extraño individuo se había congelado con una sonrisa tras su larga barba roja, cubierta por completo por la nieve. Fue el primer mensaje que recibí del pueblo de los hostiles, de su temperamento indomable frente a las fuerzas de la naturaleza. Pronto descubriría el poder de aquella nación que vivía más allá de las Cúpulas.

31. Los pájaros de plata

Las ventanas rotas de un gigantesco edificio brillaba en el horizonte. Bajo su sombra resultaba fácil imaginar el impacto del Asteroide, el momento en que el suelo tembló y todos aquellos vidrios reventaron, y la lluvia de fragmentos de cristal que caería sobre las personas que deambulaban en su interior. Una inmensa torre se alzaba en el costado derecho, a cuya falda había cúmulos de nieve entre los que me pareció distinguir un movimiento incesante de hombres, camuflados con gruesos abrigos blancos como los nuestros, que transportaban cajas metálicas de aquí para allá.

—¿Qué es este lugar?

—Isaac dice que era el puerto en el que desembarcaban los colonos con los que se poblaron las Tres Cúpulas, los fundadores imperecederos de su mundo —dijo Yoon.

—¿Conoces a Isaac? —Erin me quitó la pregunta de los labios.

—No en persona —reconoció ella—. Pero todos hemos leído sus epístolas.

Esto último lo dijo señalando con la cabeza a los jinetes que nos escoltaban, y los demás asintieron con expresión severa, como si el nombre de Isaac les mereciera un respeto unánime.

—Dejaos de cháchara. Atad ahí vuestros caballos para que puedan abrevar —alzó la voz el gigante Keelan—. Deben de estar sedientos.

A las puertas del edificio, decenas de caballos con la cola anudada, todos negros e idénticos como si hubieran sido clonados a partir de un mismo ejemplar, abrevaban bajo unos enormes toldos de planchas metálicas, y el viento ululaba en torno a gigantescas antenas tumbadas y enterradas bajo nieve, pero no alcanzaba a comprender qué cometido habrían cumplido sobre el tejado de aquel antiguo edificio antes de desplomarse, quizá durante las Guerras del Tiempo.

Antes de internarnos en aquel edificio, volví la vista hacia las Tres Cúpulas, que brillaban majestuosas en el horizonte blanco. Era una visión imponente, una especie de gigantesca alucinación que se dominaba desde aquel enclave, pues este se hallaba a una suficiente distancia de las cúpulas como para no poder ser avistado desde su interior, sospecho que ni siquiera en un día muy claro, y al mismo tiempo no parecía difícil reconocer cualquier señal luminosa desde allí, como la espada en llamas de Keelan, si se usaban unos prismáticos.

Por los pasillos del edificio principal, centenares de hombres y mujeres enmascarados y vestidos de blanco, como Yoon, se desplazaban de aquí para allá acarreando cajas metálicas y placas de grafeno bajo la luz pálida de los tubos de neón. Si era cierto lo que nos había dicho Keelan, entre ellos se contarían muchos desertores como nosotros.

Donde una vez hubo ventanas, ahora solo había enormes agujeros tapiados con cierta torpeza con tablones, entre cuyas ranuras se filtraban los rayos de sol y el silbido del viento, y las siluetas de los habitantes de aquella casa avanzaban en ambas direcciones de los pasillos, se transmitían órdenes procedentes del mando. ¿Quién dirigía un lugar así?

Yoon avanzaba delante de nosotros. Todo aquel con quien nos cruzábamos inclinaba la cabeza a su paso y ella, o eso me pareció, conocía el nombre de cada uno de sus compañeros, mientras que Keelan cerraba la marcha sin responder a los saludos, tan malhumorado como siempre.

—Os mostraré las instalaciones, pero antes deberíais hacer una visita a la cámara de salud.

—No necesitamos ninguna cámara de salud —dijo Erin haciéndose el duro—. Llevadnos ante Jacob.

Keelan sonrió con una mueca sarcástica:

—¿Queréis conocer a Jacob? —El gigante hizo un gesto a Yoon que no supe descifrar—. Será mejor que corramos antes de que se lo lleven de aquí.

—¿Antes de que... se lo lleven?

—Tenemos que trasladar a Jacob continuamente alrededor del perímetro de la Tercera Cúpula, para evitar que El Palco pueda localizarlo. Además de la Casa de los Pájaros de Plata —prosiguió—, tenemos varias torres alrededor de vuestras tres pompas de jabón y rotamos periódicamente.

Así que ese era el nombre de aquel lugar: la Casa de los Pájaros de Plata.

De las palabras de Yoon se deducía que la Casa era una especie de zona de paso entre un mundo y otro, un puerto entre las cúpulas y los dominios de los que, hasta aquel momento, habíamos llamado *los hostiles*. Se podría decir que se trataba de la vanguardia de aquellos hombres y mujeres, su puesto más avanzado, y una actividad desbordante parecía tener lugar en todo momento, como si no cesaran de entrar y de salir luchadores en ambas direcciones, hacia ambos mundos. ¿Qué hacían allí? ¿Cómo los preparaban para infiltrarse en las Tres Cúpulas?

Quise saber cómo conseguían sacar de las Cúpulas a los desertores sin que el Palco los rastreara.

—El Palco tiene ingenieros, pero nosotros también tenemos los nuestros. Saben cómo anular el registro de los Tres Hilos, y así los convierten en fantasmas. Todo está en las epístolas de Isaac, explicado hasta el mínimo detalle.

—El viejo Isaac...

—El procedimiento es sencillo, aunque no consigue extraer a los desertores del Reloj Absoluto. De modo que el Palco continúa lanzando sus mensajes a través de los Tres Hilos, y también a través de los sueños. No debéis confiar en los sueños. Han sido implantados por ellos en vuestras cabezas para manipularos. La primera forma de resistencia es la resistencia a los sueños. Nuestro Renacimiento comenzará por los sueños.

¿*Nuestro Renacimiento*? No era la primera vez que escuchaba aquella expresión, ni tampoco la primera que había oído hablar de un *nosotros*, de una especie de resistencia al poder omnímodo del Palco, algo que había deslizado nuestro añorado Adras en sus palabras, y también Isaac y el general en aquel viejo vagón de tren. Acabábamos de comprobar que aquel *nosotros*, aquel *Renacimiento* era una fuerza real.

—Muchos de estos hombres y mujeres proceden de los doce dojos como vosotros. En el Palco los llaman desertores. Aquí los llamamos hombres y mujeres libres. Aprendieron a luchar allí, pero después descubrieron que luchaban por la causa equivocada.

—Otros proceden del Vacío —añadió Keelan—. Creo que bajo las cúpulas los llamáis *hostiles*. Al parecer, os gusta etiquetar con palabras despectivas a quienes no son como vosotros.

—La verdad es que nunca los había imaginado así, a los habitantes del Vacío, quiero decir.

—Bueno, no todos son tan guapos como nosotros —intervino Keelan—. ¿Recuerdas el hambre que vimos en el camino? Pertenecía a la raza de los hombres de cristal. Los más feos y crueles de entre los habitantes del Vacío.

Nuestros pasos desembocaron en una explanada gris que se extendía a espaldas del edificio, sobre la que una inmensa pantalla de placas solares emitía un resplandor hiriente. Supuse que esas placas procedían de las *razias* de las que nos habló Cedalión en la red radial, y que a eso se dedicaban Yoon y Keelan, a robar placas fotovoltaicas para abastecer de electricidad a las bases del Renacimiento.

Sin embargo había algo más tras las placas en aquella explanada, las siluetas de un grupo de colosales artefactos recortados por el resplandor de las planchas fotovoltaicas, cuya sombra se

extendía sobre la nieve. Eran al menos seis enormes vehículos corroídos por la oxidación, largas cabinas atravesadas por alas grises y rematadas en una alta cola oxidada de chapa ya prácticamente ennegrecida por el paso de los siglos, y supuse que se trataba de los pájaros que daban nombre al edificio, y que los ingenieros que los crearon debieron inspirarse en efecto en las aves. Conservaban, pese a los estragos del tiempo, un porte majestuoso, allí, varados bajo los rayos solares del Vacío, con el viento gélido silbando a través de sus ventanas rotas y los resquicios en sus chasis.

—Son anteriores a las Guerras del Tiempo. Los utilizaban para desplazarse por el aire. Nadie sabe cómo manejarlos ni cómo repararlos —nos aclaró Yoon—. Y, aunque lo supiéramos, no tenemos la fuente de energía que les permitía volar.

—Debió de ser un mundo muy grande.

—Hay un mundo muy grande más allá de las Tres Cúpulas, solo que cubierto por una inmensidad de frío y de nieve.

Costaba imaginar las dimensiones de un mundo más allá de las Cúpulas. Comprendedlo, hermanas mías. Habíamos crecido en un universo tan limitado que nuestra percepción del espacio, nuestra imaginación, estaba cercenada y no podíamos concebir siquiera las auténticas dimensiones de nuestro planeta, como un pájaro que hubiera crecido en una jaula de oro, confundiendo las dimensiones de la jaula con las del mundo.

—Deprisa, subid. Os presentaré a Jacob.

Keelan y Yoon nos condujeron hasta las ruinas de la torre que habíamos podido admirar desde el exterior de la casa. Supuse que en otro tiempo debió de ser un lugar importante, puesto que era la construcción más alta de aquel complejo, aunque ahora presentaba enormes boquetes en sus paredes de hormigón. ¿Todavía cumplía alguna función para el Renacimiento?

La escalera desembocaba en una planta sin techo y con enormes agujeros en las paredes, a través de los cuales asomaban las nubes grises. Desde las ventanas se disfrutaba de una espectacular vista de las Tres Cúpulas en su conjunto. Me quedé hipnotizada, inmóvil como un poste entre el ajetreo de un grupo de operarios vestidos de blanco que desmontaban pieza por pieza un inmenso cañón metálico, de al menos cinco metros de longitud.

En el tejado de aquella vieja mole de hormigón, habían acumulado barriles de aceite y varios grandes brazos mecánicos rodeados de bolas de madera y paja, supongo que para defenderla en caso de ser sitiados. Pero lo más curioso era que todos aquellos mecanismos de defensa apuntaban no hacia las cúpulas, sino hacia el norte, es decir, a la espalda del edificio.

—Os presento a Jacob —dijo Yoon dando unas palmaditas sobre la base semiesférica del cañón, que sonó tan hueca como una tubería.

—¿Bromeas? —dijo Erin.

—En absoluto. Y dadle las gracias. Él es quien os ha traído hasta aquí.

—¿Y por qué lo llamáis Jacob? —quiso saber Erin.

—Porque ese era el nombre de su inventor: Jacob.

Me asomé desde una ventana de la torre al paisaje que se desplegaba a nuestros pies. El haz de luz que nos había permitido cruzar la Tercera Cúpula debió proyectarse desde aquella misma torre. Ahora podíamos reconstruir, desde la altura, el camino que nos había traído hasta allí: la explanada de nieve que rodeaba las Tres Cúpulas, atravesada por el Tamesa, helado en el exterior, hasta conectarse con una enorme llanura de hielo bajo la cual se distinguía un espeso fondo oscuro.

—Al menos algo de lo que nos enseñaron era cierto — bromeó Erin acodándose a mi lado

sobre el quicio del ventanal desde el que contemplaba el paisaje—: los ríos y los mares están podridos, es verdad.

—Pero el aire de por aquí parece bastante sano, ¿no crees? —bromeé.

—Solo en los alrededores de la Tres Cúpulas. Exactamente hasta allí, hasta el Fuerte de los Viudos —dijo Yoon sumándose a nosotros y señalando hacia una solitaria fortaleza que se erigía en el horizonte, a espaldas de la Casa—. La inmensa mancha bajo el hielo que podéis ver desde aquí es el ferrofluido que arrastra el río hasta el estuario.

—Está escrito en las epístolas de Isaac —añadió Yoon—. Este lugar era el estuario en que se encontraban el mar y el río. La alfombra de nieve que puedes ver rodeando el hielo era, según el Profeta, una límpida playa. Ahora es solo un lugar de muerte.

Y, tan pronto como Yoon terminó de pronunciar estas palabras, algo nos sobresaltó, una especie de zumbido lejano, muy grave, que se elevaba sobre el rugido casi constante de las ventiscas. Todos los operarios que trabajaban en la torre volvieron la vista hacia las cúpulas y se quedaron paralizados.

Miré a Yoon con gesto interrogativo. Ella se limitó a levantar la palma de su mano. Y, justo en ese momento, como si la naturaleza obedeciera órdenes de nuestra nueva amiga, el suelo comenzó a temblar. Desde la torre vimos cómo los cristales que aún quedaban en pie en aquel viejo edificio vibraban emitiendo un chirrido hiriente para caer en cascada por la fachada sur del edificio, la misma por la que habíamos accedido a la Casa, y el ruido de aquel torrente de cristal asustó a los caballos que abrevaban, a las puertas, de tal modo que las pobres bestias comenzaron a agitarse y a cocear las estacas que los mantenían atados.

—¿Qué demonios...? —dijo Erin.

Yoon dio una señal cerrando su puño y los centinelas corrieron a apostarse en las ventanas. Algunos de ellos contaban con prismáticos oxidados y los apuntaron hacia las cúpulas, de donde parecía proceder aquel estruendo.

De repente, un chirrido colosal originado en las Cúpulas se nos clavó en los oídos. Era como si la propia tierra estuviera gruñendo, como si el planeta fuera un gigantesco animal herido por una enorme flecha.

Desde la torre, un centinela gritó algo:

—¡La cúpula!

Me asomé a una de las ventanas, en cuyos marcos solo quedaban diminutas astillas de cristal, y vi el arco de una luz rojiza en el perímetro de la Tercera, primero una estrecha banda deslumbrante que, después, poco a poco, se iba ensanchando, como una enorme boca roja.

—¡Qué demonios..!

Un baño de luz roja se extendió sobre la llanura de nieve. Imaginadlo: era como si la explanada que habíamos atravesado para llegar hasta aquí, hasta el mundo libre, comenzara a teñirse paulatinamente de sangre. Y en parte así era, porque aquella luz era en efecto un augurio de sangre.

—Por lo que se ve, sois mucho más importantes de lo que creíamos —dijo Keelan.

32. Los emblemas

Hermanas: lo que presenciábamos entonces no había ocurrido jamás en nuestro mundo. Con un colosal esfuerzo, la Tercera Cúpula se estaba abriendo poco a poco en el horizonte, como si alguien arrastrara el portón de una inmensa fortaleza desde el otro extremo, pero de una fortaleza opaca que medía miles de metros de altura.

—¡Por todos los demonios! —exclamó Keelan.

La nieve comenzó a derretirse a los pies de aquella obertura, supuse que por las enormes corrientes de viento cálido que escapaban de la Cúpula. Con una estridencia seca que parecía rasgar el interior de nuestros cráneos, el hielo se fracturaba por el calor emanado del desierto y de aquella cegadora red de placas solares que Erin y yo habíamos visto durante nuestra travesía. Enormes grietas se abrían paso, adoptando formas siniestras, similares a garras o a relámpagos negros. Nunca había escuchado un ruido semejante. Era como si el mundo se estuviera quebrando ante nuestra mirada.

—¿Qué significa? —le pregunté a Yoon.

—Nada bueno.

Poco a poco, la semiesfera iba recogiendo ante nuestros ojos, permitiendo a su vez que la atmósfera de la intemperie penetrara en los territorios de la Tercera Cúpula. El frío exterior debió afectar sin duda al cinturón de placas solares, y seguramente se llevaría por el aire cientos de ellas, puesto que las Tres Cúpulas parpadearon por un instante como si estuvieran a punto de apagarse. Pero también a la inversa: el calor inhumano que la Cúpula irradiaba a la intemperie, y que podía sentirse incluso desde nuestra posición, se iba vaciando sobre la llanura de nieve y empantanaba la enorme meseta que separaba las Cúpulas de la Casa de los Pájaros de Plata, tiñéndola progresivamente de un tono marrón, de agua sucia o lodo. Era como si la temperatura de ambos mundos se trasvasara.

Cuando la ranura entre el borde de la cúpula y el suelo alcanzó unos cinco metros aproximadamente, el movimiento de retracción se detuvo con otro gigantesco gruñido, y después, nada, un silencio sobrecogedor.

Durante unos segundos, todos contuvimos el aliento. Me fijé en los rostros de los hombres y mujeres que aguardaban junto a nosotros apostados en las ventanas de la Casa de los Pájaros de Plata. Los había de todas las edades. Incluso algunos de ellos eran solo niños, armados con arcos más grandes que sus cuerpos. Una de las niñas volvió la vista hacia mí, descuidando su vigilancia por un instante, y después devolvió su mirada nerviosa al horizonte: era rubia como nosotros, pero reparé en que tenía un ojo azul y el otro marrón.

Entonces, en el horizonte, distinguimos una inmensa polvareda que avanzaba hacia nosotros a través de la explanada, apenas una nube de sombras deslizándose sobre un suelo sucio y encharcado que, en algunos puntos, se reducía a láminas de hielo. Ningún ejército podría salir a la intemperie empleando una escalera de Jacob como la que nos había traído más allá de las Tres Cúpulas, así que el Palco había tomado la decisión más drástica, quizá por primera vez: abrir una fisura en la Tercera Cúpula.

—Han venido un montón de tus amiguitos púrpura. ¡Una legión entera! ¿Es que es tu cumpleaños, larguirucha? —bromeó Keelan.

¿Larguirucha?

—Ni siquiera sé cuándo es mi cumpleaños. Simplemente, un día me dijeron que ya tenía

dieciséis años, y que debía combatir en el Domo.

Al alzarse, la Tercera había dejado sobre el hielo una enorme cicatriz, una larguísima grieta curva de algo más de un metro de anchura, que los caballos de los purpurados se disponían a sortear. ¿Cómo nos habían encontrado? El Profeta eliminó nuestro registro, estoy segura, confiaba en su palabra, y en tal caso nuestro rastro se habría perdido en el bosque próximo al tren de Isaac, es decir, cerca de la Aldea Vigésimo-Novena. Pero la Tercera Cúpula ocupaba un área inmensa que habíamos recorrido en el tren radial. ¿Cómo podían saber en qué zona nos encontraríamos con la Escalera de Jacob? ¿Y por qué aquel despliegue? Debía haber una legión entera, más de trescientos jinetes y más de cuatro mil legionarios de a pie, es decir, una décima parte de los efectivos totales de la Legión Púrpura. ¿Solo para nosotros? Como habíamos podido comprobar, no éramos ni los primeros ni los últimos desertores que habían escapado de las Cúpulas, ¿qué nos hacía distintos a Erin y a mí?

Los operarios de la torre dismantelaban el cañón de Jacob lo más rápido que podían. Observé que uno de ellos trepó al quicio de una ventana y comenzó a hacer señales con un espejo en dirección al mar helado que se extendía a nuestra espalda, en la fachada norte. Pronto aparecieron destellos en respuesta: había alguien más allá de las aguas heladas del estuario, alguien que quizá podría llegar a tiempo para ayudarnos a resistir el ataque.

Mucho más acá, a unos metros de la orilla, se distinguía el Fuerte de los Viudos, un edificio de planta circular sostenido sobre cuatro gigantescas columnas de hormigón que parecía una especie de gigante hundido hasta las rodillas en el agua helada.

—¿Cómo sabían que nos hallábamos en el perímetro norte de la Tercera Cúpula? ¿Y cómo descubrieron el punto exacto de la periferia por el que escapamos?

—Quizá siguieron nuestro rastro en la red radial —respondió Erin—. Tal vez algún otro pasajero de la vagoneta en que viajábamos diera la voz de alarma.

Pensé en el pequeño Cedalión, en sus ojos tras la ventana de la vagoneta, condenados más tarde o más temprano a la misma ceguera que su madre. No, no podía haber sido él. Ciertamente que el muchacho parecía fascinado por la Legión Púrpura. Pero estaba convencida de que aquel crío sintonizó con nosotros, con Erin y conmigo, y que cumplió su servicio con fidelidad y fue por ello recompensado, y por eso me miraba desde la ventana de la vagoneta sosteniendo en su mano el colgante con el colmillo del lobo que había cazado Erin.

—Creo que hemos aprendido una lección importante —añadió Erin—. La huida no termina hasta que has borrado todas tus huellas.

Pero entonces Yoon nos llamó desde un ventanal. En el horizonte, los estandartes rivales se agitaban sacudidos por las fuertes ráfagas de viento que ahora se intercambiaban entre la atmósfera de la Tercera Cúpula y la del Vacío. Por contra, las larguísimas lanzas de la Legión permanecían perfectamente perpendiculares a la tierra.

—Tenéis que marcharos con los trineos de los operarios.

Yoon nos miraba con severidad. Sus pupilas estaban tan contraídas que el iris parecía una piedra negra.

—¿Alguna vez habían cruzado a la intemperie?

—Nunca —admitió—. El Palco ya tiene bastante trabajo con desactivar a nuestros fantasmas. Hace años que entramos y salimos en sus mismísimas narices.

Me volví hacia ella, angustiada por un pensamiento:

—Entonces ¿es culpa nuestra? ¿Los hemos atraído nosotros hasta aquí?

Yoon me ofreció por respuesta una media sonrisa con la que, en vano, intentaba suavizar una verdad terrible: que éramos nosotros los que habíamos conducido a aquel ejército hasta las

puertas de la Casa de los Pájaros de Plata, o con la que tal vez intentaba despejar su propia culpa. Al fin y al cabo, Keelan y ella misma nos habían traído hasta aquí.

—Lo importante es que ahora estáis en el lado correcto. Los contendremos el tiempo suficiente para que los operarios puedan retirar el equipo.

—Pero no podéis hacer nada frente a toda una legión... ¡Más de cuatro mil purpurados!

—Solo son números, no individuos. Por eso ellos llevan máscara y nosotros no.

—¿Solo son números? —se burló Keelan—. Desde luego. Pero son un número de cuatro cifras, y nosotros apenas llegamos a las tres cifras.

Keelan no era un hombre para el que las metáforas tuvieran ningún significado. Yoon nos estaba señalando una diferencia mucho más profunda que el atuendo o las armas o el color de piel. Nos estaba diciendo que los purpurados no eran en realidad individuos, pues no tenían rostro, ni nombre los unos para los otros; solo eran peones para sus jefes de escuadrón y sus generales, y yo habría terminado siendo uno de esos peones si Adras no nos hubiera sacado del Domo.

—¡Bah! Son muchos, pero ni siquiera son soldados de verdad. Se parecen más a los monjes que a los guerreros: ¿voto de silencio? ¿Voto de anonimato...?

No pude evitar que el comentario me ofendiera de algún modo. Al fin y al cabo, yo había hecho aquellos votos, me había preparado para convertirme en uno de aquellos *monjes*. Con un gesto de incomodidad, pedí prestados sus prismáticos a Yoon. Vi los estandartes al frente de aquellas columnas de color púrpura, banderas con lobos, halcones, cobras y salamandras, y, en segunda línea, la caballería de la Legión Púrpura, avanzando en perfecta formación hacia nosotros al ritmo de los tambores, con sus caballos negros, todos idénticos. El espectáculo era indescriptible: una horda de legionarios abriéndose paso entre la nieve que les precedía y la tempestad de arena a sus espaldas.

—Los arqueros nos cubrirán mientras nuestra caballería los entretiene —dijo Yoon.

—¿Y saben vuestras flechas distinguir a vuestros jinetes de los jinetes rivales? —se burló Erin.

—No son las flechas las que tienen que distinguirlos, enano —replicó Keelan.

A través de los prismáticos de Yoon, pude ver las armaduras púrpura. Seguí sus estandartes con los prismáticos hasta que tropecé con la visión más estremecedora de aquella extraordinaria jornada. Un escalofrío recorrió mi espalda.

—¿Qué sucede?

Sentí que me fallaban las fuerzas y caí de rodillas.

—¡Clea! —gritó Erin ayudándome a levantarme.

Era incapaz de pronunciar una palabra. Erin tomó los prismáticos y echó un vistazo por sí mismo. Tardó unos segundos en localizar la imagen que me había helado la sangre. Después solo fue capaz de musitar una palabra:

—Asesinos...

Yoon recuperó sus prismáticos para ver por sí misma aquella monstruosidad: en primera línea, atados a sus sillas de montar para que no cayeran de los caballos, cuatro cuerpos sin vida se sostenían sobre cuatro monturas, unos con su cabeza descolgada hacia atrás; otros, hacia un lado. Sus manos colgaban de los huesos y los tendones, como si sus inquisidores hubieran marrado el corte por torpeza, o como si lo hubieran hecho a propósito para prolongar su dolor. Tenían los rostros hinchados y desfigurados por los golpes y la putrefacción, y una costra de sangre y barro los cubría casi por completo, pero eran ellos: Halina y Kore, las gemelas que nos sacaron de la Ciudad imperecedera, la anciana Go y el anciano de larga barba que la ayudaba en la cámara de

salud. Por fortuna, Isaac no se contaba entre las víctimas, y recordé lo que me dijo al despedirnos: que el Palco lo dejaba en paz siempre que no regresara a la Ciudad imperecedera.

—Lo pagarán —dijo Erin—. Créeme, lo pagarán muy caro.

33. Evacuación

Un enorme gruñido metálico rasgó el aire, procedente de unas oscuras nubes de tormenta que se elevaban sobre la Tercera Cúpula. Su eco rebotó en las paredes de hormigón de la Casa de los Pájaros de Plata, pese a la distancia a la que nos hallábamos.

—Silencio —dijo Yoon con su mano alzada.

Y entonces, sobre la polvareda amarilla que antecedió a los escuadrones, brotó como de la nada un veloz disco dorado y se elevó sobre sus cabezas. Nunca había visto un vehículo semejante. Su diámetro superaba los cinco metros, y giraba en el aire emitiendo un zumbido estremecedor a través de las nubes, que parecía cortar con la plateada cuchilla giratoria que lo rodeaba.

—¡Qué de-de-monios es eso! —exclamó Erin, que había vuelto a tartamudear.

—No había visto un chisme igual en mi vida —admitió Keelan.

El disco se aproximaba a nosotros, con un zumbido que se iba volviendo más y más grave.

—¡Evacuad la torre! —gritó Yoon.

Todos los operarios que dismantelaban a Jacob corrieron escalera abajo llevando consigo cuanto podían. A través de los agujeros en los muros de la torre vimos el resplandor de la cuchilla de aquel artefacto bajo el cielo grisáceo, que recordaba a un afiladísimo bloque de hielo. En su centro exacto se ubicaba una diminuta cabina ocupada por un único piloto.

—¡Deprisa! ¡Deprisa!

Como si hubieran ensayado un millar de veces aquella emergencia, los hombres de blanco de la fortaleza recogían en cajas metálicas los materiales y los cargaban en una docena de trineos idénticos al que había empleado Keelan para rescatarnos. Sus patines arañaban la nieve con un grave susurro al deslizarse por la explanada a nuestras espaldas. Más tarde supimos que, además del cañón de Jacob, lo que los operarios intentaban poner a salvo eran los dispositivos con los que reprogramaban los Tres Hilos, aquella pantalla rectangular con la que Isaac había eliminado el registro de nuestros hilos y que, al parecer, los operarios de la Casa utilizaban para infiltrar guerreros en las Tres Cúpulas y para salvar la vida de los disidentes. Sin aquellos equipos de laboratorio, su causa estaba perdida.

Cuando ya corríamos bordeando las ruinas de los Pájaros de Plata, el extraño vehículo planeó unos metros y se dirigió directamente a la torre. Contemplamos su panza dorada desde abajo. Nos vimos reflejados en ella, un ejército de hombres y mujeres vestidos de blanco que se dirigían a la cara sur del edificio para dar tiempo a los operarios que huían por el norte hacia los trineos transportando cajas metálicas.

Todo ocurrió en un segundo. Con un chirrido escalofriante, la colosal cuchilla descabezó la torre llevándose la mitad del cuerpo de uno de los operarios, y los fragmentos de hormigón, mezclados con un millón de chispas, se desmoronaron sobre la nieve arrastrando la mitad inferior de aquel pobre desgraciado, mientras el disco remontaba el vuelo.

—Que los dioses nos ayuden —recé.

—No hay dioses en el cielo. Estamos solos —me corrigió Keelan.

—¿Dónde habré oído eso antes? —pensé en voz alta.

Arrastrada por los bloques de hormigón, la base del cañón se precipitó desde lo alto de la torre en una caída silenciosa, amortiguada por los cúmulos de nieve que se extendían a los pies del edificio, mientras el disco se elevaba con un zumbido que se iba volviendo más agudo conforme se alejaba de nuestra posición.

—¡A vuestros puestos! —gritó Yoon.

Un centenar de arqueros corrieron a apostarse en los ventanales de la cara sur del edificio y apuntaron al cielo mientras Yoon nos apremiaba a que corriéramos hacia los trineos.

—¡Vosotras no sabéis luchar contra esos chismes! —nos gritó.

Y tenía razón. Nunca nos prepararon en el dojo para enfrentarnos a algo así. Ni siquiera sabíamos de su existencia.

—Vosotros tampoco sabéis —dijo Erin, y me miró buscando la confirmación de que estaba dispuesta a permanecer allí, a su lado.

Yo asentí con la cabeza y esboqué una sonrisa. Por supuesto que sí. Combatiría junto a Erin hasta el último suspiro, estaba determinada por completo a hacerlo. No sé qué me impulsó a tomar su mano entre las mías y estrecharla, supongo que la tensión del momento, el temor a que aquel fuera nuestro último combate. Necesitaba a Erin más que nunca.

Pero no era el lugar ni la hora de poner en orden nuestros sentimientos. La sombra de aquel enorme disco se deslizaba sobre la llanura de nieve en dirección a la Casa de los Pájaros de Plata, emitiendo un zumbido que nos helaba la sangre.

—Prended las puntas —gritó Yoon.

Los soldados obedecieron como un solo hombre y un olor a brea impregnó el pasillo a cuyos ventanales se apostaban los arqueros.

—Apuntad.

La hilera de arqueros se quedó absolutamente inmóvil atenazando cada cual los culatines de sus flechas calientes. En sus rostros bailaba la luz de las llamas que ardían en el otro extremo. Los observé por un instante, hombres y mujeres de distintas edades y razas, algunos con el cabello rubio como nosotros, otros con el cabello oscuro, e incluso niños que, sin embargo, parecían muy diestros en el manejo del arco. La tensión de sus brazos y de las cuerdas de sus arcos se transmitía a la atmósfera.

—Hay que esperar al último instante —gritó Yoon—. No disparéis hasta que se lance en picado sobre nosotros.

Cierto. Había que arriesgar. Solo podríamos dañar a aquel artefacto cuando se hallara tan cerca que pudiéramos acertar al piloto, que los dirigía desde el centro exacto del disco. Pero creedme, amigas mías: no es fácil mantener la posición firme cuando un gigantesco disco dorado se dirige hacia ti con intenciones tan evidentes.

—Solo unos segundos más...

El disco estaba ya muy próximo a la fortaleza y Yoon había comenzado a contar en voz baja, como solía hacer frente a un peligro desconocido: uno, dos, tres, cuatro... Supongo que era su manera de templar los nervios, una especie de ritual que le permitía mantener a raya las emociones.

—¡Disparad!

Con el zumbido de las cuerdas de los arcos, las flechas se elevaron por cientos frente a nosotros, como una especie de lluvia de fuego que ascendiera en parábola en lugar de caer, pero algunas perdían el ímpetu a muchos metros del objetivo y se precipitaban sobre el hielo para convertirse en pequeños penachos de humo negro, otras resbalaban sobre el metal dorado y otras eran seccionadas por la cuchilla exterior de aquel artefacto, que giraba a una velocidad endemoniada. Por fortuna, la lluvia de flechas había servido al menos para que el piloto se retirara a resguardarse del fuego hasta la siguiente acometida, y sobrevolaba ahora las columnas de la infantería púrpura, en lento pero seguro avance hacia nosotros.

—¡Hay otro! —gritó un vigía—. ¡A veinticinco grados!

Era cierto. Un segundo disco avanzaba por el este en nuestra dirección. Y de nuevo, los brazos tensos de todos aquellos hombres, mujeres y niños vestidos de blanco, las flechas cubriendo el cielo como luciérnagas, y esta vez sí, esta vez varias de aquellas saetas acertaron al piloto del segundo disco, que se precipitó emitiendo una especie de gruñido animal que nos taladró los tímpanos.

El aparato planeó por unos instantes sobre la nieve y después comenzó a escorarse, poco a poco, hasta que se puso prácticamente en vertical. Al contacto con el hielo, la cuchilla giratoria iba levantando una gigantesca nube de partículas de nieve acompañadas de un monstruoso chirrido, abriendo una zanja enorme sobre la superficie helada del Mar Norte, hasta que el disco se incrustó en el hielo, en posición vertical. Con los prismáticos, vimos emerger a la superficie el ferrofluido que se agitaba bajo la gruesa capa de hielo, en forma de largas lenguas plateadas que trepaban por la nave buscando el cuerpo sin vida del piloto, que colgaba de la diminuta cabina central, hasta que los tentáculos metálicos lo atraparon y lo arrastraron al fondo.

No tuvimos tiempo de celebrar aquella exigua victoria. El primer disco regresaba ya al ataque y se lanzaba en picado contra las ventanas de la Casa de los Pájaros de Plata. Lo vimos atravesar el costado del edificio de parte a parte, levantando una lluvia de chispas y seccionando cuanto encontraba a su paso.

—¡Se dirige a los trineos!

—¡Fuego! —ordenó Yoon.

Los arqueros lanzaron otra andanada de flechas y el cielo a nuestras espaldas se llenó de luces, lo que obligó al piloto del disco a remontar el vuelo y retirarse para preparar una nueva acometida.

Cuando volví la vista, había al menos una docena de cuerpos partidos por la mitad, sangrando sobre los pasillos, y uno de los muros de sacas vomitaba un humo negro y espeso. Seguramente alguna de las flechas que intentaban repeler al piloto había caído dentro de la Casa e incendiado la trinchera. Fue tan rápido que no tuvimos tiempo de reaccionar. Unas sacas prendieron a las otras. La Casa de los Pájaros de Plata estaba en llamas.

—¡Vámonos! —nos gritó Keelan tirando de nuestros brazos—. Subiréis a los trineos con los operarios.

Bajamos las escaleras a toda prisa. El edificio temblaba por la proximidad del gigantesco disco, que preparaba una nueva ofensiva. Entre los operarios que subían y bajaban, Keelan detuvo a una muchacha. Era aún más joven que nosotros, tenía la piel morena y el pelo muy rizado y negro como la noche.

—¡Nawal! ¡No deberías estar aquí! Llévate a estos dos a los trineos y escóltalos al Continente —le ordenó Keelan.

La muchacha asintió con expresión severa. Tenía unos preciosos ojos color miel, un tono que yo jamás había visto.

—Seguidme —dijo.

La rebelión contra el Palco, que algunos llamaban el Renacimiento, sobreviviría a la batalla de la Casa de los Pájaros de Plata si le dábamos solo unos minutos más. Pero para eso los soldados blancos tenían que enfrentarse a un ejército que los superaba en número y en adiestramiento. Recordad, hermanas, que cada uno de aquellos hombres y mujeres que avanzaban hacia nosotros había sido escogido entre doce.

—¡Rápido, no os detengáis! —nos gritó Nawal.

Desde el pasillo, vi cómo medio centenar de jinetes preparaban sus monturas mientras las flechas en llamas buscaban en el aire al piloto de aquel temible artefacto circular. Estaban en

franca desventaja: cada Legión de los purpurados contaba con al menos trescientos jinetes, seguidos de la inmensa infantería púrpura, cuyo avance hacía temblar el suelo.

Erin se detuvo y me miró intrigado mientras Keelan montaba su caballo para dirigir la carga de la caballería.

—¿Qué ocurrencia has tenido ahora?

—Si al despertar esta mañana me hubieran preguntado qué es lo que me apetecía hacer hoy —dijo Erin—, te aseguro que lo último que hubiera respondido es *suicidio colectivo*.

—¿Y?

—Pues que empieza a no parecerme tan mala idea. Lo único que necesitaba era una buena causa por la que entregar la vida.

Luego señaló a los caballos que habían quedado libres con una ligera sacudida de cabeza.

—¡Clea! ¡Erin! —se impacientó la muchacha.

—¡Qué rápido te has aprendido nuestros nombres! —bromeó mi compañero.

—Nunca olvido un nombre —dijo ella con solemnidad.

La muchacha extendía las palmas de sus manos hacia nosotros con un gesto ambiguo. ¿Pretendía acaso que se las estrecháramos? ¿Estaba rezándole a sus dioses para que entráramos en razón y la siguiéramos? Nuestra jovencísima amiga tenía la mirada de alguien cuerdo intentando comprender las motivaciones de dos locos.

—¿Y bien, Clea?

Respondí con un sencillo gesto: la palma izquierda hacia arriba y los cuatro dedos de la mano derecha en vertical sobre ella. ¿Recordáis lo que significaba aquel ademán en el Código Púrpura? Permanecer, resistir, no abandonar a los camaradas en el campo de batalla.

Ante el pasmo de Nawal, desenganchamos nuestros caballos para seguir a Keelan, que ya galopaba sable en alto a la cabeza de medio centenar de jinetes para lanzarse contra la caballería de la Legión Púrpura, seguida a quinientos metros de las interminables filas de la infantería.

—¿Estáis locos? Tenemos que correr hacia los trineos —insistía Nawal.

Pobre muchacha, pensé: le habían encomendado una tarea imposible, apartarnos a nosotros dos de donde estaba teniendo lugar la acción.

—Corre tú hacia los trineos —le dijo Erin—. Seguro que hay gente que necesita tu ayuda.

No le dimos tiempo a reaccionar. Arreamos a nuestros caballos para lanzarlos al trote en pos de nuestra caballería. Sobre nuestras cabezas, las flechas en llamas se estrellaban contra la superficie metálica del enorme disco, que había arremetido una vez más contra la Casa de los Pájaros, desmoronando todo un ala del edificio, y la polvareda levantada por los cascotes se extendió tan rápidamente que casi nos pisaba los talones.

Cuando Keelan bajó su sable para ordenar la carga, nos lanzamos al galope contra los estandartes rivales siguiendo a los otros jinetes blancos. Los cascos de los caballos repicaban contra el hielo, el viento hacía ondear sus crines y mi corazón latía enloquecido. En pocos segundos, ya cabalgábamos a la altura de Keelan, Erin a su izquierda y yo a su derecha, rodeados por medio centenar de jinetes, todos más hábiles que nosotros, no cabía duda.

—¿Qué demonios estáis haciendo aquí? —gritó el gigante.

—Se nos ocurrió que necesitaríais un par de soldados de verdad.

—Estáis locos —gritó Keelan—. Ni siquiera sabéis montar.

Recordé, sin poder reprimir una sonrisa, la única lección de equitación que había recibido en mi vida:

—El secreto está en no caerse.

34. Fracturas en el hielo

Los arqueros de Yoon disparaban flechas sin descanso desde las pocas ventanas de la Casa de los Pájaros de Plata que quedaban en pie. Con un poco de mala suerte, alguna de aquellas flechas amigas nos atravesaría. Y, sin embargo, hermanas, no tenía miedo. Si nunca había tenido miedo a morir como postulante de la Legión Púrpura, ¿por qué iba a temer a la muerte ahora, como postulante a una vida libre?

El disco dorado planeó sobre nuestras cabezas y nos vimos reflejados en su panza metálica. Éramos un puñado de locos, sin armadura, ni escudo, ni protección alguna, cabalgando hacia una muerte segura.

—Si ese chisme volador se lanza sobre nosotros, nos partirá en dos de una sola pasada —gritó Keelan.

Como si nuestra aliada Yoon nos hubiera oído desde la Casa de los Pájaros de Plata, una andanada de inmensas bolas incandescentes, que arrastraban una llamativa cola de humo negro a su paso, zumbaba sobre nuestras cabezas en dirección a nuestro enemigos.

—Son nuestras catapultas —aclaró Keelan.

Algunos de aquellos bólicos acertaban a los jinetes y otros patinaban unos metros sobre el hielo desprendiendo un humo blanquecino, hasta que se agotaba el impulso que les había imprimido la catapulta y se apagaban. Nuestros caballos tenían que sortearlos de un salto. Sus cascos se escurrían y tamborileaban cuando volvían a contactar con el hielo. Volví la vista para comprobar que, una vez derretida la superficie sobre la que se posaba cada bola incandescente, se abría una grieta por la que intentaba trepar lo que, en otros tiempos, habíamos llamado los espíritus del lodo.

—Será mejor que no mires —gritó Keelan.

—Ferrofluido —respondí a voces—. Creo que ya nos conocemos.

Notábamos sus golpeteos bajo los cascos de los caballos. El hielo se iba resquebrajando y aquella cosa terminaría por brotar de las aguas y venir a por nosotros.

—¡A la carga! —gritó Keelan.

Cuando nuestra caballería estaba a punto de chocar con la caballería rival, sentí aquel temblor familiar que se arrancaba en el corazón, aquella energía que atravesaba las venas y arterias buscando los dedos, y los Tres Hilos, como tres instantáneos haces de luz, brotaron de mi mano izquierda una vez más. El hilo rojo se perdía en algún punto entre la nube de armaduras púrpura que esperaba nuestra acometida, y entonces mi sable en horizontal impactó contra el cuerpo de alguno de los purpurados, ni siquiera sé contra qué parte de su cuerpo. El caso es que advertí una resistencia inicial, un temblor en la hoja que se extendió a mis brazos y a mis huesos, y después, nada, ninguna oposición, la hoja del sable cortando el aire. Debí partir en dos a aquel pobre desgraciado.

Fue una sensación terrible, la hoja segando músculos, tendones y, finalmente, huesos. Pero no tenía tiempo para remilgos. Alguien me atacaba por atrás. El hilo rojo se lanzó en aquella dirección y reaccioné haciendo virar el caballo justo después de que girara mi torso, de tal modo que el movimiento del caballo multiplicó la fuerza del tajo horizontal de mi sable. Tuve tiempo de ver la cabeza de aquel soldado saltando por el aire. El cuerpo se mantuvo por un segundo erguido sobre su montura y después se descolgó hacia un costado del animal, precipitándose contra el duro hielo.

Noté la empuñadura pegajosa de mi sable embadurnada por la sangre del enemigo. Y, sin embargo, no sentía remordimientos. Mi cabeza solo intentaba anticipar las acciones de quienes me rodeaban. Había alcanzado un grado de concentración que me impedía pensar en el valor de mis actos. No existían el bien y el mal, hermanas, sino solo una masa enorme de músculos y de sangre, de hielo y de exoaleación, entre la que vi caer a varios de nuestros jinetes después de que el hilo rojo volara de mi mano hasta cada uno de ellos, cambiando continuamente de destinatario en un interminable baile a mi alrededor.

Entre el fragor de la lucha, distinguí las cabezas de Erin y Keelan. La batalla los había separado de mí y sus caballos se movían en círculo mientras sus espadas chocaban contra los rivales. Muchos legionarios habían perdido su montura, y los caballos habían huido al galope a través de la estepa de regreso a las Cúpulas, supongo que atemorizados por las andanadas de proyectiles en llamas que caían desde nuestro lado.

Por algún motivo, como si no se sintiera seguro sobre su montura, el gigante Keelan decidió apearse por voluntad propia de su caballo, y aun así su cabeza sobresalía sobre todos los demás combatientes en medio de una nube de vaho y ruidos de sable. Avanzaba lanzando mandobles con aquella inmensa espada, haciendo rodar cabezas y extremidades a su paso. Era una fiera terrible, de una simplicidad y eficacia en sus movimientos que contrastaba con el estilo elegante del Camino Púrpura, cuyo representante más puro se podía reconocer en Erin, rápido pero sereno, implacable pero sofisticado. Aunque supongo que la elegancia no era un valor a considerar en aquella coyuntura.

Eran demasiados. Ni siquiera me daba tiempo de ver hacia dónde giraban los hilos que, con su inconfundible zumbido, brotaban de mi mano izquierda, la mano con la que sostenía las riendas. Y sin embargo, batiéndome a lomos de aquel animal tan noble, mientras Erin y el gigante Keelan se abrían paso entre los rivales, comprendí una verdad muy simple sobre aquellos hombres y mujeres a los que nos enfrentábamos: que con toda seguridad era la primera vez que luchaban contra los hostiles, fuera de las Tres Cúpulas y expuestos a lo que creían un aire nocivo, con la nieve cayendo sobre sus armaduras, sus manos temblando y sus bocas desprendiendo volutas de vaho azulado. Es decir: que tenían frío y miedo. Y, por lo tanto, podíamos vencerlos.

Pero Keelan estaba en peligro, así que cabalgué al galope hacia el islote de hielo en el que lo había rodeado media docena de legionarios a caballo. Se batía como una fiera desde el suelo, haciendo girar su espada alrededor para formar una esfera que los purpurados no se atrevían a rebasar. El problema era que cada vez se sumaban más rivales a aquel asedio, como si hubieran comprendido que derrotar a aquel gigante significaba media victoria, y Keelan no podía más que lanzar mandobles a uno y otro lado, resoplando y con todos sus músculos en tensión.

El gigantón se batía con un coraje sobrehumano, manteniendo a raya como podía a sus atacantes, cuando un estruendoso crujido bajo sus pies anunció nuevos problemas. La fractura en el hielo se extendió como una desgarradura en la piel hasta dejar a Keelan y sus rivales en una especie de balsa que se balanceaba a uno y otro lado, y la lucha se detuvo por unos segundos, pues los contendientes abrieron los brazos y las piernas mirando al suelo en el intento de mantener el equilibrio sobre aquel islote blanco, todos ellos absolutamente perplejos por tener que batirse en un medio como aquel, ellos que seguramente solo habrían combatido en la humedad de la Segunda Cúpula, o en la amable atmósfera violeta de la Primera.

—¡Ferrofluido!

Varios gigantescos tentáculos de metal brotaron de la grieta y se elevaron unos cuatro metros sobre el grupo. Los purpurados alzaron la vista hacia aquella monstruosa amenaza que brillaba bajo el sol pálido de la intemperie. Tras sus máscaras metálicas, yo podía imaginar las

expresiones de asombro y terror de sus rostros. ¿Era la primera vez que se enfrentaban a aquello? Para Keelan, desde luego que no era la primera vez.

Un enorme tentáculo rodeó a uno de los jinetes y, en un abrir y cerrar de ojos, lo hundió a él y a su caballo bajo el hielo, que se tiñó de rojo por su capa interior, como si aquella cosa hubiera reventado el cuerpo de guerrero y montura del mismo modo en que se aplasta una fruta con la mano.

Los otros intentaron saltar de la balsa de hielo, pero emergieron dos, tres, cuatro nuevos tentáculos de ferrofluido, con uno de los cuales se enfrentó Keelan, partiéndolo en dos con su enorme espada. Espoleé mi caballo para acudir en ayuda de Keelan, que ya tenía frente a sí otra de aquellas cosas plateadas. Mi caballo saltó a la balsa de hielo en el momento exacto para que Keelan trepara a su grupa y saliéramos huyendo de allí al galope.

—Lo tenía todo controlado —me gritó el gigantón agarrado a mi cintura.

—Ya, ya, no lo dudo.

Su aliento olía a gul reseco y sus ropas apestaban a lodo. Eran las mismas con las que había sacado del barro aquel remolque nada más atravesar la Tercera Cúpula.

—¡Amigo! —le grité—, no te vendría mal un baño.

—¡Vaya! ¿Ya es decadi? ¡Qué rápido se me ha pasado la semana! —Así es como llamábamos al último día de la semana en el calendario republicano.

Rodeamos al galope las isletas creadas por las fracturas en el hielo y regresamos al corazón de la batalla:

—Yo me bajo en esta —dijo mi enorme pasajero apeándose de mi caballo de un salto.

—De nada, ¿eh?

Por si no teníamos suficientes problemas, el enorme disco plateado planeaba raso sobre nuestro flanco izquierdo, directamente hacia nosotros. Nos partiría por la mitad de una sola pasada, llevándose por delante a un buen número de los suyos, desde luego, pero eso no parecía inquietar a los jefes de escuadrón que dirigían el ataque desde la distancia. Para colmo, la infantería enemiga ya avanzaba hacia nosotros. Apenas nos separaban doscientos metros de aquella horda púrpura, bajo cuyos pies se abría el barro formado por la nieve derretida, cuando de repente una nueva andanada de bolas de fuego voló sobre nuestras cabezas con una salva de zumbidos aterradoros.

Me dejé hipnotizar por aquella visión: dos de los proyectiles en llamas se deslizaron por la superficie dorada del disco y alcanzaron al piloto, que se descolgó hacia atrás y perdió el control de su aeronave. Entonces aquel artefacto comenzó a virar en dirección a las Cúpulas, girando hasta darse la vuelta y dejar al piloto boca abajo en la diminuta cabina que ocupaba el centro del disco.

Los brazos del piloto sin vida colgaban inertes, y su armadura iba dejando una cola de humo gris mientras la descontrolada nave regresaba hacia las Cúpulas con un zumbido cada vez más agudo, hasta que se estampó contra los límites de la Tercera y allí se desintegró con un resplandor. Justo en ese momento, mi caballo dio un frenazo brusco y me precipité hacia adelante por la inercia. Logré sostenerme abrazada al cuello del animal, que luego giró sobre sí mismo y se encabritó.

Al alzarse sobre sus patas delanteras, mi caballo perdió el equilibrio y no tuve tiempo de descolgarme de su grupa. Caímos ambos hacia atrás, y su costado se desplomó sobre mi pierna izquierda, que quedó aprisionada bajo su peso. Por la musculatura negra y sudorosa de su pecho y de su cuello corrían varios hilos de sangre oscura que brotaban de su hocico y de las fosas nasales. El pobre animal llevaba una flecha clavada en el cuello y boqueaba con angustia

buscando el aire mientras yo misma intentaba recuperar el resuello con la espalda contra el frío suelo, pues el golpe me había cortado la respiración.

Envuelta en una nube de choques de sables y armaduras, tiré de mi pierna con todas mis fuerzas y traté de desplazar la grupa del animal a empujones. Pero no respiraba. No había nada que hacer. Estaba vendida al enemigo.

—¡Maldita sea! —mascullé.

Tenía la vista desenfocada y no podía ver más que un borroso bosque de armaduras púrpura avanzando hacia nuestras posiciones. La infantería estaba prácticamente encima de nosotros. Así que cerré los ojos e intenté conformar un pensamiento perfecto.

35. El estuario

Fue la segunda vez en mi vida que pude contemplar el espectáculo de la red tricolor. Desde el corazón de la batalla, aprisionada por el cadáver de aquel pobre caballo y a la espera de que el sable de algún oponente separara mi cabeza de mi cuerpo, sentí aquella vibración familiar en mi brazo izquierdo. Y la inmensa red orquestada por el Reloj Absoluto cubrió la totalidad del campo de batalla, hilos en tensión que parecían más bien haces de luz, uniendo a miles de hombres y mujeres entre sí y perdiéndose en el mar, de un lado, y en las cúpulas, de otro, arrastrados por guerreros que se buscaban impelidos por una ficción, por una pura mentira, el gran engaño de las Tres Soberanas imperecederas para mantener en orden el mundo en el que yo había crecido.

Y sin embargo era un espectáculo hermoso a su manera, un mapa de la vida y la muerte en movimiento, tejido a partir de la luz por hilanderas más poderosas que nosotros. En cierto sentido sí que había hilos que nos unían a todos. En cierto sentido eran reales, como nos dijo Isaac, porque los combatientes obedecían sus designios como si lo fueran. Si en el campo de batalla, un soldado seguía con la mirada su hilo rojo hasta su otro extremo, no dudaba en lanzarse contra su oponente, pues estaba seguro del resultado del enfrentamiento. Quizá la función de los Tres Hilos fuera esa: infundir valor o resignación, según el caso, una valentía o una serenidad impostadas pero necesarias en el campo de batalla, además de establecer el orden del combate: los guerreros buscaban por el campo a aquel a quien, presuntamente, darían muerte en próximo lugar, y obedecían aquel mandato del Palco con más ingenuidad que verdadero arrojo.

Pero aquellos combatientes que no habían crecido bajo el yugo de las Tres Soberanas mataban y morían a ciegas, sin conocer su destino, lo que ¿acaso significaba que no existía tal destino? Había descubierto que solo quienes aceptaban su fatalidad la convertían en algo real. Los hombres y mujeres libres nos diferenciábamos en eso, en que éramos conscientes de que la red gobernaba nuestra vida solo si creíamos en su poder. Mientras que los enmascarados creyeran en ese poder, trasladarían sus órdenes al campo de batalla, así que alguno de aquellos purpurados, aún no sabía cuál, se abalanzaría sobre mí en unos instantes atraído por el hilo rojo que brotaba de su mano.

Desde el suelo gélido, vi a soldados sangrando que arrastraban un hilo negro que los unía a otros soldados. Vi caballos agonizando. Vi el hilo rojo de un niño unido a la mano de un legionario púrpura al que decapitó de una brutal sablazo, y después lo vi quedarse hipnotizado con la visión del hilo rojo cayendo a sus pies, al mismo tiempo que se desplomaba el cuerpo de su primera víctima. Vi cientos de aquellos sables resplandecientes, parecidos a espejos, brillando bajo un sol grisáceo entreverado por las nubes, mientras el avance de la infantería hacía temblar la capa de hielo que nos separaba del agua. Pero nadie se aproximaba a mí, nadie venía a cumplir el mandato del hilo rojo que se enroscaba con mi hilo negro, y que yo contemplaba tan hipnotizada como aquel niño.

—Si este es mi último día en la tierra, no permitáis que ingrese en el mar del Gran Sueño de una forma deshonrosa...

Y lo más sorprendente de todo fue la serenidad con que atravesaba aquella, mi primera incursión en una batalla, la enorme frialdad y cordura que dominaba mi ánimo, un estado de concentración tan sublime como el de cualquier maestro del Camino Púrpura. Pero con el tiempo he descubierto que no hay definición más exacta de la locura que aquella frialdad. El Camino

Púrpura había conseguido que la guerra no hiciera latir nuestro corazón, que no despertara en nosotros el miedo a hundirnos en el mar del Gran Sueño, ni la ira ni la compasión por el enemigo. Y ahora sé que todo aquello era antinatural, que nos habían convertido en frías máquinas de muerte.

—Cortad, oh, dioses, los Tres Hilos de mi vida si esa es vuestra voluntad...

El galope de un caballo sin jinete muy cerca de los dedos de mi mano izquierda me sacó de mi estupefacción. Sentí su olor y el aire que levantaban sus cascos a pocos centímetros de mi cabeza mientras atravesaba de un salto mis Tres Hilos. Alcé la vista y el grueso de la infantería enemiga ya estaba allí, a escasos metros de nosotros. Eran miles. Y entre ellos vi a uno de aquellos soldados anónimos detrás de su máscara metálica, mudo, avanzando con paso firme hacia mí. Tuve tiempo de reconocer la insignia que lucía en su cuello e, ironías del destino, resultó ser la insignia del Halcón, precisamente el emblema bajo el que yo habría servido si me hubiera consagrado cinco jornadas antes sobre la Plataforma.

—Pero si vuestro deseo es que yo sea recibida entre los defensores de las Tres Cúpulas, ayudadme a servir también con honor hasta el día de mi muerte.

De repente, un zumbido pasó muy cerca de mí, un proyectil incandescente se estrelló contra el pecho de la armadura del hombre que venía a quitarme la vida, y lo lanzó con violencia hacia las filas que avanzaban tras él, provocando un caos en las líneas. Una nueva andanada de bolas de fuego cruzó sobre nuestras cabezas en dirección a la primera fila de la infantería rival. Vi saltar chispas contra armaduras en llamas, guerreros corriendo y lanzándose sobre la nieve en el intento desesperado de aplacarlas mientras el hielo seguía agrietándose bajo los resplandores de aquellos incendios. Vi a varios caballos con las crines ardiendo correr en dirección a la Casa de los Pájaros de Plata.

—¡Retirada! —gritó Keelan alzando el sable, de nuevo a lomos de su montura.

En ese mismo instante, media docena de soldados blancos metieron sus manos bajo el cuerpo del animal que me aprisionaba y lo alzaron lo suficiente para liberar mi pierna. Alguien tiró de mis brazos y me arrastró sobre la nieve, y unos dolorosos pinchazos me agujearon la pierna izquierda mientras los hilos se desvanecían otra vez ante mis ojos. Unos dedos exploraron mi muslo: eran las manos de Erin.

—Has tenido mucha suerte. Parece que no hay fractura.

Erin me tomó en brazos. Noté su musculatura y su calor. Eso y un inmenso agradecimiento. Sentí que el tiempo se detenía en torno a nosotros, y ya ni siquiera podía oírse el zumbido de las flechas que cruzaban el aire, ni el relincho de los caballos heridos, ni el crujir del hielo bajo la masa de combatientes. Puse mi mano sobre su hombro izquierdo, en su herida ya prácticamente cerrada. Con su ayuda, conseguí subir a la grupa del caballo.

—He perdido la cuenta —dijo mientras me abrazaba a su espalda para no caer.

—¿La cuenta?

—...de las veces que me has salvado la vida.

Los supervivientes habían reunido los caballos que pudieron y ahora cabalgábamos hacia la Casa a través del horizonte brumoso del estuario.

—Sé sincera conmigo —vociferó Erin—. ¿Prefieres ser quemada por las catapultas, trinchada por los sables de los legionarios o hacer patinaje sobre hielo hasta el Fuerte? —gritó Erin.

—No estoy segura. ¿Me das un segundo para decidirme?

—¡Claro! Tómame todo el tiempo que necesites —ironizó Erin mientras la punta de una flecha en llamas pasaba a unos centímetros de su oreja izquierda.

Tras las ruinas de la Casa se divisaba aquella enorme construcción de planta circular, sostenida

sobre cuatro gigantescas columnas de hormigón, a la que Yoon se había referido como el Fuerte de los Viudos. Bajo los cascos de los caballos, se desplazaban sigilosas olas de ferrofluido, mayores que las que yo jamás hubiera visto. El resplandor amarillo que brotaba de la Tercera Cúpula y derretía el hielo avanzaba incluso más rápido que la infantería enemiga.

—Se está descongelando, no aguantará mucho así —gritó Keelan, que ya cabalgaba a nuestro lado, señalando hacia el estuario.

—¿Y cuál es el plan? —le grité a aquel gigantón.

—Nos retiramos. Una vez en la fortaleza, haremos señales desde la torre para que nos rescaten. Nos llevarán al continente. Pero ahora: ¡galopad!

A las puertas de la Casa de los Pájaros de Plata, una figura agitaba su sable sobre su cabeza. Era la joven a la que Keelan había encomendado escoltarnos. Sin detenernos siquiera, el gigante montó a la muchacha en la grupa de su caballo y sorteamos las ruinas de la Casa en dirección a la fortaleza, acompañando a los arqueros de Yoon, que se retiraban al fuerte.

—¿Qué estás haciendo aquí? ¡No debes exponerte! —le gritó a la joven.

—Me dijiste que cuidara de estos dos.

—Creo que no se te da muy bien cuidar de nadie.

El ferrofluido del estuario del río había comenzado a aporrear el suelo sobre el que avanzábamos. Ya teníamos la fortaleza muy cerca, apenas a cien metros, sin embargo cada paso significaba deslizarse sobre una quebradiza capa bajo la cual se agazapaban litros y litros de aquellas aguas repugnantes en las que flotaban y se dispersaban las partículas de metal que, por separado, resultaban completamente inofensivas, pero se convertían en un arma letal al reunirse.

Los caballos se detuvieron bruscamente, comenzaron a girar sobre sí mismos relinchando, se encabritaron. Agitaban sus patas y resoplaban lanzando ráfagas de vaho gris por sus orificios nasales. No continuarían su camino por más que los espoleáramos. Así que había que continuar a pie.

—¡Corred! —nos gritó Yoon.

Era más fácil decirlo que hacerlo, hermanas mías. Yo aún estaba resentida por el golpe en mi muslo izquierdo. La superficie sucia y blanquecina del hielo resultaba escurridiza, y la fortaleza quedaba demasiado lejos, perpendicular a un sol que en unos minutos más se hundiría en el horizonte helado. Y, para colmo, las lenguas de ferrofluido habían comenzado a golpear frenéticamente, desde abajo, la capa de hielo sobre la que avanzaban nuestros pies. ¿Cuánto tardarían en romper aquella barrera y abrirse paso hasta nuestros cuerpos?

Unos cincuenta guerreros de la Casa de los Pájaros de Plata, todos vestidos de blanco, avanzaban junto a nosotros. Eran los supervivientes de la legión de arqueros, de la infantería y de la caballería a la que habíamos acompañado en una carga suicida.

—¡Separaos! —gritó Yoon—. Mantened varios metros de distancia entre unos y otros.

Supongo que era la formación más segura para no atraer el ferrofluido hacia una misma zona, y también para que, si el hielo se rompía en algún punto, arrastrara a la menor cantidad posible de soldados.

Yo avanzaba cojeando, con mi brazo colgado de los hombros de Erin. No creo que nadie haya contado jamás con un ángel de la guarda más fiel y eficiente, alguien que había depositado su confianza en todas y cada una de mis decisiones.

Entonces escuchamos un crujido brutal, una desgarradura. Una inmensa lengua metálica se abrió paso a través de una grieta en el hielo, se alzó ante nuestros ojos, tapando el sol, y se abalanzó sobre un guerrero blanco que corría a pocos metros a nuestra derecha, rodeó su torso y lo hundió consigo en el mismo agujero del que había salido. Entre las salpicaduras del agua y los

fragmentos de hielo, tuve tiempo de ver cómo se retorció su cuerpo bajo el hielo opaco, su expresión de horror, los ojos y la boca bien abiertos, reducidos a tres manchas oscuras en un óvalo pálido. Unos instantes después, un borbotón de sangre emergió entre burbujas y tiñó el hielo de rojo oscuro.

Nos quedamos paralizados de terror por un instante. A unos metros, uno de los niños arqueros que había visto en la fortaleza lloraba en silencio, avanzando de puntillas sobre el frío hielo. Tenía los ojos rasgados, como Yoon, y la cabeza completamente afeitada. Me aproximé a él para darle un empujón y sacarlo de su inmovilidad, pero entonces, con un nuevo crujido, surgió una nueva lengua de metal y atrapó a una mujer de pelo gris justo a mi espalda. No tuvimos tiempo de reaccionar, la sangre brotó a la superficie del agua mezclada con burbujas.

—¡Rápido, rápido! —le grité al chico, que pareció despertar de un sueño con mis palabras.

El hielo comenzó a partirse por numerosos puntos, y de cada nueva grieta surgían varias lenguas brillantes entre la espuma del aguanieve, que se mezclaba con manchas de sangre aquí y allá, y a nuestro alrededor no dejaban de escucharse gritos aterradoros.

—No podéis ayudar a nadie —gritó Yoon a unos metros por delante de nosotros.

Su cuerpo se había alineado con la fortaleza marina. Cien metros era una distancia prácticamente insalvable. ¿Cuántos de aquellos luchadores alcanzarían el Fuerte de los Viudos? ¿Habrían logrado salvar el equipamiento de la base? Tenía que seguir corriendo apoyándome en Erin, pero entonces...

Dioses, es imposible describir lo que presenciamos entonces. A nuestra espalda, nos iluminó la mayor llamarada de fuego que hayamos contemplado jamás, muchísimo mayor que el fuego azul que levantó el tren de Isaac y lanzó varios vagones por los aires dos noches atrás, en la Segunda Cúpula. Es difícil, hermanas mías, encontrar las palabras adecuadas, y quizá solo tenga sentido que narre cuanto vi exactamente al revés de como lo vi, es decir, comenzando por el final: una enorme onda expansiva que empujaba los cascotes de hielo en dirección a la fortaleza, un olor indescriptible a carne quemada, una gigantesca humareda negra, tan densa que no parecía gas sino líquido, sangre coagulada mezclada con ferrofluido, ascendiendo a borbotones hacia el cielo ilimitado del Vacío, un cielo que no terminaba en ninguna cúpula protectora.

Después brotaron inmensas llamaradas en todas direcciones, entre las que era posible distinguir fragmentos carbonizados de metal y puede que de cuerpos humanos. Y, por último, un estallido que conmovió todo el horizonte, que rebotó varias veces más allá del mar helado, en las distancias insondables hacia las que ahora avanzábamos en escapada, brotando de una enorme bola roja y morada que tenía por epicentro la mismísima Casa de los Pájaros de Plata.

El Renacimiento había volado una de sus puertas de entrada a las Tres Cúpulas, llevándose por delante a todos los purpurados que pudieron, y a los últimos rezagados de sus propias filas. Y recordé una vez la expresión que me había enseñado el viejo Profeta: el infierno de Dante. No conozco ninguna otra que pueda recoger cabe sí lo que presenciamos aquella tarde en el estuario.

36. El Fuerte de los Viudos

La escalerilla de la fortaleza marina era poco más que una larga columna de gigantescas grapas metálicas y oxidadas. Un solo paso en falso y nos precipitaríamos al agua del estuario. Y ya sabéis lo que nos esperaba allí abajo.

Ráfagas de viento helado nos recibieron a Erin y a mí en la plataforma de hormigón que coronaba la torre, cubierta nada más que por los nervios de una bóveda de metal entre los que se vislumbraban las constelaciones. Pero tanto Yoon como el gigante Keelan se habían rezagado para ayudar a los demás supervivientes, y el ferrofluido comenzaba ya a trepar por las columnas del fuerte emitiendo un suave chirrido por el roce con los pilares de hormigón de la fortaleza. De modo que la pregunta no era si aquellas formas nos alcanzarían o no, sino cuándo.

Del medio centenar de guerreros que se habían lanzado a las aguas, apenas había sobrevivido una veintena, y ahora Yoon ayudaba a subir al niño de ojos rasgados y cabeza afeitada que vimos llorar cuando avanzábamos sobre la superficie congelada del estuario, mientras que Keelan hacía lo propio con aquella niña que vimos entre los arqueros, la que tenía un ojo de cada color.

—¡Deprisa, Erin! —le grité a mi compañero.

No podíamos quedarnos de brazos cruzados, había que ayudar a subir a los supervivientes, pese a que mi pierna aún se resentía del golpe con el caballo, de modo que me descolgué varios escalones para tenderle la mano a una muchacha de una melena rizada y negra: se trataba de Nawal, la chica que nos había escoltado por orden de Keelan, empapada y temblando de frío. Su mirada no era de agradecimiento, sino de reproche.

—Egan me va a matar —repetía una y otra vez—. Si salgo viva de esta, me matará él.

Colgados de un brazo de una de aquella grapas herrumbrosas, ayudamos a subir a cuantos pudimos a la cima de aquella mole de hormigón. Sin embargo, las enormes lenguas de ferrofluido rozaban ya los tobillos del último de los soldados que ascendían por la escalera metálica, un joven cuyos ojos negros jamás he olvidado: vi en ellos su espanto al advertir el contacto de las lenguas de metal, enroscándose en sus piernas y en su tórax, justo antes de que lo arrastraran sin piedad al fondo de las aguas. Después llegó hasta nosotros un grito desgarrador, ahogado en el momento en que el cuerpo entró en el agua, y por último el borboteo de las burbujas mezcladas con sangre. Ahora el último puesto de la cadena lo ocupaban el gigante Keelan y aquella niña que tenía un ojo de cada color.

—¡Vamos, vamos! —grité.

La muchacha subía los escalones con enorme dificultad.

—¡No mires abajo!

Entre las balsas de hielo que se deslizaban por el estuario, se retorcían inmensas manchas de metal y sangre. Pero no percibí en ella miedo, sino una determinación impropia de su edad —¿nueve, acaso diez años?—, la mirada de una auténtica guerrera. Erin y yo le tendimos nuestros brazos. Estaba empapada y tiritaba de frío, como todos nosotros, así que la abracé en el intento de proporcionarle algo del escaso calor corporal que me quedaba.

—¿Estás bien?

No me respondió. Sus ojos, uno negro como la noche y el otro claro, del mismo color que los de los habitantes de la Primera Cúpula, permanecían fijos en las hojas cubiertas de sangre de mis sables que había depositado en el suelo junto a mí para bajar la escalera. En sus ojos brillaban

dos mundos distintos: el mundo de las Tres Cúpulas, del que habíamos conseguido escapar, y aquel Vacío en el que acabábamos de adentrarnos.

—¿De dónde has sacado ese sable? —quiso saber, señalando el arma de Adras.

—Perteneció a un gran guerrero.

—Era el sable de mi libertador —añadió, y después devolvió su mirada al horizonte helado.

—¿Tu libertador?

Una ráfaga de viento agitó su cabello rubio, de un tono tan parecido al mío.

—Yo vivía en una jaula dorada hasta que...

—...hasta que Adras te liberó.

Pero antes de que la muchacha pudiera articular alguna palabra más, Nawal vino corriendo a por ella y la cubrió con su abrigo blanco.

—Iris, no te quedes aquí. Debemos unirnos para darnos calor los unos a los otros.

¡Iris! Me pareció un nombre idóneo para una chica como aquella, y le dediqué una sonrisa mientras se acomodaba entre los demás supervivientes, de espaldas a la balastrada que rodeaba la plataforma de aquella fortaleza.

Yoon se asomó a la balastrada y yo me incorporé para acompañarla en su inspección. En el lado opuesto al que daba a las ruinas de la Casa, los trineos con las mercancías, tirados por hombres cubiertos con abrigos blancos, se alejaban silenciosamente del Fuerte sobre un mar de hielo que amenazaba con romperse en cualquier momento. Quise saber si los operarios habían logrado salvar la Escalera de Jacob y el resto del equipo de la Casa de los Pájaros de Plata.

—La Escalera está a salvo. Y hemos conseguido embarcar un buen número de simuladores —respondió ella.

—¿Simuladores?

—Son los dispositivos que permiten modificar el registro de los Tres Hilos.

Supuse que se refería a la pequeña pantalla rectangular que había utilizado el Profeta para modificar los nuestros. Erin se sumó a nuestro puesto de vigilancia.

—¿Qué tal esa pierna?

—Recuérdame que no vuelva a montar a caballo.

—Tampoco lo haces tan mal —bromeó Yoon—. Solo tienes que corregir un pequeño detalle: el jinete va arriba y el caballo abajo. Nunca lo olvides.

No recuerdo si tuve la cortesía de ofrecer una sonrisa a Yoon. Aún estaba desconcertada por las palabras de la joven Iris, que habían traído el recuerdo de Adras a aquel atardecer en que los rayos de sol se reflejaban en los enormes tentáculos de ferrofluido enroscados en los pilares de la fortaleza. Me gusta pensar que Adras había llegado hasta allí con nosotros, que vivía en todos y cada uno de aquellos a los que había traído hasta aquel lugar —¿cuántos?—, y que su sacrificio no había resultado en vano.

—Subiré a la torre de la fortaleza —anunció Yoon—. Tenemos que hacer señales a los trineos antes de que se ponga el sol. Aquí no tenemos energía para encender ningún foco.

Yoon trepó por la escalera hasta el tejado del fuerte mientras Keelan, arrodillado en el suelo, frotaba una palo delgado contra una cuña de madera para encender un fuego. El humo comenzó a brotar, y luego las chispas, avivadas por el viento que azotaba la plataforma de la fortaleza y también nuestras ropas empapadas.

Miré hacia las ruinas de la Casa. La explanada se había convertido en un barrizal por el que se deslizaban cascotes de hielo y cadáveres. La explosión se había llevado por delante el panel de placas solares que alimentaba la Casa, arruinando el que imaginé que sería el trabajo de cientos de hombres y mujeres durante años, aquellas *razias* de quienes se infiltraban en la Tercera.

Algunas de las planchas flotaban entre cascotes de hielo y cadáveres de humanos y de caballos negros. El Renacimiento había destruido su base más próxima a las cúpulas y sacrificado a muchos hombres y mujeres solo para... ¿solo para salvarme a mí? ¿Por qué vuestra hermana Clea era tan importante para ellos?

—¿Me lo parece o no tienen ganas de conversación? —preguntó Erin, abrazándome junto a la balaustrada.

—Supongo que nos culpan por todo.

Desde aquella altura, Erin y yo contemplábamos hipnotizados el que, tal vez, sería el último paisaje de nuestras vidas, las últimas llamas de la Casa de los Pájaros de Plata, lanzando su penacho de humo hacia el sol poniente. El mar a nuestro alrededor continuaba deritiéndose, de modo que el escudo de hielo que a duras penas nos había protegido de las lenguas de metal pronto terminaría de desintegrarse. Desde la plataforma del Fuerte, si uno miraba en panorámica a su alrededor, podía distinguir dos colores distintos en el mar: frente a nosotros, las aguas oscurecidas por el ferrofluido rodeaban las columnas de hormigón que sostenían el Fuerte. A nuestra espalda, se extendía un agua mucho más clara, por la que se deslizaban cascotes del hielo derretido por la Tercera Cúpula y, a lo lejos, los trineos se alejaban de nosotros sobre la parte aún congelada del Mar Norte.

Quise imaginar que lo que se nos mostraba enfrente era el ayer, las cúpulas que brillaban en el horizonte como tres gigantescos caparazones que irradiaban luz sobre aquel desierto de hielo, cada una envolviendo a la anterior, y que el limpio mar que se extendía a nuestras espaldas representaba el mañana. Tal vez necesitaba verlo así porque me sentía culpable. ¿Tanto sufrimiento solo por nosotros, por mí?

Pero allí estábamos, empapados y muertos de frío, asomados a la balaustrada de una plataforma desde la que solo se escuchaba el ulular del viento y el susurro del ferrofluido que trepaba poco a poco por los pilares de la fortaleza.

—Mira —dijo Erin señalando hacia su derecha.

A unos quinientos metros se divisaban las ruinas metálicas de una inmensa embarcación encallada en el hielo, en cuyo casco cubierto de moho y óxido se amontonaba la nieve, y en cuya cubierta, como si reclamara para sí el barco, había crecido cierta vegetación salvaje, desordenada, tan distinta a la geométrica vegetación de la Segunda Cúpula, de tal manera que el conjunto daba la impresión de un inmenso bosque flotante.

—Es como si la naturaleza hubiera vuelto a encontrar su lugar pese a los hombres —dijo Erin. El vaho brotaba de su boca a borbotones.

—No te comprendo, Erin —protesté.

En realidad, seguía inmersa en mis cavilaciones y no había prestado demasiada atención a las de mi compañero.

—Quiero decir que los hombres que vivieron en estas tierras hace miles de años crearon sus barcos, sus edificios y sus estructuras. Pero la naturaleza ha vuelto a crecer por encima de ellas. Es como si no se diera nunca por vencida.

—Tampoco nosotros nos daremos por vencidos.

Erin apoyó su cabeza en mi hombro y miramos juntos el atardecer, el más terrible y hermoso de mi vida, ambas cosas al mismo tiempo. En cuanto los últimos rayos de sol desaparecieran tras los montes helados, la noche implacable del Vacío nos abrazaría para siempre, si es que no lo hacían antes aquellos tentáculos de metal.

—¿Prefieres morir congelada o triturada? —bromeó Erin.

También a Erin le debía parte de mi libertad, y también la seguridad que sentía a su lado, sin la

que jamás habría podido llegar hasta los confines de mi mundo. Pero ¿acaso confundía el agradecimiento con el amor? El fantasma de Adras se iba volviendo más y más alto en mi memoria mientras yo intentaba poner en orden mis sentimientos allí, en el rincón más remoto del mundo, bajo las rachas heladas de viento que apenas lograban sobreponerse a las estridencias del ferrofluido que nos perseguía.

—Has venido hasta aquí por mí. A pesar de tus dudas.

—Sí —admitió Erin—. Lo he hecho por ti.

Solo unas jornadas antes, Erin había posado sus pies sobre la plataforma de un aerodeslizador para seguirme. Había renunciado a su destino y dejado que bombardearan su fe y sacudieran los cimientos de su mundo, y se me ocurrió que, tal vez, amar a alguien consistiera en eso: en dudar de todas las verdades excepto de una, de todos los sentimientos excepto de uno, de todos los aprendizajes excepto de uno. Ojalá algún día yo consiguiera amar a alguien con tal profundidad. Porque no estaba segura de que lo que yo sentía por Erin fuera amor. Sin duda era algo muy valioso, una piedra preciosa que valía la pena atesorar: la sensación de que, pese a hallarnos en los confines del mundo y con la muerte rondando nuestros pies, al lado de Erin me sentía siempre en casa. Supongo que eso es lo que ocurre cuando tienes la certeza de que eres parte del corazón de alguien: te sientes en casa.

Cada decisión que habíamos tomado desde que escapamos del domo, cada uno de nuestros actos, cada pensamiento y cada latido de nuestro corazón nos había traído hasta allí, nos había unido, no sé si como amantes o como hermanos de sangre, pero, al fin y al cabo, enlazados por los acontecimientos. Si queréis llamar destino a ese lazo, estáis en vuestro derecho.

Entonces recordé algo. Busqué en mis bolsillos el retrato de aquella muchacha frente al mar que me había regalado el mercader de la Vigésimo-novena. Era una imagen inspiradora: yo también quería asomarme al mar con aquella serenidad, con aquella placidez de la joven de la fotografía. Pero el mar que nos rodeaba —¿quizá el mismo que aparecía en la vieja fotografía?— era un mar helado y estéril, colonizado por el mortal ferrofluido de su fondo, y la serenidad que admiraba en aquella silueta del retrato iba a costarnos años y, sobre todo, la sangre de muchos compañeros.

—Venid a calentaros, tortolitos —nos interrumpió Keelan.

El fuego estaba a punto de prender y nuestra amiga Yoon bebía un trago de una cantimplora. En cuanto las primeras y diminutas llamas brotaron, echó un chorro de aquel líquido para avivar el fuego, por lo que supuse que no se trataba de agua, sino de gul, y las llamaradas acariciaron los rostros de los supervivientes, con sus ropas empapadas y una expresión de espanto, dándole la espalda a la amenaza que trepaba por los pilares de la fortaleza. Éramos veinticuatro en total, de distinto color de piel, cabello, ojos. Alguno incluso hablaba en un idioma diferente a la lengua cupular. ¿Tendría razón el viejo Isaac al hablarnos de los talentos y los poderes de aquellas criaturas que vivían más allá de la Tercera Cúpula? Eran humanos, como nosotros. Sangraban y lloraban, como nosotros. ¿Sabían que era yo quien había arrastrado a la Legión Púrpura hasta su base?

Veinticuatro personas en torno a un fuego, compañeros de armas, entre los que se contaban aquellos dos críos. Ahora teníamos una familia a la que unirnos, ligada no por absurdas reglas de honor, por ningún código púrpura, sino por la hermandad más noble de todas, la que une a los hombres y mujeres que luchan por permanecer libres. Valía la pena seguir luchando hasta el último suspiro por ellos.

—¿Vamos? —le propuse a Erin.

Mi compañero acariciaba distraído la figurilla que colgaba de su cuello, aquel pequeño caballo

tallado que le regaló su madre cuando niño. Se había ennegrecido e hinchado por la humedad, pero seguía intacto.

—¿Me permites que te recuerde una frase que un gran hombre pronunció en una ocasión?

—¿No serás tú ese gran hombre...?

—Bueno, es verdad que no estoy en mi mejor momento, pero...

Devolví la vista al estuario. Un silencio aterrador dominaba el paisaje, solo interrumpido por el susurro metálico del ferrofluido trepando por los pilares de la fortaleza.

—¿Qué es eso tan importante que tienes que decirme?

Erin sonrió y me besó en la frente. Sus labios estaban fríos:

—Hoy tampoco moriremos —y señaló hacia el Mar Norte.

Entonces vimos una diminuta embarcación de velas blancas deslizándose silenciosa sobre las aguas del estuario como si flotara sobre las aguas de un sueño.

37. Algún día...

Venían a rescatarnos y nos invadió una euforia bien justificada, si no fuera porque nuestra fortaleza estaba completamente rodeada de ferrofluido y el barco no podía acercarse más a nosotros sin exponerse. Debía haber más de cincuenta metros desde la plataforma de la fortaleza hasta la posición de nuestros rescatadores, por no mencionar las voluminosas lenguas de ferrofluido que se retorcían en el aire como tentáculos de metal.

—¿Cómo alcanzaremos la cubierta? —pregunté a Yoon.

Los barcos se encontraban ya a la máxima proximidad posible, frenados por varias toneladas de cascotes de hielo que la onda expansiva de la explosión había desplazado mar adentro. Demasiado lejos para nadar hasta ellos, por no mencionar que nos acompañaban varios niños en nuestra expedición.

—Espero que sacarais buena nota en las pruebas de tirolina —dijo Yoon con tono sarcástico.

—Creo que el gul se os ha subido a la cabeza —respondió Erin.

Pero ya un grupo de marineros se asomaban a la borda de aquellas embarcaciones cargando cuerdas al hombro con un gancho en su extremo. Todos vestían el abrigo blanco que comenzaba a resultarnos tan familiar, y agitaban los ganchos en el aire, haciéndolos girar sobre sus cabezas con un zumbido que resonaba en las paredes de los glaciares.

—¡Apartaos de la balaustrada! —gritó Yoon, y un inmenso penacho de vaho azul escapó de su boca y se elevó sobre su cabeza.

Nos arracimamos en el otro extremo de la plataforma, desde donde casi podían rozarse los tentáculos de ferrofluido.

—Tendremos que confiar en su puntería —susurró Erin agachado y con las manos sobre su nuca.

Yo rezaba en aquella misma posición tan escasamente piadosa. Les pedía a los dioses que aquellos hombres de blanco afinaran su puntería, cuando se escuchó a nuestra espalda el golpeteo metálico de los ganchos contra la balaustrada de la torre, aunque supe de inmediato que los lanzadores habían errado el tiro, porque inmediatamente después se oyó el tintineo de los ganchos golpeando en las columnas de hormigón y, por último, dos sonoros chasquidos cuando entraron en las gélidas aguas.

—¡Malditos ineptos! —mascullaba Keelan—. ¡Apuntad bien!

Apenas unos segundos después, los ganchos volvieron a volar desde la embarcación emitiendo su peculiar zumbido, pero esta vez acertaron a aferrarse a aquella vieja balaustrada de la plataforma.

—¡Deprisa! —se escuchó una voz masculina desde las barcas.

Al menos dos cuerdas habían amarrado en la verja. Comprobamos su consistencia y las seguí con la mirada hasta el otro extremo. A pocos metros, las olas de ferrofluido comenzaban a abandonar su posición atraídas por los marineros de las barcas, de tal modo que la enorme mancha metálica del fondo del estuario se deshilachaba en dirección a las balsas de nuestros rescatadores, como si una parte de su materia hubiera escogido otra presa.

—Vamos —ordenó Yoon—. Ayudaremos a cruzar a los niños.

Yoon se hizo cargo de la pequeña Iris, mientras que Nawal me trajo en brazos al chico de la cabeza afeitada al que habíamos rescatado en la escalera. Ambos habían combatido como arqueros contra la Legión Púrpura con una valentía impropia de su edad, pero ahora, desarmados

y rodeados por aquella amenaza metálica, se habían convertido de nuevo en los niños que nunca dejaron de ser, y me miraban con expresión temerosa, sobre todo aquel muchacho con el cráneo afeitado.

—¿Cómo te llamas? —le preguntó Erin.

—Me llamo Kai.

Tenía las pupilas temblorosas y no parecía demasiado cómodo en nuestra presencia. Colgué mis sables cruzados sobre mi pecho y mi vientre, comprobé una vez más aquella cuerda que terminaba en el mástil de una de las embarcaciones y me desprendí de mi cinturón de porteador de la Tercera Cúpula, confiando en que fuera tan resistente como nos prometieron, y que la humedad y el frío no lo hubieran podrido por dentro.

—Kai, tienes que confiar en nosotros —le dijo Erin tomando su cara entre sus manos—. Cuando estemos en la cuerda, agárrate fuerte a mí y no mires abajo.

Él se limitó a ofrecernos una ligera inclinación de cabeza. Acordamos que yo pasaría primero, cargando con Iris a mi espalda, así que trepé a la balaustrada y colgué mi cinturón de la tirolina, sujetándome por ambos extremos y con las piernas cruzadas para aferrarme a la barandilla metálica mientras la pequeña se colgaba de mis hombros. Aún sentía pinchazos en mi muslo izquierdo, por la caída del caballo que había sufrido en la explanada de hielo que nos separaba de nuestros rivales.

—¡Ahora! —le indiqué a Erin.

Los demás ayudaron a la muchacha a trepar hasta mi espalda. Pese al consejo que le habíamos dado a Kai, yo fui la primera que cayó en la tentación de echar un vistazo a los desplazamientos del ferrofluido: olas brillantes de más de cuatro metros de altura, algunas de las cuales se replegaban ahora para fluir en dirección de las balsas. Bien pensado, solo eran unos segundos colgando en el aire. Yo me había entrenado toda la vida para destrezas como aquella. Era una antigua postulante a la Legión Púrpura. Tenía que focalizar toda la atención en la meta, visualizarme a mí misma completando el recorrido de la cuerda.

—¿Estás preparada?

Ni siquiera esperé a que la muchacha respondiera. Me solté de la balaustrada con un fuerte taconazo para impulsarme. El cinturón olía a quemado por la frotación con la cuerda y el peso de Iris sumado al mío me congestionó los hombros y los músculos dorsales. Para colmo, ahora salía humo del cuero debido al roce con la cuerda: el cinturón estaba a punto de quemarse por la fricción. Vamos, aguanta, le recé. Solo eran unos metros más.

Varios de los marineros que nos esperaban en la proa de la embarcación amortiguaron nuestra entrada al chocar contra sus abrigos blancos. Segundos después, Erin terminó su abordaje con Kai a su espalda, y otros miembros de la tripulación vinieron a ocuparse de los críos, les cubrieron los hombros con una manta e intentaron llevárselos consigo, pero Kai seguía abrazado a la espalda de Erin y se resistía a que lo separaran de su protector.

—Ya está, Kai. Estamos a salvo —lo tranquilizó Erin, pero sentí una extraña desazón cuando apartaron a los chicos de nosotros para conducirlos a las bodegas del barco.

Los demás supervivientes fueron descolgándose uno por uno sobre la cubierta. El último en saltar fue Keelan. Cayó sobre la nave llevándose por delante a cuatro o cinco de aquellos operarios vestidos de blanco que lo esperaban en este extremo de la cuerda, y el casco de la pequeña embarcación se balanceó gruñendo entre hielo.

—¡Maldita sea! —exclamó el gigantón.

Nos sentamos todos juntos sobre la cubierta al cobijo de las mantas y a la luz de una luna pura, nítida, sin más filtro que el de la atmósfera que rodeaba nuestro planeta y que habíamos creído

irrespirable hasta aquella misma jornada. Los demás soldados blancos habían perecido en el lago de hielo, víctimas de las espirales de ferrofluido o de las flechas enemigas. Y todo por nuestra culpa. De modo que no había demasiada euforia entre los supervivientes, veinticuatro en total, entre ellos dos niños.

—¿Estás bien? —le pregunté al gigantón.

Pese a su temperamento tan áspero, me sentía afortunada por haber combatido hombro con hombro con aquel soldado. Creedme, hermanas: un aliado así es tan valioso en el campo de batalla como incómodo fuera de él. Me alegro de que hayas llegado hasta aquí, pensé: te lo mereces. Pero Keelan ni siquiera me miró para pronunciar estas dolorosas palabras:

—Me salvaste la vida en la batalla. Y no soy un hombre desagradecido. Pero no te debo nada.

—¿Qué quieres decir?

—Eres tú la que estás en deuda con nosotros. Hemos perdido a tantos hermanos por sacarte a ti y a tu amiguito de las cúpulas, que tendrías que salvarme la vida más de cien veces para que estuviéramos en paz.

—Keelan, no puedes culparnos de eso —intervino Erin—. Quienes mataron a tus hermanos fueron los purpurados, no nosotros.

El gigantón agachó la cabeza. Las córneas de sus ojos se veían azules debido al reflejo de los rayos de luna sobre el hielo.

—Espero que valgas la pena, Clea —añadió, dejando escapar bocanadas de vaho azul de sus gruesos labios—. Espero que seas capaz de obrar milagros, que conviertas el estiércol en exoaleación o vomites monedas de oro... Cualquier cosa...

—Te aseguro que la vale, Keelan —se oyó una voz a nuestra espalda.

Desde la cubierta nos observaba un hombre de cabellos rojizos envuelto en un gran abrigo de piel blanca como el que ahora nos cubría, solo que con un lazo negro en su brazo izquierdo. Nunca había visto un color de pelo semejante. Su piel era pálida y sus ojos claros como los nuestros, pero el tono de su cabello hacía que su figura destacara sobre todos los demás tripulantes de aquella embarcación.

—Bienvenidos —dijo mientras avanzaba hacia nosotros.

Fue la primera vez en mi vida que vi a Egan, cuyo nombre había mencionado el Profeta cuando huíamos a través de la Vigésimo-novena. Reparé en que llevaba en el cuello la insignia del toro. Sin embargo fueron sus ojos lo que me cautivaron. No sé si por la luz azulada de la luna, que impregnaba aquella navegación silenciosa de una atmósfera mágica, pero tenía el mismo brillo, el mismo encanto que nuestro añorado Adras. En medio de la noche más fría, el magnetismo de Egan atraía todas las miradas y el respeto de los soldados blancos.

Entonces Nawal corrió hacia nuestro rescatador y ambos se fundieron en un abrazo. El cabello rojo de Egan se derramaba sobre el cuello de nuestra amiga y se mezclaba con sus oscuros rizos, cayendo sobre el pelaje de unos abrigos que la noche del Vacío volvía azules y fantasmagóricos.

—Gracias a los dioses —dijo él tomando el rostro de la muchacha entre sus manos.

La piel morena de Nawal contrastaba con la palidez del recién llegado, pero su abrazo parecía tan cálido como el de dos hermanos que acabaran de reencontrarse.

—Nawal es muy importante para nosotros. Es nuestra memoria. Todo lo que sabemos sobre el enemigo lo sabemos gracias a ella.

—Cuando dice que es nuestra memoria —añadió Yoon, nuestro comandante no está haciendo ninguna metáfora. Nawal es capaz de recordar páginas y páginas de información, de cifras y de datos.

—Todos confiamos en que, algún día, Nawal cuente nuestra historia jornada por jornada,

nombre por nombre —dijo acariciando su mejilla—. Eso nos permitirá homenajear a todos y cada uno de los hombres y mujeres que murieron en esta lucha.

—¿Todos? —se burló Erin—. Esta tarde hemos participado en una verdadera carnicería.

Nawal le dirigió una mirada desafiante. Sus ojos eran tan negros como la noche que nos envolvía, pero en su centro brillaban sus pupilas como dos lunas.

—Sois Clea y Erin, del Cuarto y del Séptimo Dojo respectivamente —recitó de forma mecánica la muchacha—. Vuestros maestros fueron Perses y Zenón. Vuestros sables fueron forjados en la forja de los dioses, en la aldea octava. Os une un hilo púrpura. Pero falta un tercer guerrero: Adras. Un fantasma, como ahora lo sois vosotros dos. Es a él a quien esperábamos. Es él quien tenía que escoltarte hasta aquí, Clea.

La mirada negra de Nawal se había vuelto tan penetrante que parecía estar sacando aquella información del fondo de nuestras mentes, como una telépata. Erin bajó los ojos. Más que impresionado por aquella demostración, parecía sentirse culpable por la pérdida de Adras, como si su presencia en aquel lugar fuera el símbolo de un fracaso.

—Adras murió en la Segunda Cúpula, en las aguas del río Tamesa —admitió mi compañero retirándose la capucha blanca de su abrigo—. Lo despedimos con una oración, pero no pudimos darle los honores que merecía.

Yo también retiré la capucha de mi abrigo, en señal de respeto al comandante Egan pero también a la memoria de Adras. Entonces pude ver, sin el menor género de dudas, una expresión de sorpresa en nuestro anfitrión, sus ojos verdes de par en par. Estoy segura de que fue mi rostro lo que lo desconcertó, porque se quedó helado por unos instantes, como si hubiera visto un fantasma, y después se rehízo y se aproximó a nosotros. Bajo sus pasos, la madera del barco gruñía en el silencio de la navegación nocturna.

—Nos ha costado mucho sacaros de las Tres Cúpulas. Hemos perdido un enclave fundamental, la Casa de los Pájaros de Plata, pero lo importante es que ahora estáis a salvo.

—¿Hay más lugares como la Casa? Quiero decir: ¿hay otras bases?

—Por supuesto que sí. Cada día más.

Aquella revelación servía para aliviar algo de culpa. Al menos no estaba todo perdido.

—¿Y la Escalera de Jacob?

—Los operarios consiguieron salvar las piezas más importantes —nos aclaró Yoon—. Lo que perdimos, la base y algunas otras estructuras, puede ser reemplazado. Dentro de poco, Jacob volverá a estar operativo.

—Hemos perdido muchas cosas, Clea, pero te hemos ganado a ti —añadió Egan.

Por alguna extraña razón, la sonrisa de Egan hizo que me ruborizara y volví la mirada hacia el sur, hacia el mundo del que habíamos escapado. A lo lejos, las gigantescas Tres Cúpulas brillaban en medio del resplandor de la nieve, enturbiada por el barro en el perímetro noroeste de la Tercera. Me pareció que la bóveda amarilla había iniciado su repliegue, y que en unos segundos volvería a cerrarse, por segunda vez en su historia. La ofensiva del Palco contra el Renacimiento había fracasado.

—¿Y ahora qué? —quiso saber Erin.

—Os llevaremos al Continente —nos prometió Egan.

Y justo en ese momento, un estruendo metálico atrajo todas las miradas hacia la orilla. La nieve que cubría los grandes pájaros de plata se había derretido por completo, dejando a la vista su oxidado armazón. Con enormes gruñidos, parecidos a los de fieras gigantes, los pájaros de metal se estaban hundiendo poco a poco en las gélidas aguas, integrándose en la enorme masa de ferrofluido de la que habíamos logrado escapar.

Le pedí sus prismáticos a Yoon. Era un espectáculo estremecedor. Al sumergirse, aquellas moles oxidadas estaban sacando a flote cadáveres con armaduras púrpura y estandartes abatidos que flotaban entre planchas fotovoltaicas destrozadas.

—La Tercera Cúpula se está cerrando. Nunca habíamos visto nada semejante, pero supongo que la Escalera de Jacob es una amenaza demasiado seria para su hermético mundo —dijo Egan.

—No saben cómo impedir que asaltemos su fuente de energía —se vanaglorió Keelan, volviendo la vista hacia las tres semiesferas luminosas.

Más allá de la negruzca mancha humeante a la que había quedado reducida la base, los supervivientes de la explosión, es decir, las últimas filas de la infantería púrpura, recogían los sables de los caídos —eran un bien demasiado valioso—, no sin antes arrancarles la moneda que simbolizaba su compromiso y depositarla bajo la lengua del moribundo. Era un panorama aterrador. La voladura de la Casa de los Pájaros había convertido la explanada norte en una mancha de barro, hielo y sangre por la que se deslizaban cabezas de caballos muertos, miembros amputados y cuerpos carbonizados en medio del hielo. Lo cierto era que yo no odiaba a aquellos, mis nuevos enemigos, los mismos que habrían sido mis hermanos de haber obtenido mi moneda del compromiso sobre la Plataforma. Desde mi punto de vista, ellos también eran víctimas del Palco.

Estábamos a demasiada distancia para sus flechas y no se atreverían a cruzar el estuario en deshielo. Entonces distinguí una máscara blanca en la distancia, la máscara de un general que nos miraba huir en silencio. Sin una sola palabra, manteniéndose firme frente al estuario mientras nuestras balsas se alejaban con un susurro en el agua, nos estaban desafiando a una revancha. ¿Acaso no le daríamos ese gusto?

Con un ruido estremecedor, los Pájaros de Plata terminaron de hundirse entre las placas de hielo que se partían bajo su peso. Después vi al general alzar el brazo indicando el gesto de la retirada, mientras la Tercera Cúpula se plegaba muy lentamente.

No, yo no odiaba a aquellos guerreros. Todo mi odio se dirigía a los imperecederos, no a los hombres y mujeres que cumplían con honor su deber, engañados por una compleja red de mitos y mentiras. Sentía verdadera furia hacia aquellas máscaras blancas. El dolor por las gemelas Halina y Kore, por nuestros aliados de la cámara de salud y, sobre todo, por nuestro querido Adras, que nos había mostrado el camino de la libertad, se había convertido en pura rabia. Pero por primera vez en mi vida sentí que aquella rabia era buena y necesaria, que no debía mitigarla ni controlarla con ninguna de las técnicas que habíamos aprendido en el dojo, pues al menos servía para enterrar el dolor debajo. Me dije que sentir rabia era humano, y que tal vez serviría algún día para darle un sentido a la muerte de nuestro amigo. Necesitaba saber que Adras no había muerto en balde. Con el paso de los años, he aprendido a mirar de otro modo la pérdida, la de Adras y la de tantos hermanos: no me lamento por su ausencia, sino que doy gracias a los dioses por haber coincidido con ellos en el tiempo, aunque en el caso de Adras fuera solo por unos pocos días, eso sí: los días que significaron la semilla de todo lo demás.

Pero, hermanas mías, aún estábamos en la noche de la batalla del estuario, y en el oscuro horizonte, justo bajo el claro de luna, media docena de naves idénticas a las nuestras nos aguardaban, reflejadas en un agua negra y calma. Cuántos hombres y mujeres luchaban al lado de Egan. A cuánto ascendían las tropas del Renacimiento. ¿Eran una auténtica fuerza capaz de derribar el poder tiránico de las Tres Soberanas imperecederas, o solo se trataba de una panda desorganizada de rebeldes? Yo aún desconocía la verdadera dimensión de aquella fuerza.

—¿De cuántos guerreros dispones? —le pregunté a bocajarro a Egan.

El comandante se volvió, me miró con sus ojos profundamente verdes y una media sonrisa hizo

que se dibujaran las arrugas alrededor de sus ojos.

—Más allá de estas aguas contaminadas, en el Continente, hay decenas de miles de valerosos guerreros esperando su oportunidad. También tenemos cientos de fantasmas infiltrados que nos ayudan desde el interior de las cúpulas. Y cada día somos más. Poco a poco iremos multiplicándonos, generación tras generación, hasta superar en número a nuestro enemigo diez, cien veces. Porque ellos no pueden crecer y nosotros no dejaremos de crecer. Pero aún no estamos organizando su muerte, sino nuestra vida aquí fuera.

—¿Y a qué estamos esperando? —interrumpí—. Deberíamos desmoronar las Tres Cúpulas y liberar a toda esa pobre gente.

—Aún son inexpugnables. No tenemos armas suficientes, ni instrucción suficiente. No estamos preparados, Clea. Pero lo estaremos algún día, te lo prometo.

—¿Cuándo? ¿Durante cuánto tiempo permitiremos que vivan una mentira, que se sacrifique a once de cada doce hermanos nuestros?

—Lo comprendo: tienes muchas preguntas para mí, pero todas ellas serán respondidas a su debido tiempo. Ahora, descansa —dijo el comandante, y después se volvió para regresar a las bodegas.

La oscuridad se había cernido por completo sobre las naves del Renacimiento y, por primera vez en nuestra vida, Erin y yo vimos la noche más allá de las cúpulas, la noche desnuda, por así decirlo, las estrellas y las constelaciones tan brillantes que temblaban en el cielo. Al menos teníamos la certeza de que habría un mañana, de que tampoco moriríamos aquella noche.

Pero antes de dejarnos a solas bajo una bóveda celeste que brillaba completamente limpia más allá de las Tres Cúpulas, aquel Egan del que nos había hablado el Profeta, urgido por alguna necesidad imperiosa, se volvió hacia mí como si hubiera recordado algo trascendental, algo que no podía esperar a mañana:

—Yo también tengo una pregunta, Clea —sus ojos eran dos pequeñas luces en la oscuridad—: ¿aún no sabes quién eres?